

Comentario Antiguo Testamento Andamio

1 Y 2 CRÓNICAS

Una Iglesia, una fe, un Señor

Michael Wilcock

Coeditado por Publicaciones Andamio® y Libros Desafío®

Publicaciones Andamio

C/ Alts Forns nº 68, sòt. 1º

08038 Barcelona

Tel: 934 322 523

E-mail: editorial@publicacionesandamio.com

www.publicacionesandamio.com

Publicaciones Andamio es la sección editorial de los Grupos Bíblicos Unidos de España (G.B.U.).

Libros Desafío

1700 28th Street SE

Grand Rapids, Michigan 49508-1407

Estados Unidos
1-800-333-8300 ó 616-224-0728
www.librosdesafio.org

1 y 2 Crónicas

The Message of Chronicles
© Michael Wilcock 1987

Inter-Varsity Press
38 De Montfort Street, Leicester LE1 7GP, England
Email: ivp@uccforg.uk
Website: www.ivpbooks.com

All rights reserved. This translation of The message of Chonicles first published in 1987 is published by arrangement with Inter-Varsity Press, Nottingham, United Kingdom.

“Las citas bíblicas son tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS
© Copyright 1986, 1995, 1997 by The Lockman Foundation
Usadas con permiso”. (www.LBLA.com)

© PUBLICACIONES ANDAMIO ®

1ª Edición castellano 2009

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de los editores.

Traducción: Pilar Florez
La imagen de portada es una obra de Joan Cots
Diseño de cubierta: Fernando Caballero

Depósito legal: B-42874-2009

ISBN 13: 978-84-92836-40-6

Contenido

Prólogo
Prólogo del autor
Abreviaturas principales
Introducción

PRIMERA PARTE. EL ÁRBOL QUE EL SEÑOR PLANTÓ (1 Crónicas 1–9)

1. Las raíces (1–3)
2. Las ramas (4–7)

3. El fruto (8–9)

SEGUNDA PARTE. DAVID, HOMBRE DE GUERRA (1 Crónicas 10–29)

4. La unidad y la individualidad del pueblo de Dios (10–12)
5. Gracia inmutable en circunstancias mudables (13, 15–16)
6. Fama y temor al rey (14, 18–20)
7. Dones para la casa de Dios (17, 21–22)
8. Un pueblo preparado (23–27)
9. Las grandes continuidades (28–29)

TERCERA PARTE. SALOMÓN, EL HOMBRE DE PAZ (2 Crónicas 1–9)

10. Salomón toma posesión (1–2)
11. La construcción del templo (3–5)
12. La oración de la dedicación (6–7)
13. La grandeza de Salomón (8–9)

CUARTA PARTE. LOS REYES (10–36)

14. Roboam y Abías: el reino dividido (10–13)
15. Asa: el patrón básico (14–16)
16. Josafat: el pastor en su debilidad (17–20)
17. Joram, Ocozías, Atalía: desastre prácticamente total (Crónicas 21–22)
18. Joás y Amasías: alianza, justicia y misericordia (23–25)
19. Uzías: el pastor en su fuerza (26)
20. Jotam y Acáz: Israel resurge (27–28)
21. Ezequías: el templo renovado (29–32)
22. Manasés y Amón: Dios ante lo peor del hombre (33)
23. Josías: el pastor solitario (34–35)
24. Los últimos reyes: guerra y paz (36)

Prólogo

Hay muchos cristianos que se sienten a menudo desorientados cuando leen el Antiguo Testamento. ¿Qué hacemos con estas tres cuartas partes de la Biblia? Es como si de alguna manera tuvieran menos que ver con nuestras vidas, que el Nuevo Testamento. Su contexto nos parece demasiado lejano. Su literatura parece tan diferente a la que conocemos hoy. Porque la verdad es que no hay mucha gente que lea leyes, códigos, oráculos contra naciones extranjeras, o poesía sin rima...

Es cierto que nos gustan algunas de sus historias. Nos identificamos con sus personajes, tentaciones y conflictos. Participamos de la misma realidad de pecado y

obediencia, éxito y fracaso... Pero ¿es esto lo que quieren decir estas historias? ¡Todo parece tan subliminal! Después de todo, si somos cristianos, ¿no es el Nuevo Testamento, el que nos habla principalmente de Jesucristo, como nuestro Salvador?

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismo, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”. (1 *Pedro* 1:10–12)

Los profetas indagaron acerca de ello; los ángeles anhelaban verlo; y los discípulos, no lo entendían; pero Moisés, los profetas y todas las Escrituras del Antiguo Testamento hablaban de ello (*Lucas* 24:25–27): Jesús tenía que venir y sufrir, para ser después glorificado. Él no vino sin ser anunciado. Su llegada fue declarada con antelación en el Antiguo Testamento. Pero no sólo en aquellas profecías que explícitamente hablan del Mesías, si no por medio de las historias de todos los sucesos, personajes y circunstancias del Antiguo Testamento.

Dios comenzó a contar una historia en el Antiguo Testamento, cuyo final se esperaba con impaciencia. Desarrolló el argumento, pero faltaba la conclusión. En Cristo, Dios ha llevado el relato del Antiguo Testamento a su culminación. Los cristianos aman por eso el Nuevo Testamento. Pero Dios estaba contando una sola historia, que se extiende a lo largo de todas las páginas de la Biblia. Desde *Génesis* a *Apocalipsis*, Dios desvela progresivamente su plan de salvación.

La Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, presentan una sola revelación de Dios, centrada en Cristo. Cuando estudiamos los diferentes géneros, estilos y enseñanzas de cada libro, vemos que anuncian y señalan a Cristo. El carácter cristo-céntrico de la Biblia puede parecer “oculto en el Antiguo Testamento”, como decía Agustín, pero es “revelado” en el Nuevo. Ver la relación entre Antiguo y Nuevo Testamento, es clave para comprender la Biblia.

El Antiguo Testamento nos revela a Jesús. El Dios de Israel es el Dios encarnado en Jesús: “El mismo, ayer, y hoy y por los siglos” (*Hebreos* 13:8). La Biblia de Jesús es el Antiguo Testamento. Los apóstoles se refieren continuamente a él. Ya que el Antiguo Testamento no es sólo para Israel. ¡Es para nosotros! Nos enseña acerca de Dios y su propósito en la Historia, pero también sobre nuestra propia vida.

¿Para qué sirve un comentario bíblico?

Aunque hay algunos cristianos que todavía se enorgullecen de nunca usar un comentario, cada vez son más los creyentes que aprecian esa literatura que está específicamente destinada a exponer y analizar el texto bíblico. Pocas herramientas hay tan fundamentales en la vida de un predicador, pero también de muchos cristianos con inquietudes por profundizar en el estudio de las Escrituras, que esos libros que denominamos comentarios bíblicos.

El problema es que hay muchos tipos de comentarios. Por lo que no son pocos los que se decepcionan al comprar un libro que luego no les ofrece la ayuda deseada. Es importante por eso considerar qué clase de comentario necesitamos, antes de iniciar la búsqueda de algún título que nos ayude a entender mejor determinada porción de la Biblia.

Conviene recordar en ese sentido una vez más que los comentarios son útiles, pero ninguno puede sustituir a la Escritura misma. Así que debemos consultar primero diferentes traducciones —si no conocemos los idiomas bíblicos—, tomándose tiempo para orar y meditar en la Palabra de Dios, antes de usar cualquier modelo de comentario.

Hay básicamente dos enfoques difícilmente combinables en la literatura expositiva de la Biblia. Uno pretende acercarse al texto con el mayor rigor exegético posible. Por lo que en un lenguaje bastante técnico intenta aclarar el sentido de cada palabra en su contexto original. Y otro busca más bien presentar el mensaje de cada libro, esforzándose en aplicar su sentido a la vida personal y social del lector contemporáneo. Entre medio hay, por supuesto, una enorme variedad de textos que oscilan entre una y otra dirección, pero generalmente podemos distinguir entre estos dos tipos de comentarios.

¿Qué es un comentario evangélico?

Aquellos que tenemos la extraña costumbre de leer los comentarios bíblicos de principio a final —o sea de la primera a la última página, como cualquier otro libro—, observamos cómo el estilo de muchos exégetas se va haciendo cada vez más farragoso y oscuro, hasta el punto de resultar casi ilegible. La estructura de muchas colecciones actuales se ha vuelto tan complicada e incomprensible, que sus divisiones parecen multiplicarse indefinidamente. Cuesta entender la lógica de tantas secciones y apartados, sobre todo cuando acompañan unos textos realmente inaccesibles, capaz de desanimar a cualquiera que vaya a estos comentarios para aclarar sus dudas...

Porque lo peor de muchos comentarios modernos, es su lenguaje. La jerga de la crítica bíblica, no sólo es difícil de traducir, sino que parece que ya no la entienden ni siquiera los especialistas —a juzgar por las interpretaciones que hacen unos de otros, cuando se quejan de que les mal entienden—. Todo parece que se ha convertido en un inmenso de galimatías, en que la complejidad se confunde con la erudición...

Basta leer los antiguos comentarios, para ver como es posible exponer un texto con claridad, a pesar de su evidente dificultad... Aquellos que leemos una gran variedad de comentarios, para preparar un estudio o una exposición bíblica, nos encontramos con que no solamente los críticos son difíciles de leer, sino que la lectura de algunos autores evangélicos actuales, que buscan el reconocimiento académico, se ha convertido también en un verdadero suplicio...

Hay series de comentarios evangélicos, incluso norteamericanos —cuya literatura ha sido siempre conocida por su sentido práctico—, cuyo contenido carece de ninguna aplicación. Su teología es dudosa, y claramente difícil de distinguir de otros autores

protestantes, que son a veces peores que algunos eruditos católicos. Ya que tratan con más respeto el texto bíblico, y tienen más carácter devocional que algunos comentarios evangélicos. ¡Vivimos tiempos extraños!

La Biblia habla hoy

Es por lo tanto refrescante encontrarse con una serie de comentarios como ésta, claramente inspirada en la colección *The Bible Speak Today* de *Inter-Varsity Press*. La mayor parte de los libros pertenece a esta colección pero no en su totalidad. Esta colección sobre el mensaje de los libros Antiguo Testamento, que ahora traduce al castellano *Publicaciones Andamio*, está editada por veteranos predicadores como Alec Motyer o Raymond Brown. La erudición de estos hombres no tiene nada que envidiar a la de algunos jóvenes profesores evangélicos, pero su fuerza y claridad están a años luz de muchos autores actuales, más preocupados por las notas a pie de páginas y las referencias bibliográficas, que por la comprensión del texto bíblico. Necesitamos comentaristas como ellos, llenos de sabiduría, pero también de pasión por el mensaje de la Escritura.

Es cierto que ésta no es una serie de comentarios bíblicos, que desarrollen los libros, siguiendo el texto versículo a versículo. Como su título inglés indica, se centran en su mensaje. Aunque hay pocos libros tan útiles como éstos, para comprender el sentido de cada sección y libro en su totalidad. Lo que tenemos aquí es una comprensión global de cada texto, que nos lleva inmediatamente a la actualidad, considerando su valor práctico y aplicación, para la vida del creyente.

También hay autores jóvenes en esta colección, como Chris Wright, que ha enseñado mucho tiempo el *Antiguo Testamento* en un centro bíblico orientado a la tarea misionera (*All Nations Christian College*), antes de dedicarse en Londres a la fundación de cooperación internacional *Langham* (que fundó John Stott para mantener proyectos de educación en todo el mundo).

La visión de la profecía de estos autores está lejos de las especulaciones escatológicas de tantos autores populares, que juegan con el texto bíblico para dar su propia interpretación del mundo, siguiendo las más caprichosas identificaciones, para leer la Biblia a la luz del *telediario*. Su enfoque es riguroso, claramente arraigado en el contexto histórico, pero lleno de referencias al mundo actual. Lo mismo cita una canción de *U2* que analiza el mapa del Templo.

Algunas obras, como la de Motyer sobre Isaías, no pertenece en realidad a la serie *The Bible Speak Today* de *Inter-Varsity*, aunque está publicado por esta editorial. Es un comentario al que dedicó toda su vida, basado en su propia traducción y meditación durante muchos años. Para muchos, no hay duda que se trata de una obra maestra, un trabajo magistral, en una línea radicalmente diferente a la mayor parte de los comentarios que se hacen hoy en el mundo evangélico en un contexto académico.

Algunos de los comentarios, por otro lado, pertenecen a la colección *Tyndale* también de *Inter-Varsity*. Otros son don autores que consideramos “nuestros”, como: David F. Burt y Stuart Park, que han escrito algunos comentarios de un nivel excelente.

La Palabra Eterna

Estos libros parten de los presupuestos clásicos de la teología evangélica, como es la unidad del texto y su mensaje cristo-céntrico. Se atreven a veces incluso a prescindir de toda referencia crítica, para concentrarse en el sentido del texto, que explican con claridad y pasión evangélica. Estas obras están destinadas por eso a ser libros de referencia durante muchos años, siendo apreciadas por muchas generaciones, que descubrirán en su trabajo una obra perdurable, que trasciende las absurdas polémicas entre uno y otro autor de esta generación, para desvelarnos el verdadero mensaje del libro.

La publicación de estas obras nos da en este sentido un modelo de lo que debe ser un comentario evangélico. Cuando muchos de los libros que abundan en este tiempo, sean finalmente olvidados, las obras que seguirán atrayendo al lector del futuro, son las que transmitan el mensaje de la Palabra eterna, más allá de modos y modas, sobre los que prevalece el espíritu de la época.

Estos autores muestran una capacidad excepcional para sintetizar lo que otros hacen en multitud de páginas de oscuro contenido. Su extraordinaria claridad se ve resaltada a veces por una increíble genialidad para dividir el texto en unos encabezamientos tan atractivos, que uno no puede resistirse a la tentación de repetirlos en tu propia exposición. Son comentarios ideales, porque animan a predicar estos libros de la Escritura.

Alguien ha dicho que nunca se debería escribir un comentario sobre un texto bíblico, que no se haya predicado. Es más, los comentarios que resultan más útiles a los predicadores, son aquellos que están escritos por predicadores. Y eso es lo que son los autores de estos libros, maestros que piensan que es más importante comunicar la Palabra de Dios, que obtener un prestigio académico. Son servidores de la Iglesia, pero anunciadores también al mundo de la Buena Noticia que hay en este Libro.

Estas obras son una excelente ayuda para estudiar la Biblia y exponerla, en nuestra lengua y generación. Esperamos con impaciencia todos los títulos de esta colección, deseando que sean usados por muchos predicadores y lectores de la Escritura, para anunciar el Evangelio a un mundo y una Iglesia necesitada de la Palabra viva. Puesto que Dios sigue hablando hoy por su Palabra y su Espíritu.

José de Segovia

Prólogo del autor

Al saber, allá por el año 1977, que pronto cesaría en el ministerio que había estado

desarrollando por espacio de varios años en la iglesia de la que era responsable, y ante la posibilidad de estar sin un cargo a tiempo completo por un período inusualmente dilatado, elaboré todo un conjunto de sermones con la esperanza de que fueran de ayuda para aquellos que tuvieran que acometer la tarea de dirigir la vida de la iglesia y trabajar en una situación más bien novel. El tema de la serie era el de la responsabilidad del liderazgo y, en cuanto a su directriz, apuntaba a lo experimentado por algunos de los grandes reyes de Judá en los tiempos del Antiguo Testamento, todo ello bajo el título 'El Peso de la Corona'. Dado que 1977 era el año de las bodas de plata en el trono de la reina Isabel II, y la parafernalia que adorna la institución de la monarquía británica era conspicua por todo el país, el título tenía algo de apropiado.

A lo largo de los años que siguieron, me fui sintiendo cada vez más cautivado por las lecciones que Dios tiene todavía que enseñar a su pueblo a través de esas grandes figuras del pasado. El estudio de personajes como Josafat, Uzías, Ezequías y Josías me llevaba a otros gobernantes en esa misma línea y, como consecuencia, al modo en que los Libros de Crónicas (a diferencia de Samuel/Reyes) sitúan la monarquía davídica en el marco amplio de la historia del mundo y en el proyecto de Dios centrado en el pacto. Me he esforzado, siempre que me ha sido posible, por compartir con el pueblo de Dios, en múltiples ocasiones y en muchos lugares distintos, las riquezas encontradas en esa magnífica proclama que son los libros del Cronista.

A título personal, desde el primer momento en que se acometió la publicación de esta serie completa de estudios sobre los libros de la Biblia, he tenido amplia oportunidad de apreciar la paciencia de Alec Motyer y Frank Entwistle, la hospitalidad de Bill y Shirley Lees, y el estímulo y aliento conjunto de los cuatro con respecto a mi persona, y todo ello en medio de un proceso lento y laborioso de ir poco a poco rellenando huecos y proseguir en la redacción de mi exposición. Mi ruego sería que el Cronista vuelva a ser escuchado una vez más en el seno de la iglesia por las nuevas generaciones, atentos a esa imperecedera predicación suya sobre la fe única, y ello para gloria y alabanza al Señor.

Michael Wilcock

Abreviaturas principales

Ackroyd	<i>I & II Chronicles, Ezra, Nehemiah</i> by Peter R. Ackroyd (Torch Bible Paperbacks. SCM, 1973)
AV	<i>The Authorized (King James') Version of the Bible</i> (1611)
Coggins	<i>First and Second Books of Chronicles</i> by R. J. Coggins (Cambridge Bible Commentary on the NEB, CUP, 1976).
Curtis & Madsen	<i>Chronicles I and II</i> by E. L. Curtis and A.A. Madsen

	(<i>International Critical Commentary</i> , T. & T. Clark, 1910).
GNB	<i>The Good News Bible</i> (The Bible Societies and Collins; NT 1966, 4 th edition 1976; OT 1976).
Goldingay	'The Chronicler as a Theologian', <i>Biblical Theology Bulletin</i> , Vol. 2, June 1975, pp. 99–126.
IBD	<i>The Illustrated Bible Dictionary</i> (IVP, 1980).
JB	<i>The Jerusalem Bible</i> (Darton, Longman and Todd, 1966).
Keil	<i>The Books of the Chronicles</i> by C. F. Keil (<i>Biblical Commentary on the Old Testament</i> , Eng. tr. Edinburgh 1872).
McConville	<i>Chronicles</i> by J. G. McConville (<i>Daily Study Bible</i> , St Andrew Press, 1984).
Myers	<i>1 Chronicles and 2 Chronicles</i> by J. M. Myers (<i>Anchor Bible</i> , Doubleday, New York, 1965).
NAS	<i>The New American Standard Bible</i> (1963).
NEB	<i>The New English Bible</i> (NT 1961, 2 nd edition 1970; OT 1970).
NIV	<i>The New International Version</i> of the Bible (Hodder & Stoughton; NT 1973; OT 1979).
Payne	<i>Kingdoms of the Lord</i> by David F. Payne (Paternoster, 1981).
RSV	<i>The Revised Standard Version</i> of the Bible (NT 1946, 2 nd edition 1971; OT 1952).
RV	<i>The Revised Version</i> of the Bible (1885).
Thiele	<i>The Mysterious Numbers of the Hebrew Kings</i> by Edwin R. Thiele (Eerdmans, Grand Rapids, revised edition 1965; originally published Chicago, 1951).
Williamson	<i>Chronicles I and II</i> by H. G. M. Williamson (<i>New Century Bible</i> , Marshall Morgan & Scott/Eerdmans, 1982).
Williamson, Israel	<i>Israel in the Books of Chronicles</i> by H. G. M. Williamson (CUP, 1977).

Introducción

Una primera impresión puede inducir fácilmente al error. En el caso de Crónicas, eso es exactamente lo que pasa, lo cual no impide que percibamos indicios que apuntan a su verdadera naturaleza, siempre y cuando, claro está, nos paremos a considerarlos con mayor detalle y atención. Pero, una vez hecho así, y a la vista de su contenido, no podemos dejar de preguntarnos extrañados '¿esto es todo lo que *realmente* se puede 'sacar' de Crónicas?'. Y aunque la respuesta sea 'No', el hecho en sí de tener que indagar ya habrá demostrado algo.

1. Un valle de huesos secos

Al enterarse, tiempo atrás, de mi compromiso con este proyecto, un amigo de toda la vida me advirtió que no podía haber escogido un tema más árido, sugiriéndome entonces como título para mi libro '¿Podrán revivir esos huesos?' Las largas listas de nombres a las que hay que hacer frente, sobre todo en el caso de 1 Crónicas, pueden frenar el entusiasmo del lector más audaz, cuando algunas de esas listas incluso se repiten, ¡como si con una sola vez no fuera suficiente! Las prolijas descripciones del templo y los cultos resultan hoy día tan sólo de interés, y un tanto limitado, para los expertos en historia antigua. Y cuando el relato empieza a cobrar vida, los acontecimientos del reino del norte en Israel, donde tiene lugar la mayor parte de la acción, vienen a ser prácticamente ignorados, siendo el caso, además, que incluso esa abigarrada policromía de los pérfidos reyes davídicos del sur se deja flagrantemente a un lado con el fin de despejar el camino. A lo que hay que añadir, por si todo eso fuera poco, la presentación de un mundo que hace ya mucho tiempo dejó de existir.

Pero lo cierto es que tampoco existía ya para aquellos primeros lectores suyos. El libro – dos volúmenes en nuestras Biblias y uno solo en el original – vio probablemente la luz por vez primera en el siglo IV a. C. No sabemos nada de su autor, salvo lo que puede deducirse del propio escrito,² y de ahí que se le conozca, por pura conveniencia, como el Cronista. Pero, en cambio, sí que sabemos algo acerca de aquellos para los que fue escrito. Se trataba de súbditos del imperio persa, descendientes de los israelitas que habían vuelto a su patria de origen, en Judea, tras la deportación del siglo VI. La práctica totalidad de lo reseñado en el libro de Crónicas era para ellos algo perteneciente a una época pasada. Sus historias se enmarcaban en un mundo del que les separaba la inmensidad del exilio, y los personajes que poblaban esas historias no eran sino huesos secos – tan secos y tan sin sustancia para ellos entonces como pueden serlo para nosotros hoy día.

Aun así, su autor rebatiría a buen seguro tal argumento aduciendo que la memorable escena que se nos ofrece en Ezequiel de un valle lleno de huesos secos debería ser entendida justamente al contrario. Son sus lectores actuales los que andan necesitados de nuevo aliento de vida, y ese mensaje que surge del pasado bien puede proporcionarlo.

Dadas las omisiones de la historia de los reinos hebreos que constatamos en este escrito, hay que asumir una percepción diferente del libro. De hecho, hay razones para leerlo como una narración histórica, que discurre paralela a la de los libros de Samuel y Reyes, y con un objetivo concreto. De ahí, pues, el título del encabezamiento que sigue a continuación.

2. Historia alternativa

Lo que a primera vista podría parecer una simple reelaboración de Samuel/Reyes acaba siendo bastante más que una mera repetición. De hecho, hay diferencias

notables entre ambas visiones de la historia. En palabras de Goldingay, el Cronista da noticia y razón de hechos históricos de alcance inusitado, remontándose para ello a los inicios mismos de la humanidad; y allí donde cubre el mismo terreno que Samuel/Reyes, utiliza esos libros como fuente, pero con mayor libertad, añadiendo tanto o más que lo que omite. Lo cual hace que, aun pudiendo ser tenido por un escritor poco atractivo, con unas cuantas ideas muy curiosas rondándole en la cabeza, con nociones un tanto excéntricas respecto a qué sea en realidad importante e interesante, y una tendencia a la exageración, pueda, pese a todo, ser considerado un registro y fuente útil de información extraordinaria en relación a la historia del pueblo de Dios.

El abandono que suele sufrir este libro merece pues una rehabilitación mayor y más compleja. De hecho, es bastante más que mera historia alternativa, pues, tal como irá resaltando, y tratando de hacer ver en base a esta exposición, lo que tenemos ahí no es ni más ni menos que un auténtico sermón. Su objetivo sería, pues, el fomento de una correcta relación entre Dios y su pueblo. Los registros y anales de Israel son para el Cronista 'un grandioso mosaico... donde han quedado reflejados los fracasos y el subsiguiente juicio, la gracia y la restauración que se sigue', y, con capacidad perceptiva para captar los acontecimientos dentro de ese discurrir histórico que mejor resaltan el esquema central, primero hace una selección para, después, pasar a proclamar.

Dos de los términos que hemos citado ('fracaso y juicio') pueden, sin embargo, inducir a un tercer error de comprensión del sentido y propósito de Crónicas. Pues, aun admitiendo que no se trata tan sólo de narrativa, sino que es, en realidad, un sermón, y que no es pura historia, sino verdadera teología – admitido, pues, todo eso, parecería ser lectura en exceso superficial predicar a un Dios que, en línea con las más notables tradiciones de la religión popular, dirige desde el cielo la mirada a las gentes, alternando la sonrisa benévola con el ceño fruncido, para entonces bendecir a los buenos y castigar a los malos. Ahora bien, ¿puede ser cierta una visión tan simple?

3. La moral popular

Abandonando por el momento el púlpito para pasar al escenario, podríamos catalogar ese posible modo de presentación de la historia como 'retablo moral'. Retablo que es altamente dramático (que sí, que ¡hay acción en Crónicas una vez se consigue ir más allá de la monotonía de las genealogías!), con la presencia de villanos de la peor clase y héroes que son un dechado de las más excelsas virtudes. La acción se desarrolla en medio de gestos grandilocuentes, rostros torvos y acción trepidante. Imposible entonces que caiga el telón hasta que el mal no haya sido vencido y el bien vuelva a triunfar.

No hace falta decir que eso es mera caricatura de lo que el Cronista quiere proclamar. Pero, en cambio, sí tendremos que considerar qué es lo que hay en estos dos libros para dar lugar a semejantes concepciones. En su momento, pues, analizaremos sus enseñanzas respecto a la retribución, pero podemos decir ya, de entrada, que su Dios es un Dios de justicia inflexible. Por otra parte, no podemos

permitirnos ‘explicar unas partes de las Escrituras en detrimento de otras’,⁷ y tampoco debemos dar lugar a una oposición entre la interpretación más simple, de consecuencias morales, del Salmo 1:3, 6 (‘en todo lo que hace’, el hombre justo ‘prospera... mas el camino de los impíos perecerá’) y la dificultad que plantea el Salmo 73:12–14 (‘los impíos... siempre desahogados, han aumentado sus riquezas’, pero yo ‘he sido azotado todo el día’). Aunque el Cronista suele preferir retomar los incidentes de la primera clase, y ello como prueba evidente de que la justicia divina no puede, en último término, fallar.

Lo que tampoco puede fallar es la gracia divina, pues es otra de las características de suyo inmutables. La institución misma de la monarquía lo corrobora. En el reino del norte, el principio hereditario no consigue mantenerse vigente más de cinco generaciones seguidas; la corona y el cetro son para el que se hace con ellos. En el reino del sur, persiste, en cambio, de forma continuada. El cetro y la corona son para aquellos a los que Dios elige dársele – David y sus descendientes son reyes, no por mérito propio, sino por la gracia de Dios. Y en base a múltiples ejemplos similares, el Cronista viene a demostrar la *hesed* de Dios, esto es, su continua y constante misericordia, y ese amor suyo incondicional e inmovible. Y es por eso también por lo que las interminables listas de nombres están ahí presentes, como prueba irrefutable de la perpetuación de las generaciones al abrigo de un Dios que es fiel al pacto establecido por él mismo en gracia y misericordia.

Al lado de la monarquía encontramos el sacerdocio. En armonía, conforman el núcleo bipartito de la vida en Israel. De esto habrá mucho que decir más adelante; su sentido interno será, pues, ocasión de repetido análisis, y ello, claro está, junto con la representación de Dios para el hombre y del hombre ante Dios, y la aplicación de esas lecciones en la vida del pueblo de Dios en la actualidad. Pero, además, tanto monarquía como sacerdocio nos proporcionan una imagen clara y simplificada de los principios inalterables por los que Dios se relaciona con el hombre

Resumido en un único concepto, la cuestión de los principios viene a ser el tema y asunto del Cronista. Él ve en primer lugar esos principios operando en la historia, procede entonces a seleccionar irrefutables muestras de ello, y los aplica certero a los tiempos en los que vive. Su intención era la encarar como ante un espejo a las gentes de la época con su historia y su pasado’. Y en ese dirigirse a las gentes de su tiempo, su mensaje también viene a hacerse extensivo a nosotros. La posible objeción de que ‘Nuestro mundo es distinto del mundo de la monarquía israelita’ hace que seamos justamente la clase de audiencia a la que el Cronista quiere dirigirse.

Percibimos que de lo que se está predicando es de los *hechos* precisos de la historia. No le es necesario al Cronista tan siquiera distorsionarlos para hacer comprensible su mensaje. Es más, su intención se vería frustrada si tuviera que hacerlo, posibilidad que apunta a esa otra falsa idea que suele tenerse acerca del libro, a saber, que no es más que la obra de un gran fabulador.

4. Narrativa creativa

Cierto que el Cronista se permite de hecho añadir y alterar detalles en su re-escritura de las narraciones que encontramos en Samuel y en Reyes, pero aportando en todo ese proceso brillantez y efectividad. Se ha hecho notar, por ejemplo, que para describir los hechos de una época ya pasada, Crónicas recurre a términos y recursos literarios correspondientes a su propio tiempo (*‘era lo que nosotros denominaríamos comandante en jefe’*; *‘pagaron el equivalente de un millón de libras esterlinas’*). Decir que el Cronista viste sus historias con ropajes modernos, recurriendo a lo que los traductores califican de *‘equivalencia dinámica’*, es una cosa; pero afirmar que está menos interesado en los datos objetivos que en crear determinado efecto, recurriendo incluso a la fabulación, es algo muy distinto. Habrá mucho que decir a este respecto en el curso de la exposición, pero merece la pena llamar la atención ya desde ahora sobre esa desafortunada tendencia, presente incluso en los escritores más moderados, a considerar la forma de redactar la historia del Cronista como inferior en categoría respecto al modo en que se hace hoy día. Así, por ejemplo, leemos: *‘El Cronista no es historiador según la acepción común del término; su objetivo no es relatar lo que ocurrió, sino dar noticia de aquello que sirva para edificar’*.¹¹ O, también, *‘Resultaría anacrónico esperar los niveles de rigor histórico habituales en la actualidad’*. Pero la cuestión es que, por mucho que se pretenda, el estudio objetivo, libre de prejuicios y los a priori, no existe como tal; ni tampoco hay investigación objetiva de *‘los hechos’* que no seleccione unos datos en detrimento de otros, y ello tanto en historia escrita como en otras posibles formas de narración. En resumen, se hace evidente que la mente abierta no existe. El propio juicio que califica el nivel de los historiadores bíblicos como inferiores a otros posibles surge de unos presupuestos subjetivos. *Evidentemente*, el Cronista se permite añadir algo aquí y allá, quitando de un lado y de otro, omitiendo en ciertos casos, resaltando en otros, suavizando aristas, atando cabos sueltos. Y tampoco puede negarse que escribe de forma selectiva. Pero eso es exactamente lo mismo que hace el historiador *‘objetivo’*. *Evidentemente*, el historiador moderno se esfuerza por dar con los datos fidedignos. Pero el Cronista aspira a lo mismo. La dicotomía, craso error de Benzinger, que se establece entre *‘lo que ocurrió’* en oposición a *‘lo que sirve para edificar’*, es falsa. La cuestión es que el Cronista no necesita inventar nada para poder edificar. Él deja que los hechos hablen por sí mismos –siendo el caso que algunos hablan con mayor claridad que otros– para, acto seguido, contarnos lo que dicen: *‘lo que tuvo lugar’* es lo que en verdad edifica.

5. El último libro de la Biblia

Un lector novel de Crónicas podría ver el libro (erróneamente, por cierto) como un verdadero valle de huesos secos, como historia alternativa, como moral popular o incluso como una rememoración creativa. Pero sería, en cambio, poco probable que lo viera como el último escrito de la Biblia! A menos, claro está, que lo estuviera leyendo en el original hebreo – porque entonces lo habría encontrado justo al final, como el último de los libros, poniendo el broche definitivo al canon de las Escrituras en lengua

hebrea.

No hay unanimidad de criterios referente a la posición que ocupa en nuestra Biblia, y, sin embargo, parece ser la más apropiada. La selectividad de la que hace gala el Cronista no es muy distinta de la del autor del último de los Evangelios en su reflexión acerca de las innumerables remembranzas de la vida terrenal de Cristo, seleccionando entonces unas cuantas inéditas para aplicarlas a verdades fundamentales de siempre. Así, el modo en que el Cronista resume esas verdades, con enseñanzas que podemos encontrar en otras partes de las Escrituras, pero enseñándolas con la vitalidad, la resolución y el dramatismo que le caracterizan, trae a la memoria el último de los escritos del Nuevo Testamento. A semejanza de Juan en el libro del Apocalipsis, Crónicas pone broche final a una parte importante de las Escrituras, afirmando que 'todo su reinado, su poder y todos los acontecimientos' están debidamente recogidos en las crónicas. Los innumerables personajes de los que ha ido dando información en sus crónicas no son ni mucho menos huesos secos, sino, y muy por el contrario, parte esencial del ejército del Dios viviente. Son, pues, personajes y seres humanos reales, y esa continuidad y solidaridad que representan viene a hacer también real para nosotros la verdad por la que ha de regirse el pueblo de Dios a través de los tiempos y las generaciones. Las palabras del muy conocido himno victoriano, debido a Edward Hayes Plumptree, son aquí particularmente apropiadas:

Tu mano, oh Dios, ha guiado
a través de los tiempos
siempre a tu rebaño.
Tu portentosa historia,
en palabras sin igual
nuestros padres disfrutaron.
De tu bondad los hechos
ahora recordamos,
bendito testimonio:
'Una sola Iglesia, una sola Fe,
y un único Señor'.

PRIMERA PARTE

El árbol que el Señor plantó

1 Crónicas 1–9

Las raíces

1 Crónicas 1–3

‘Primer libro de las Crónicas. Adán, Set, Enós, Cainán, Mahalaleel, Jared...’ Pero, ¿qué es esto exactamente? Hay que pasar rápido la página: de hecho, hay que pasar las diez páginas siguientes, y tratar de encontrar algo que al menos se deje leer, y, ya que no ameno, sí al menos interesante. Pues, ¿qué aprovechamiento puede tener un libro, opina Alicia (en su “País de las Maravillas”), si no hay ni ilustraciones ni conversaciones que lo hagan ameno? Y, por otra parte, además, ¿qué puede haber más portentosamente aburrido que los nueve primeros capítulos de 1 Crónicas? En lo que respecta a sus palabras iniciales, podremos revisar en su debido momento ese calificativo. Pero, ¿qué decir del panorama que presentan en sí esas páginas introductorias? En la actualidad, una terminología más moderna ha venido a reemplazar ‘engendró’ como fórmula fija, dando nueva consistencia a la ‘argamasa’ que sostenía el edificio en origen. Pero, incluso con ese nuevo ‘revocado’, los ladrillos siguen siendo los mismos – cientos de nombres propios (nada menos que 200 ya en el primer capítulo), y en una lengua extranjera, por no decir en desuso y muerta, siendo el caso, además, que prácticamente ninguno de esos nombres le dice algo al lector moderno.

Pero el Cronista, redactor no identificado de estos relatos, tiene grandes historias que contar y portentosas lecciones que enseñar. Y así es cómo él ha decidido hacer la introducción. Lo que nos lleva a tomar posiciones si es que aspiramos a desentrañar su sentido.

Al hacérsenos evidente que todos esos nombres se corresponden, casi en su totalidad, con genealogías familiares, vemos que tenemos una clave para entender por qué han sido incluidos. Pues lo que tenemos ahí no es, ni más ni menos, que una serie de árboles genealógicos; y es precisamente esa imagen del ‘árbol’ una de las formas más universales que Dios utiliza con asiduidad en las Escrituras para ilustrar sus más grandes verdades, y ello de forma simple y explícita para que todo el mundo pueda comprenderlas fácilmente.

1. El árbol

Ese árbol del que brota la historia es en ocasiones una encina; en otras, una higuera; a veces, una parra. En cada caso, viene a representar el pueblo de Dios. Por ser cosa común hablar de descendientes, trazando la genealogía hacia abajo, la idea de un ‘río’ podría parecer más adecuada. Pero eso lleva a resaltar la posible grandeza de la última generación, y tiende a minimizar los afluentes que han ido contribuyendo a su caudal. El objetivo del Cronista viene a ser, sin embargo, justo lo contrario. La naturaleza y la unidad del tronco en una base bien enraizada, del que han ido surgiendo las distintas

ramificaciones: ése es el verdadero tema.

Los detalles que reúne para formar la imagen del árbol son de distinta índole. Puede servirse de los libros bíblicos más antiguos que nosotros también conocemos, o de historias tiempo ha perdidas. Está de hecho (y eso hay que tenerlo muy presente a través de toda la lectura del libro) *recordando* a sus primeros lectores cosas que ellos, como israelitas versados en su historia, saben bien.

Veamos ahora de qué se componen los tres primeros capítulos.

El tronco del árbol se yergue enhiesto por espacio de diez generaciones partiendo de Adán hasta llegar a Noé (1:1–4a). En ese punto, empieza a dividirse, pero todavía vislumbramos entre las ramas el tronco principal, partiendo de Sem, hijo de Noé, hasta Isaac, hijo de Abrahán, y Jacob (o Israel, como suele el Cronista llamarle habitualmente); 1:24–28, 34); a continuación, a través de Judá hasta Hezrón, continuando con Isaí y David (2:1, 3–5, 9–15), elevándose por encima de los reinados de veinte reyes hasta llegar a Ezequías (3:1, 5, 10–16), y finalmente, de forma posterior a la conquista babilonia, alcanzándose la generación más reciente en los tiempos del propio Cronista (3:17–24).

ÁRBOL GENEALÓGICO

Idéntico espacio, si no más, es el que se dedica a la ramificación lateral del árbol. En cada extremo de doce puntos distintos se nos muestra un grupo de hermanos, familia inmediata, por ejemplo, de Noé, de Israel/Jacob, de Isaí y David, de Josías y Joacim (1:4; 2:1–2, 13–16; 3:1–9, 15–16). Al dividirse esas ramas a su vez, el primer hijo que se menciona suele ser el mayor, como es el caso con Sem, hijo de Noé, y Rubén, hijo de Jacob (1:4; 2:1), o de uno que sea importante aunque más joven, como es el caso de Isaac con respecto a Ismael, ambos hijos de Abraham (1:28). Una cuestión a tener en cuenta ahí es el orden en que se hace el seguimiento pormenorizado de los hijos. En el capítulo 1, se presta atención en primer lugar a las ramas laterales, mientras que el hijo que representa el tronco principal es reservado para el final. Sin embargo, desde el inicio mismo del capítulo 2 se recurre justamente al método opuesto. El Cronista incluye por orden a los doce hijos de Israel, pasando de inmediato a ocuparse de Judá, que, aun ocupando una cuarta posición, es primero en cuanto a importancia. El hecho de que ese cambio en el método ocurra en tiempos de Jacob viene a ser otro indicio (junto con el hecho, ya resaltado, que en estos libros es casi siempre identificado como Israel) de que ocupa un lugar destacado en el esquema general del Cronista.

Junto a las genealogías hay unas listas, que nada tienen que ver con parentescos, correspondientes a gobernadores – los reyes, y después de ellos los jefes o caudillos, de Edom (1:43–54). Es un hecho, pues, que el árbol incluye nombres de individuos destacados que acaban difuminándose en el conjunto de pueblos (p. ej., 1:11–12, 14ss.), países (1:5–8), e incluso ciudades (2:42, 50–51).

Como complemento a una ya muy profusa variedad, el Cronista va introduciendo aquí y allá diversos incidentes y acontecimientos que guardan relación con las personas

mencionadas. Y lo que llama la atención es que no puede decirse que sean acontecimientos extraordinarios de la categoría del diluvio o el éxodo, sino una amalgama de hechos un tanto curiosos (p. e., 1:19, 50; 2:7, 34–35).

La imagen del árbol se presta a contemplar la historia de Israel desde la doble perspectiva del Cronista. Por una parte, vemos cómo *asciende* a partir de la base, con el más lejano pasado en la base del tronco, mientras que el Cronista y sus lectores ocupan la parte más extrema y alejada de las ramas. Pero, por la otra, en cambio, tanto él como todos ellos, y nosotros ahora también incluidos, hemos de ser vistos como árbol que es, y ese ahondar suyo en la historia del pasado no hace sino abocarnos a un seguimiento *hacia abajo*, profundizando más allá de la base para descubrir y entender las raíces que sustentan y dan forma al pueblo de Dios. Esta segunda posibilidad es la que pasaremos a examinar a continuación.

2. Por qué son necesarias las raíces

Los siete hijos de un hombre llamado Elioenai (3:24) configuran las hojas más recientes de la copa del árbol, siendo quizás hombres que residían en la misma ciudad donde el Cronista vivía y escribía. Los reinos de Israel y Judá hace ya tiempo que han venido a sucumbir ante las invasiones, la ruina y el exilio. Los años han ido así transcurriendo. Algunos de los deportados han vuelto del exilio, y sus descendientes están viviendo ahora sin pretensiones como súbditos del rey de Persia en lo que ha pasado a ser mera provincia de ese inmenso imperio. La fecha la situamos en algún punto del siglo IV a. C., encontrándonos, pues, al final de la historia del Antiguo Testamento. De hecho, vendríamos a ver al Cronista desde una luz completamente nueva, y más fidedigna, si el libro ocupara en nuestras Biblias esa última posición que tiene en las Escrituras hebreas; pues es el caso que realmente supone, tal como ya hicimos notar, el último de sus escritos, la conclusión final, y ello en más de un sentido, respecto al mensaje del Antiguo Testamento.

Esa característica es lo que precisamente hace que hoy sea de especial interés. Las circunstancias de las gentes para las que el Cronista escribió en primer lugar no tienen, además, por qué resultarnos poco familiares a nosotros. Tan sólo tenemos que imaginarnos a aquellos primeros lectores contemplando la historia retrospectivamente. ‘En el pasado, hubo grandes días’, les oímos comentar’, ‘días en los que ocurrían grandes cosas – o, al menos, eso es lo que se nos dice – y en los que Dios estaba sin duda a nuestro lado. Entonces acostumbraba a enviar a sus profetas para que instruyeran a las gentes en sus caminos; y así sucedía que ungía a los reyes, y antes incluso ya había designado jueces, para que nos gobernarán y nos protegieran; y antes de todo eso, nos había rescatado de la esclavitud, haciendo de nosotros una nación, y dándonos una tierra en propiedad. Y aún antes de todo eso, había levantado al padre Abrahán de la ciudad de Ur, y había rescatado a Noé de la aguas de la gran inundación, haciendo en un primer momento que Adán surgiera del polvo de la tierra, creando antes la tierra de la nada. Pero’, proseguían, ‘aquellos días extraordinarios son cosa del pasado. El mundo es ahora muy distinto. La historia del antiguo Israel como pueblo no

es más que un bonito cuento: no es que sea todo pura invención, pero sí tenemos que admitir, en cambio, que ya no significa nada. Hemos salido de los tiempos del antiguo mundo de la Biblia para pasar al mundo secular moderno. No negamos que haya alguna relación entre los dos, pero la verdad es que nos preguntamos cuál puede ser. Israel sigue existiendo como nación, pero sólo quedan unas pocas de las doce tribus iniciales, y tampoco están completas. Canaán sigue existiendo, pero tan sólo poseemos una pequeña parte de su territorio. La casa de David permanece, pero su gloria hace tiempo que desapareció. El templo sigue en pie en Jerusalén, pero no conserva su antigua categoría y esplendor. Y si bien el pueblo de Dios ya no sufre persecución, resulta que en cambio es ignorado (lo cual viene a ser incluso peor). Sólo somos una debilitada minoría en un mundo en el que, en la práctica, apenas si existe relación con el mundo de la Biblia. Para nosotros, el futuro es algo incierto, y el pasado ha perdido todo su sentido.' Así manifestarían sus quejas y su desaliento los israelitas del siglo IV.

Ésas son, pues, precisamente las circunstancias a las que el Cronista trata de dar respuesta. En términos actuales, tendríamos toda una crisis de identidad. El pueblo de Dios necesita saber qué es y qué se supone que puede esperar, en el marco de una sociedad que, si es que llega a plantearse su existencia, lo hará con el fin de servirse de ellos para sus propios fines mundanos. Ante ese cuestionamiento de su identidad, el Cronista tiene que responderles que, ellos, como pueblo de Dios que son, han de recordar justamente *lo que en otro tiempo han sido*. Los 'cambios y las oportunidades de este mundo pasajero' tienden a desconcertar a la iglesia de Dios. La correcta comprensión de los grandes acontecimientos que jalonan su continuidad ha de ser motivo de aliento e inspiración, pues, en su base misma, la naturaleza y llamamiento de la iglesia no son diferentes ahora de lo que siempre fueron. Y me ratifico en decir 'la iglesia', pues ese perpetuo 'ahora' nos permite una vinculación directa con la generación del Cronista. Pero los propios términos de su argumentación, los principios que va a establecer, son aplicables por igual a todos sus posibles lectores, tanto del pasado como del presente y del futuro, y en nada afectan a los siglos transcurridos.

De ahí, pues, la prescripción para aquellos que, al igual que planta que crece en terreno pedregoso, se agostan y marchitan en el calor de las circunstancias: 'Lo que se necesitan son raíces,' pues se trata de que *se sienten* desarraigados, y el Cronista quiere que sean conscientes de que esas raíces existen, que son raíces que les pertenecen, y que han de aprender a nutrirse de ellas.

3. El origen de las raíces

Es precisamente en el fondo de esa historia que vosotros ahora consideráis irrelevante (les viene a decir) donde vuestras raíces deben ahondar para hallar el alimento. El Israel de hoy tiene que encontrar estímulo y fuerzas en el estudio del Israel de ayer.

No es difícil seguir el razonamiento del Cronista. En tiempos de perplejidad y confusión, nos reconforta la voz del guía que anuncia seguro 'Yo sé el camino; he transitado por él personalmente; seguidme ahora.' Es la voz de la experiencia, que

apreciamos en particular si el testimonio procede de un líder de la iglesia del Señor que en todo momento ha mantenido su integridad, incluso en esa hora final de la muerte. Es la voz de la biografía – ‘medita en los hechos de su vida, e imita sus pasos en la fe.’ Si procedemos a poner juntas una serie de esas biografías, y vemos cómo van encajando e integrándose las unas con las otras, contra un trasfondo social, político, y religioso que aporta una imagen global al conjunto, tendremos ahí una ayuda extra – es la voz de la historia. Y cuando la historia trata de aquello que Dios ha inspirado a sus siervos a poner por escrito, como relato con autoridad, en el marco de la relación que ha establecido con sus criaturas, la voz que oímos es la voz de la *historia* bíblica, y eso es lo mejor de todo. ‘Porque todo lo que fue escrito en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por medio de la paciencia y del consuelo de las Escrituras tengamos esperanza.’

La tierra fértil en la que las raíces han de profundizar es la historia bíblica. El Cronista la prepara con todo esmero. La idea de que su trabajo no ha ido más allá de abundar en una versión ligeramente distinta de los libros de Samuel y Reyes, como si de dos reporteros en pugna y competencia por publicar la misma noticia se tratara, se desvanece en cuanto se leen sus primeras páginas, pues lo que ahí encontramos es algo muy distinto al trabajo de ese otro gran historiador del Antiguo Testamento. Pero, una vez dicho esto, ¿en qué tarea *se ha embarcado* exactamente nuestro hombre?

Hay dos características que es necesario tener en cuenta, relativas a la manera en que escribe acerca de la historia en esos primeros capítulos. Una es que su escrito va dirigido a personas que sean muy conscientes de la historia y sus hechos, y que estén en disposición de apreciar en todo su valor el pasado de su nación, al tiempo que estén asimismo adecuadamente versadas en el contenido de las Escrituras. Dicho con otras palabras (y esto es algo que deberemos tener presente con frecuencia), sus primeros lectores, tal como apuntábamos líneas atrás, conocen ya los hechos. Podemos suponer incluso que conocen bien las historias relativas a Samuel y Reyes, por lo que podrán contrastar lo que este nuevo libro tiene que decir en referencia a lo contenido en esos otros más antiguos y en base a su propia memoria. El Cronista no está informándoles de algo que no saben; su tarea consiste en interpretar y aplicar desde una nueva perspectiva, hechos y datos ya conocidos por ellos. Dicho de otra forma, el Cronista está, en realidad, predicando.

Su predicación tiene que ver con el significado interno, con el mensaje espiritual de la historia de su pueblo, realizando, para conseguirlo, una cuidadosa selección del material disponible. Y eso es lo que está precisamente llevando a cabo en esos tres primeros capítulos, al componer listas de nombres entresacados del total del período de tiempo que abarcan los libros históricos del Antiguo Testamento. Y eso va a ser, además, lo que va a seguir haciendo en los restantes sesenta y dos capítulos según un muy minucioso examen de la monarquía. Con el fin de dejar claros los distintos puntos que quiere resaltar, va a proceder, entre otras cosas, a añadir material que otros autores han omitido. De ahí que lo que pueda parecer muy obvias diferencias entre sus escritos y los de los otros autores, a la hora de leer de forma regular los libros más antiguos que le preceden, como puede ser el caso de los leccionarios para pública

adoración, este trabajo suyo venga a ser obra de consulta para compensar deficiencias. El nombre griego que se les da es el de *Paralipómenos*, 'Las omisiones'. Pero no se trata de que simplemente inserte partes de información omitida en otros lugares. Se da también el caso de que él mismo omite información presente en otros escritos, e igualmente de que se sirve, en ocasiones, del relato de Samuel/Reyes prácticamente tal como están, mientras que en otras lo altera de forma drástica. Los métodos a los que recurre para su propia visión del relato son, tal como tendremos ocasión de comprobar, de lo más curioso e interesante, y su fin es casi siempre re-presentar datos ya conocidos con objeto de predicar un sermón y enseñar una lección.

Pero aun cuando está *predicando* a partir de datos, el caso es que también *de los datos* predica. Esto es algo de vital importancia y hay que tenerlo muy presente. Los dos tipos de escritos sobre la historia, el nuevo y el antiguo, pueden parecer muy distintos entre sí. La historia moderna puede convertirse efectivamente, en ocasiones, en 'predicación', con puntos que aplicar y lecciones que aprender por parte de sus lectores. Pero su interés primario es *el dato*, investigado con objetividad y registrado con precisión, aunque no tenga ninguna aplicación posible en el presente. Podría pensarse entonces que la historia más antigua (como sería el caso del Cronista), que pretende de forma sistemática tener 'algo que decir', fue redactada sin prestar mucha atención a la precisión objetiva, por lo que habría que disculpar alguna que otra exageración y algún que otro embellecimiento, que no tendrían otro objeto que el de hacer el texto más eficaz para la predicación. Pero, tal como Goldingay hace notar, lo cierto es que esos antiguos historiadores no se dedicaban a sacarse de la manga nuevo material.⁷ Si reflexionamos, podemos entender el porqué. Si la lección que hay que hacer comprender es que 'el Señor se relaciona con las personas de esta o aquella manera', resultando entonces que el predicador no dispone de ejemplos fácticos reales de una intervención concreta por parte del Señor, viéndose por ello necesitado de inventarlos, ¿qué clase de lección sería la resultante? Pues, o bien Dios sí interviene y actúa, y entonces le será posible al predicador citar ejemplos históricos, o eso no es así, y en ese caso tampoco tendría sentido predicar el sermón.

4. La profundidad de las raíces

¿Qué libro de la Biblia contiene el primer versículo más impactante? ¿Génesis? ¿Juan? ¿Quizás Marcos, o Apocalipsis, o Hebreos? Pues en tan augusta compañía tiene derecho a ocupar un digno lugar Crónicas. Iniciamos entonces la lectura, y la vista se desliza página abajo, perdiendo brío en cuanto se nos hace evidente el laberinto genealógico que nos espera. Pero para el oído atento (sobre todo, si la lengua en que se lee es el hebreo), la espléndida sonoridad de esos nombres es como el retumbar de tambores en la lejanía. 'Adán,' proclama el Cronista. 'Adán: fundador de la raza, padre de la humanidad, primero de entre el pueblo de Dios... Set, Enós, Cainán, Mahalaleel, Jared, Enoc, que no llegó a morir; Matusalén, que vivió tantísimos años; Lamec y su muy conocido hijo Noé...'

Hacemos un esfuerzo ahora por recordar que los contemporáneos del autor son

hombres como Elioenai (3:23–24), cuya ‘moderna’ generación tiene que hacer frente a un presente nada atrayente y a un futuro sombrío, y poca ayuda además es la que ven en un pasado que les resulta ajeno. Ésa es la razón de que sean necesarias las raíces. El Cronista es plenamente consciente de que ese pasado constituye la tierra fértil donde se asientan las raíces, y dibuja presto un esbozo de ello partiendo de 1:1 hasta 3:4. Y si volvemos de nuevo a los versículos del inicio, nos damos cuenta de cuán hondo profundizan.

Tal como hemos hecho notar, la cuestión central a la que el Cronista trata de dar respuesta es: ¿Qué son y quiénes son el pueblo de Dios? Y su respuesta es: ‘Yo os mostraré que la iglesia, la comunidad de aquellos que conocen a Dios, “la bendita compañía del pueblo fiel”, se remonta y abarca a todas y cada una de nuestras generaciones, hasta el inicio mismo de la historia, y así puede comprobarse; dándose además el caso de que su naturaleza esencial en nada queda afectada por el paso del tiempo y sus cambios.’

En su revisión del pasado, tres son los puntos a los que presta particular atención. Podríamos pensar (y estaríamos en lo cierto) que pocos eventos, en el conjunto de las narraciones del Antiguo Testamento, igualan en importancia a la creación de las cosas, al llamamiento de Abrahán como padre de la familia fundacional, y a la transformación de esa familia en una nación bajo la guía de Moisés en los tiempos de éxodo. El Cronista, sin embargo, lejos de enfatizar esas tres acciones cruciales de Dios, ni siquiera se preocupa por mencionarla. Abrahán y Moisés son dos nombres más dentro de las genealogías, apareciendo el primero tres veces, y el segundo tan sólo una (1:27, 28, 34, 6:3). En su lugar, percibimos tres focos alternativos de interés. Primero, está el espacio dedicado a David, sus antepasados y sus descendientes (2:3–12; 3:10–24); su familia inmediata (2:13–17; 3:1–9), y algunos de sus familiares dentro de la tribu de Judá (2:18–55). En segundo lugar, según se va descendiendo por el árbol, en una encrucijada importante nos encontramos a Jacob. Esa detallada genealogía de sus doce hijos comienza en 2:1, en un punto en el que se produce un cambio en la disposición de las listas por parte del Cronista; y otro de los hechos que llama ahí nuestra atención es la insistencia en referirse a él por ese segundo nombre de Israel. En tercer lugar, no podemos dejar de notar, en la raíz de tan abundante proliferación de ramas y retoños, el nombre de Adán, al que ya hemos hecho referencia.

¿Por qué razón Adán, Israel y David, en vez de Abrahán y Moisés, como figuras principales en este esquema de cosas? Esa elección, sin embargo, creo que no sólo es deliberada, sino, además, altamente significativa. A Moisés se le hizo presente una de las más espectaculares manifestaciones de gracia en la historia de la humanidad, cuando Dios, habiendo rescatado a su pueblo de la esclavitud en Egipto, ‘se le manifestó en el monte Sinaí’ para hacer de ese pueblo una nación santa apartada para él. Para Abrahán, la revelación había sido anterior y, como lo fue a título individual, más extraordinaria aún, pues Dios estaba nada menos que designándole para ser el padre no sólo de una gran familia, sino de una multitud de naciones.¹¹ Dios hablaría igualmente a Jacob y a David a su debido tiempo, pero eran esos primeros pactos establecidos con Abrahán y Moisés los que constituían la primera manifestación de una

gracia extraordinaria manifestada en palabras. Antes de que tenga lugar el establecimiento del reino por David, Dios ya ha creado una nación a través de Moisés, que será la que le dé cuerpo. Antes de que Israel engendre a sus doce hijos, Dios ha nombrado en la figura de Abrahán al antepasado del que surgirá la familia en su totalidad. Y no es de forma distinta como ocurre con el último – el primero, esto es – de esos grandes personajes de la antigüedad: antes de que Adán engendre a Set, Dios ha llevado a efecto la más tremenda de las iniciativas, comprometiéndose mediante pacto a hacer surgir a aquel que prevalecerá como cabeza de toda la raza humana y del mundo que habría de gobernar.

El marco de la historia se ve, de esta forma, como abarcando tres pares de episodios. Dios crea todas las cosas; a su debido tiempo, Adán procrea el resto de la humanidad. Dios llama a Abrahán; a su debido tiempo, engendra a los doce patriarcas. Dios llama a Moisés; a su debido tiempo, David establece el reino. En cada uno de esos tres acontecimientos dobles, el Cronista se interesa por la segunda de las partes. No es, claro está, que no le interese la primera parte de la actuación por pura gracia; nada más lejos de ello, tal como tendremos ocasión de ver, pero su principal interés es mostrar la manera en la que ‘afloran’, por así decirlo, a nivel de la actividad humana. ¿Cómo ha de ser, pues, en la práctica, el pueblo de Dios en el presente siglo? Como descendientes de David, hemos configurar la versión actual del reino implantado por David; como descendientes de Israel, seremos el equivalente a su familia; como descendientes de Adán, fuimos, somos y seremos la auténtica humanidad. El modelo que Crónicas desarrolla en todos sus pormenores es el del reino. Pero el pueblo de Dios conforma una entidad continua, y ello desde sus más hondas raíces hasta sus últimas ramificaciones. Desde Adán hasta los descendientes de Eliezer – es decir, hasta nosotros mismos.

5. Lo que nutre las raíces

Queda, pues, por definir (aunque puede que ya se haya insinuado de forma evidente) qué es lo que nutre las raíces – cuál es, en esencia, la savia del árbol.

En los capítulos 1, 2 y 3 han de considerarse dos características particulares. Una de ellas es la insistencia del Cronista en las *conexiones* dentro de su narración. La conexión que va de padre a hijo, evidente cuando se contempla el tronco vertical del árbol, partiendo de Adán a Noé (1:1–4a) o de Salomón a Josías (3:10–14), no es más que una de las distintas conexiones que podemos encontrar. Ya hemos tenido ocasión de ver las listas de hermanos (2:1–2), de tribus y pueblos (1:5–16), de reyes que se suceden, y ello sin guardar aparente relación entre sí (1:43–51), y otras varias más. No siempre es el caso de que se dé una descendencia genealógica, pero siempre hay algún tipo de secuencia. Y aun pudiendo resultarnos oscuros algunos de los detalles, y no siendo siempre obvias las conexiones entre las distintas secuencias, y puede que incluso hasta el propio Cronista tuviera dificultad tanto en reconciliarlas como en completarlas, no se puede evitar la impresión de que el conjunto viene a ser para él un todo homogéneo. ‘Esfuércense por tratar de sintonizar y conectar’, insta E. M. Forster a sus hipotéticos

lectores al comienzo de su novela *Howard's End*, y ésta viene a ser entonces la nota constante de su relato a la luz de la terrible tragedia que supone no ser capaces de ver las relaciones que se dan entre las personas y todo lo demás que guarda relación con ello, por remoto que pueda parecernos en un principio, pero que no por eso deja de existir y de afectarnos.

La conexión general se establece, pues, en base a una fusión entre las distintas generaciones: las de la antigüedad, las del Cronista, y las nuestras propias en el presente. Y ésta es la razón de que no debamos dejarnos arrastrar por la falsa noción de que Crónicas tiene más de pura leyenda y de invención, que de relato fidedigno. La principal característica de todas las historias que comienzan con un 'Érase una vez...' es que esa 'vez' no guarda relación con una realidad propia con la que podamos conectar de forma inmediata. Pero es justamente la relación e interdependencia que existe entre las distintas ramas lo que le interesa al Cronista y lo que se esfuerza por hacernos ver. Los nexos de unión entre los personajes de tiempos ya pasados y la realidad de nuestro presente vienen a evidenciar que son tan reales y operativos como podamos serlo nosotros.

Eso nos lleva directamente a la segunda notable característica de los capítulos 1 a 3. Dispersos por el texto, encontramos un cierto número de retratos a escala menor, junto con pequeñas unidades de información, y algún que otro incidente curioso aislado, que (dejando a un lado por el momento la metáfora de la 'savia') podríamos comparar a los nudos en la trama de un tejido o en las vetas de la madera. En paralelo a 1:10, con un Nimrod que 'llegó a ser poderoso sobre la tierra' (BA), tenemos Génesis 10:8, con los versículos 9 y 12, abundando en personaje tan extraordinario. En relación a los muy curiosos datos referentes a Hada, rey de Edom, en 1:50, no nos ha llegado referencia de contraste. Pero para los primeros lectores del Cronista, toda posible referencia o alusión era un recordatorio evidente de hechos localizables en el discurrir de una historia por ellos conocida. De igual manera, una lista con los reyes de Inglaterra incluiría 'Enrique VIII (el que se casó seis veces)', mientras que un esbozo de la historia de los Estados Unidos de América mencionaría 'Lincoln (que fue presidente durante la Guerra Civil)'.

Otros posibles 'nudos' tendrían como función una explicación teológica de los hechos. Los pecados de Er (2:3) y de Acar (2:7) ponen de relieve que pertenecer al pueblo de Dios no es garantía en sí de un correcto caminar delante de Dios. Por otra parte, la inclusión de Bet-súa (2:3) y de Tamar (2:4) hace evidente que ni un trasfondo pagano ni una relación incestuosa impiden la pertenencia a ese pueblo. Ser descendiente por vía sanguínea no es el criterio definitivo para decidir quién puede o no puede pertenecer al pueblo de Dios. Y dado que Nimrod y Hadad han de ser considerados figuras históricas, estos otros pertenecen a la categoría de hechos teológicos. Como temas en sí mismos, están destinados además a un desarrollo importante posterior dentro del propio texto, e incluso apuntan a nuestra iglesia neotestamentaria contemporánea, con capacidad para asimilar esas enseñanzas como propias. Por estar en sí constituida por gracia y no por raza, esa iglesia se descubre a sí misma una, en conjunción con la iglesia de los tiempos del Antiguo Testamento.

Esa profunda unidad espiritual, que ha de mantenerse en el discurrir de los siglos y a través de las diferentes culturas, pudiera ser la causa de ese otro ‘nudo’ en 1:19, en claro contraste con el significado del nombre de Peleg (‘División’). En los tiempos de ese personaje en concreto, tuvo su inicio una división territorial impuesta que pronto se convirtió en uno de los hechos más conflictivos de la convivencia humana, y así ha continuado siéndolo. Pero la cuestión es que ‘no ha sido así desde el principio’. El factor de la propia humanidad es más fuerte, por anterior, que el de la nacionalidad, y, dado que el Cronista está describiendo no sólo a los pueblos de la tierra, sino asimismo al pueblo de Dios, la fe es un vínculo aún más fuerte. Tema que desarrollará más adelante como lección permanente para los lectores de cualquier época.¹⁴

El Cronista, al resaltar los nudos discrepantes (y volvemos ahora a la imagen del principio), nos remite a la savia del árbol fundacional, a su pujanza y a su continuidad. Toda su narración va a ser ilustrativa de los principios que subyacen en la relación que Dios establece con la humanidad. Los hombres de los que leeremos eran personas reales, de carne y hueso, y antepasados nuestros. Nuestros padres, como los denomina las Escrituras; y si se nos ocurriera comentar lo extraño que resulta considerar ‘padre a un antepasado tan lejano, creo que el Cronista replicaría que esa expresión se acercaba más a la verdad que nuestra percepción del hecho. Una de nuestras herejías modernas es creer que las grandes continuidades llegan a desvirtuarse, por fragmentación, con el paso del tiempo. Y es hecho constante en este actual siglo nuestro considerar el propio tiempo como inigualado en problemas y necesidades. Pero, aun cuando pueda ser que nadie más lo haga, la iglesia debe rescatar en su propia centuria esas raíces suyas que se remontan a través de los siglos, examinando para ello con esmero cada parte constituyente y los principios que la sustentan, pues eso será, en definitiva, lo que venga a demostrar su inigualable realidad: ‘una sola iglesia, una sola fe y un único Señor’.

Las ramas

1 Crónicas 4–7

El Cronista reúne para los cuatro capítulos que siguen una sorprendente colección de listas de nombres. El grueso del pueblo de Dios está representado ahí en todas sus ramificaciones, y aunque, evidentemente, ‘no’ absolutamente ‘todas’, pues eso sería prácticamente imposible, sí suficientes como para ir poblando sus ramas hasta ese momento, abarcando en su crecimiento los distintos territorios, y dando la impresión de un todo. Dicho de forma resumida, los capítulos 4 a 7 son la presentación de las gentes de las tribus de Israel.

Para la mentalidad moderna, la imagen global resulta un tanto desalentadora. Algunas de sus peculiaridades – por ejemplo, la desproporción en el espacio concedido (Leví con más de ochenta versículos, Neftalí con uno solo) y la repetición de nombres y hechos (Judá aparece en los capítulos 2 y 3, y Benjamín en el capítulo 8, así como también en los capítulos 4 a 7) – vendrán a quedar explicadas a su debido tiempo. Otras, en cambio, como es el caso de la variación en nombres para un mismo personaje² y la omisión de otros de carácter importante, puede que hayan de ser aceptadas como consecuencia de un método y propósito deliberado por parte del Cronista, y como algo aceptable para los lectores de la época. Aun así, hay otras que son corrupciones del texto hebreo original, quedando como única posibilidad conjeturar respecto a su forma en origen. Pero, una vez hechas todas las posibles salvedades y aclaraciones, esos capítulos siguen constituyendo tarea ardua, y puede incluso que en mayor medida que los capítulos 1 a 3.

Nuestra intención es ir explorándolos de forma metódica y sección por sección, recordando que esos capítulos están compuestos por un caleidoscopio que abarca nombres y listas genealógicas, geográficas y militares, y (aquí y allá) incidentes de orden menor y referencias históricas. Lo que irá surgiendo a partir de ahí será entonces un despliegue de los intereses particulares del Cronista, preparándonos así a nosotros para los temas principales de ese sermón que va a predicarnos en el conjunto de su escrito.

1. La tribu de Judá (4:1–23)

A la rama principal del árbol de Israel, constituida por la tribu de Judá, ya se le ha dedicado un espacio considerable en los capítulos 2 a 3, principalmente en relación a David, como el más ilustre de los vástagos del Antiguo Testamento. Esta sección ahora es, en algunos aspectos, una ampliación, mientras que en otros viene a ser un resumen o corolario de esa primera rama. Tres son los rasgos que hay que destacar.

En primer lugar, van apareciendo de forma progresiva genealogías con nombres que sin duda se corresponden también con topónimos o nombres de lugares. Hay un ‘padre de Belén’, y un ‘padre de Tecoa’ (4:4–5), y así sucesivamente. Los compuestos con *Beth* (casa), *Ir* (ciudad) y *Ge* (valle) hacen normalmente, como es de esperar, referencia a lugares; de hecho, *Ir-nahas* (4:12) da un paso más, pues no hace simplemente referencia a una ciudad (ciudad de Nahas’), sino a una ciudad que está dedicada a una industria en particular (‘ciudad del bronce’), mientras que *Gue-jerasim* (4:14) queda identificada como ‘valle de los artesanos’. Los antiguos israelitas no sólo habitaron en esos lugares, que seguirían siendo de hecho bien conocidos por esos primeros lectores del Cronista, sino que eran además personas sensatas, con los pies en la tierra, formando parte de la realidad de lo cotidiano: herreros y artesanos, ‘tejedores del lino y ‘alfareros’ (4:21, 23).

De entre todos esos personajes de carne y hueso, destaca Jabes (4:9–10), aunque por una razón diferente. Los nexos con su familia más inmediata no quedan claros, pero lo cierto es que este personaje ocupa el lugar que le corresponde, y con indiscutible seguridad, como miembro perteneciente a la tribu de Judá, esto es, entre ‘sus

hermanos', y como ilustrativo de un segundo tema afecto al Cronista. Sin embargo, no resulta a primera vista obvio por qué ha de ser considerado 'más honorable' que el resto de su familia. La única indicación acerca de su carácter es la oración de 4:10, que comienza sin posible tacha para ir cayendo hacia el final en un egocentrismo no justificado. El punto de interés, sin embargo, no les pasaría inadvertido a sus lectores hebreos. La madre de Jabes 'le dio a luz con gran sufrimiento', poniéndole el nombre en relación a eso, ya que 'Jabes' significa 'dolor' en hebreo, teniendo el término en esa lengua idéntico número de letras ('bs, 'sb). A un hombre de hoy quizás no se le ocurriría cambiar el apellido heredado, pero, ¿qué pasaría si ese apellido fuera, por ejemplo, 'desgraciado'? En el mundo de la Biblia, el caso habrá sido más desafortunado todavía, pues los nombres tenían una genuina connotación de significación personal y de poder, y parece evidente que Jabes no estaba dispuesto a vivir bajo el peso de semejante destino. De ahí entonces su oración con doble petición: '[guárdame] del mal [para que no me cause] dolor' (4:10 BA), con claro ejemplo de hasta qué punto riesgos y peligros pueden ser contrarrestados por la oración hecha en fe y por el poder de un Dios que oye y responde a nuestras súplicas.

Así, el Cronista deja patente su interés en los lugares y los hechos prácticos (Guejerasim e Ir-nahas) y en las verdades espirituales (Jabes). A esos dos intereses hay que añadir un tercero, que hace su aparición al final del pasaje. Los versículos 17 y 18, desconcertantes en las versiones más antiguas, pero bastante más claros y comprensibles en las versiones modernas, incluyen sin mayor problema la esposa egipcia de Mered junto a su mujer israelita. Tal como ya se ha hecho notar con anterioridad, el Cronista demuestra estar abierto a una posible relación entre Israel y otras naciones, que cuadra con su talante práctico y que aporta a su carácter piadoso una amplitud de visión verdaderamente insólita. Todas esas actitudes seguirán presentes de forma más desarrollada en sus relatos, y nada más apropiado que hacerlas evidentes desde un principio y, muy en particular, en relación a la historia de la tribu de Judá, cuya posición, fuerza, y destino sobresalen por encima del conjunto de las doce tribus (5:2).

2. La tribu de Simeón (4:24–43)

Dos tipos de información marcan o caracterizan la sección dedicada a los simeonitas: los lugares y los números. El entorno geográfico se hace más explícito que en el caso de Judá, con inclusión de una lista de sus 'ciudades' y 'villas', o pueblos y aldeas (4:28–33), y un apunte relativo a las dos campañas militares que les permitieron incrementar el número de terrenos a expensas de colonos anteriores a ellos, ya fueran meunitas o amalecitas (4:39–43). Esa expansión se relaciona con un aumento en el número (4:38), y con un personaje en particular, Simei, que es señalado como padre de numerosos hijos (4:27).

Esa mención de Simei pone de relieve la otra vertiente de la historia. Las cifras desorbitadas eran excepción en esa tribu en particular. Así, 'sus hermanos no tuvieron muchos hijos, ni se multiplicaron todas sus familias como los hijos de Judá.' Y, según

con las cifras, igual con el territorio, si bien la campaña contra los meunitas vino a tener lugar en ‘los días de Ezequías’ – es decir, que todavía estaban (literalmente) en el mapa a finales del siglo VIII a. C., cuando el poder de Asiria era ya una amenaza de destrucción total para el pueblo israelita –, con lo que esa pretensión sobre la tierra tuvo que ser vista ya como algo de limitadas posibilidades incluso en tiempos del rey David (4:31b).

Pero la cuestión es que, en un cierto sentido, la tribu de Simeón es una rama perdida. Y si falta, no es tanto a causa de una destrucción súbita a manos de los asirios o de Babilonia, sino por una desintegración gradual interna ya iniciada antes del exilio, viniendo después a fusionarse con otros grupos de israelitas y perdiendo en el trasiego sus propias señas de identidad. Las ciudades y los pueblos de 4:28–33 aparecen incluidos en la lista, con ligeras variantes, en esas asignaciones hechas a Simeón cuando la tierra prometida fue ocupada por vez primera en los días de Josué, informándonos que ‘su heredad estaba en medio de la heredad de los hijos de Judá’.

Si nos planteamos cuál podía ser la intención del Cronista, creo que la respuesta es el deseo de resaltar la tensión y la diferencia entre un Israel ideal y el Israel de la realidad. Así, por una parte, se nos presenta a Simeón como un personaje sin entidad propia, que es, por analogía, cómo acabaría siendo el reino otra vez en el siglo VI, y también cómo los hombres de su tiempo, 200 años más tarde, podrían, en un momento de depresión, verse a sí mismos. Pero, por otra parte, muestra a Simeón prosperando, y lo hace recurriendo a una imagen que, si bien no es ficticia (hecho que hay que subrayar), sí es selectiva – ofreciendo un mosaico de descripciones de ocasiones y lugares en los que la rama ahora seca todavía retoñaba con vigor. Y es así, por analogía, cómo el reino vendría a ser en tiempos de David y Salomón, y cómo sería igualmente para los coetáneos del Cronista cuando por fin capten, incluso en ‘el día a día de las pequeñas cosas’ en las que viven inmersos, el auténtico significado de la gracia, el pacto y las bendiciones.

3. Las tribus de Transjordania (5:1–26)

‘Los rubenitas, los gaditas, y la media tribu de Manasés’ (5:18) son vistos en conjunto por haber todos ellos ‘recibido su heredad, la cual Moisés les había dado al otro lado del Jordán’. Diez versículos se les dedican a los rubenitas; siete, a los gaditas; a la media tribu de Manasés tan sólo se le concede una muy breve mención (5:23–24; de la otra mitad de la tribu se ocupará más extensamente en 7:14–19). Al principio de ese capítulo, el Cronista pone entre paréntesis un comentario digno de ser tenido en cuenta en relación a una noción equivocada respecto a su tarea. Se dice, en ocasiones, que considera como verdadero pueblo de Dios tan sólo la línea de David y el reino de Judá, no teniendo interés alguno en las tribus de ‘Josué’ y el reino del norte. Pero lo cierto es que, de hecho, se esfuerza cuanto puede, justamente en esos capítulos introductorios, por enfatizar que ‘aun siendo Judá el que se hizo fuerte entre sus hermanos y un príncipe salió de entre los suyos, su derecho por primogenitura’, quitado a su hermano mayor Rubén, le fue transferido a él, pasando desde entonces a ‘pertenecer a José’ (5:2).

Otro pasaje de idéntico interés es el que encontramos en la última parte del capítulo (5:18–26). Lo que se describe ahí son dos experiencias de signo opuesto que les acontecen a las tribus transjordanas, y que ilustran otro de los temas principales del Cronista.

En su tiempo, esas tribus, al igual que Simeón, ya habían dejado de existir. Pero su suerte había diferido grandemente de la de su tribu hermana. Mientras que Simeón hacía ya tiempo que había desaparecido de escena como entidad en sí, la línea de Rubén se había conservado intacta hasta la invasión asiria del año 732 a. C. (5:6), y es en esa catástrofe cuando él, con sus paisanos transjordanos, desaparece marchando al exilio (5:26). Las genealogías que se mencionan en 5:17 datan de los tiempos gloriosos de mediados del siglo VIII a.C.; esos tiempos habrían de terminar de forma trágica en el lapso de una sola generación.

Ahí, y por vez primera, el Cronista establece las leyes espirituales que subyacen en el devenir de la historia. Junta para ello referencias a dos reyes, uno en cada extremo de un período integrado por tres siglos en la vida de Israel (5:6, 10). Ahora bien, ni él ni nadie podían pretender que los hombres del 700 a. C. fuesen calcos idénticos de aquellos otros del 1000 a. C., y ello además en áreas en las que la forma de vida y las circunstancias se diferenciaban entre sí de forma obvia. En cambio, es igual de evidente que hay otras áreas en las que, tal como él mismo insiste, siguen operativos principios inmutables. La razón de la caída de las tribus transjordanas en los días de Tiglat-pileser (5:6) queda explicitada en 5:23–26: ‘pero traicionaron... y los llevó al destierro’; mientras que la explicación de la victoria obtenida sobre los agareños en tiempos de Saúl (5:10) se da en 5:20: ‘clamaron a Dios en la batalla, y Él fue propicio a ellos, porque confiaron en Él’.

Puede pensarse ahí que el Cronista adolece de esa teología simplificada de la causa espiritual y su efecto – la fe obtiene bendición, el pecado es origen de conflictos, y Dios está detrás de ambos procesos – imponiéndosela a las circunstancias de la historia, que vendrían a ser en realidad mucho más complejas que todo eso. Resultaría, pues, mucho más cercano a la verdad afirmar que la teología supone, *en último término*, la auténtica verdad, y nada más que la verdad. Pues, si no es que aquellos que de continuo rechazan a Dios en última instancia le perderán, y si no es que aquellos que de continuo le buscan al final le encuentren, ¿cómo puede haber justicia en Dios, y cómo puede haber esperanza para el hombre? El sistema de causa/efecto del Cronista no es entonces algo ajeno impuesto a los hechos; es, más bien, el esquema que subyace, a menudo desdibujado por las complejidades del relato, y que viene a quedar expuesto ahora por esa selección suya de los hechos que lo ponen más claramente de relieve.

4. La tribu de Leví (6:1–81)

A esta tribu se le dedica un espacio equivalente en sí al concedido a varias de las restantes en su conjunto. La razón de ese interés por Leví se examinará más adelante, al ocuparnos de los capítulos 8 y 9. Aquí nos centraremos en el capítulo 6.

Los versículos 1 a 30 destacan, mediante listas, y según el método acostumbrado del

Cronista, la *historia* de la tribu como tal. De los tres hijos de Leví, el mediano, Coat, es el primero del que se ocupa; de él descienden Moisés y Aarón (6:2–3). Ésta es, pues, una de las escasas referencias en Crónicas al primero de ellos, a pesar del papel clave que desempeña en el devenir de la historia de Israel; en cambio, su hermano Aarón, de quien procede la línea de los sumos sacerdotes, es de mayor interés para nuestro autor. La línea aarónica se inserta en el curso de la historia secular en dos ocasiones en concreto, en los tiempos del éxodo (6:3) y en los del exilio (6:15). La vida de la nación está inseparablemente ligada a ello. Partiendo del versículo 16 en adelante, se le concede la misma importancia a los tres hijos de Leví, Gersón y Merari junto con Coat, con la línea transversal de los primos de la primera generación seguida de una línea vertical para cada familia correspondiente.

Los versículos 31 a 53 se ocupan de la *función* de Leví en la vida de la nación. El punto focal está en los reinos de David y Salomón (6:3–32), y en la función de los levitas tal como entonces quedó establecida para el culto en el primer tabernáculo y posteriormente ya en el templo. Tres músicos de renombre, Hemán el coatita, Asaf el gersomita y Etán el meradita (6:33, 39, 44) dirigían la alabanza; la línea coatita de Aarón (6:49–53) era la que ofrecía los sacrificios.

Los versículos 54 a 81, en semejanza con la especie de gaceta que encontramos en Josué 21, indican la *extensión* del asentamiento de la tribu. Lo que se les había concedido no era un territorio como el de las restantes tribus, sino un amplio número de ciudades y pueblos distribuidos a lo largo y ancho de Israel. Cada uno de sus miembros integrantes estaría así en una posición análoga a la de Elcana, padre de Samuel, que era efraimita por lugar de residencia pero levita por nacimiento.¹³

Leví, por lo tanto, es fuente de un liderazgo religioso que cumple una función unificadora a lo largo de la historia de Israel por la totalidad de su territorio. Una vez más, esa imagen es selectiva, mostrando las cosas tal como eran en su mejor momento. A su debido tiempo, tendremos ocasión de decir más cosas acerca de esta destacada tribu.

5. Las tribus guerreras (7:1–12)

Los párrafos dedicados a Isacar y Benjamín nos llevan hacia atrás, tal como ya lo había hecho el capítulo 6, a los tiempos gloriosos de David (7:2). Tiempos memorables, por supuesto, siendo así de hecho para la totalidad de las tribus, pero pareciendo haberlo sido más en particular aún para dos de las tribus por su poderío militar.

Ésta es una característica con la que no nos habíamos cruzado hasta este momento. ‘Hombres fuertes’ (7:2; etc) puede sonarnos a fábula narrativa, pero lo más probable es que en el original en hebreo no quiera decir más que ‘guerreros’, o ‘jefes’ (7:3), ‘tropas del ejército para la guerra’ (7:4); y ‘listos para salir con el ejército a la guerra’ (7:11) puede que sea la forma de referirse al hecho en términos militares específicos. Estas tribus, destacadas por su interés en las contiendas, nos son presentadas mediante registros que no dejan de ser, lisa y llanamente, aunque en jerga de la época, listas de reclutamiento.

Así, nos sale al encuentro, una vez más, el cuadro de una gloria ya inexistente que a los coetáneos del Cronista debió parecerles inútil y con su tanto de ironía. ¿Por qué presentar a la tribu de Simeón como floreciente, argumentarían, si ya no existe; o a Leví como personaje influyente a lo largo y ancho del país, cuando sucede que la mayor parte de esa tierra ya ni siquiera nos pertenece? ¿Y qué decir de Isacar y Benjamín como fuerza militar, cuando, según fecha correspondiente, y dentro de ese siglo IV a. C., la debilidad del pueblo de Dios es un hecho patente?

Pero, una vez más, la respuesta será la misma, y así seguirá siéndolo en todo Crónicas. 'En circunstancias cambiantes, buscad los principios inmutables. Indagad en los motivos internos. Buscad sus equivalentes. Las bendiciones, junto con la influencia y el poder que dimanan de Dios (si no en forma obvia y aparente, sí al menos en otras maneras posibles) estarán siempre presentes entre el pueblo de Dios cuando y donde esa mutua relación discurra por los cauces debidos.'

6. Las tribus restantes (7:13–40)

En la sección correspondiente a Neftalí, la otra mitad de Manasés, Efraín y Aser, son varias las cuestiones que vienen a subrayar los puntos ya destacados. Vamos a tomar en orden inverso los párrafos que ahora corresponden. La lista de Aser (7:30–40) tiene, a manera de apéndice de las genealogías habituales, una nota relativa a los guerreros de la tribu, a sus jefes y a sus 'millares', similares a las tribus 'militares' de Isacar y Benjamín. Efraín (7:20–29) presenta un increíble amasijo de relaciones entrecruzadas, pero, dentro de esa aparente confusión, encontramos ejemplos de un incidente que resulta ilustrativo, y ello en contra-referencia geográfica e histórica, y con la mención de personas de carne y hueso, todo ello, pues, muy en la línea del estilo propio del Cronista en el conjunto de estos capítulos. La heredera efraimita Seera (7:24) tiene su contrapartida en los asentamientos de Manasés (7:14–19) en la persona de las hijas de Zelofehad, figuras centrales en el notorio caso legal descrito en otro lugar en el Antiguo Testamento, mientras que en la misma conexión encontramos el relato de Manasés que viene a proporcionarnos otro ejemplo más de una frase, en el hebreo original prácticamente ininteligible, cuya traducción depende en gran manera de la intuición y la conjetura (7:15).

El párrafo relativo a Neftalí (7:13) destaca por su brevedad, en contraste con lo extenso de la sección dedicada a Leví (6:1–81), lo cual nos lleva a una última peculiaridad dentro de este repaso a las distintas ramas del pueblo de Israel. Hemos tenido, pues, ocasión de analizar once de las tribus. Pero, ¿dónde está entonces esa duodécima? Pudiera ocurrirnos ahora que Dan parece faltar en ese recuento general. Algunos comentaristas opinan que en 7:12, otro versículo enrevesado y prácticamente ininteligible ('Shuppim' y 'Huppim' vuelven a crear confusión, tal como había ocurrido en 7:15), aparecía una mención de él que en algún momento desaparece: 'Hijo de Dan: Husim', como único vástago. Con esa adición se completarían las doce tribus, creándonos a nosotros una nueva complicación, pues, llegados a este punto, ¡todavía no se ha hecho mención de Zabulón! ¿Qué se supone entonces que debemos concluir

de todo ello?

La cuestión es que la Biblia, que con frecuencia incluye en sus listas a los hijos varones, o tribus, de Israel, lo hace con pautas variables. Se ha calculado que lo menos hay diecisiete variaciones en el orden de los nombres. Y, aún más, no hay uniformidad de criterios respecto a qué nombres incluir y qué nombres dejar fuera. Pero hay factores, sin embargo, que permanecen prácticamente invariables. (1) Los hijos de Israel ascendían a nueve. (2) Sus nietos Manasés y Efraín fueron aceptados en adopción con rango de hijos propios, dando lugar ellos, a su vez, a dos tribus aparte supliendo la merma de aquella otra que hubiera surgido de su padre José,¹⁹ elevando el número total a trece; pero el llamamiento de Leví a un ministerio de carácter específico y especial vino a separarle de las demás tribus, siendo compensado esto por el doblete con José, quedando reducido el total nuevamente a doce. (3) En medio del proceso de posesión y asentamiento en la tierra prometida, Simeón no disponía de límites definidos y acabó siendo absorbido por Judá; pero Manasés se dividió en dos, con tierras aparte al este y oeste del Jordán, con lo cual el número de territorios resultó ser otra vez doce. (4) El recuento del Cronista vuelve aquí a ser de nuevo diferente. Tan sólo podemos realizar conjeturas respecto al propósito que le movía en su elección de las tribus. Pero el caso es que si, *junto con* Leví y los dos hijos de José, ha incluido también a Dan en 7:12, al omitir a Zabulón consigue mantener el recuento de nuevo en doce. Si, por otra parte, ha omitido tanto Dan como Zabulón, doce seguiría pese a ello siendo el número total, pues ahora se contaría el número de *asentamientos* a los que se hace referencia explícita (con dos de ellos asignados a Manasés).

No cabe duda de que sea todo ello como fuera, esa estructura fija en base a doce, al margen de los métodos a los que se recurra para mantenerla, es considerada la propia del verdadero Israel. El bosquejo analizado, sin embargo, junto con la más amplia gama de colores y matices de los que el Cronista va a irse sirviendo para rellenar lagunas en el texto, tiene la decidida intención de mostrarnos, en una variedad de formas distintas, al pueblo de Dios tal como, de forma ideal y según unos principios básicos fundamentales, debiera ser.

El fruto

1 Crónicas 8–9

Hemos ido siguiendo, como si del crecimiento y desarrollo de un árbol se tratara, la historia del pueblo de Israel en los tiempos del Antiguo Testamento. Las raíces de ese árbol se hunden profundamente en el pasado. Las ramas, por su parte, se extienden profusamente con objeto de abarcar la inmensa variedad de los distintos personajes y

los contextos y situaciones en los que se desenvuelven. Ahora bien, ¿qué es lo que podemos decir de su fruto?

Según visión del poeta inglés Andrew Marvell: en los remotos prados de 'Bermoothes', hubo un momento en el que el Creador

Colocó, entre sombras de verdor, la naranja refulgente,
cual candelero de oro, en medio del gris opaco de la noche.

Así refulge igualmente el árbol de Israel: manifestando en el vigor de su naturaleza ser en verdad el pueblo de *Dios*, y teniendo, como tal pueblo, una relación viva y real con su Dios y Señor. Dios queda ahí representado para su pueblo en la persona de un rey, que es su virrey en funciones, gobernando al pueblo con una autoridad que dimana de la divinidad. Pueblo, además, que es representado ante Dios por medio de un sacerdote, que hace las veces de mediador, llegándose a Dios en favor suyo en toda su humanidad, que es asimismo la humanidad de ellos. Reyes y sacerdotes los encontramos, claro está, en todas las naciones. Pero al ser Dios quien ha nombrado específicamente a éstos, la monarquía israelita y el sacerdocio expresan, en su conjunto, esa relación en dos sentidos con una adecuación ausente en su contrapartida gentil. El árbol es conocido por sus frutos.

Dentro de las genealogías de las tribus, tres de ellas destacan por la cantidad de espacio que se les dedica: Leví, Judá y Benjamín. Geográficamente, vendrán a formar más tarde el reino del sur, esto es, Judá, acaparando la atención indivisa del Cronista. Pero esos distintos énfasis se corresponden asimismo con el fruto del árbol. Leví es la tribu sacerdotal; de Judá y de Benjamín surgirán los distintos monarcas.

1. La monarquía

El capítulo 8 se ocupa detalladamente de la tribu de Benjamín. Ya habíamos tenido ocasión de ver un párrafo concreto dedicado a esta tribu en el capítulo 7, y el Cronista podría habernos parecido entonces un escritor un tanto descuidado en la presentación de su texto, pues, si hubiera sido más metódico, habría eliminando 'repeticiones' innecesarias, dejando el texto reducido a lo esencial. Pero resulta, pese a todo, interesante que ese material 'extra' relativo a Benjamín venga a quedar compensado, en ese punto en concreto, por el material suplementario que encontramos acerca de Judá en el extremo opuesto del relato. Dado que a Benjamín no sólo se le dedica 7:6–12, sino asimismo 8:1–40, se le concede igualmente a Judá no sólo 4:1–23, sino también 2:3–3:24. Ésa es, pues, la razón de que volvamos por el momento a esos capítulos del principio.

a. El fruto máspreciado de la monarquía

La tribu de Judá ocupa la práctica totalidad del capítulo 2, con su más significativa división en los días de sus bisnietos Jerameel, Ram y Quelubai, o Caleb (2:9). A la línea que pasa por Ram hasta llegar a David (2:15) se le concede puesto de honor. A

continuación, tras haberse ocupado debidamente de las otras ramas, el Cronista retoma el personaje de David, estando el capítulo 3 dedicado por entero a él.

Ahora bien, éste es el momento oportuno de considerar de forma pormenorizada lo que hasta aquí tan sólo se había tratado por encima. En ese capítulo 3, encontramos al más grande descendiente de Judá. ¿Bajo qué aspecto nos es presentado? En estos primeros capítulos, el medio del que se sirve el Cronista es el de los nombres propios. Así, en 3:1–9 nos topamos con una procesión de reinas y príncipes, de mujeres desposadas con David, y de hijos que le nacen, mientras ‘reinaba’ primero ‘en Hebrón’ y después ‘en Jerusalén’ (3:4). En esa sencilla forma suya, el Cronista nos muestra la *grandeza* del reino de David. De hecho, podemos incluso visualizar el entorno familiar que le rodea, en una Corte de raigambre netamente oriental, con personajes indispensables haciendo de comparsa: esclavos, soldados, políticos y administradores, y todo el esplendor y el poder necesarios, todo lo cual va a ser desarrollado con la máxima atención y detalle en la segunda parte de 1 Crónicas. El reinado de David, es para el Cronista, la época dorada de la monarquía. Rara vez se aleja de su pensamiento, y es además recordatorio constante de lo que Israel puede llegar a ser cuando actúa en santidad y rectitud.

En línea con ese pensamiento, incluye en 3:10–16 una lista con los descendientes de David, con todos los reyes que reinaron en Jerusalén a lo largo de cuatro siglos desde Salomón a ‘Jeconías el cautivo’, con lo cual viene sobresalir la *vitalidad* como característica propia del reino de David. Es posible que muera el rey, pero el reino no va a perecer con él. Se observan momentos álgidos y situaciones comprometidas en el curso de su fortuna, algo de lo más natural, pero, sea ‘para mejor, para peor, para riqueza, para pobreza, en salud y en enfermedad’, esa unión, entre un gobierno terrenal y el poder divino que lo sustenta, persistirá. Y no desaparecerá hasta que, ya en el siglo VI a. C., Dios mismo cambie las reglas respecto a la dinastía davídica en su concepción original. De hecho, en su más auténtico sentido, ni siquiera llega entonces a desaparecer, sino que, muy por el contrario, se mantiene incólume; y no sólo eso, sino que así, firme, se mantendrá a través de los tiempos y por toda la eternidad. La vitalidad de ese trono que ‘nunca, a diferencia de los altivos imperios humanos, decaerá’, como auténtico reino que ‘subsiste, y prospera por y para siempre’, va a ser otro de los temas principales del Cronista en los capítulos que siguen.

Sea como fuera, lo cierto es algunas de las reglas sí experimentaron un cambio. Llegó un momento en el que Dios permitió que el reino, como institución política, cayera ante un pueblo invasor, sufriendo una devastación tan terrible, que ya nunca más volvió a recuperar las formas de sus inicios. Los atavíos y aditamentos de la realeza se perdieron, pero en cambio, sí se conservó la línea sucesoria. Aunque Jeconías cayó cautivo, no supuso su final, y en 3:17–24 sus descendientes aparecen incluidos en la lista del período del exilio, con continuidad hasta los tiempos del propio Cronista. En cada generación hizo su aparición un pretendiente al trono, que, de hecho, ya no existía como tal; la colonia hebrea de los alrededores de Jerusalén se mantenía por pura condescendencia de los reyes persas y, aun así, sólo como uno más de los muchos pueblos sojuzgados. Lo que tenemos ahí, pues, es el *misterio* del reino. Ese término, tal

como lo hallamos en el Nuevo Testamento, es en verdad el adecuado para expresar este hecho profundo que ahora ocupa y preocupa al Cronista. Las circunstancias cambian hasta el punto de resultar prácticamente irreconocibles; pese a ello, la continuidad existe y se mantiene. Los días en los que los reyes de la casa de David gobernaban en Judá pertenecen a otra época, pero los hijos de Elíoenai siguen ahí, en Jerusalén. La realeza como tal ya ha dejado de ser, pero perdura su esencia.

La línea de la realeza adscrita a David, con todas sus misteriosas y apasionantes derivaciones, viene a ser en verdad el máspreciado y bello fruto del árbol, el más excelso ‘candelero dorado’ que viene a manifestarse como árbol plantado por Dios. Y precisamente a ese fruto, procedente de dicho árbol, el Cronista dedicará gran parte de su escrito.

b. El fruto más temprano de la monarquía

Ya hemos tenido ocasión de ver que, de forma externa al escrutinio de las tribus, esto es, en los capítulos 4 a 7, el Cronista reúne material complementario respecto a algunas de ellas. La sección de Judá, sin embargo, se nos presenta como un hecho aparte, ocupando los capítulos 2 y 3, y, además, ahora encontramos otra sección en exclusiva para la tribu de Benjamín como tema del capítulo 8.

El énfasis en la tribu de Judá es comprensible, pues la casa real de David pertenecía a esa tribu en concreto. Ahora bien, ¿por qué tiene que haber un énfasis especial en Benjamín? Pues por la sencilla razón de que, siendo David y su reino, desde cierta perspectiva, el ideal del Cronista, éste considera todavía más importante la noción del reino *per se*, y ello tanto si sus reyes pertenecen a la casa de David y a la tribu de Judá, como si no. Con esta idea en mente, el Cronista dedica un capítulo entero a los benjamitas (8:1–40), y ello a pesar de figurar ya en un recuento previo de las tribus (7:6–12).

La primera parte de este capítulo 8 presenta problemas. Las diferencias obvias entre la información que aparece en 7:6–12 y la que se nos da en 8:1–28 son, por una parte, difíciles de encajar en el marco de una reconciliación de ambos pasajes, y por otra parte, en cambio, necesarias para poder ver cómo tanto el Cronista como sus presuntos lectores de la época asumían las posibles diferencias sin mayores problemas. (Un pueblo tan alerta e inteligente que estaba, en cambio, dispuesto a permitir que tales ‘contradicciones’ quedaran permanente reflejadas como parte de su memoria histórica, ha de tener por fuerza muy buenas razones para permitirlo.)

Nada más adentrarnos, en cambio, en esa segunda parte del capítulo 8, lo que nos llama la atención es algo muy distinto. Nos salen al encuentro nombres que, sin duda, nos son familiares. El lugar llamado Gabaón (8:29) nos resulta familiar por las menciones anteriores dentro de la narrativa histórica del Antiguo Testamento, y el hombre llamado Cis (8:30) es recordado como el padre de un hijo famoso, que aparece en su debido momento dentro del pasaje – a saber, Saúl, con su hijo Jonatán y su nieto Merib-baal, o Mefi-boset (8:33–34; 2 S. 4:4). Sabemos muy poco, en cambio, de sus otros descendientes, al margen de lo que ahí se nos dice; pero lo que sí resulta evidente

es que la docena de generaciones, partiendo de Saúl, que aparecen incluidas en las listas del resto del capítulo nos llevan aproximadamente a los tiempos del final de la monarquía, el 587 a. C. Quizás fuera con ocasión de esa catástrofe cuando la familia benjamita desapareció de los registros históricos, y ello a pesar de ser sus últimos representantes muy ‘valientes guerreros’ (8:40).

Mucho antes de todo eso, sin embargo, Benjamín ya había desaparecido de otro tipo de registro muy distinto, ya que, aun constando a lo largo de toda la historia de Israel como una de las doce tribus, había habido un breve lapso de tiempo en el que había figurado de forma expresa como la tribu *de la realeza*. Y ésa debe de ser seguramente la principal razón de que el Cronista esté concediéndole a Benjamín, tal como ya se lo había concedido a Judá, mayor espacio en su texto. De hecho, no hace uso de los términos ‘rey’ y ‘reino’ en referencia a Saúl hasta su muerte (10:14; 11:2), y no considera, por lo tanto, que afecte en nada al propósito que le mueve a relatar de nuevo la manera en que Israel pasó a ser una monarquía. Al igual que los acontecimientos cruciales de los días de Noé y Abrahán y Moisés, la crisis por la que el gobierno de los jueces había dado paso al de los reyes es ya suficientemente conocida (1 S. 8–10) y, al igual que en esos primeros tiempos críticos, aparece registrada de hecho en la historia bíblica como un hito histórico de grandes consecuencias. El Cronista omite todos esos detalles dado que, tal como ya hemos señalado, está interesado en que nos fijemos en la otra cara de la moneda – no justamente en esos cambios de orden mayor, sino en lo que contribuye a mantener esa grandiosa continuidad. Por ello, sin alharacas ni fanfarrias, viene a aparecer ante nuestros ojos, casi sin que nos demos cuenta en el curso de su genealogía, el primer hombre que de entre todos los hijos de Israel que iba a encarnar la idea del reino: ‘Ner engendró a Cis, Cis... a Saúl’ (8:33). Ese personaje es el primero de esos ‘candeleros refulgentes en el opaco gris de la noche’, primerísimo fruto de la monarquía en el seno del pueblo de Dios.

2. El sacerdocio

El versículo inicial del capítulo 9 podría ser entendido como conclusión y resumen de la totalidad de la primera sección del libro: ‘Por lo cual, todo Israel vino a quedar incluido en virtud de las genealogías; y como tales han quedado inscritas en el Libro de los Reyes de Israel, Y Judá fue entonces llevado cautivo al exilio en Babilonia por razón de su infidelidad.’ Pero el Cronista guarda todavía ‘en el tintero’ unas cuantas genealogías más que añadir antes de embarcarse en unas narraciones que tienen su comienzo en el capítulo 10. De hecho, 9:1 nos lleva no a su propio tiempo, sino tan sólo hasta la deportación a Babilonia a principios del siglo VI a. C. El retorno de los exiliados, medio siglo después, es el incentivo para esa última lista onomástica suya, como remate a un ‘Los primeros que habitaron en sus posesiones en sus ciudades fueron... los levitas’ (9:2). Los miembros de las otras tribus que retornaron aparecen en la lista de forma un tanto breve y escueta (9:3–9), y una repetición de la sección benjamita procedente del final del capítulo 8 pone broche final al capítulo en sí, proporcionándonos una introducción a la noticia de la muerte de Saúl en el capítulo 10. Pero lo cierto es que la

mayor parte del capítulo 9 se ocupa de la tribu sacerdotal de Leví. Así, tal como ya había sido con Judá y Benjamín, la especial importancia de esta tribu queda indicada por el espacio extra que se le dedica.

La razón de ello no hay que buscarla muy lejos. Una de las principales preocupaciones del Cronista es la instauración de la monarquía en Israel, y otra de ellas sería el culto y la adoración en el templo, algo que, traducido al lenguaje teológico de 1 Crónicas 1 a 9, significa justamente Leví. Y ésa es, entonces, la razón de que el Cronista añada ahora a Leví (9:10–34) más material relacionado con aquel otro que podría habernos parecido, según repaso a los capítulos 4 a 7, una sección falta de proporción, pero relativa precisamente a él (6:1–81).

a. El fruto histórico del sacerdocio

Recordemos el contenido del capítulo anterior. Las distintas ramificaciones de la tribu de Leví quedan reflejadas ahí en función de varias de las generaciones de descendientes de cada uno de los tres hijos de Leví: Gersón, Coat y Merari. La línea de Coat inicia su trayectoria con el padre, retrotrayéndonos a un tiempo muy anterior al éxodo, a ese muy temprano momento en el que Leví, junto con el resto de la familia inmediata de Israel, desciende por vez primera a tierras de Egipto. Pero en cambio, el sacerdocio queda instaurado con Aarón.⁹ El árbol de Israel empezó a dar sus primeros frutos al ser consagrado como sumo sacerdote, y el nombramiento forma parte de las instrucciones dadas a David en el monte Sinaí en referencia a todo el sistema de adoración instituido por Dios para beneficio de su pueblo. La línea de los sumos sacerdotes es presentada como un hecho continuo a través de los períodos de los jueces y de los reyes hasta el final mismo de la monarquía.

Como corolario al bosquejo histórico de la tribu sacerdotal (6:1–30), vemos cómo van apareciendo sus funciones (6:31–53). El sacerdocio levita incluye alabanza, servicio y sacrificio a favor del resto de Israel. Esas ofrendas son agradables a Dios y ello justamente porque el sistema opera en base a la obediencia a su persona – ‘conforme a su orden’ (6:32) y ‘conforme a todo lo que Moisés, siervo de Dios, había ordenado.’ Asimismo, en virtud de ese fruto, esto es, la representación ante Dios de un pueblo en debida relación con él, junto con el fruto añadido que viene a suponer el gobierno que lleva a efecto el virrey de ese pueblo, se hace patente la verdadera naturaleza del árbol.

En tercer lugar, ya vimos la extensión del asentamiento de Leví en la tierra prometida (6:54–81). Sus descendientes se encuentran dispersos ahora por los territorios de las otras tribus, de modo y manera que el cuadro completo resalta a esta tribu sacerdotal representando a la nación en su totalidad ‘en las cosas que atañen Dios’, y ello en cualquier momento de su historia y en cada lugar dentro de sus confines.

b. El fruto continuo del sacerdocio

Pasamos ahora del capítulo 6 al capítulo 9, y en esa sección principal dedicada a Leví

se vuelve a hacer evidente el énfasis del Cronista en la continuidad como factor esencial. Y eso es algo que se aprecia ya en el primer versículo del capítulo. Desde luego, no es que ignore por completo el exilio, tal como sí hace, en cambio, con algunos otros grandes acontecimientos dentro de la historia de Israel (Noé es mencionado, pero sin incluirse el diluvio (1:4); Moisés sí aparece, aunque no el éxodo (6:3)). Pero, tan breve y escueta es su mención que en el versículo 2 ya ha desaparecido, e Israel está de vuelta en casa, reanudando la vida cotidiana como si nada hubiera pasado.

La frase, un tanto curiosa, que aparece al final de 9:2, 'Israel, los sacerdotes, los levitas y los sirvientes del templo', puede que sea un intento de resumen anticipado de lo que sigue. 9:3–9 nos dice, en cambio, algo del 'Israel' que está ahora representado por el sacerdocio levita. En su composición, hay diversas familias y grupos, pero también observamos, y hay que atesorar esta observación para futuras referencias, que incluye a gente procedente no sólo de Judá y Benjamín, sino también de Efraín y Manasés. Por eso, en los nada menos que cincuenta y seis capítulos que restan, el Cronista va a concentrarse casi en exclusiva en Judá y en Benjamín, y ello no tanto porque ambas tribus sean, tal como vimos en su momento, las tribus de la realeza, sino porque vinieron a dar forma y cohesión a ese reino del sur que se atenía de forma generalizada a la línea de santidad de David, mientras que, en cambio, las otras tribus, destacando ahí Efraín y Manasés, se desligaron para dar lugar al reino del norte. Pero ahora, tras el exilio, el Cronista contempla cómo reaparece de nuevo, aunque con mermas, ese ideal suyo tan preciado del verdadero y genuino Israel, que se nutre conjuntamente tanto del norte como del sur.

9:10–13 nos ofrece la lista de retorno de los deportados que sirven a Israel en calidad de sacerdotes, y 9:17–34 incluye a todos aquellos que desempeñaban las funciones de porteros, cantores y 'sirvientes del templo', y entremedio de esas dos secciones, en 9:14–16, tenemos la lista de los que (perteneciendo a esos tres grupos a la tribu de Leví) llevaban el calificativo de 'levita' como designación particular. Todos los de esa tribu que regresaron para quedarse a vivir en Jerusalén tienen que ver, en una u otra forma, con el culto centralizado en Israel. El 'segundo templo', construido sobre las ruinas del grandioso edificio de Salomón, viene a ser igualmente un templo de segunda categoría si se lo compara con el original. Pero los sacrificios y los cultos van a seguir teniendo lugar en este segundo templo de la misma manera que en el primero, siendo el factor de continuidad y enlace con el pasado, la presencia de los sacerdotes, y ello a pesar de la interrupción temporal de los cultos.

3. Un árbol que dará su fruto hasta el final de los tiempos

'Por sus frutos los conoceréis.' Un árbol evidencia que es manzano produciendo manzanas; un naranjo, dando naranjas. La naturaleza de este árbol, el pueblo de Dios, ha de quedar patente por los frutos que produzca, ese doble fruto de realeza y sacerdocio. Si en verdad resultan ser el pueblo de Dios, entonces por definición, habrá una verdadera relación entre ellos y él, y será además así en ambos sentidos: su pueblo se relacionará con él en verdadera adoración, necesitando para ello del sacerdocio, y

Dios se relaciona a su vez con ellos en virtud de un gobierno adecuado, que implica una monarquía.

Y ésta es una verdad que nunca cambia. Cuando el pueblo de Dios sea verdaderamente su pueblo, ese doble fruto estará presente evidenciándolo. Estos primeros capítulos no sólo ponen de relieve dos de los principales temas del Cronista, el reino y el sacerdocio, sino que destacan además sus más relevantes características. De forma constante, pues, reta a sus lectores con la paradoja de lo que es y lo que no es, lo cual viene a concretarse, tal como quiere hacerles ver, en que donde esté el verdadero Israel, habrá florecimiento en virtud de las tribus (ramas del árbol original), de donde brotan el reino y el sacerdocio; o, expresado en términos de los capítulos posteriores, que allí donde esté el verdadero Israel, se hará presente el trono de David y la gloria del templo de Salomón. 'Pero', objetará de inmediato el lector, 'el caso es que ¡ahora no están!' ¡La gloria ha desaparecido, y el poder está ausente! ¿Qué sentido puede tener proponernos semejante modelo, como ideal, cuando para nosotros ya no es sino algo remoto y carente de sentido? ¿O está tratando de decirnos que, por su ausencia, nuestra credibilidad como pueblo de Dios está en entredicho?'

Con el fin de entender esta paradoja, imaginemos a un israelita del Antiguo Testamento viviendo en los tiempos de mayor grandeza de la nación, esto es, el período correspondiente al núcleo central de la historia del Cronista. Ese israelita tiene que ser para nosotros, una persona de carne y hueso, con cuerpo, mente y espíritu – sobre todo, espíritu, de manera que, aunque su cultura y la nuestra sean muy distintas, en el nivel más profundo, sus necesidades y las nuestras son las mismas. Concedámosle, además, una gran percepción espiritual. ¿Dónde encontrar respuesta a esas profundas necesidades espirituales suyas? La vista se vuelve entonces hacia Jerusalén. El sumo sacerdote estará allí, en el templo, con ofrendas de sacrificio a favor del pueblo; allí estará también el rey, ocupando su trono, administrando justicia para un sabio gobierno del pueblo. Nuestro piadoso israelita es consciente de que la sangre de los toros y los chivos no limpia del pecado, pero sabe igualmente que el Dios que ordenó esos sacrificios es un Dios que odia el pecado, y que sin duda llegará el día en que en verdad el pecado desaparezca; los sacrificios oficiados por los sacerdotes, piensa él, tienen por fuerza que ser una imagen ordenada por Dios como antelación de esa otra realidad futura, y por eso tiene fe; pero no en los sacrificios de animales en sí, sino en esa Realidad última que representan. Cree firmemente, además, que esos sacrificios son el anticipo de la auténtica y definitiva remisión de pecados, y que así vendrá uno a ser aceptado por Dios. Se le hace entonces, asimismo, evidente que, al llegarse él de ese modo a Dios, se hará presente el gobierno de Dios en su vida, y ello como manifestación de justicia, benevolencia y soberanía en medio del ejercicio del gobierno por parte de los reyes de Israel, que ahora ocupan el trono como virreyes de Dios mismo, o como representantes suyos ante el pueblo, al igual que los sacerdotes ofician ante el altar como representantes del pueblo ante Dios.

Todo eso está, a no dudar, muy bien, digamos, para el siglo X a. C. Pero imaginemos ahora a otro hombre, está vez contemporáneo del Cronista, varios siglos más tarde. Él también cree ser miembro del pueblo de Dios, y es consciente de su necesidad de una

correcta relación, en ambas direcciones, entre Dios y él mismo. Pero, ¿cómo va a ser eso posible siendo ahora tan distintas las circunstancias? Los sacerdotes siguen ofreciendo sacrificios en Jerusalén, cierto, pero el templo de Salomón ya no está ahí, y con él ha desaparecido mucho de lo que se habría pensado en otro tiempo esencial para una correcta adoración a Dios; además, el gobierno de los reyes también ha dejado de existir. Sin embargo, la necesidad del hombre, que es, en primer lugar, ponerse en la debida relación con Dios y después vivir rectamente ante él, sigue siendo la misma. El Cronista dirige su sermón a esa necesidad, y lo hace tomando como base la historia del pueblo de Israel. El pueblo de Dios *tiene* que contar siempre por fuerza con la presencia del sacerdote y del rey en sus vidas: su marco de referencia va a estar incompleto si faltan esas dos figuras. E incluso, aunque no haya nadie desempeñando esas funciones, seguirá siendo igualmente tan sólo alrededor de ese espacio, vacío pero definido, donde el cuadro del verdadero pueblo de Dios podrá volver a recomponerse. Reine o no David desde su trono, y esté o no Abiatar oficiando ante el altar, ha de existir una aceptación del orden y el gobierno instaurado por Dios del cual son representativas esas dos figuras.

Y si ahora pasáramos a imaginar a un hombre de nuestro tiempo, con las mismas necesidades básicas, el Cronista seguiría predicándole idénticas respuestas. Puede que sus Crónicas surjan de una vieja historia y de unos tiempos ya remotos, pero el mensaje se mantiene inalterado. Mensaje que, de hecho, es el que nos sigue predicando, tanto a nosotros, como a los hombres y mujeres de todas las épocas y lugares. Prestemos, pues, atención a lo que 'el Espíritu dice a las iglesias'. La mayor necesidad es que la persona alcance la debida relación con Dios, y que continúe así. Con este fin, Dios ha fomentado el crecimiento de ese árbol, que no es otro que ese pueblo suyo; y así ha venido a ser que la savia vital de esos principios espirituales, en su práctica continuada, ha dado lugar a que surjan frutos preciosos, cual 'candeleros refulgentes en el opaco gris de la noche'. El formato quedó establecido por vez primera en los días de David, teniendo esa doble línea de sacerdotes y reyes israelitas su inicio ahí. Vendrá después un día en el que se cumplirá la definitiva y más grande de las promesas, y en forma tal como el Cronista ni siquiera pudo haber imaginado. ¿O quizás sí? ¿Llegó a entender que ni ese vacío de poder real y sacerdotal, ni la sucesión de hombres israelitas que fueron ocupando ese vacío, podrían llegar en verdad a lograr una unión real de Dios con su pueblo, a no ser que estuviera realmente presente la verdad última y definitiva que representaban y que habría de manifestarse un día como Realidad encarnada? ¿Pudo él, al igual que Abrahán, mirar 'al futuro, en lo que la vista humana alcanzar puede',¹⁴ y contemplar el día glorioso de Cristo, y gozarse en ello? Pues es el caso que rey y sacerdote habrían de venir a fundirse en la persona de nuestro Señor Jesucristo, cuyo sacerdocio eterno y cuya realeza traerían al mundo 'justicia eterna'.¹⁶ Ya realizado, o sin realizar, Cristo es, en verdad, el que hace de nosotros genuino pueblo de Dios, ya sea a. C. ó d. C. y él es el que viene a cumplir la más grande visión del Cronista: 'un solo Señor, una sola fe, una única Iglesia'.

SEGUNDA PARTE

David, hombre de guerra

1 Crónicas 10–29

La unidad y la individualidad del pueblo de Dios

1 Crónicas 10–12

En sus nueve primeros capítulos, el Cronista introduce una muy amplia representación de la historia del pueblo de Israel en formato de sermón. Sirviéndose de un material acumulado en el transcurso de los tiempos, y siéndonos familiar gran parte de ello en los primeros libros de la Biblia, deja bien explicitados de entrada los intereses que le mueven. Sus focos principales van a ser la corona y el sacerdocio – y, tal como vendrán a desarrollarse los acontecimientos, la corona que se ciñe David y el templo que construye Salomón –; de ahí que seleccione y simplifique según va desarrollando los distintos puntos de su sermón, partiendo de determinados hechos, y todo ello con el propósito definido de elucidar unos principios inmutables y unas verdades definitivas y últimas.

David es el sujeto y objeto de los próximos veinte capítulos, y va a ser así hasta la conclusión de 1 Crónicas. Pero lo cierto es que esos capítulos no nos proporcionan un apunte biográfico del personaje, y menos todavía un estudio de carácter. Para encontrar a un David con ‘defectos y virtudes’ tenemos que irnos a los libros de Samuel y Reyes. Esto no quiere decir que Crónicas quiera adular a David. Tanto el autor como los lectores conocen el contenido de esos otros libros más antiguos, y el tratar de embellecer con este nuevo relato una imagen ya contaminada (que es lo que más de uno argumentaría ahí) no tendría mucho sentido. Todo el mundo sabe, según Samuel y Reyes, cómo era ‘realmente’ David — dependiendo de la ocasión, impulsivo, sensual, sin corazón, indulgente. Pero lo cierto es que también era, igual de ‘realmente’, el más grande de los reyes de Israel, y este nuevo retrato ha de corresponderse justamente con la imagen oficial de David como genuino representante de la monarquía israelita. Con esta finalidad en perspectiva, el Cronista, sin apartarse en ningún momento de la verdad, no se priva de seleccionar material adecuado a su propósito.

El primer punto de argumentación de su sermón relativo a David gira alrededor de la relación entre el personaje y la nación. Lo que se pide entonces de nosotros, como lectores, es que consideremos a David como rey del pueblo, y a sus súbditos como

pueblo de ese rey.

1. El rey del pueblo (10:1–14; 11:1–9)

Tratemos una vez más de ponernos en el lugar de los primeros lectores del libro, para intentar comprender qué habría significado David para ellos. Estamos en el siglo IV a. C. y el mundo que el Cronista describe hacía ya tiempo que era algo caduco y extinto para sus lectores. Y nada más decididamente caduco y extinto que el glorioso reino de David. Pero lo cierto era que, si bien la gloria había desaparecido (*cf.* 1 S. 4:21–22), ni la nación ni los ideales lo habían hecho o, al menos, no por completo. Y es, pues, el núcleo del mensaje del Cronista que los principios operativos en la fundación del reino de David seguían siendo los únicos que en verdad podrían servir para reorganizar la vida del pueblo de Dios como tal nación, si es que iban a tener valor y significado como tal pueblo. David ya no estaba allí, cierto, pero el lugar que había ocupado – ese vacío en el trono y en el templo que aún conservaba su impronta – tenía que seguir siendo reconocido como el núcleo necesario y esencial en sus vidas.

El caso, pues, es que ‘estando muerto, todavía habla’, y los sucesos de ese pasado ya lejano seguían, pese a todo, afectando al pueblo, cual luz estelar que hace tiempo que salió de su galaxia. De hecho, si nos detenemos a preguntarnos qué es lo que todo eso pueda tener que ver con nosotros, muchos siglos después, la respuesta es que, en nuestro caso, David ‘significa’ no sólo tanto como significaba para ellos, sino incluso mucho más. En el lapso de los años transcurridos, ese vacío que lleva su impronta ha venido a ser llenado de nuevo, y esta vez por un hombre que sobrepasa a David en toda la gloria de su reinado, uno que (tal como hemos podido comprobar) colma lo que faltaba por suplir, aunando para ello corona y templo.

A ese ‘más grande Hijo del gran David’ volveremos en su momento. En el intervalo, está claro que va a ser el pueblo de ese rey el que constituya el foco de la unión. En el siglo X a. C., la vida de Israel gira en torno a David. En el siglo IV a. C. el personaje lleva tiempo fuera de escena, pero los principios que encarnaba seguían siendo válidos. En el siglo I d. C. esos principios van a encarnarse de nuevo, pero esta vez de forma perfecta y permanente. Y ése va a ser justo el núcleo alrededor del cual va a materializarse el pueblo de Dios.

a. Su carácter queda resaltado (10:1–4)

Pero, ¿dónde le encontramos? Su mención aparece justo en el ultimísimo versículo de ese capítulo – ‘el SEÑOR... transfirió el reino a David, hijo de Isai’ (10:14). De hecho, el capítulo en su totalidad no parece referirse en absoluto a David, sino a Saúl como antecesor suyo. ¿Por qué empezar, pues, con él – sobre todo, habida cuenta de que, tal como tendremos ocasión de ver, el Cronista es hábil a la hora de eliminar incidentes que no cuadran a su propósito? Eso, pensaríamos, podría haberse omitido, y no sólo porque el Cronista quiera centrarse en David, y se trata ahí tan sólo de Saúl, sino porque también lo quiere hacer en la gloria de la corona, y Saúl es un auténtico

desastre.

Analicemos ahora el modo en que edita su material. 2 Samuel 3:1 nos informa que ‘hubo larga guerra entre la casa de Saúl y la casa de David; pero David se iba fortaleciendo, mientras que la casa de Saúl se iba debilitando’. Nuestro autor ni incluye ese versículo, ni nos apercibe en manera alguna del declive de la casa de Saúl en vida suya y tras su muerte. Se limita, pues, a centrarse en ese calamitoso acontecimiento, añadiendo una moraleja: la razón de la caída de Saúl consistió en que ‘cometió transgresión contra el SEÑOR... no guardó la palabra del SEÑOR...no consultó al SEÑOR’ (10:13–14). Ésas fueron las razones, se nos dice, de que Dios sustituyera a Saúl por David. Pero, ¿cuáles fueron las consecuencias?

Una de ellas es que una deslealtad semejante siempre acabará en desastre, y que ese desastre tan sólo podrá ser remediado con una devoción tan plena como la de David. Vez tras vez, el Cronista lo deja bien claro en su relato, y es evidente que ve idéntica devoción activa en el exilio y en la restauración que viene a darse en su propio tiempo.

Pero tenemos que ver también en esa representación de Saúl el contraste que resalta aún más el carácter y las cualidades de su sucesor. Saúl ha incurrido en falta de infidelidad y desobediencia, y no ha buscado al Señor; David, como contrapartida, sí va a ser fiel y obediente, y va de hecho a buscar al Señor muy activamente. Ese carácter suyo es lo que le capacita para ser genuino gobernador de Israel. Donde Dios y su virrey en la tierra vayan al compás, el pueblo prosperará. Si se analizaban los hechos del pasado, el carácter de David confirmaba el análisis, algo, además, que el Nuevo Testamento retoma en sus páginas, tal como se hace evidente, por ejemplo, en una historia que se tiene como base y ‘trasfondo de un sermón’: ‘HE HALLADO A DAVID, hijo de Isaí, UN HOMBRE CONFORME A MI CORAZÓN, que hará toda mi voluntad.’

El relato de la muerte de Saúl, habiendo servido, pues, para resaltar el carácter de aquel que le sucedería, lo que va a mostrarnos ahora son las consecuencias de ese carácter en acción.

b. Su pueblo congregado (11:1–3)

Tanto Samuel/Reyes como Crónicas hablan acerca de un crecimiento estable en el poder ejercido por David una vez reconocido como rey: ‘David se engrandecía cada vez más’ (11:9; 2 S. 5:10). Pero, tal como hemos visto, esa primera mejora en la suerte de David y el declive correspondiente en la de Saúl y su familia (2 S. 3:1) no aparecen en el Cronista (excepto en un apunte al inicio de 11:2), aferrándose, en cambio, en cuanto al primero, a esa ocasión particular en la que todo ‘Israel se congregó en Hebrón junto a David’ para nombrarle como su rey.

Cuatro son los puntos que pueden destacarse respecto a esa congregación de las multitudes. Primero, se reconoce la unidad que forma David con ellos: ‘hueso tuyo y carne tuya somos’. Aunque ese cargo suyo de gobernante procede de Dios, desde una perspectiva humana, sus orígenes están mutuamente ligados. En segundo lugar, ellos están dispuestos a reconocer y honrar sus logros: ‘Tú eras el que volvía a traer a Israel’.

Y también, ‘Acuérdete... de toda tu aflicción’ y los duraderos beneficios que de ello se siguieron.’ En tercer lugar, aceptan su pacto: ‘David hizo un pacto con ellos en Hebrón delante del SEÑOR; luego ungieron a David como rey sobre Israel’. Él propone los términos de ese pacto, ellos ratifican su aceptación ungiéndole con óleo, que es el equivalente de una auténtica coronación. En cuarto lugar, reconocen su comisión, pues todo ha sido hecho: ‘conforme a la palabra del SEÑOR por medio de Samuel’. El Cronista, junto con sus lectores, conoce bien el relato de la visita de Samuel a Belén (1 S. 16), donde, bajo la guía divina, elige al más joven de los hijos de Isaí, llamado David, para que con el tiempo sea el sucesor de Saúl. No es necesario repetir la historia aquí; el Cronista tan sólo tiene que recordarnos que todo esto sucedió tal como Dios había dispuesto, y el pueblo así lo entendió. El salmo 89 hace de ello un poema, destacando los cuatro puntos principales. *‘Una vez hablaste... «He ayudado a uno poderoso, he exaltado a uno escogido de entre el pueblo. He hallado a David mi siervo; lo he ungido con mi óleo santo...y con él estará siempre mi mano.»’*

Teniendo en el salterio su santuario, el supremo hacedor de reyes es ahora elevado a un plano muy superior al verse realizado en toda su plenitud en el Nuevo Testamento. Las pautas anticipadas con David vendrán a tener su plena realización en ese ‘hijo’ más grande y superior de David. Jesús también va a ser uno con su pueblo: tanto él como ellos tienen ‘un Padre; por lo cual él no se avergüenza de llamarlos hermanos... Él igualmente participó de lo mismo...Por tanto, tenía que ser hecho semejante a sus hermanos en todo’. Sus logros han de ser reconocidos con todo honor y gloria: pues él es las primicias de nuestra salvación y de nuestra fe,¹¹ y es por eso por lo que le alabamos, agradeciendo todo cuanto ya hizo por nosotros y todo lo que padeció a nuestro favor. Su pacto ha de ser, pues, aceptado: ‘exaltamos el poder del nombre de Jesús... coronándole Señor de todo’, sabedores de que la iniciativa partió de él, y que nosotros ahora tan sólo tenemos que responder a esa gracia suya. Y la comisión que confió a nuestras manos ha de ser puesta en práctica: y así venimos a hacerlo, pues, en virtud de su concepción, su nacimiento, su bautismo, su transfiguración y su resurrección con poder y autoridad, al igual que se sometió David, quedando todo ello sellado por la palabra expresa de Dios.¹³

‘El cetro no se apartará de Judá, y a él sea dada la obediencia de los pueblos.’ ‘Todo Israel’ – expresión favorita del Cronista – ‘se congregó en Hebrón’ (11:1), y es, pues, ‘todo Israel (11:4; el Cronista reformula ahí su fuente, 2 Samuel 5:6) quien emprende la marcha junto a él para acometer la conquista de la ciudad que habrá de convertirse en la capital.

c. Su ciudad establecida (11:4–9)

Este lugar recibe cuatro nombres diferentes en el espacio de tan sólo dos versículos.

Resulta tentador pensar en términos de crítica de las fuentes, imaginando al Cronista afanado en la composición de una frase partiendo de cuatro autores distintos, J (que siempre aplicó el nombre de Jebús), S (que la llamó Jeru-salem), Z (que veía esa ciudad como Sión) y D (que prefería llamarla la Ciudad de David). De hecho, el Cronista

estaría familiarizado con esas cuatro alternativas, y el uso variado podría ser indicativo aquí – tal como, sin duda, lo es en otros pasajes donde tales teorías se aplican con mayor rigor – no de diferentes autores, sino de diferentes matices y asociaciones.

El nombre de ‘Jerusalem’, por ejemplo, parece ir convirtiéndose en el más favorecido, según la historia bíblica va siguiendo su curso, en referencia a la ciudad eterna – eterna, esto es, en el sentido en que Roma, aspirando igualmente a ese título, nunca podrá llegar a serlo. Aquí se trata de la morada legítima de Dios y su pueblo en el mundo que está por venir, y en el otro extremo de las Escrituras su predecesora, Salem, era la morada del misterioso príncipe y rey Melquisedec, ‘sacerdote para siempre’, y sin tener ‘ni principio de días ni fin de la existencia’.¹⁶

‘Jebús’, por otra parte, es la ciudad histórica, lugar de residencia de una antigua tribu cananita conocida como la de los jebusitas. Jebús representa, pues, el pasado, pero decir que es un pasado ‘muerto y caduco’ no sería del todo cierto: está muerto, pero en manera alguna ha prescrito, pues, en las capas más profundas que podemos encontrar por debajo de las modernas calles de Jerusalén, estará presente el estrato jebusita, como prueba fehaciente de los muy firmes cimientos de toda la teología bíblica.

‘Sión’ es el nombre usado de forma sistemática en las Escrituras cuando se quiere hacer referencia a la ciudad en su sentido espiritual. Un caso en particular es el de los salmos, con más de una veintena de citas. En el monte de Sión, Dios asienta el trono del rey; su grandeza, su amor y alabanza se hacen ahí evidentes;¹⁸ y en virtud de la gracia del evangelio, adopta a los gentiles y a los paganos como ‘nativos’ de Sión; la firmeza de sus cimientos garantiza la seguridad del pueblo.²⁰

La ciudad fuerte y estable del salmo 125 nos lleva a los últimos cuatro nombres: ‘David habitó en la fortaleza; por tanto, vino a ser conocida como la ciudad de David.’ Había desplegado la fuerza suficiente para capturarla (11:4–6) y disponía de las fuerzas necesarias para mantenerla (11:7–9). El rey, el trono, la fortaleza: el poder que mantiene unido al pueblo concentrado, por así decirlo, en un ‘círculo de plenitud’, la ‘muralla circundante’ (11:8 BA) que protege a la ciudad de David. En el corazón mismo del nuevo reino se yergue la ciudad que es, a un tiempo, eterna e histórica, custodiando entre sus muros la verdadera espiritualidad y la sede de un gobierno con poder.

Para los primeros lectores de Crónicas esa verdad, rodeada de tan complejas circunstancias, debió de ser difícil de captar. Era fácil decir que con semejante rey al frente, en una ciudad de excepción, el pueblo de Dios iba a lograr una verdadera unidad; pero la cuestión era que no existía un rey de esas características, y no tenían otra opción que tratar de ver si todo eso de lo que hablaba podía ser aplicado a sus circunstancias. En cambio, para los creyentes del Nuevo Testamento, la imagen cobra pleno significado. Tenemos un rey coronado como tal entre sus súbditos, y nos es dado penetrar en parte en el sentido profundo de esos capítulos. Esa idea implícita en 10:1–14, que el carácter de David es lo opuesto a Saúl, viene a resaltar la persona de Cristo. Él es el hombre conforme al corazón de Dios, que colma toda su voluntad. Donde el pueblo de Dios se comporta como debe, es por la persona de Cristo, cuyas palabras y obras son las que en verdad dan a conocer el corazón y la voluntad de Dios,

que es el centro de todo. Y donde no es ni proclamado ni obedecido, la iglesia desaparecerá. Pero si es reconocido, entonces, al igual que en los acontecimientos de 11:1–3, su pueblo será reunido con él. Al igual que el antiguo Israel, los hombres y las mujeres vendrán a reconocer de qué manera es uno con ellos mismos, capaz de comprender la naturaleza humana desde dentro; lo que ha hecho por ellos, en esa victoria que los ha liberado de sus enemigos; los pactos y alianzas que pone a su disposición, con la única condición de aceptar su gobierno; y la palabra divina que ha enviado a morar entre ellos, como conclusión definitiva de todo cuanto Dios ha venido comunicando a través de los tiempos. Todo eso tendrán que reconocerlo y, al hacerlo, serán entonces atraídos hacia su persona. Lo cual viene a poner de relieve esa cualidad única y poderosa que tiene la predicación de las grandes doctrinas de la encarnación, la redención, la gracia y la revelación, para atraer y también para unir. Así es como la ciudad del gran rey va siendo establecida (11:4–9). Hemos llegado, por fin, a la Jerusalén celestial, cuyas murallas significan salvación y cuyas puertas son la alabanza.

YO me alegré cuando me dijeron:
Vamos a la casa del SEÑOR.
Plantados están nuestros pies
dentro de tus puertas, oh Jerusalén.
Jerusalén, que está edificada
como ciudad compacta, bien unida,
a la cual suben las tribus, las tribus del SEÑOR,
(lo cual es ordenanza para Israel)
para alabar el nombre del SEÑOR.
Porque allí se establecieron tronos para juicio,
los tronos de la casa de David.

2. El pueblo del rey (11:10–47; 12:1–40)

El rey, pues, es el centro alrededor del cual gira unido el pueblo: ‘una sola Iglesia, una sola fe, un único Señor’. Esa identidad compartida no significa, sin embargo, que se pierda la propia individualidad. Todos están comprometidos con una misma lealtad, pero no todos son de idéntico parecer. Todos hablan la misma lengua, pero no todos suenan igual. Son uno, pero inmensamente variados. Ahí está, listo para su uso, el pasaje de Samuel/Reyes que se hace eco de esa variedad de carácter que encontramos entre el pueblo de Israel. Tenemos también, aunque en un tiempo posterior, la historia de David (2 S. 23:8–39). Y si es correcto ver en el tema de esos capítulos la ‘unidad e individualidad del pueblo de Dios’, será entonces igualmente apropiado que el Cronista rescate ese pasaje, con el registro de los hombres valientes de David, y lo introduzca aquí.

Ya hemos visto cómo ‘todo Israel’ se congregó para ungir como rey a David; de la misma manera, lo que viene a unir a esos valientes es la lealtad que sienten hacia su rey, y ello en el marco de una tremenda variedad de lealtades individuales! Y en el

servicio a ese rey y, por lo tanto (a efectos de demostración), en el registro del Cronista, hay cabida para todos y cada uno de los súbditos. Así, y con el fin de poner algún orden en aquello que puede parecer poco más que una miscelánea de nombres, cabe distinguir ocho grupos en concreto.

a. Los que destacan (11:11–14)

‘Jasobeam... jefe de los treinta’ (11:11), dice la BA, optando por esta descripción relativa a su grupo en vez de los ‘treinta’ o ‘los capitanes’ que aparecen en algunos manuscritos. De hecho, el Cronista menciona ‘los tres valientes’ (11:12), aun cuando parece que tan sólo cita ahí por su nombre a Eleazar y a Jasobeam, pero Samuel/Reyes sí incluyen el relato en su totalidad, y la impresión que se tiene es que en algún momento del proceso de transcripción del libro, el copista se equivocó de renglón, pasando de la congregación filisteá (2 S. 23:9) a la siguiente (2 S. 23:11) omitiendo a Sama. Desliz desafortunado, sin embargo, dadas las circunstancias: la razón última para dejar constancia escrita de esos nombres era que destacaban por encima de todos los guerreros de David – caudillos del calibre y la talla que necesita el pueblo de Dios, y que Dios siempre proveía. Los hombres de esa categoría siempre habrán de ser reconocidos y honrados (¡y no pasados por alto!).

b. Los aventureros (11:15–19)

Los nombres de ese trío han caído en el olvido, pero lo que ellos hicieron es inolvidable. Para entonces, David ya no era pastor en Belén, pero todavía no había sido ungido como rey en Hebrón o en Jerusalén. Había hecho de la cueva de Adulam su cuartel general estando a la sazón todo el mundo en contra suya, y corría peligro tanto por parte filisteá como por causa del ejército israelita de Saúl. Incluso en aquellos primeros tiempos, unos siete años antes de establecerse en Jerusalén (véase 1 Cr. 29:27), esos tres héroes sin nombre ya habían dado prueba de su valor, y de la devoción que profesaban a David, al ocurrírseles la increíble idea de abrirse paso, luchando, hasta las filas enemigas para, acto seguido, volverse trayendo consigo agua del pozo que David había disfrutado en su niñez. Su proeza ha perdurado a través de los tiempos como símbolo de aquellos que están dispuestos a darlo todo en el servicio a su rey, aunque a veces pequen de imprudentes, pero siempre osados y valientes, y llenos de recursos.

c. Los que permanecen en un segundo plano (11:20–25)

Aquí, al igual que en 11:11, resulta difícil saber cuáles son los personajes en concreto. Según la versión BA en relación a Abisai, ‘de los treinta en el segundo grupo, él fue el más distinguido y llegó a ser capitán de ellos; pero no igualó a los tres primeros’, aunque lo cierto es que, en otras versiones, esos ‘treinta’ se reducen a ‘tres’. En otras versiones, en cambio, se afirma que ni Abisai ni Benaía ‘fueron incluidos entre

los tres valientes'. Lo que resulta entonces difícil es, pues, y si eso es lo que el Cronista en verdad quiere decir, encontrar el término adecuado para definirlos. 'Segunda categoría' podría inducir al error, y 'de segunda clase' resultaría aún peor; no eran segundones de nadie, a excepción de su puesto en relación a los tres héroes supremos. Benaía era renombrado por una serie de grandes hazañas; el Ariel que se menciona es de origen incierto (11:22 BA; otras versiones incluyen el término 'campeones' a modo de conjetura NEB), pero lo que nadie va a olvidar después de leerlo es el que matara a 'un león en medio de un foso un día que estaba nevando'. La fama de Abisai dependía de un hecho en particular, superior a los de Benaía. Puede, sin embargo, que fuera mejor hablar de permanecer 'en la sombra' y no 'en un segundo plano' – 'hecho parecer menor en brillantez', según definición del diccionario.²⁷ Cuesta mucho resignarse a ser 'segundo violín' o concertino, pero ¿qué sería de la orquesta sin su acompañamiento?

d. Los no recordados (11:26–47)

No queda claro cómo se relaciona esto con los 'Treinta' mencionados con anterioridad (11:15, 25), o con la lista paralela de Samuel/Reyes, que finaliza con Urías el hitita (11:41; 2 S. 23:24–39). Podría denominarse a este grupo 'los anónimos', pero es que 'los sin nombre' es justamente la forma menos adecuada de describirlos – los nombres son el único dato que tenemos referente a ellos. Así, sucede en la historia que miles de soldados al servicio del rey sólo son conocidos por su nombre por sus compañeros de armas; y asimismo millones de ellos no figurarán jamás en las listas de honor. Aun así, Dios ha puesto su sello a su debido tiempo sobre todos ellos: 'El Señor conoce a los que son suyos'. Es toda una lección de humildad que nosotros ahora, con nuestra tendencia a pensar que el mundo gira alrededor nuestro, ni siquiera seamos un nombre para gran parte de la iglesia militante. Otra cosa es, claro está, con la iglesia triunfante. Pero, según memorables palabras de los Apócrifos, en este mundo 'están los que carecen de memorial; son lo que parecen haber perecido como si nunca hubieran existido... Sus cuerpos están enterrados en paz, pero', valorados por Dios en su íntimo conocimiento, en el registro de los cielos 'su nombre pervive por siempre jamás'.³⁰

e. Los que juzgan bien la ocasión (12:1–7)

Este pasaje, al igual que el de los tres guerreros intrépidos que le llevaron a David agua del pozo en territorio enemigo, hace referencia al tiempo en que Saúl estaba todavía en el trono. El trasfondo de los acontecimientos queda descrito en 1 Samuel 27. El ojo que juzga certero para atinar en el blanco con arco y honda adquiere un segundo sentido al saberse que eran 'benjamitas', parientes, pues, de Saúl, que, pese a ello, acudieron en ayuda de un David fugitivo. En aquellos tiempos de enemistad entre los dos hombres, una lealtad tribal ciega habría llevado a esos benjamitas a tomar posiciones tras del rey reinante, con el que tenían lazos de parentesco. Pero hubo algo – una mirada atenta que discierne la ocasión, ¿tanto política como espiritual? –

que les hizo ver que el futuro no estaba ya con Saúl, sino con David. Los líderes de esta banda procedían todos de Guibeá, ciudad de donde también era oriundo Saúl. Podemos incluso imaginarlo observando a su pariente y vecino, haciéndole preguntas, sopesando las alternativas: ‘¿Qué va a ser mejor? ¿La línea del partido, o puede que Dios nos esté guiando para que sigamos a uno que puede que no sea comprendido, y resulte algo impopular y hasta peligroso? Por fin, toman una decisión, y ‘se unen a David en Siclag’.

f. Los valientes (12:8–15)

Con anterioridad incluso al traslado de los benjamitas a Siclag, tuvo lugar la llegada de las tropas gaaditas en los días en los que David estaba acampado en la fortaleza del desierto (1 S. 23–26). Fieros como leones y ‘veloces como gacelas’, son reconocidos como ‘hombres fuertes y valientes, entrenados para la guerra’ (12:8), y 12:14; puede que no tenga que ver con su rango (‘el menor valía por cien y el mayor por mil’, BA), sino con su reputación (‘el que menos, podía con un centenar, y el que más, con un millar’), y, aunque es un versículo discutido, sirve bien para ilustrar el coraje de esos hombres, y ello tanto si hace referencia a ese cruzar del río tan desbordado que había incluso anegado y hecho impracticables los valles adyacentes (según la mayoría de los comentaristas), o si los gaaditas en el curso de su avance había puesto en fuga a los habitantes de esos valles (la mayoría de las versiones).

g. Los inspirados (12:16–18)

Esta banda de soldados procedentes de Benjamín y Judá tiene algo de especial. No, quizás, a primera vista, dado que la reacción inicial de David ante su llegada es de sospecha: por alguna razón, teme una posible traición. Puede también que ésa sea la forma que tiene el Cronista de evocar un incidente cruento que nos retrotrae a los tiempos de Samuel/Reyes: la traición a Saúl, por parte de Doeg el edomita, de una comunidad entera sacerdotal, y la matanza resultante (1 S. 21–22). De hecho, David no tenía nada que temer por parte de esos ‘Treinta’. El apoyo a su persona no era fingido, y viene a quedar demostrado de forma particularmente memorable. Se utiliza en ese episodio una expresión que tan sólo aparece en dos ocasiones más en el Antiguo Testamento: en relación a Gedeón, el juez, Zacarías, el profeta,³² y Amasai, el guerrero (12:18). Según la mayoría de las versiones, ‘el Espíritu vino sobre Amasai’. Pero el verbo al que recurre el Cronista viene a significar que el Espíritu de Dios *acogió en su seno* a Amasai. A través de ese personaje, no resaltado por el Cronista de ninguna otra forma de entre los demás guerreros de David, Dios le hace llegar a David un mensaje profético de estímulo y aliento.³⁴ Mensaje que, siendo de alguna manera inesperado, evidencia de otra forma una percepción de las cosas que no coge desprevenido al pueblo de Dios, y ello porque su Espíritu, que no cesa en momento o circunstancia alguna de comunicarse, viene a recordarles, a través de interlocutores insólitos, lo que su Palabra ha ido haciendo realidad hasta ese momento: con quién está el favor de Dios y cuáles son las consecuencias (12:18).

h. Los cautos (12:19–22)

Podríamos incluso calificarlos de ‘tardíos’. Partiendo de un incidente que recuerda los primeros tiempos del conflicto de David con Saúl, el Cronista se traslada ahora a finales del reino de éste. El trasfondo de la lucha entre Israel y los filisteos, en la que David casi se ve arrastrado hacia el lado de los segundos, y en la que Saúl pronto encontraría la muerte, queda descrito en 1 Samuel 29. No es hasta la batalla del monte Gilboa (1 S. 31) – hasta, dicho con otras palabras, que fue obvio hacia dónde soplaba el viento – que los manasitas deciden su suerte poniéndose de parte de David. En ese momento, David era claramente el hombre del futuro, y Saúl ya estaba sentenciado. Esa decisión había sido tomada mucho tiempo atrás por los más valientes de entre las demás tribus. Viene ahí, pues, a la memoria la parábola de Jesús de los labradores y la viña. ¿Por qué habrán de percibir igual... que los primeros los últimos en incorporarse; esto es, que las tropas de Amasa, en ese último párrafo, que han sido las que han soportado el calor y las fatigas del día? Se daba ahí una aparente injusticia que, en el caso del evangelio, servía para enseñar una lección acerca de la gracia soberana de Dios. Las manifestaciones de la gracia divina serán un tema de la máxima importancia en un capítulo posterior del presente libro. Pero se muestra también la astucia por parte de los hombres de Manasés, que es un don nada despreciable. Y todo apunta a que el rey va a saber valorarlo y utilizarlo para sus propios fines.

El repaso a los números de los escuadrones equipados para la guerra que ‘vinieron a David en Hebrón para transferirle el reino de Saúl’ (12:23), resume la sección en su totalidad en lo que respecta a la unidad e individualidad del pueblo de Dios. Incluso el resumen de la lista en 12:23–37 no consiste tan sólo en meros nombres y números: se destaca de forma muy particular a los *individuos* (Joiada, Sadoc), al igual que se destacan distintos puntos relativos al trasfondo y el carácter de los contingentes de cada tribu. Sin embargo, sucede que, a un mismo tiempo, el Cronista se esfuerza cuanto puede por hacernos notar que los representantes de todas y cada una de las tribus *se unieron* en apoyo de David. Estos tres capítulos concluyen (12:38–40) con un impresionante cuadro de todo ello, ‘los guerreros’, ‘junto con el resto de Israel’, se congregaron para hacer a David rey sobre todo Israel, ‘con corazón perfecto’ y ‘un mismo parecer’.

Este cuadro del principio de la monarquía davídica presenta un fuerte contraste con todo lo precedente. En los tiempos de los jueces, el pueblo de Dios había sido una especie de federación de tribus, con un carácter un tanto informal; esto es, una especie de ‘anfictionía’. No sería, pues, del todo inexacto hablar ahí de unas ‘Naciones Unidas de Israel’; sin embargo, la noción de un gobierno central fuerte se alejaría mucho de la auténtica realidad. Las tribus siguieron viviendo independientes, con mutuas sospechas y recriminaciones, peleándose entre ellas e incapaces de colaborar entre sí. La unidad alcanzada, que debería haber sido el ornamento de una nación marchando al compás, tendía en cambio a fomentar el personalismo: ‘cada un hacía lo que a sus ojos parecía

bien'. Pauta de comportamiento, pues, muy alejada del modelo de vida que debiera regir en la vida del pueblo de Dios, al igual, claro está, que, en el otro extremo, lo sería un régimen dictatorial. El ideal por el que hay que esforzarse es el que viene a quedar expresado con palabras del apóstol Pablo en 1 Corintios en relación a los 'distintos dones' que se espera han de usar los creyentes 'para el bien común' y siendo fieles a 'un mismo Señor'.³⁸ Para nosotros hoy, al igual que antaño para el pueblo de Israel, la enorme diversidad que encontramos en el pueblo del supremo rey ha de venir a quedar integrada en ese sentido de pertenencia bajo su gobierno y para unidad de los suyos.

Gracia inmutable en circunstancias mudables

1 Crónicas 13, 15–16

No es posible detenerse a considerar, en un único y mismo momento, los distintos temas que el Cronista va desgranando de forma sucesiva y seguir el hilo de su narrativa en orden secuencial. A este autor le gusta ir entrelazando los diversos temas que trata, siendo las consecuencias de ello que o bien nos esforzamos para ir desentrañando por nuestra cuenta el contenido del texto en su totalidad, debiendo para ello pasar de uno a otro tema, según vayan presentándose, o nos dedicamos, en cambio, con ahínco a dilucidar un tema en particular cada vez, descubriendo así que para ello es imprescindible ir dejando a un lado, por el momento, algunos de sus capítulos. Aunque hemos seguido en este estudio nuestro de la primera de sus secciones (1 Cr. 1–9) un orden cronológico, hemos podido comprobar cómo el tema del sacerdocio (la tribu de Leví) va del capítulo 6 al capítulo 9, mientras que, en cambio, el tema de la monarquía (las tribus de Benjamín y Judá) enlaza en nexo común los capítulos 2, 3, 4, y 8. Y, de nuevo, ya en la última parte de 1 Crónicas, con la historia de David, los temas vuelven a entrelazarse, pareciendo, pues, indicado un acercamiento temático al texto, y ello dada la importancia de la cuestión que ahí se dilucida, pudiendo incluso permitirnos un seguimiento menos rígido del orden numérico de los capítulos. El arca, símbolo de la gracia inmutable de Dios, en unos tiempos de mudanza y cambio, es el tema específico de los capítulos 13, 15 y 16; el capítulo 14, en cambio, supone un adelanto de un tema distinto, a saber, la política exterior e internacional de David, que irá siendo desarrollado en sucesivas etapas. Consideraremos, pues, en primer lugar esos tres capítulos relativos al 'arca', para pasar posteriormente a enlazar el capítulo 14 con los capítulos 18 a 20.

Moisés había recibido con anterioridad instrucciones para construir un arca forrada de planchas de oro puro que habría de ser arca de pacto y alianza, pasando desde entonces a convertirse en el corazón mismo de la religión de Israel, y contenido y fondo

de su alabanza y adoración. En su interior, se encontraban alojados un cierto número de objetos que databan de los tiempos gloriosos del pueblo de Dios, peregrino en el desierto del Sinaí. El Nuevo Testamento hace mención de ello³, indicando, además, que el arca, junto con el tabernáculo y su mobiliario, era de gran contenido espiritual. Su significado viene a quedar explicitado por el Cronista como parte consustancial a la historia de David.

Al igual que los sacerdotes de Israel, siguiendo el ritual propio de la alabanza y adoración, tenían que ir avanzando por el patio interior, atravesando los cortinajes externos y las colgaduras interiores, hasta acceder al lugar santísimo donde se hallaba el arca, así iremos avanzando nosotros, por etapas y con pasos medidos que vayan explorando su significado a medida que se nos vaya haciendo manifiesto.

1. Las características propias del arca (13:1–14)

Hay una serie de detalles y puntualizaciones que el Cronista está interesado en hacer ver en relación al arca en este capítulo en concreto. Para ello, no necesita, en cambio, describir su aspecto externo; y como ninguno de nosotros hemos podido contemplarla, sí conocemos su apariencia por las descripciones que encontramos en Éxodo 25 y 37. Tampoco le hace falta explicar las razones por las que se encuentra ahora, justo en los inicios del reinado de David, en Quiriat-jearim, pues ya sabemos, según Samuel/Reyes, la historia de cómo fue llevada al campo de batalla, a modo de talismán protector, por los propios israelitas, y cómo fue capturada por los filisteos, iniciándose a continuación un traslado atípico de una a otra ciudad en territorio filisteo, al convertirse en objeto problemático para ese pueblo, hasta regresar, por fin, de nuevo a territorio israelita, siendo depositada esta vez en una ciudad al sur del país (1 S. 4:1–7:2). El interés que anima al Cronista es mostrar cómo se efectúa ese traslado, tras un aparente abandono de esos veinte años transcurridos en Quiriat-jearim, al lugar de máximo honor y preeminencia en Jerusalén. Y es ahora, para ilustración y beneficio nuestro, cuando se destacan una vez más las características realmente únicas de esa antigua y preciada reliquia según van manifestándose en el curso de los acontecimientos que viene a relatar.

a. Su importancia (13:1–4)

Es David ahora el que convoca un encuentro masivo, y es David también el que propone llevar el arca a Jerusalén. Él, como rey, está en el centro de la vida de su nación. Y, al igual que, como rey, es el imán que aglutina a un pueblo que, de otra manera, estaría disperso, es ahora asimismo el motor que los impele y les guía cuando ellos, por sí mismos, permanecerían inmóviles. La monarquía viene así a cumplir dos funciones: ‘dinamizar y controlar’. En los capítulos 10 a 12, David está empezando a poner a Israel bajo su control; en este capítulo, está llevándoles a la acción.

La congregación es numerosa y, asimismo, amplia en su representatividad (lo cual es más importante todavía). ‘Todos los líderes... toda la asamblea... todo el pueblo’ se ha

reunido en el lugar de la convocatoria. En el relato anterior en el tiempo, se presenta a David junto con ‘todo el pueblo que estaba con él’ (2 Samuel 6:2), pero el Cronista quiere resaltar ahora un punto en concreto, que viene a resultar ligeramente diferente. No tan sólo todos aquellos que se encontraban allí con David, sino los representantes de la nación entera, emprendieron la marcha hacia Quiriat-jearim, pues ‘*habían acordado hacerlo así.*’ Por lo tanto, esta historia del Antiguo Testamento contiene el principio del Nuevo Testamento de ‘allí donde dos o tres’ (Mt. 18:15–20): el pensamiento de un único individuo viene a resultar ser el común denominador de varios, y así es cómo aquellos que se preguntaban ‘si era del Señor nuestro Dios’, vienen a concluir que sí lo es en efecto, y ‘pareció bien a todo el pueblo’ (13:2,4).

David propone algo, y todo el mundo se muestra de acuerdo; y es Dios mismo el que lo ratifica. Así es como se organiza la marcha a Quiriat-jearim. Pero lo cierto es que el objeto del traslado es, de hecho, más importante que el método que pueda emplearse para realizarlo. Todo se planifica y se lleva a cabo con vistas a la reinstauración del arca. La intención tanto del rey como de su pueblo y, asimismo, de Dios, es que el arca esté en el sitio debido. Así de importante es considerada esa caja forrada de oro.

b. Su carisma (13:5–8)

El arca no sólo cuenta con la atención de David y del pueblo; en realidad, les inflama el ánimo más allá de lo imaginable, llenándoles de entusiasmo. Ese capacidad para ‘elevar el ánimo’, esto es, su carisma, queda manifiesto en la descripción de la segunda gran congregación, que ahora no tiene por objeto deliberar respecto a qué hacer, sino cómo llevarlo a la práctica. Lo que está en mente no es más que una simple marcha de Jerusalén a Quiriat-jearim, para luego regresar; un viaje de ida y vuelta, pues, de unos veinte kilómetros más o menos. Sin embargo, de un extremo a otro del país, desde Sihor, en el sur, hasta la entrada de Hamat, en el norte, el pueblo se entusiasma con la idea. Planeado en principio como una procesión, en su puesta en práctica se convierte en un auténtico carnaval. Las gentes se suman a la celebración acudiendo de todas partes, incluso en mayor número que para la consulta de 13:1–4. Hay algo en el arca, o en lo que el arca representa, que hace que ese pueblo escogido por Dios cante y baile. El arca, pues, no sólo es algo importante, es, además, motivo de gran gozo.

c. Su santidad (13:9–13)

La tercera característica del arca queda manifiesta de manera fortuita por un extraño incidente que viene a ser como una nota discordante en medio de una historia de plenitud y alegría. La gran comitiva llega a casa de Abinadab en Quiriat-jearim (13:7), donde el arca ha permanecido esos últimos veinte años. Partiendo de ‘la casa de la colina’ (como es referida en el relato más antiguo), la preciada arca es sacada con el fin de instalarla en esa carreta nueva, tirada por bueyes y conducida por los hijos de Abinadab, preparada a propósito para ello. Entonces, al acercarse a la era de Quidón,

los bueyes resbalan, el carro está a punto de volcar, el arca parece a punto de caerse a tierra, y Uza extiende la mano para sujetarla – y el Señor hace entonces que caiga fulminado.

El enojo de David es muy comprensible. No podía haber ocurrido nada peor para echar a perder un día de tan gran gozo. Pero David conoce los caminos de Dios. Su intervención ha hecho enfadar a David, pero lo cierto es que la intervención de Uza tiene que haber hecho enfadar primero a Dios, por eso la ira da lugar acto seguido al temor. Por muy importante que sea la posesión del arca, es evidente que hay ahí algo que mueve a la precaución. El lamentable final de Uza es una advertencia muy seria a todos aquellos que se extralimiten tomándose confianzas con Dios. La actitud de Uza ante el arca debería haber sido tan reverente como pudiera serlo ante Dios mismo. Ése es, de hecho, el genuino sentido de toda santidad. El arca es propiedad de Dios. Es suya, además, de forma muy especial y en total y absoluta consagración. Por lo tanto, ha de ser considerada y tratada con todo temor y reverencia. No hay nada que sea más santo.

d. Su cualidad positiva (13:14)

Así fue cómo ‘el arca de Dios permaneció con la familia de Obed-edom’. Un día que había prometido ser memorable da un giro completamente inesperado, y no se produce ni la llegada ni la entrada triunfal en Jerusalén. Alarmado por el poder letal que emana del arca, David (en más que probable reflejo del pesar generalizado ante la inesperada muerte de Uza) la deposita allí sin más demora. Y así es como vino a quedar custodiada por espacio de tres meses.

A lo largo de ese período, se pone de manifiesto una nueva característica del arca. Todos cuantos habían tomado parte en la celebración de su traslado eran ahora conscientes de lo peligrosas que pueden llegar a ser las cosas de Dios si no se tratan con el debido cuidado. Pero eso no era todo. La presencia del arca en casa de Obed-edom vino a suponer tres meses de continuas bendiciones. De manera un tanto sorprendente, quizás, su temible santidad se ve acompañada de una riqueza espiritual que dimana de ella. Podemos estar seguros, además, que fue depositada ahora con el máximo respeto y reverencia, pues el hombre de Gat ya había tenido ocasión de aprender de la experiencia a tener mayor respeto al arca que los propios israelitas (véase 1 S. 5:8ss.).

¿Puede pensarse, entonces, que haya algo de magia caprichosa en esa presentación del arca que nos lleve a verla con escepticismo? Evidentemente, no más que lo que podamos decir respecto a la electricidad: energía útil y beneficiosa, si se usa con los debidos cauces; muy peligrosa, incluso letal, si se traspasan los límites impuestos por su naturaleza. En el caso del arca, destrucción y desastre, por una parte; bendición y prosperidad, por la otra. Y todo ello en relación con la correcta comprensión que se tenga de ello, y no por creer en posibles fórmulas mágicas y poderes extraños.

Llegados a este punto, puede que el lector esté impaciente por una cuestión obvia que demanda ya una respuesta. Pero, antes de que el Cronista aborde por fin el tema, va a permitirse desarrollar otro que viene del capítulo 13 – la santidad del arca, como

causa de la muerte de Uza –, al tiempo que analiza esos acontecimientos que habían ocurrido tres meses antes, con la llegada del arca por fin a Jerusalén. Así, un nuevo asunto, el de las relaciones políticas internacionales con los países circundantes, viene a abordarse en el capítulo 14, entrelazándolo con otros temas más de interés para el autor. Pero ésa será una cuestión que trataremos a su debido tiempo. Por el presente, nos trasladamos al capítulo 15 para retomar el tema del arca.

2. La atención que el arca merece (15:1–16:3)

No basta una actitud generalizada de respeto al arca. Si se tratara tan sólo de eso, resultaría análogo con esa actitud ante Cristo que le honra con un ‘Señor, Señor’ pero no obra según sus preceptos. La noción que tengamos de la reverencia tiene que llegar a convertirse en convicción, tanto de mente como de corazón, de lo que Dios dice que es en realidad.

a. Un ceremonial antiguo (15:1–15)

El ‘estallido de cólera contra Uza’ le lleva a David a recordar que la cuestión del arca viene ya de *muy antiguo*. ‘Puesto que no la llevasteis la primera vez’, dice (15:13 BA), ‘el SEÑOR estalló en ira contra nosotros, ya que no le buscamos conforme a la ordenanza.’ Había ya de antiguo ordenanzas que gobernaban el tratamiento que debía darse al arca. Y la primera muestra de respeto consistía en observar esas ordenanzas. Ésa era la razón, pues, de que David decidiera retomarlas: ‘Nadie ha de transportar el arca de Dios, sino los levitas.’ Y aun cuando puede que existiera una cierta ignorancia respecto a cuáles fueran esas ordenanzas en concreto, de lo que no cabía duda era de dónde podían encontrarse: ‘los hijos de los levitas llevaron el arca de Dios sobre sus hombros, con las barras puestas *como Moisés había ordenado conforme a la palabra del SEÑOR*’ (15:15). El arca databa de tiempos de Moisés, siendo las ordenanzas de ese mismo tiempo; y para poder ponerlas en práctica, David recurre a los levitas, que tienen su origen en ese mismo período e incluso antes.

En estos tiempos nuestros de caducidad inmediata, todos tenemos en casa algún aparato que esperamos dure al menos unos años, y que, por supuesto, no haga falta deshacerse de él al menor indicio de avería. Con esa aspiración presente, nos esforzamos por guardar o, al menos, recordar el manual de instrucciones del fabricante. Sería necio, por haber perdido o extraviado el manual, tirar el aparato a la basura como si los años lo hicieran automáticamente inútil. Para David, el arca, a pesar de su antigüedad, era objeto central de la religiosidad del pueblo, de ahí que retome el manual de instrucciones del fabricante con el fin de averiguar el modo correcto de usarlo.

Entonces, con gran pompa y ceremonia, reúne de nuevo a los representantes del ‘todo Israel’, a los contingentes de las tres grandes familias de los levitas, y a los sumos sacerdotes y ‘los jefes de los levitas’, para que se hagan todos los preparativos necesarios para el correcto traslado del arca (15:3, 4ss.; 11–12, 14–15). Y en todo ello se

cuida de que nada falte según lo requerido por las antiguas ordenanzas y leyes.

b. La moderna adoración (15:16–16:3)

Sin embargo, tal como exhorta el himnario oficial de la iglesia anglicana, el culto que rodee al arca deberá ser ‘antiguo y actual’. Los principios que le dieron razón de ser hunden sus raíces en el pasado, pero su expresión ha de reflejar igualmente el presente. La diferencia entre la orquesta de 15:19–22 y la de 13:8 no radica en su composición, sino (cosa natural, dadas las circunstancias) en un más detallado orden y concierto. Por todas esas razones, el vigor de su música no conocía límites, tal como el relato se encarga de demostrar (15:25–29). No sabemos si la música de ese evento era nueva en el sentido de haber sido compuesta para la ocasión, al igual que tampoco sabemos el significado de los términos ‘alamot’ y ‘seminit’ (15:20, 21). Pero podemos estar seguros de que, en cualquier posible sentido, Israel estaba cantando para el Señor ‘un cántico nuevo’.¹³

David se ocupa ahora de que se rinda al arca el culto debido según las pautas del momento, pero prestando al mismo tiempo la debida atención a su origen histórico.

15:1–24 es un claro ejemplo de la clase de material que interesa al Cronista de forma muy particular: aquello que, con el tiempo y en su momento, se convertirá en el modelo de adoración en el futuro templo, y que con tanto esmero y detalle pormenoriza en 1 Cr. 23–28; 2 Cr. 3–7; 29–31, 35. Ese pasaje en concreto lo sitúa en el marco de la historia más antigua, entre ese apunte de bendición de la casa de Obededom por parte del Señor (2 S. 6:11) y el relato de David en busca del arca (2 S. 6:12b). Retomando, pues, el hilo de la historia en ese punto, no duda en reescribir el siguiente versículo. En el primero de esos relatos, leemos ‘y sucedió que cuando los portadores del arca del SEÑOR habían andado seis pasos, él sacrificó un buey y un carnero cebado’ (2 S. 6:13), dando a entender quizás que, tan pronto como el arca fue tomada de nuevo, iniciándose el traslado sin que nadie sufriera percance alguno, se había estimado oportuno un sacrificio de acción de gracias. El Cronista se encarga, además, de señalar las consecuencias. Esta vez, Dios sí que ‘ayudaba a los levitas’ (15:26); la cuidadosa atención prestada tanto a los principios como a los detalles de orden práctico del ritual correspondiente al arca venía a significar que ahora podía contarse con su favor.

Tras la prolongada dilación de la puesta en marcha de los pormenores de la procesión, el Cronista se va al otro extremo: menciona como de pasada el desprecio a la persona de David por parte de Mical al verle ‘saltando y regocijándose’ (15:29), y omite el altercado origina (2 S. 6:20–23). En la versión correspondiente en Samuel/Reyes, podrían inclinarse a favor de Mical. Tal vez, ella sea representativa, para el autor, de lo que es la casa de Saúl, evidenciando así la falta de sintonía con las formas y el pensamiento de Dios; mientras que con David sería todo lo contrario: el arca merece plena atención y respeto, y él va a encargarse de que así sea.

3. La verdad que el arca representa (16:5–36)

La cuestión que se suscita tras considerar las características del arca ha de tener ahora su respuesta. Todo ello tiene que ver, como es lógico, con la importancia que pueda revestir para los lectores del Cronista. Está muy bien, por su parte, escribir con tanto ardor y entusiasmo acerca de la adoración en Israel en tiempos de David, pero lo cierto es que se está centrando exactamente en aquello que, a pesar de todos esos esfuerzos mancomunados por revivir el verdadero culto de adoración tras los tiempos del exilio, ¡justamente no tienen! Ciertamente que el templo ha sido reconstruido, el sacerdocio se ha reinstaurado, los sacrificios se han retomado – pero el arca no está con ellos, por lo cual es imposible que, aun deseándolo, puedan rendirle los honores que el Cronista parece recomendar. El arca sigue sin estar con ellos.

Él argumentaría a buen seguro que esa ausencia del arca resalta, en estos capítulos en concreto, la clase de argumento que quiere transmitir con su sermón y su mensaje. Así, lo que en verdad importa no es tanto el objeto en sí (en este caso, de hecho, en modo alguno puede serlo), como la verdad que representa y contiene. El arca, que en los días de David revestía una importancia tan capital, siendo símbolo y motivo de gozo, tan vibrante en su santidad, tan rica en sus bendiciones; esa arca, digna de recibir el más espléndido y sincero culto en esos nuevos tiempos que preconizaba David, y ello justamente por conservar el aura de una época ya pasada, ¿qué venía a significar en la presente circunstancia?, ¿qué representaba en concreto?

Ése va a ser precisamente el objeto y tema de la mayor parte del capítulo 16, pero no sin habérsenos dado antes una pista en los versículos finales del capítulo 15. Nada menos que cuatro son las veces en que se hace referencia al ‘arca del pacto’ (15:25, 26, 28, 29).

a. El arca de Dios significa el pacto de Dios (16:4–6)

Con la llegada del arca a Jerusalén, y una vez instalada en la tienda preparada a propósito para alojarla, David designa a algunos levitas, que ya habían participado en el traslado, para que celebren el culto correspondiente, música incluida. No hace falta decir que no es el arca en sí lo que está siendo objeto de adoración. El ministerio de Asaf y sus músicos acompañantes debía ‘invocar, agradecer y alabar al SEÑOR, Dios de Israel’. Él es un Dios único entre los dioses de las naciones. Es Yavé, el que acudió en socorro de su pueblo para rescatarlo de la esclavitud en Egipto y hacer de ellos hijos suyos en virtud de las experiencias en el monte Sinaí. Allí había decretado que Él sería su Dios, y ellos su pueblo, para siempre. Ése había sido el pacto, y ‘el SEÑOR’ – Yavé – era su nombre en esa alianza. ‘El SEÑOR’, por lo tanto, es el objeto de continua alabanza por parte de Israel, y así, una vez más, con el fin de dejar bien claro el hecho, el arca, como foco de esa alabanza y adoración, viene a ser llamada ‘el arca del pacto de Dios’ (16:6).

La presencia en la corte de tantos músicos capaces no es mera coincidencia. David sabe bien a lo que aspira y no duda en sentar la pauta y las bases de la debida adoración a Dios en el lugar santo para su perpetuación en el tiempo (16:7). En un texto

que también encontramos en el libro de los Salmos, tal como tendremos ocasión de ver, el pacto es mencionado tres veces (16:15–17), mientras que el significado del pacto como tal constituye el tema de la totalidad del cántico.

b. El pacto de Dios significa la gracia de Dios (16:7–36)

Los músicos han sido designados para ‘invocar, dar gracias y para dar alabanza al SEÑOR’, y eso es justamente lo que hace él en su salmo. Se trata de una composición en forma de poema, formando un paréntesis en el conjunto del salmo 96, entremedo de los salmos 105 y 106, teniendo como supremo tema central al Dios del pacto.

En 16:8–22 (Salmo 105:1–15), se celebran en primer lugar los hechos de Yavé y la maravilla de sus obras (16:8–13), para pasar después a celebrarse sus palabras, sus juicios y el pacto junto con la promesa (16:14–18), y por último ambas cosas a la vez – lo que hizo y lo que dijo a favor de su pueblo en ese tiempo en el que les faltaban las fuerzas (16:19–22). En 16:23–33 (Salmo 96), la alabanza va dirigida de forma expresa a su inconmensurable grandeza (16:23–27) y majestad (16:28–33). El cántico termina (16:34–36) con las palabras del inicio y del final del Salmo 106 (versículos 1, 47–48), como clamor a título personal en el que los cantores hacen suya la relación con Dios que se deriva del pacto: ‘Yavé, tú eres “el Dios de nuestra salvación”: te alabamos por todo cuanto has hecho y dicho en el pasado; y ahora te rogamos que vuelvas a actuar y a hablar de nuevo a favor nuestro.’

Nótese ahí, sin embargo, dónde recae el énfasis a lo largo de todo ese salmo. Es en *sus* hechos, *sus* palabras, *su* grandeza y majestad. El pacto se enmarca en un plano grandioso de bendición puesto en marcha para beneficio de su pueblo, pero según iniciativa exclusiva suya. Dicho de forma resumida, es un pacto de *gracia*. El corolario de ese ser ‘pocos en número, y pequeños en importancia’ (16:19), es que los cimientos no van a estar en ellos sino exclusivamente en Dios: en términos propios de Deuteronomio 7:7–8, Dios les ama sencillamente porque les ama.

Ésa es la verdad sublime que representa y custodia el arca. Ni siquiera en la actualidad se ha podido ir más allá de la superficie externa; su núcleo y entraña todavía sigue siendo inaccesible para nosotros. El versículo final del capítulo 16 descubre en parte el velo para dejarnos atisbar en el interior del santísimo lugar, permitiéndonos captar, por decirlo de alguna manera, la profunda verdad que encierra y que, de forma tan especial, viene a afectar a los que han de ser verdadero pueblo de Dios.

4. La promesa que el arca encierra (16:37–43)

Lo que se puede garantizar es que el arca no es en sí el objeto de interés, sino la verdad que representa, y ello aunque pueda extrañarnos la preocupación que el Cronista evidencia al respecto. Por otra parte, puede que esos lectores suyos del siglo IV a.C. experimentaran asimismo una extrañeza semejante. Dado el gran valor que se le concedía, tenía por fuerza que haber algo más en todo ello que no fuera el mero hecho de no tenerla allí presente, y a buen recaudo, en el templo. Además, estaba el hecho de

que suponiendo que hubiera estado allí, habría distado mucho de formar parte de la práctica más obvia y externa de su religión. Nadie, a excepción del sumo sacerdote, podía contemplarla, y tan sólo una vez al año. Mucho más central, y de forma más obvia, de hecho con una constancia que imponía su presencia, estaba el sistema de sacrificios y el altar. Pero el Cronista está variando muy sutilmente el énfasis. El David que presenta está mucho más comprometido con la ofrenda y los sacrificios (15:26; 16:1–2, 39–40), pero los altares se erigen porque el arca está ahora presente, y no viceversa. Lo que quiere hacernos ver es que el arca tiene precedencia sobre el altar: esto es, que, en la naturaleza de las cosas, el don de la gracia debe preceder a la respuesta de fe; y que la promesa contenida en esa verdad – promesa del Nuevo Testamento, y promesa específica del evangelio – viene a quedar manifiesta como secreto final del arca mediante ese breve párrafo que remata el conjunto de esos capítulos.

a. La gracia diferenciada de la fe

Los acontecimientos descritos vienen a poner de manifiesto su propio parecer. ‘David dejó a Asaf... ante el arca del pacto del SEÑOR’, ahora instalada en Jerusalén (15:1–3), y ‘dejó a Sadoc... delante el tabernáculo del SEÑOR, *en el lugar que estaba en Gabaón*, para ofrecer continuamente holocaustos al SEÑOR sobre el altar’ (16:37, 39–40).

Si el arca es un símbolo de la gracia de Dios, y el altar lo es de la respuesta del hombre, la relación entre ambos es sumamente instructiva. De hecho, suelen ser normalmente inseparables, porque el hombre no puede responder hasta que Dios no le da algo a lo que responder; y, por el contrario, ante una acción de Dios por pura gracia, ha de esperarse una reacción por parte humana. A modo de ilustración de todo esto, en el transcurso de los siglos que van de la construcción del tabernáculo en tiempos de Moisés y la destrucción del templo en los días de Sedequías, el arca y el altar han venido encontrándose juntos prácticamente siempre. Pero no *exactamente* siempre. Y sucede que el período formativo de los inicios de la monarquía, que el Cronista toma como base para predicar unos fundamentos espirituales, es precisamente el período en el que ambas partes vienen a quedar desligadas. La gracia divina, representada por el arca del pacto, y la respuesta humana, que representan las ofrendas ante el altar, son dos cosas bien diferenciadas. Si tratamos de hacer de ellas una unidad, corremos el peligro de interpretar de forma equivocada la relación que existe entre ambas. De ahí que las personas se apresuren a concluir que donde se da una gran observancia religiosa, o una febril actividad cristiana, o incluso una notable manifestación de ‘fe’, ahí estará también presente la gracia de Dios a su servicio. Donde esté el altar, también tendrá que estar el arca. Pero la gracia no va a estar sujeta a nada: ni a la religión, ni a las buenas obras, ni siquiera al compromiso en ‘fe’. De hecho, es perfectamente posible que el altar esté en Gabaón mientras que el arca reposa en Jerusalén.

b. La gracia es independiente de las circunstancias

Incluso en el caso de que el arca del pacto no vaya a estar necesariamente donde se ofrezcan los sacrificios, sí que va a tener que estar en algún lugar en concreto. A este respecto, el Cronista no ha vacilado en deshacer cualquier posible malentendido que puede estar ensombreciendo la verdad respecto a la manifestación de la gracia de Dios. Una vez que el arca se encuentra firmemente asentada en el lugar que le corresponde, no tan sólo en el tabernáculo preparado a tal efecto por David, sino en el templo construido por Salomón, puede darse pie a una creencia que, siendo en un sentido cierta, podía inducir con facilidad a conclusiones erróneas. Ése es el pensamiento que viene a quedar expresado en muchos de los salmos: ‘El SEÑOR ha escogido a Sión... “Éste es mi lugar de reposo para siempre” ’; ‘El SEÑOR ama las puertas de Sión más que las otras moradas de Jacob’.¹⁶ Así, tan profundamente enraizada está esa idea en la mente no sólo de los israelitas, sino asimismo en la de los pueblos vecinos, que, mil años más tarde, una mujer samaritana le diría a Jesús – *¡O sancta simplicitas!* – que la diferencia entre la religión hebrea y las demás era cuestión de gracia distribuida según la geografía: él, como judío, sostendría que el verdadero culto era el que se rendía en Jerusalén, mientras que ella reivindicaba el monte Gerizim por ser el lugar donde sus antepasados adoraban.

Pero la historia pone de manifiesto que el arca se desplazó a más de un lugar. De hecho, su diseño estaba pensado para poder transportarla, y los primeros años de su existencia se habían caracterizado por acompañar a los israelitas en sus constantes desplazamientos por el desierto en el Sinaí. Incluso, de forma posterior al asentamiento del pueblo en la tierra prometida, siguió siendo objeto de otros desplazamientos, y así es como la encontramos en Gilgal,¹⁹ o en Betel, o incluso en Siloé.²¹ Capturada por los filisteos, es llevada de una a otra de cinco de sus ciudades, como potente signo de la presencia de Dios tanto entre creyentes como entre no creyentes. A su regreso a territorio israelita, encuentra acomodo temporal en Bet-semes, pasando más tarde a Quiriat-jearim. El Cronista retoma ahí, pues, el hilo de su historia. Las dos últimas etapas antes de su llegada a Jerusalén le bastan para reunir suficiente evidencia de la gracia de Dios operando en el seno de su pueblo, tanto para maldición como para bendición, y ello con total independencia de su lugar de localización. Así, para Perez-uza es ‘olor de muerte para muerte’, pero ‘olor de vida para vida’ para la casa de Obed-edom. No es, en modo alguno, necesario que se encuentre en Jerusalén para poder ser efectiva.

Este aspecto de la gracia ha escandalizado siempre a los que quieren confinar a Dios a los límites de lo familiar y lo comprensible. En los tiempos del Nuevo Testamento, un error de comprensión aún más letal que el de la mujer samaritana es cuando Esteban, al igual que su Maestro antes que él, es acusado por los judíos de Jerusalén de querer ‘destruir el lugar’. Su respuesta, explicitada con todo detalle en Hechos 7, se reduce, en esencia, a que, cuando el hombre trata de dictarle a Dios las circunstancias y modos con que su gracia tenga que operar y responder, se estará comportando no sólo como un necio, sino incluso como un auténtico rebelde. La construcción del templo de Salomón

fue, tal como tendremos ocasión de ver, el resultado de un proyecto muy querido por el Cronista. Pero él mismo es el primero en mostrarse de acuerdo con el sentir que subyace en las palabras de Esteban en Hechos 7:47: '¿Salomón...construyó una casa para [Dios]' – y mejor hubiera sido, desde esa perspectiva, que no lo hubiera hecho: son grandes los riesgos cuando se cree que la gracia de Dios está limitada a ciertos lugares en particular o a determinadas circunstancias en concreto.

c. Una gracia que sobrepasa el simbolismo

Así es como llegamos al último de los enigmas que han salido a nuestro encuentro. Para el Cronista, el reto ha consistido en predicar las glorias del arca del pacto a *un pueblo que no la poseía*. A lo largo de esos últimos años, los recuerdos tangibles del magno período de la monarquía y el sacerdocio se les habían ido escapando, uno tras otro, de entre los dedos. Se habían apresurado entonces a construir un segundo templo, para, posteriormente, tratar de erigir otra casa real, pero el núcleo de la cuestión es que la práctica totalidad de la estructura del Israel davídico había desaparecido con él. 'Las torres que llegaban hasta las nubes, los magníficos palacios' se han desvanecido en el aire, 'y así viene a ser que se desvanece tan insustancial desfile, sin dejar siquiera rastro de su paso.' Los lectores del presente libro se aprestan ahora a formular la más obvia de todas las preguntas, para recibir la más profunda de todas las respuestas. '¿Por qué predicarnos ahora a nosotros acerca del arca?' 'Nosotros no tenemos arca.' A lo que el Cronista responde. '*Vosotros también necesitáis un arca*. La gracia no está ligada ni a vuestra religión ni a vuestra fe: la gracia precede a ambas cosas, y esas manifestaciones humanas son la respuesta a su presencia. La gracia no se circunscribe a ciertos lugares o determinadas circunstancias: la persona tiene que estar preparada para que Dios llegue a ella en cualquier lugar y en cualquier momento. La gracia, además, tampoco es dependiente del arca como símbolo representativo suyo. La gracia es *libre*. Dios la puede manifestar aquí y ahora, sin necesidad de que el arca esté presente, y seguirá haciéndolo así aun mucho después de que el sistema del Israel del Antiguo Testamento, con sus sacerdotes, sus reyes y todo lo demás sea ya historia del pasado. Nunca va a poderse decir que, si se va a éste o a aquel lugar en particular, o si se hace esto o lo otro, Dios vaya a bendecirte por obligación. Su gracia no está circunscrita ni limitada a nada que no sea su amor infinito y su suprema bondad. Y es para gran fortuna nuestra que así sea. En un mundo en el que todo es mutable e inconstante, esa gracia 'permanece para siempre.'

Fama y temor al rey

1 Crónicas 14, 18–20

Una vez más, o al menos por el momento, y por estar empeñados en seguir un solo hilo conductor, que no toda la trama, retornamos al capítulo 14 para pasar, acto seguido, a los capítulos que van del 18 al 20. La nota clave para interpretar esos cuatro capítulos nos aparece en 14:17: 'La fama de David se extendió por todas aquellas tierras, y el SEÑOR puso el terror de David sobre todas las naciones.' Lo cual viene a querer decir que ahora van a hacer frente a las relaciones con otros países – haciendo notar para ello su influencia y peso específico. En el curso de los acontecimientos, se mencionan unas cuantas campañas militares, y las 'grandes guerras' de David (22:8), que precisamente van a tener unas consecuencias de largo alcance con repercusiones inesperadas en la historia posterior de Israel. Por el momento, su resultado inmediato es que añade el necesario color y atmósfera al cuadro que el Cronista trata de componer en referencia a esos primeros tiempos de David como rey. Por lo que respecta a nosotros, y tras considerar la manera como presenta esa faceta del reinado de David, trataré de clarificar de qué forma ese sermón suyo puede aplicarse a sus lectores contemporáneos, para, acto seguido, entresacar las verdades que contiene y la relevancia que pueda tener para cualquier época.

1. La imagen del pasado en el Cronista

Siempre resultará de interés notar de qué forma maneja el material según sus fuentes. En este breve repaso al mismo, nuestra intención es dilucidar algo de la estructura interna de estos capítulos centrales de 1 Crónicas, y qué partes de ese material ha considerado oportuno incluir.

a. La estructura de la sección

Los capítulos 10 a 12 nos muestran al rey con el pueblo congregado a su alrededor, formando una unidad dentro de la individualidad; sección que va seguida por los comienzos de la narrativa del 'arca' en el capítulo 13. Pero, cuando el Cronista llega a 13:14 (la estancia del arca en Obed-edom durante tres meses), ya ha avanzado un buen trecho en Samuel/Reyes, como fuente de origen del material, y ha llegado incluso a 2 Samuel 6:11. Por lo cual, antes de proseguir con la historia del arca, se sirve de ese intervalo de tres meses, por así decirlo, como momento apropiado para insertar un pasaje que encontramos en 2 Samuel 5:11–25, que, de hecho, aporta la mayor parte del contenido de fondo de 1 Crónicas 14.

Es posible que las afirmaciones de 14:2 respecto al establecimiento de David en el trono y la exaltación de su reinado no sean más que titulares del tema de fondo, que habrían de ser ampliados en el resto del capítulo. Dentro de Israel, viene a quedar establecido en la medida en que su familia y la corte van creciendo y haciéndose cargo de la situación. En cuanto a las otras naciones, su reino es reconocido y ensalzado tanto por amigos como por enemigos (Tiro, 14:1; Palestina 14:8ss.).

Junto a la transcripción de los pasajes correspondientes en Samuel/Reyes,

encontramos la adición de una frase en concreto que, sin duda, procede de la propia pluma del Cronista. Así, tras poner adecuado punto final al relato del último enfrentamiento de Saúl con los filisteos (1 S. 31:1–13 = 1 Cr. 10:1–12), acaba con un veredicto expresado a título personal: ‘Por la trasgresión que cometió... el SEÑOR le quitó la vida’ (1 Cr. 10:13–14). Y ahora lleva a su término el relato de los primeros enfrentamientos de David como rey, y ello justamente contra los mismos enemigos (2 S. 5:11–25 = 1 Cr. 14:1–16) con un comentario análogo, pero en total contraste, relativo a esa fama de David que ‘se extendió por todas aquellas tierras, y el SEÑOR puso el terror de David sobre las naciones’ (14:17).

Todos esos párrafos, que dan cuenta de las relaciones internacionales que David fomenta, se están nutriendo en realidad de una fuente histórica anterior, sirviéndole como introducción al tema que él quiere ahora sacar a relucir. Pero, por el momento, y tras haber dejado constancia de ello en este capítulo 14, se ocupa primero finalizar los capítulos 15 y 16 relativos al arca. Como siguiente tema, ya en el capítulo 17, introduce el templo, cuestión, sin embargo, que deja igualmente en suspenso para un tratamiento posterior más pormenorizado, siendo entonces los capítulos 18 a 20 los encargados de retomar el tema que nos había mantenido ocupados hasta ese momento.

El capítulo 14 se basa, tal como ya comprobamos, en 2 Samuel 5. Estos otros tres capítulos (18–20), dedicados a ‘relaciones con el exterior’, son una recopilación de las partes más relevantes del resto de 2 Samuel. Los capítulos 8 y 10 de ese libro son reproducidos ahí, la mayor parte de los capítulos 11 y 12 queda eliminada, mientras que los respectivos finales, 11:1 y 12:26, se ensamblan como un nexo; aparte de eso, son nueve los capítulos que se omiten en su totalidad, y ello justamente hasta llegar a 21:18–22, que vendrá a poner broche final a su propio capítulo 20.

Esos pasajes, registrados ya con anterioridad, que el Cronista considera oportuno omitir ahora, tienen que ver con las relaciones personales establecidas por David, siendo algunas de ellas para crédito suyo y otras no tanto. Los afanes, las actuaciones carentes de fondo moral y el recurso al asesinato, todo ello en detrimento de su reinado, quedan por completo eliminados. Un juicio superficial nos llevaría a concluir que el Cronista está tratando de ‘blanquear’ la fachada del personaje. Pero esa no puede ser en modo alguno su intención, pues, a estas alturas, sus fallos y defectos son ya bien conocidos tanto el Cronista como por sus lectores. Por otra parte, además, lo concerniente a su vida personal no es el objetivo que persigue. Su verdadera intención es la presentación deliberada de David como rey y no como hombre. Es, pues, la reputación del rey, y las repercusiones que eso pueda tener, lo que da cuerpo al contenido de los cuatro capítulos que nos ocupan.

b. El contenido de la sección

‘David reinó sobre todo Israel, y administraba justicia y derecho a todo su pueblo.’ Así, 18:14 viene a constituir el centro de esta sección en concreto, con un David que parece presidirlo todo desde su trono. La nación ha quedado organizada alrededor de

su rey y gobernante, y esa es precisamente la primera gran imagen del reino de David que se ofrece a nuestros ojos en los capítulos 10 a 12, lo cual está muy bien. Sin embargo, ¿qué decir del efecto y las repercusiones que todo ello pueda tener en las naciones circundantes? ¿Cómo están reaccionando ante todos esos hechos?

Al norte de Israel, el gran puerto fenicio de Tiro que era un enclave amistoso. 14:1 nos pone en antecedentes del contacto personal existente entre David e Hiram, su rey, que tendría, además, continuidad con Salomón (2 Cr. 2). En la otra cara de la moneda, el asentamiento costero del sur, la 'Pentápolis' o Cinco Ciudades de los filisteos, siguieron mostrándose hostiles, tal como lo habían hecho en tiempos de Saúl (1 Cr. 10) y, antes incluso de eso, en los tiempos de Sansón como juez. Mayor espacio se dedica a ese caso de hostilidad que a las muestras de amistad y buena voluntad, si bien ambos casos contribuyen, a su manera, a 'la fama' y 'el temor' al rey (14:17).

Ese viene a ser, de hecho, el esquema básico de los capítulos 18 a 20. La información más pormenorizada presente en esos capítulos tiene que ver con unas cuantas naciones circundantes. Los acontecimientos que se narran empiezan y terminan con una serie de campañas contra los filisteos, incluida la dirigida contra Amón, descrita con todo detalle, y que tiene asimismo que ver con Moab, Edom, Amalec y los pueblos arameos de Soba, Damasco, Maaca y Mesopotamia (la práctica totalidad de los sirios). En ese dilatado catálogo, destaca un párrafo en concreto, dentro del capítulo 14, que nos pone en antecedentes de todos aquellos pueblos que se han puesto del lado de David (en un extremo, Tiro; en el otro, Hamat).

Dicho con otras palabras, lo cierto es que la mayoría de las naciones vecinas se oponen a David, si bien algunas forjan alianzas con él en determinadas circunstancias. Pero la auténtica cuestión es que incluso esos enemigos suyos se ven forzados a reconocer su poder ('El SEÑOR puso el terror de David sobre las naciones'). Así, la totalidad de ellas, aunque en distinto grado, quedaron sujetas a su poder. La derrota de los amonitas se había caracterizado por ser particularmente completa y humillante, y bien merece la descripción tan detallada que se hace de ella por la perfidia de Hanún, su rey; no tenemos ningún otro registro por escrito de la alianza forjada entre David y Nahas, padre de ese Hanún (19:2), pero lo ocurrido estaría en consonancia con la enemistad ya existente entre ese rey y Saúl (1 S. 11). En esa misma línea, se recuerdan en el párrafo final conflictos anteriores y alianzas antiguas, donde los 'gigantes' filisteos de Gat son finalmente derrotados 'por mano de David y por mano de sus siervos' (20:8), con lo que vendría a cerrarse la ronda de logros militares, quedando nosotros enterados del más notorio de todos ellos; pues aunque el Cronista ha optado por no incluirlo, ni él ni sus lectores desconocerán la historia de ese encuentro de David, ya años atrás, 'con Goliat el geteo' (20:5; cf. 1 S. 17).

Aun así, no todas las naciones se ven arrastradas al conflicto por 'temor a él'. Para Hiram de Tiro, tal como ya hemos visto, 'la fama de David' lleva a una confraternización política con visos de amistad personal ('Hiram siempre había sido amigo de David', se nos dice en su momento (1 R. 5:1)). Se va a producir, además, no sólo un reconocimiento de ese rey que ahora tiene Israel – si bien no tenemos forma de averiguar su grado y extensión –, sino asimismo de su Dios: 'Entonces Hiram, rey de

Tiro, respondió en una carta que envió a Salomón: “por cuanto el SEÑOR ama a su pueblo, te ha hecho rey sobre ellos... Bendito sea el SEÑOR, Dios de Israel, que ha hecho los cielos y la tierra” (2 Cr. 2:11–12). Tou, rey de Hamat, mantiene igualmente excelentes relaciones con David, y envía a su hijo Adoram con saludos y regalos (18:9–11). Con todo eso presente, podemos permitirnos recordar un pasaje anterior al que, quizás comprensiblemente, se le pasa revista muy por encima, destacando la lista de los hombres fuertes de David, con inclusión de Selec el amonita, Urías el hitita e Itma moabita (11:39, 41, 46); mientras que en 18:17 aparecen los cereteos y peleteos, a los que Samuel/Reyes asocia también una banda de seiscientos meteos (2 S. 15:18). ¿Qué conclusión debemos sacar respecto a la presencia de todos esos hititas y meteos? Pues, sencillamente, que han entrado al servicio del rey de Israel procedentes de naciones extranjeras, generalmente hostiles, y que el último de esos grupos, que parece ser el de la guardia personal de David, cuenta en su composición (si nos remontamos al origen) con hombres procedentes de Creta, Palestina, en este caso, concretamente de Gat, de donde era oriundo su temible adversario Goliat.

Vemos entonces que, incluso rodeados de un mundo que es su antagonista, hay en cambio algunas naciones, y en el caso de las naciones enemigas algunos individuos, que se ponen de parte del rey ungido por Dios. Y amigos y enemigos manifiestan por igual su temor ante el muy famoso rey de los israelitas.

c. Un salmo para los tiempos de David

El salmo 60 ha sido tradicionalmente asociado al período que ahora nos ocupa. No es tarea fácil hacer que encajen los distintos relatos según los tres libros, pero si hacemos caso a su encabezamiento, este salmo fue concebido para contar la guerra entre Israel y Aram,⁷ en los tiempos en que David era rey y Joab era su comandante en jefe, y asimismo se relaciona con la matanza que tuvo lugar, tras ello, en el Valle de la Sal. El encabezamiento puede no corresponder al original, y son muchos los que creen que su posición en origen era muy distinta. Pero el núcleo central sin duda se corresponde con la verdad que el Cronista quiere demostrar en base a ese período en concreto de la historia. El clamor que se eleva en los versículos 1 a 5 encaja en el contexto de un trasfondo de absoluto desaliento (aunque temporal): la clase de episodio que él, pendiente de la victoria que, pese a todo, ha de producirse, omitiría a propósito del recuento total de las batallas. Pero, en medio del pánico creado por la lucha y la incertidumbre, llega nítida la respuesta de Dios (versículos 6–8), y a eso es a lo que el Cronista da su más ferviente aprobación. La palabra de Dios ha surgido poderosa del santuario, de la ciudad de David: en reciprocidad con el total del pueblo que le pertenece, así es igualmente soberano respecto a todas y cada una de las naciones circundantes. Hay entonces quien acepta al rey instituido por Dios, muchos son también los que le rechazan, pero todos, sin excepción, habrán de venir a reconocer su prestigio y también a temerlo, pues es nada menos que el Señor el que está con ese nuevo rey.

2. La predicación del Cronista a su propio tiempo

Al hacer de la historia motivo de un sermón, el Cronista organiza el material del que dispone de forma notable, tal como ya hemos tenido ocasión de comprobar. En la sección que nos ocupa, el material dispuesto tiene que ver con la dilatada y azarosa vida familiar de David y los muchos problemas a los que tuvo que hacer frente. No tendría sentido tratar ahora de presentar a un David libre de toda culpa; los lectores están ya muy al tanto de los fallos del rey. De poder acusarse al Cronista con alguna credibilidad, sería precisamente de presentarnos a un David casi 'inhumano' – una especie de máquina programada para vencer en las batallas. Pero el auténtico problema que surge ahora respecto a este sermón suyo no es que el rey parezca ser perfecto, ni tampoco que roce lo irreal, sino que, en la realidad presente, para nada parece contar ese pasado glorioso.

a. El poder del rey como monarca

'El SEÑOR lo había confirmado por rey sobre Israel', y 'su reino había sido exaltado en gran manera' (14:2). Hechos estos que serían ciertamente históricos en el siglo X a. C., pero que, para el siglo IV de esa misma era, en nada se asemejaban a la realidad. En tiempos de David, el territorio israelita comprendía una extensión de más de 300 kilómetros 'desde Sihor de Egipto hasta la entrada de Hamat' (3:5); en los tiempos del Cronista esa cifra se había visto reducida de forma drástica, siendo ya poco más que una diminuta fracción de lo que había sido en ese pasado glorioso. En aquel entonces, el país había sido gobernado por un rey con rango de emperador; ahora, en lugar de monarca propio, lo que tenían no era más que un gobernador que debía responder ante esa distante capital en Persia. En el pasado, habían dispuesto del más completo ejército de Oriente Próximo; ahora, en cambio, no tenían ni un escuadrón. La fama y la gloria de entonces – terror de los otros pueblos – había sido inmensa; ahora, ni siquiera podían considerarse nación.

Dicho de otra forma, el tiempo *del* que el Cronista escribe es el de las grandes cosas, pero el tiempo *en* el que escribe es el de 'las cosas insignificantes'. ¿Qué sentido pueden tener entonces los días de gloria del pasado? ¿No se tratará tan sólo de nostalgia, de un vano suspirar por el esplendor perdido? ¿O puede, en cambio, que esté pensando en alguna forma de posible restauración de esa 'vieja tierra de esperanza y de gloria' – 'Más amplios aún y más extensos serán sus nuevos límites; el Dios que hizo de ti nación poderosa, mayor poder vendrá a otorgarte aún'?¹⁰ En los tiempos en los que el Cronista redacta su libro, el poder de David era cosa de un pasado remoto y perdido. Incluso así, su recuerdo viene a ser razón y motivo de un sermón para el tiempo presente; anhelar lo que ha sido no es algo que pueda tenerse en consideración, e instar a esforzarse por recuperarlo no es realista. ¿Qué, pues, *puede* tener que ver con nosotros, como destinatarios, ese sermón que el Cronista, en su momento y circunstancia, se afana por predicar con tanto detalle y esmero?

b. El poder del rey tal como era en la realidad

En apariencia, ese aludir a la ‘fama y temor del rey’ no sería sino una burla cruel. Pero, en cambio, es una muy real y gloriosa realidad. Justamente en ese tiempo, en los días del ocaso de Israel, las Escrituras ponen ante nosotros las historias de Daniel, de Nehemías y de Ester. Cuando Israel no es nada y Babilonia lo es todo, Daniel se pone sin miedo delante de toda la corte babilónica para declarar con voz firme que ‘el Altísimo domina sobre el reino de los hombres, y se lo da a quien le place’. En unas circunstancias en las que Israel no es nada y Persia lo es todo, Nehemías afirma, delante de sus oponentes, que es Dios quien gobierna en realidad la política del imperio persa: ‘Y el rey me lo concedió, porque la mano bondadosa de mi Dios estaba sobre mí’.¹² Y en un libro, y en un mundo, en el que el nombre de Dios ni siquiera es mencionado, la historia de Ester muestra su mano moviendo los hilos por detrás de la trama, controlando cada giro y detalle de la misma. Las fechas e historicidad de esos tres libros en concreto han sido, cómo no, objeto de debate y disputa. Pero eso no debiera ser excusa para dejar a un lado el mensaje de fondo – que el poder soberano de Dios, que se hace evidente en alguna forma al encarnarse en la monarquía davídica, se muestra de forma distinta al ser desposeído de sus vestiduras mundanas. Daniel, Ester y Nehemías son ejemplos de aquellos que ‘fueron hechos fuertes en su debilidad’ – por haber comprobado en sus vidas que el poder de Dios ‘se perfecciona en la debilidad’. Y tanto el Cronista como los lectores de la época habían venido igualmente a comprobar por propia experiencia el cumplimiento de la increíble afirmación de Ciro el Persa: ‘El SEÑOR, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha designado para que yo le edifique casa en Jerusalén’ (2 Cr. 36:23). No importa ahora decidir si Ciro creía y entendía sus propias palabras. La cuestión es que ponían de relieve una verdad fundamental: que el poder que ahora ostentaba David no le pertenecía en exclusiva en esos años que pudiera vivir, ni tampoco a sus descendientes en ese largo período de casi 400 años en el que vinieron a gobernar en lo político. Esos siglos fueron testigos del gobierno de Dios, ejercido *a través de David* y sus sucesores. ‘En el trono del SEÑOR’ se sentó cada rey por turno (29:23), y no desapareció con el último de la dinastía; así, los más grandes de entre ellos, David y Salomón, son presentados por el Cronista como gobernantes idóneos, magnificándose en consecuencia sus logros y omitiendo sin más sus trasgresiones y pecados, y ello justamente con el fin de ilustrar y poner de relieve la grandeza del Rey celestial de quien son representantes. ‘Dios gobernaba el curso de la historia’, dice McConville, ‘para impartir al reino de Israel, al menos por una vez, un esplendor que simbolizara de forma adecuada ese otro esplendor muy superior del que era reflejo.’¹⁵

c. Un salmo apropiado para los tiempos del Cronista

Si el salmo 60 puede relacionarse con ese tiempo pasado que el Cronista nos relata, el contenido de su presentación podría recordarnos el salmo 72. Al igual que ocurría

con el salmo anterior, el encabezamiento que le precede es objeto de debate. Pero, sea como fuera, lo cierto es que el que pueda ser o no 'de' Salomón – compuesto por él, o sobre él, o ninguna de ambas cosas – no nos interesa por el momento. De lo que no cabe duda es de que se trata de una oración en favor del rey gobernante, en la que no se solicita con titubeos algo improbable, sino que, muy por el contrario, se clama con convicción pidiendo que ocurra lo imposible. 'Que te teman mientras duren el sol y la luna, por todas las generaciones... Domine él de mar a mar, y desde el río hasta los confines del mar.' Tal convicción evidencian sus palabras, que nos cuesta trabajo considerarlas mera extravagancia apasionada. Pero, si no fuera así, ¿cuál podría ser su auténtico sentido?

Aunque lo habitual sea datar este salmo en relación al reino de Salomón, y sin duda después de los días de David, podría haberse tenido todavía alguna esperanza, en su día, de un cumplimiento literal de esos deseos, y ello en el sentido de que, incluso habiendo transcurrido ya algunas generaciones, el gobierno davídico siguió existiendo al mismo tiempo que se expandía el reino. Pero, un tanto paradójicamente, esas extravagancias del salmo pasan a ser realidad cuando la línea de los reyes llegó a su fin, desapareciendo su reino del mapa. Para entonces, viene a evidenciarse que el poder soberano de Dios seguía e incluso se ampliaba, pero en una forma nueva. 'Vasijas que pronto se quiebran, de nada ha servido tu luz. Quebradas por decreto tuyo, han desaparecido sin más. Pero ahí vino a brillar tu verdad en poderoso resplandor, revelada cual relámpago que las nubes atraviesa con su vigor.'

Tal como el salmista presenta la imagen de 'los reyes de Tarsis y de las islas... los reyes de Sabá y de Seba...' postrándose ante el trono del Señor, así había visto David a los reyes de Soba y Ammón inclinándose ante su autoridad, por lo que ahora, de forma realmente sorprendente, la propia generación del Cronista viene a darse cuenta de que los reyes de Babilonia y Persia han cedido ante ese mismo poder. La única diferencia estaría en que, en ese tiempo suyo, ya no habría 'hijo del rey'.¹⁹ Y la posibilidad de que vuelva a haberlo no es noción que se les pase por la cabeza a las gentes de ese siglo IV anterior a nuestra era, aunque su deseo es que así sea, abrigando, pues, la esperanza de que las palabras del salmo tengan su plenitud con la venida del Mesías.

3. El Cronista anticipa nuestro propio tiempo

Los siglos van pasando, y nosotros, 2.300 años más tarde, nos encontramos en una situación en cierta forma similar. La esperanza mesiánica se ha hecho realidad, pero resulta asimismo que la historia parece repetirse. El trono ha recobrado sentido en un nuevo rey de carne y hueso, un auténtico 'hijo de David'. Pero él, al igual que esos antecesores suyos en el siglo IV a.C, y aun reinando y permaneciendo por la eternidad, tampoco ocupa trono visible en la ciudad de Jerusalén. Esa es la razón de que la situación que expone el Cronista sea un anticipo de la nuestra.

a. Nuestro tiempo en términos seculares

Para nosotros, al igual que para el Cronista, el pueblo de Dios ya no cuenta en términos de influencia secular entre los reinos de este mundo. Esto no quiere decir que no se intentara lo contrario. Como poder político, la Iglesia Cristiana hizo un esfuerzo concreto, hace ya más de mil años, por tener la fama de la monarquía davídica e inspirar el mismo temor. Desde los tiempos de Constantino, los progresos alcanzados en ese sentido son una realidad histórica irrefutable; progresos que tuvieron una continuidad a través de los imperios de la Roma cristianizada y de Bizancio, y hasta la noción misma de Cristiandad, y ello como factor aglutinante en la Europa fragmentada de la Edad Media. Pero el declive territorial del Papado dentro de los Estados Papales de Italia, hasta verse reducidos al minúsculo enclave de la Ciudad del Vaticano, da la medida del declive general de la pretensión política del pueblo de Dios del Nuevo Testamento. Donde el calificativo 'cristiano' se quiere usar en ese sentido, ya sea en relación a un grupo dentro del conflicto en el Líbano, o en el seno de un partido político en plena campaña electoral en un país de Occidente, lo cierto es que no tiene prácticamente nada que ver con el verdadero pueblo de Dios.

De igual manera, la Iglesia ya no constituye la fuerza cultural que fue en el pasado. Y si bien puede que sea cierto que la Iglesia Católica ha descollado en el campo de la influencia política, la cultura y los modos de vida han sido, quizás, la reserva propia de las iglesias protestantes. Pero incluso ahí, la influencia ha sufrido un declive dramático. Hubo un tiempo en el que las antiguas virtudes 'cristianas' de ahorro y trabajo duro, de filantropía aplicada y moral pública, constituían parte esencial de la vida en sociedad. Ahora, o bien se las considera pura hipocresía o, simplemente, se las rechaza como caducas o, en el mejor de los casos, como una triste pérdida ya del todo irrecuperable.

En términos seculares, la fama que rodeaba al rey, junto con el temor que inspiraba – estamos hablando aquí de Jesús – son ya pura caricatura. Tenemos, pues, que volver la mirada a otras partes en un intento de encontrar algo análogo a esa antigua reverencia que las gentes sentían por David en el mundo en el que le tocó vivir.

b. Nuestro tiempo en términos espirituales

En los tiempos en que el Cronista redactaba sus escritos, las glorias seculares del reino ya habían desaparecido, y había hecho su aparición otra época muy distinta. En esa nueva era, aun persistiendo en su existencia, el pueblo de Dios ya no poseía el poder que le había hecho sobresalir entre los pueblos vecinos. Con todo, y en un mundo dominado política y culturalmente por imperios paganos, la fama y temor del verdadero rey deslumbraba con un lustre aún más llamativo.

Y así sigue siéndolo en nuestro tiempo. En términos seculares, el señorío de Cristo nada parece significar ya en estos tiempos. Medido por ese rasero, el reino de este mundo ha venido a reemplazar al reino de nuestro Señor y de su Cristo, y no lo contrario. Pero, en otro posible sentido, la fama y el temor al rey sigue difundiéndose en un ámbito de mayor influencia y con mayores y más profundas repercusiones que nunca. En términos espirituales, su nombre es dado a conocer a las mentes y los

corazones de las personas en todas partes del mundo, y ello como resultado de la predicación del evangelio en todo el orbe. Al igual fue en tiempos pretéritos, la mayoría se opone a ello, pero son muchos, en cambio, los que lo aceptan. Las circunstancias y perspectivas parecen menos prometedoras que en tiempos de David, pero ahora tenemos un rey mucho más grande y poderoso. Ammón y Moab, Edom y Siria, siguen siendo sus enemigos, pero Tiro y Hamat se han vuelto aliados. Los filisteos, como nación, le rechazan, pero hay algunos ‘pelestim’ – peletitas – que le aceptan, y es así incluso por parte de una banda de geteos de la localidad de donde era oriundo Goliat. Lo importante es que su fama va extendiéndose por todos los lugares, y el temor a su persona es una realidad para las naciones circundantes. Está acercándose el día en el que ante el nombre de Jesús toda rodilla se doble, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor.²¹

c. Un salmo para nuestros tiempos

Cualquiera que sea el sentido de ese ‘de David’ del Salmo 60, y, a su vez, ese ‘de Salomón’, en el caso del salmo 72, lo cierto es que ambos tendrían mucho que ver con el propósito del sermón del Cronista en el punto en que nos encontramos. Las circunstancias en las que el salmo 87, ‘de los hijos de Coré’, fue escrito son cuestión de debate. Pero lo que aquí nos interesa es ese uso que hace de una visión profética realmente extraordinaria para que cobre vida idéntica lección en nuestros tiempos.

Esas líneas tuyas tienen que ver con el recuento de las gentes de Sión, la ciudad real de David. Entre los incluidos en el mismo, encontramos naciones notorias enemigas de Sión, pues ‘Rahab’ equivale a Egipto, y nos damos cuenta, retrospectivamente, que el salmista ha hecho mención del primero y del último de los más grandes opresores de Israel en tiempos del Antiguo Testamento (Egipto y Babilonia), junto con sus oponentes más representativos y la mención asimismo de los pueblos amigos de la monarquía davídica. Sin embargo, lo más sorprendente en la predicción del salmo es que hombres procedentes de todas las naciones vayan a venir a ‘conocer’ al Señor; esto es, que vayan a ‘reconocerle’ y ‘admitirle’, con lo que eso implica en cuanto a nuevas relaciones; y que vayan a quedar inscritos no como meros aliados, ni siquiera como amigos, sino, y de forma muy concreta y explícita, nada menos que como *nativos naturales* de Sión.

No disponemos ahora de medios para determinar con exactitud qué personas en concreto incluía el salmista en esas gentes, o el porqué de los conceptos que maneja en el salmo 87. Pero no puede pasarnos desapercibido que conocer a Dios, adquirir una segunda ciudadanía de carácter espiritual y ser nacido de nuevo son cuestiones que tienen su paralelo en el Nuevo Testamento en ese profundo cambio de corazón que se sigue de la respuesta afirmativa ante la majestad y el temor que inspira la fama del rey.

Dones para la casa de Dios

1 Crónicas 17, 21–22

Con el capítulo 17, hace su aparición el cuarto gran tema de la sección davídica de Crónicas. El primero de ellos había sido el de la Nación, esto es, el pueblo junto con su rey, asunto debidamente analizado en tres capítulos sucesivos (10–12). El segundo de los temas, el del Arca, había hecho su entrada en el capítulo 13, aunque sin embargo, se había visto seguido de inmediato por la aparición de un tercer tema, la ‘fama y temor al rey’ – que podría resumirse en un tema único englobado en el concepto ‘Testimonio’, indagándose ahí en la manera en que era juzgada la nación de Israel por sus vecinos. Todo eso había sido objeto concreto del capítulo 14. Los capítulos 15 y 16 retomaban nuevamente la cuestión del Arca, ampliándola y completándola, con lo que, y antes de que el hilo del Testimonio vuelva a ser reiniciado, este cuarto y último tema pendiente, el del Templo, viene a ser introducido en el capítulo 17. (Nótese que, al igual que los capítulos dedicados al Testimonio se ocupan de desarrollar el tema de la Nación, contraponiéndolo a un nuevo y más amplio panorama, el tema del Templo retoma la narrativa propia del Arca para situarla en un nuevo contexto más elaborado.) Así, tras la correspondiente introducción al Templo, nos encontramos con tres capítulos más que se ocupan del tema del Testimonio (18–20), justo antes de los dos capítulos finales específicos sobre el Templo (21–22).

Así, en su distribución alterna, el esquema del entramado correspondiente vendría a quedar como sigue:

La Nación 10–12

El Arca 13 15–16

El Testimonio 14 18–20

El Templo 17 21–22

Una vez más, parece resultar más simple para nuestros propósitos desenredar sencillamente los hilos que el Cronista ha entretejido, y ello con el fin de ir analizando por turno los distintos temas.

Para empezar, conviene destacar cuatro versículos significativos que nos ayudarán a

seguir el hilo correspondiente al tema del 'Templo'.

'Sucedió que cuando David ya moraba en su casa, dijo David al profeta Natán: "He aquí, yo habito en una casa de cedro, pero el arca del pacto del SEÑOR está debajo de una tienda" ' (17:1). En el corazón de David alienta, pues, el deseo de construir una morada para el arca, y Natán le anima en el proyecto. Esa es, por lo menos, la aparente reacción muy humana de Natán; reacción, sin embargo, que tiene que revisarse a la luz del mensaje divino que le llega esa misma noche, pues no va a ser David, sino su hijo Salomón, el que construya el templo para el arca de Dios. Pero, además, lo que Dios va a hacer por David, en cambio, va a ser infinitamente más grande, suscitando en este rey una respuesta que constituye una de las más grandiosas y entrañables oraciones de toda la Biblia (17:16–27).

Los capítulos 18 a 20 han desarrollado plenamente el tema del Testimonio, y ahora, al retomar el tema del Templo, se aprovecha para introducir a un nuevo profeta, Gad. 'Luego, el ángel del SEÑOR ordenó a Gad que dijera a David que subiera y edificara un altar al SEÑOR en la era de Ornán jebuseo' (21:18). Pero, evidencia externa aparte, lo que hay detrás de ese imperativo es el censo ordenado por David; lo cual (por razones que consideraremos más adelante) había movido a Dios a infligirle castigo. La plaga hace entonces su aparición, extendiéndose por todo Israel, y deteniéndose tan sólo a las puertas de Jerusalén, con la visión terrible de ese 'ángel exterminador', en pie y erguido entre el cielo y la tierra, la espada firme y desenvainada apuntando a la ciudad, indicando con ello el lugar donde la plaga se había detenido. David y sus 'ancianos' lo vieron, quizás, camino del 'lugar alto de Guibeá' con el fin de suplicar a Dios clemencia con ofrenda y sacrificios. También fue visto por Ornán y sus hijos mientras trillaban en la era, pues ese había sido precisamente el lugar en el que el ángel se había detenido.

En ese punto, el deseo de 17:1 y la orden de 21:18 convergen. 'Entonces, David dijo: «Esta es la casa del SEÑOR Dios, y este es el altar del holocausto para Israel»' (22:1), iniciándose de inmediato los preparativos para la edificación del templo. Desde el principio mismo, David incluye a Salomón en el proyecto, siendo como es consciente de que él nunca lo verá hecho realidad, pero contemplándolo, sin embargo, como verdadero 'santuario del SEÑOR Dios', y lugar donde 'el arca del pacto del SEÑOR y los utensilios sagrados de Dios' fueran traídos a 'la casa que se ha de edificar para el nombre del SEÑOR.' (22:19).

Vimos así, en su momento, que el arca representa la gracia expresa del pacto, y ello como primer acto de Dios a favor del hombre antes de que existiera la posibilidad siquiera de que éste actuara en correspondencia. Es más, aunque, en la práctica, ese amor constante nunca va a dejar de suscitar respuesta, no tiene, en principio, necesidad de ello para existir. Dicho de otra forma, el arca no necesita templo que la cobije y albergue. '¿He hablado alguna palabra con alguno de los jueces de Israel... diciendo: "¿Por qué no me habéis edificado una casa de cedro?" ' (17:6). Aun así, es justo y apropiado que el hombre responda ante la gracia de Dios; y el templo, a pesar de ser superfluo, no dejaba de ser genuina expresión corporativa de la respuesta de Israel a su Dios.

¿Qué contribuiría, pues, a la edificación de esa morada? A no dudar, el pueblo de

Dios entregaría bienes materiales, con ofrenda de dinero y aportación de dones y capacidades. Pero, tal como se irá haciendo evidente, había otras posibles formas de colaboración, ciertamente no expresadas ni especificadas, pero de las que encontramos indicios muy claros en estos capítulos en concreto. La primera de ellas no requiere ni riquezas ni habilidades extraordinarias para poder practicarla, sino que tiene que ver con una actitud y un talante. Y no cabe duda de que todos y cada uno de nosotros podemos responder ante esa gracia mostrada por Dios.

1. La devoción (17:1–27)

Si bien el deseo de David no se hace deliberadamente patente en 17:1–2 – ‘Yo habito en casa de cedro, pero el arca del pacto del SEÑOR está debajo de una tienda’ –, es fácil ver tras sus palabras, tal como lo fue para el profeta Natán, lo que en verdad estaba en su corazón. El fondo y la sinceridad de sus intenciones son, sin duda, bien evidentes.

Pero la respuesta que llega a través de Natán pone, en cambio, de relieve que los planes de Dios difieren de los de David, haciéndole entonces evidente el alcance de la verdad de la gracia y el propósito de Dios. Y la *verdad* (17:4–6) es que, tal como ya se ha hecho notar, un templo para alojar el arca, como símbolo expreso de la gracia de Dios activa y presente, es algo por completo innecesario. De haberlo querido Dios, ya lo habría hecho saber, y sin embargo, en momento alguno entre el éxodo y la monarquía había sucedido tal cosa. De hecho, había incluso una ordenanza concreta para que el arca no se alojara en casa permanente, sino en tienda transportable. Y es que, tal como vendría a quedar demostrado en épocas posteriores, esa otra alternativa conllevaba peligros muy concretos. Dios es demasiado grande como para que existan determinados lugares a los que adjudicar una ‘mayor’ presencia suya en relación a otros. Y, con independencia de sus otras posibles funciones y cualidades, el templo no disfruta de ese privilegio. En segundo lugar, la *gracia* de Dios viene a hacerse así más evidente a David (17:7–10). Nótese con qué frecuencia el pronombre ‘yo’ aparece intercalado en este pasaje en particular, con ese clímax revelador, ‘Yo te hago saber que el SEÑOR te edificará una casa’. David quiere hacer algo por el Señor, y no puede cabernos duda de que esa buena intención suya es reconocida como tal. Pero, la auténtica cuestión es que, tal como el Señor mismo viene a hacerle ver, lo que Él mismo va hacer a favor de David es infinitamente más importante que toda posible construcción que David haga por Él. La relación entre David y su Señor tiene su base, de principio a fin, en la gracia no condicionada de Dios. Lo que el Señor ha hecho es palpable y evidente, y es, además, algo que el Señor ha hecho por pura gracia a favor y beneficio de David; y si va a tener que construirse algo, será, de forma primordial y relevante, que Él construirá una casa *para* David.

Así, en tercer lugar, el *plan* de Dios viene a quedar muy claramente explicitado (17:11–14). Esa casa va a ser, en efecto, construida, pero será obra de Salomón, no de David, y, además, no tendrá comparación posible con el reino, el trono, la adopción y la misericordia que Dios manifestará y otorgará gratuitamente a Salomón: ‘Le confirmaré

en mi casa... para siempre.' 'Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos – declara el SEÑOR. Porque como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.'

En el mensaje de 17:4–14, Dios está dirigiéndose al componente emotivo de la personalidad de David. Ese primer impulso suyo de construir un templo había tenido su origen en las emociones – que, téngase muy en cuenta, era algo para ser considerado virtud, no debilidad. Pero Dios, aun haciendo debido aprecio de la sinceridad de ese deseo del corazón (como bien podría considerarse), responde a esa iniciativa humana ampliando la perspectiva. Su objetivo es 'hacer que se eleven aún más nuestros deseos' – a escala divina, nuestro entusiasmo palidece –, 'Y ofrecer los cielos a nuestra mirada.' Por otra parte, además, no es tan sólo 'el corazón quebrantado o contrito' al que el Señor reconfortará, pues no hay impulso del corazón humano hacia su persona que Él desprecie,⁴ dándose el caso de que a los posibles deseos que surjan de un corazón y una mente de mayor visión, Él vendrá a añadir una comprensión aún más grande.

Para crédito suyo, a David, lejos de producirle frustración, se le ensancha el corazón ante esa respuesta de gracia y bendición por parte de Dios. La memorable oración de 17:16–27 es la recapitulación de lo que Dios le ha comunicado a él a título personal, y el núcleo central de todo ello está justamente en 17:23b: 'Haz según has hablado.' Esa brevísima frase encierra una profunda verdad acerca de la vida de práctica devocional del creyente. La oración nunca es tan eficaz, como cuando clama a Dios solicitando que Él ya ha prometido hacer. Los vientos de las emociones que nos arrastran puede desviarnos fácilmente de nuestro curso; pero, si el timón y las velas están en su sitio, esos vientos pueden ayudarnos a llegar felizmente a buen puerto. Así, la palabra revelada de Dios viene a corregirnos y a poner freno a esos primeros impulsos del corazón, y el creyente sabio y prudente podrá traer entonces ante su Dios emociones y revelación de forma conjunta: 'Porque tú, Dios mío, has revelado a tu siervo que le edificarás una casa; por tanto, tu siervo ha hallado ánimo para orar delante de ti' (17:25).

Esa forma de contribuir a la edificación de la casa de Dios, con la devota entrega del corazón, no es difícil de comprender. Pero, al pasar del capítulo 17 al capítulo 21, encontramos una contribución de índole muy distinta.

2. El mal (21:1–18)

Nos encontramos aquí con misterios oscuros. Sin previo aviso ni preámbulo, Satanás hace su aparición en escena. Y tan sólo al final del Nuevo Testamento viene a quedar plenamente identificado como el dragón, la serpiente, el diablo y el gran embaucador. En el Antiguo Testamento aparece en tres ocasiones, y su aparición en este punto concreto es muy similar a la que hace en el Libro de Job.⁶ En cada uno de esos casos, su función es la de incitar al mal, pero ese mal que él pretende provocar está sujeto al permiso de Dios y limitado por este. De hecho, el relato de Samuel/Reyes nos pone en

antecedentes de que es el Señor mismo el que, en su ira, incita a David a poner en práctica unas medidas que vendrían a resultar desastrosas (2 S. 24:1).

Hay igualmente un elemento de misterio en ese pecado de David. ‘Hacer el censo de Israel’ (21:1) podría conllevar un peligro. La ley de Moisés amenazaba con un castigo si se llevaba a cabo un censo sin pagar ‘rescate’ al Señor. Quizás el pecado radicaba en imaginar que la fuerza del Estado radicaba en el número de hombres bien dotados en edad militar (21:5), mientras que, de hecho, tanto cada individuo, como la nación en sí, las guerras que pudiera entablar, y su destino como nación, estaban por completo en manos de Dios. El curso de la historia ya se había encargado de dejarlo bien claro – ‘el SEÑOR no libra ni con espada ni con lanza’ (1 S. 17:47) –, y el Cronista se encarga de subrayarlo en más de una ocasión (2 Cr. 13:18; 14:11; 16:8; 20:15). Sea como fuera, de lo que no puede caber duda es de que o bien el censo en sí, o el espíritu que lo alentaba, constituía una falta grave, que no sólo no complacía a Dios (21:7), sino que, además, era motivo de escándalo para su lugarteniente Joab, que no destaca en toda la narración por ser hombre de conciencia particularmente escrupulosa (21:3, 6).

Pero el Dios cuya ira había sido provocada para tentación, y cuyo descontento se había renovado al ceder David tan fácilmente ante la prueba (21:4a), iba a obrar para que todo ello se transformara para bien. Tres son las ocasiones en las que David expresa su angustia y su profunda contrición (21:8, 13, 17), y Dios detiene entonces la plaga con la que había estado castigando a Israel; y es en base a un penoso proceso de pecado, castigo y arrepentimiento como surge la orden de ‘edificar un altar al SEÑOR’ (21:18). Y, al igual que en esas otras ocasiones, en las que el Antiguo Testamento nos pone en antecedentes de las actividades de Satanás, y en la composición poética de Job y las palabras proféticas de Zacarías, se nos lleva una vez más entre bastidores para mostrarnos las obras del mal y la manera como Dios lo transforma en ocasión para el bien. Así, la edificación de ese altar pasa a convertirse en parte integral del gran proyecto central del templo, lo cual no es, por supuesto, excusa ni, menos aún, justificación para el pecado. Proclamar ‘hagamos el mal para que venga el bien’, y ‘continuaremos en pecado para que la gracia abunde’, no forma parte de la fe bíblica. Pero cuando, aun así, resulta que pecamos, Dios puede tomar ese pecado y el mal que lo acompaña y transformarlos en algo muy distinto para manifestación de su gloria.

De esa forma, ambas contribuciones van juntas, y cada una de ellas conforme a la palabra del Señor. La devoción del corazón de David le lleva a la promesa, a través de Natán, de edificar casa para el arca (17:12), y el mal resultante de su pecado desemboca en esa orden de parte de Dios de erigir el altar (21:18). Ambas cosas vienen a quedar reflejadas en las palabras de David de 22:1: ‘Esta es la casa del SEÑOR Dios, y este es el altar’.

Esa declaración va acompañada de un pasaje que nos prepara para la tercera forma de contribución.

3. Los materiales

Como vemos, la palabra en concreto – ‘hizo David grandes preparativos

(*materiales*)' (22:5) – no está en el original, pero viene a resumir de forma adecuada el párrafo en su totalidad. Lo que tenemos ahí son contribuciones para la casa de Dios en formas muy concretas, con una lista en la que se especifican piedra, metal y madera.

Lo primero que llama la atención es la increíble cantidad de material reunido, reseñado en varias frases en concreto: 'piedras para labrar', 'grandes cantidades de hierro', 'más bronce del que podía pesarse', 'madera de cedro incalculable'. En relación al coste, David está firmemente decidido a no escatimar material y esfuerzos que puedan contribuir a la gloria de Dios.

En segundo lugar, el modo de procurárselos es digno de atención. Desde un cierto punto de vista, es David, evidentemente, el que 'provee' los medios materiales. Pero lo cierto es que recurre a mano de obra inmigrante para llevar a cabo todos esos preparativos, sin evidenciar escrúpulo alguno en aceptar contribuciones por parte de las naciones paganas circundantes. Es muy cierto, claro está, que la historia de Abrahán, ilustrativa de tantos principios básicos de la vida de la fe, muestra a la iglesia diciéndole al mundo 'no tomaré ni un hilo ni una correa de zapato, ni ninguna cosa tuya, para que no digas: «Yo enriquecí a Abrahán»'. Pero David, muy por el contrario no está en esa tesitura de Abrahán de negarse a estar sujeto al rey de Sodomá, sino en la de Moisés o Nehemías, y por ello más que dispuesto a aceptar las riquezas de Egipto y Persia, tal como se muestra en la tercera característica que se desprende del párrafo.

Aquí está el objeto y fin de esa acumulación de material. 'La casa que ha de edificarse al SEÑOR será de gran magnificencia, de renombre y de gloria por todas las tierras.' Lo cual viene a poner en perspectiva, con esa fusión de motivos en relación al Templo, el tema del Testimonio, tal como evidencian los capítulos 14 y 18 hasta el 20. Esa es, pues, la razón de que David no tenga que regirse por los principios que constreñían a Abrahán. Una vez establecida la ciudad de Dios, no había por qué vacilar en su proclamación como 'gloria y honor de las naciones'. Y no hay que temer que sea para contaminación, porque será para todo lo contrario. No hay nada que no pueda ser tomado como contribución para edificar la casa de Dios, siempre que la aportación sea reconocida como propiedad de Dios ya de forma previa a su pertenencia a Tiro y a Sidón. 'Porque todo lo creado por Dios es bueno y nada se debe rechazar si se recibe con acción de gracias; porque es santificado mediante la palabra de Dios y la oración.'¹⁵

Por último, se hace evidente que estos versículos ilustran un principio que es válido para cualquier época. Las contribuciones de parte de David en bronce y madera no tienen por qué ser espiritualizadas para beneficio y edificación nuestra. El equivalente actual del templo de Jerusalén – ciertamente, algo constructivo para gloria del Señor, como manifestación material de la respuesta de la fe ante la gracia – puede que no sea un edificio. Pero se nos viene a decir ahora, y de forma muy concreta, que, sea cual sea la forma que adopte, las aportaciones prácticas, tanto en efectivo como en especie, es algo que se espera de nosotros. Las iglesias del Nuevo Testamento evidencian esto en las enseñanzas de 2 Corintios 8 y 9, donde Pablo dedica dos capítulos enteros a la cuestión de las contribuciones. Hechos 11:27–30 nos lo demuestra en la práctica, informándonos Lucas acerca de esa nueva iglesia de Antioquía (probablemente, bajo sospecha por ser la primera congregación no integrada en su totalidad por hebreos

convertidos al cristianismo), que evidenciaba un genuino compromiso con ese modo suyo de ‘rascarse los bolsillos’ donde y cuando surgía la necesidad.

4. Los talentos (22:6–16)

Nos encontramos aquí con dones relativos a la otra acepción común del término ‘talento’. Al final del párrafo correspondiente, se nos dice que, al igual que había ‘grandes cantidades’ de materiales (22:4), hay también ‘muchos obreros, canteros, albañiles, carpinteros y expertos en toda clase de obra’ (22:15). Así, pues, queda confirmado el interés del pasaje por toda posible contribución de talento y capacidad. Pero no cuentan tan sólo los obreros manuales y sus ‘talentos’, sino que son igualmente importantes las habilidades propias de Salomón.

Mencionado ya como personaje importante en capítulos anteriores, hace su entrada en el curso principal de la historia en un punto en el que el tema principal es la edificación del templo, pues ese va a ser justamente el recuerdo que perdure asociado a su memoria. Los dones y las capacidades de su personalidad van a estar principalmente dedicados, según la forma de enjuiciar la historia del Cronista, a esa magna obra. Su amplitud de miras, su conocimiento del mundo natural y su fama como escritor de cánticos y proverbios son capacidades que se honran y se celebran en un pasaje de Samuel/Reyes (1 R. 4:29–34). El Cronista, en cambio, lo omite, yendo más allá en su presentación del personaje al calificarlo de ‘hombre de paz’ y ‘prudencia y entendimiento’ (22:9, 12).

El ‘hombre de paz’ contrasta con la personalidad de su padre, al ser David retratado como hombre de guerra (22:8). Desde una perspectiva histórica, así es como se caracterizan los distintos reinados. El primero de ellos había sido de conflictos y guerras, en el segundo, en cambio, el Señor había concedido a Israel ‘paz y reposo’ (22:9). Pero las expresiones ‘hombre de paz’ y ‘hombre de guerra’ significan algo más que eso. Cada uno de ellos poseía una personalidad acorde con el período en que les había tocado vivir. David no podía lamentarse honradamente, como el príncipe dubitativo, por tener que hacer frente a ‘un suceso bajo el peso de la maldición, habiendo sido yo nacido para enderezar el camino torcido’. Él era luchador, con alma de general, líder carismático de las gentes, destructor de enemigos y conquistador nato de las batallas. Esos eran sus dones.¹⁸ En el lado opuesto, a Salomón no sólo le había tocado vivir tiempos de paz, sino que él mismo era un artífice de la paz. Lo suyo era la diplomacia, las cuestiones de Estado, el gobierno y la administración de la justicia. A él puede aplicársele la profecía de Isaías relativa a ese retoño más tardío de las raíces de Isaí: ‘reposará sobre Él el Espíritu del SEÑOR, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y temor del SEÑOR.’ Esos eran, sin duda, sus dones.

Dones en el auténtico sentido de que Salomón los reintegraría al hacer uso de ellos para, con absoluta dedicación, emplearlos en la edificación del templo. Pero eso no obsta para que fueran igualmente dones para disfrute suyo. Va a ser el Señor el que le declare hombre de paz, concediéndole discreción y entendimiento. Es un hecho

innegable que no hay posible aportación que hagamos al templo que no tenga su base en algo que ya se nos hubiera concedido. David lo expresa con pleno acierto: ‘De ti proceden todas las cosas, y de lo recibido de tu mano damos’. (29:14) Sobre ello volveremos más tarde.

Queda otra contribución por mencionar. Con ese fin, volvemos ahora a un pasaje que habíamos dejado momentáneamente a un lado. David había pecado al ordenar el censo. Dios le había enviado una plaga como castigo, el ángel exterminador había ido desplazándose por todo Israel hasta llegar al norte de Jerusalén; y 21:19–22:1 nos informa de lo que sucedió a continuación, y el don que quedó en pie para ser empleado en la construcción del templo.

5. El lugar (21:19–22:1)

A primera vista, podría parecer que el factor localidad no quedaría incluido en el apartado de los dones para la construcción de la casa de Dios. El jebuseo Ornán, propietario de la era destinada a solar del templo, había querido donarlo de hecho junto con todo lo demás que iba con ello – ‘lo daré todo’ – siendo David el que había insistido en pagar (21:23–24). Sea como fuera, lo cierto es que no dejaba de ser un regalo, y el mayor de todos ellos, tal como se encarga de demostrar la narración en su conjunto.

La intervención de Dios deteniendo la plaga es una de las escenas más dramáticas del Antiguo Testamento. La ‘espada del SEÑOR’ estaba en la mano de su ángel (21:12) diezmando al pueblo, al tiempo que la plaga se extendía hacia el sur. Pero, al llegar junto a la era del anciano jebuseo, el Señor dice de repente ‘Basta’, y de forma simultánea, según apuntan todos los indicios, el ángel se hace visible para el ojo humano, ‘entre la tierra y el cielo, con una espada desenvainada en su mano extendida sobre Jerusalén’ (21:16). David y los ancianos de Israel se percatan de su presencia, justo tras haber salido de la ciudad (si nos guiamos por 21:29–30) para dirigirse a Gabaón. Es visto, asimismo, por Ornán y sus hijos en la propia era (21:20). Ante la orden del profeta Gad, David y Ornán se reúnen en el punto donde el ángel se ha detenido, y entonces David dice, ‘Esta es la casa del SEÑOR Dios, y este es el altar del holocausto para Israel’ (22:1).

Ahí, por ordenanza divina, iba a ser edificado el templo, un solar que no es en última instancia regalo y contribución de Ornán, sino pura dádiva de Dios. Así, la gracia de Señor, al hacer entrega del lugar como sitio donde el arca y el altar habrán de estar juntos, es ocasión de maravillada conjetura. ‘Aquí estará la casa’: ¿En qué lugar? En la cima sobre la que, ochocientos años atrás, se había ofrecido un sacrificio, evitándose con ello otro desastre, y Dios se había revelado igualmente como el dador de vida para los que estaban como muertos. Porque cuando el Cronista trata los inicios de la construcción del templo por parte de Salomón, nos dice en concreto que el edificio vendrá a estar ‘sobre el monte Moriah’ (2 Cr. 3:1), con casi total seguridad en un intento de que sus lectores establezcan la conexión entre ese hecho y la otra única mención de ese lugar en las Escrituras. Un lugar, en efecto, donde Isaac había estado

tendido sobre el altar de los sacrificios, prácticamente muerto bajo ese cuchillo que su propio padre blandía sobre él, y donde, en el último momento, Dios había evitado que se llevara a término el sacrificio, restituyendo su hijo al atribulado padre.

Otra conexión aún más notable, de la cual el Cronista no es consciente, a no ser que contara con clarividencia profética, deberá, sin embargo, ser evidente para nosotros en la actualidad, beneficiarios de un conocimiento retrospectivo. 'Aquí estará la casa': ¿En qué lugar? En una colina que se alza en la ciudad de David, lugar donde, mil años después, el sacrificio definitivo fue debidamente ofrecido poniéndose verdadero fin a esa plaga mortal. El monte conocido como Calvario se encontraba situado entre los muros de la ciudad, fuera del recinto del templo, siendo en cambio toda la zona Moriah.

El lugar, y los acontecimientos que allí se desarrollaron, en las dos primeras ocasiones como preámbulos y en la tercera de pleno cumplimiento, era, una vez más, un don de Dios para su pueblo. Toda otra posible aportación palidece ante tan magnífico presente.

'Fuera la naturaleza entera mía,
aún no sería ofrenda suficiente;
amor tan divino y sorprendente,
demanda de mí alma, y vida, y ser'.

- Pero ni siquiera ese don tan grande puede ser considerado como algo digno de ser comparado con el ofrecimiento por parte de Dios de su propio hijo, el mayor de los sacrificios hechos en el monte Moriah – 'la sorprendente cruz en la que el Príncipe de gloria murió', hecho ante el cual la última estrofa del himno de Isaac Watts no es más que conmovida respuesta. El apóstol Pablo, tal como hemos tenido ocasión de comprobar, dedica dos capítulos enteros a la gracia que viene queda reflejada en la práctica cristiana del dar. Y es, pues, con plena justicia que les pone broche final con un '¡Gracias a Dios por su don inefable!'

Un pueblo preparado

1 Crónicas 23–27

Una vez más, vuelve a ser la norma las listas interminables de nombres seguidos de más nombres. La clase de material que integraba los nueve primeros capítulos del libro se adueña de nuevo de los cinco que siguen al inicio de los preparativos relativos a la construcción del templo por parte de David (1 Cr. 23–27). Pero ahora ya sabemos la importancia de esas listas dentro del esquema general del Cronista, y no va a haber

excepción alguna.

Al considerar esta sección, nos iremos abriendo camino a través del contenido y del método del Cronista según su propósito, lo cual viene a querer decir que nos plantearemos por orden las tres cuestiones clave: el qué, el cómo, y el porqué. Así, nos encontraremos en la posición adecuada para indagar en los propósitos del autor partiendo de los inicios, que es, en definitiva, la cuestión primordial, analizando retrospectivamente su método, para acabar revisando con mayor detalle el contenido de la sección.

1. El contenido: lo que se presenta

Los versículos de la introducción 23:6a nos llevan a lo que no deja de ser, en su nivel básico, una extensa relación de la organización de la tribu de Leví, llevada a cabo por David, en cuanto a sus funciones especiales en el seno de la vida de Israel como un todo homogéneo. Cabe distinguir ahí cuatro categorías: el personal del santuario (esto es, con anterioridad a Salomón el tabernáculo, y posteriormente, el templo), partiendo de 23:6b en adelante; los músicos, partiendo de 25:1; los porteros, partiendo de 26:1; y los ‘oficiales y jueces’, partiendo de 26:20.

Estos cinco capítulos abarcan más que todo eso. Junto con el material básico, en su mayor parte ‘genealogías’ en el sentido de conexiones familiares en el seno de la tribu de Leví, encontramos unos párrafos extra de índole diversa en una suerte de mezcolanza. En la lista correspondiente al personal del santuario, encontramos asimismo una descripción de su trabajo, junto con una buena cantidad de información extra relativa al clan en particular, dentro de la tribu de Leví, que, por ser descendientes de Aarón, pasan a convertirse en la línea sacerdotal. En la lista correspondiente a los músicos, tenemos, junto a la división por familias, una división diferente de esas mismas personas, y ello según el orden en que habían caído las suertes en el reparto. En la lista de los porteros se ha insertado una nota relativa a un personaje un tanto intrigante, Obed-edom,⁴ y un párrafo relativo al reparto de obligaciones y funciones junto a las puertas. A la lista de ‘oficiales y jueces’ de entre los levitas se han añadido otras listas relativas a oficiales nacionales y regionales de diversas clases, quedando incluida ahí la práctica totalidad de las tribus de Israel.

Ese sería, condensado, el contenido de este pasaje. En su momento, volveremos a ocuparnos de todo ello más extensamente. Pero, para hacerlo con entendimiento, necesitamos antes preguntarnos de qué manera ensambla el Cronista cada material para integrarlo en un todo.

2. El método: cómo se presenta

Tomando perspectiva para contemplar el ensamblaje total de Crónicas en sus líneas principales, vemos que los reinados de David y Salomón ocupan el lugar central, flanqueados por una extensa introducción y una secuela aún más larga, que vienen a cubrir la totalidad de la historia sagrada desde Adán al propio Cronista. Menos fácil

resulta ver, con una simple ojeada, dónde se sitúa el eje del relato. El reinado de Salomón comienza, en un cierto sentido, con el primer capítulo de 2 de Crónicas, tras la muerte de David en el último capítulo de 1 de Crónicas, con lo cual el conjunto queda dividido en las dos mitades tradicionales. Pero, ya a finales del primer libro, en 28:1 en concreto, David ha convocado una asamblea nacional con objeto de traspasarle a Salomón no sólo el proyecto del templo, sino, asimismo, según parece desprenderse del texto, el poder consustancial al trono (29:22ss.). Ahora bien, Salomón, en 23:1, había quedado oficialmente asociado a su padre en relación al trono, de forma que incluso hay quien ve en 29:22 un anticipo temprano de ‘concesión de realeza’. De hecho, y con anterioridad a esos acontecimientos, las gloriosas perspectivas del reinado de Salomón ya parecían ser realidad en 22:6ss.

Dicho con otras palabras, los dos reinados parecen fusionarse con un solapamiento, pasando Salomón a ocupar de forma gradual un puesto central. En el capítulo 22, tanto los desórdenes del reinado de David como los propios preparativos para la edificación del templo son ya cosa del pasado (22:14–18), y Salomón viene ahora a ser personaje principal dentro de la historia; mientras que en 23:1, prácticamente acto seguido, nos es presentado como rey, y ello aunque David no deja de ser rey hasta 29:28, y el reinado de Salomón, propiamente dicho, empieza justo ahí, esto es, al final mismo del primer libro.

En esos siete capítulos, 23 a 29, en los que se produce un solapamiento, David convoca dos asambleas, siendo, quizás, la segunda de ellas (28:1) más formal que la primera (23:2). Es, pues, esa primera de las dos la que concierne a estos cinco capítulos. A medida que el reinado empieza a ser transferido de David a Salomón, lo primero es organizar la nación, con el fin de que el nuevo rey encuentre ‘un pueblo bien dispuesto’ (Lc. 1:17).

El relato de la manera en que David organiza a los levitas en cuatro categorías (23:4–5) compone el marco de referencia donde situar el tratamiento más extenso que el Cronista hace de todo ello. Así, irá, en su momento, bastante más allá del simple bosquejo levítico por el propósito que le mueve. De ese propósito pasamos ahora a ocuparnos.

3. El propósito: por qué se presenta

Un pensamiento rige la presentación que el Cronista hace de la historia de Israel en este punto: la transmisión del reino de David a Salomón, transmisión que, de hecho, es mucho más que un mero legado de padre a hijo. Ambos hombres, sus reinados y sus directrices políticas quedan descritos de forma que resaltan los contrastes y, asimismo, las semejanzas. No cabe duda de que existiría un cierto parecido físico, como padre e hijo que eran, y tendrían un trasfondo cultural semejante al haber nacido en el mismo país. Sin embargo, esas semejanzas no le interesan lo más mínimo al Cronista, sino el hecho de que cada uno de ellos, en su momento, asuma el papel de gobernante del pueblo de Dios. Por otra parte, además, se diferenciarían en más de una forma, entre otras cosas por las diferencias propias de dos generaciones distintas. Pero el contraste

más significativo, para la mentalidad del Cronista, es ese otro ya mencionado con anterioridad: que David era un 'hombre de guerra' (28:3), mientras que Salomón era un 'hombre de paz' (22:9).

El período de transición del reinado de David a Salomón es, dicho con otras palabras, el tránsito de una nación de la guerra a la paz. Más correcta y concretamente, es una medida de alejamiento de las circunstancias y demandas de una manera de actuar en relación a las circunstancias y posibilidades de esa otra que ahora viene a imponerse. La función de David había sido ganar las guerras; la tarea de Salomón iba a ser establecer la paz. El primero de esos reinados se ocupa de despejar el terreno; el segundo va a encargarse de iniciar su construcción. El primer rey sofoca la oposición; el otro genera admiración.

Ahora necesitamos recordar que no se trata aquí de un caso de David haciéndolo mal y Salomón haciéndolo bien. Cuando el Cronista cita las palabras del Señor a David, 'no edificarás una casa a mi nombre, porque has derramado mucha sangre en la tierra delante de mí' (22:8), mientras que el relato anterior se encarga de citar a Salomón: 'Mi padre David no pudo edificar una casa al nombre del SEÑOR a causa de las guerras en que se vio envuelto, hasta que el SEÑOR puso a sus enemigos bajo las plantas de sus pies' (1 R. 5:3), no significa que lo primero sea una reprimenda y lo segundo una razón. Lo que tenemos es mera presentación de unos hechos ciertos, y en manera alguna esos hechos se contradicen. Lo que en realidad se está dando a entender es que la construcción del templo es un proyecto que no puede pertenecer a un período de desórdenes y conflictos, sino que necesita uno de sosiego y paz. Salomón va a ser, pues, en primer lugar un hombre de *sosiego*; el Señor va a encargarse, además, de que eso sea así, de manera que unas condiciones adecuadas de tranquilidad y bienestar vengán a posibilitar la edificación del templo, *sosiego* que precederá a ese más rico don de la *paz* que hará su aparición más tarde (¡junto con su componente de calma!). Proyecto, entonces, que no es adecuado para David, aunque sí que él puede, en cambio, iniciar los preparativos para el mismo.

Esa es una tarea que David acomete en tres frentes. Hay que entender que sus guerras, justamente lo que le descalifica para la totalidad del proyecto, son, en sí, parte de los preparativos. Suya es la responsabilidad de desarmar a los enemigos de Israel con el fin de que su sucesor se beneficie del sosiego conseguido y pueda acometer su obra 'en paz'. En segundo lugar, Salomón será el que construya el templo en su faceta material, siendo David quien tome las medidas oportunas previas para que eso pueda hacerse realidad, tal como ya vimos en su momento (22:2-5). Pero hay una tercera consideración que hacer al respecto. El pueblo de Dios va a experimentar, asimismo, una edificación bajo el sabio gobierno de Salomón, algo en lo que David también coopera en virtud de esa reorganización de la nación de Israel llevada a cabo por iniciativa suya, tal como vemos en los capítulos 23 a 27.

El templo de piedra es modelo y figura del templo viviente que es el pueblo de Dios. Ambos componentes han de ser tenidos en consideración, tal como se desprende del mensaje de parte de Dios que le llega a David a través de Natán. 'Tú no me edificarás casa... [pero yo] te edificaré casa' (17:4, 10). La clase de casa que David quería edificar, y

que Salomón vino a hacer realidad, estaba planificada hasta el último detalle, invirtiéndose en ello dinero y esfuerzo, siendo el resultado final una magnífica expresión de alabanza a Dios. Y así iba a venir a ser también el resultado de esa otra casa que el Señor en persona había preparado para David, una casa que no precisaba de materiales porque era la casa viviente de Israel. Titular esta sección 'la organización de los levitas' podría hacernos caer en el error de sesgo burocrático. Por el contrario, lo que tendríamos ahí sería la base fundamental de esa casa, una suerte de estructura que le permitiera al pueblo de Dios manifestarse y funcionar como debían. No es, pues, porque sí que esa metáfora reaparezca en el Nuevo Testamento, donde la Iglesia Cristiana es 'el templo de Dios', 'morada de Dios en el Espíritu',¹¹ 'piedras vivas... edificados como casa espiritual'.

Como es lógico, los lectores de la época se habrían hecho la misma pregunta no sólo respecto a la visión de la comunidad de Israel, tal como David la había organizado, sino también respecto al restante contenido del sermón: '¿Qué significado va a tener eso ahora para nosotros? Algunas de sus partes, esas veinticuatro divisiones del sacerdocio, por ejemplo, concuerdan con lo que tenemos en la actualidad; pero ¡qué decir del resto! La complejidad de todo ello, unido a su extensión, a la cifra total que arroja, y a la inmensa riqueza que ahí se despliega, convierte todo intento de explicación en tarea harto difícil.'

'Cierto', asentiría el Cronista, 'en muchos aspectos ese mundo antiguo no se parece en nada al nuestro. Pero eso es precisamente así con el fin de hacer que busquéis los *principios*. El pueblo de Dios debería corresponderse con ese patrón. Donde traten de reagruparse para ser edificados de nuevo tras la refriega, tendrá que estar presente ese interés, esa entrega a conciencia, ese compromiso con las obligaciones y ese sentido de comunidad.

4. El método: el 'cómo' una vez más

Examinando, de entrada, el método del que se sirve el Cronista, vimos cómo ordenaba su historia, ocupándose de la organización, en lo que afectaba a los levitas, en el punto en el que el período de David empezaba a solaparse con el de Salomón. Ahora lo que veremos será, cambiando de metáfora, el modo en que presenta el cuadro.

Al Cronista le interesan tres cosas en particular que pueden ser motivo de confusión, pero que, aunque están íntimamente relacionadas, se pueden diferenciar muy bien sí: el hecho en sí, la verdad y lo justo. En primer lugar, el componente básico del cuadro es el hecho en sí. El Cronista no está interesado ni en fabulaciones, ni en hacer plausible lo que no lo es. Nada más lejos de sus propósitos que inventarse ficciones para que ilustren un principio, si no dispone de ejemplo verdadero de ese principio encarnado en algo concreto dentro de la historia de Israel.

No ha de sorprendernos, entonces, que encontremos aquí y allá, dispersos entre las páginas de esos capítulos, pinceladas de realismo de los tipos ya destacados. Así, se nos dice, por ejemplo, que Zacarías, uno de los principales porteros, era hombre de 'astuto consejo' (26:14) – comentario en un aparte que cuesta trabajo imaginar como algo

inventado sobre la marcha. Otro detalle indicativo de su veracidad sería esa clase de referencia hecha como de pasada que, en realidad, deja alegremente al lector en suspenso ante una cuestión a la que no se da respuesta, a no ser claro está, que conozca el caso por otros textos de las Escrituras. Así, ¿por qué, de entre los más de cuarenta incluidos en esa lista del capítulo 27, tan sólo aparecen los sucesores de Asael (27:7) y Ahitofel (27:33–34)? En un relato de ficción, sería difícil toparse con algo así; de hecho, sabemos incluso la razón de ello según Samuel/Reyes; esto es, que ambos hombres murieron en el transcurso del reinado de David (2 S. 2:18–23; 2 S. 17:23). Lo cual es un claro indicio de la forma en que el Cronista basa su ‘sermón histórico’ a tenor de la realidad, y no como le habría gustado que fuera.

Ahora bien, ¿eso es realmente así? ¿No es innegable la presencia de un cierto elemento de fantasía en el modo en que presenta los acontecimientos históricos? Hay ciertamente modos y maneras de añadir prestancia a los hechos que nos llevarían justamente a dudar de su veracidad. Las citas de un crítico hostil pueden ser fácilmente reproducidas fuera de su contexto para ensalzar esa misma obra que él censura.

Pero al Cronista le preocupan por igual la *verdad* y los hechos. A la hora de seleccionar su material, incluir unas cosas dejando fuera otras no lo hace para distorsionar la verdad, sino, muy por el contrario, para exponerla mejor. Tal como ya hemos tenido ocasión de señalar, puede que omita algún dato en concreto, pero, cuando lo hace así, no es con la intención de ocultarlo o suprimirlo, pues ya es cosa sabida por todos. Lo que está queriendo, pues, decirnos con ello es: ‘No voy a mostrar en mi cuadro general ese feo detalle que todos sabemos que está ahí, estropeando la vista de conjunto. El panorama que yo aspiro a presentar existía ya antes de que ese feo detalle hiciera su aparición, y seguirá además estando ahí tras su desaparición, y es precisamente mi intención presentar la esencia verdadera y eterna de la escena.’

Por eso, no le preocupa en absoluto poner unos materiales junto a otros procedentes de períodos diferentes – ‘cosas noveles y otras más, antiguas, que vienen a entrelazarse con ellas, como si el Tiempo para nada contara ahí’. Si nos preguntamos si las diversas listas relativas a los levitas y otros oficiales tienen en realidad que ver con las circunstancias presentes en tiempos de David, o las anteriores a ese período, o a las que vinieron después, la respuesta puede que fuera afirmativa. Pero lo cierto es que estaríamos yendo por un camino equivocado. Tal como Williamson nos hace ver, ‘Las alusiones a los versículos con diferencias’ (y está hablando ahí tan sólo del pasaje que encontramos en 26:20–32) ‘parecen continuar a lo largo del período post-exílico.’ La profunda verdad que de ello se desprende presenta múltiples capas o estratos que no habrían estado presentes en una réplica exacta del estado de cosas en un momento concreto. En Londres hay un monumento a la memoria del príncipe Alberto que incluye un friso en el que aparecen literatos, músicos y pintores de renombre procedentes de muy diversas partes y épocas. Cada una de esas figuras en relieve viene a representar, lo más exactamente posible, al personaje en cuestión – y eso sería un hecho fidedigno. Pero lo cierto es que el friso no es representativo de ninguna ocasión en que todos esos personajes se encontraran juntos. Eso no podría haberse dado nunca como *hecho fáctico*, pero lo que sí representa es la existencia del genio artístico, encarnado en esos

169 grandes hombres de todo el mundo, y eso sí que sería verdad.

En tercer lugar, el Cronista está interesado en lo que sea *justo*. Él quiere mostrarnos de qué modo está siendo preparado Israel para el incipiente reinado de Salomón, pero contemplado no tan sólo desde la perspectiva del hecho histórico y la verdad espiritual, sino asimismo según un proceso que se nos revela a la vez como legítimo y correcto. Los distintos hechos, según sus distintas circunstancias y tiempos, han de venir a formar parte de un total que nos habla de pertenencia. De ahí que el marco de referencia elegido sea el del registro genealógico, esa cuádruple lista de los levitas que vienen a formar un todo homogéneo, por las diversas funciones y tareas que les competen en un entorno de lazos familiares. Por supuesto que está también interesado en mostrarnos que la organización del Israel de su propio tiempo discurría por el debido cauce. Puede incluso que le preocupe comprobar si el pueblo de Dios es, de hecho, el que debe ser, si marcha además en cada época y circunstancia por el camino adecuado, si está cumpliendo con el servicio correspondiente, y si está manteniendo la clase de contactos y relaciones debidas, teniendo que estar, además, todo ello bajo la dirección del propio rey, pues ha de ser de David de donde parta la iniciativa con genuina autoridad para organizar y encaminar el curso de la futura historia de Israel.

5. Contenido: el 'qué' otra vez

Volvemos de nuevo al contenido de los capítulos 23 a 27. Teniendo bien presentes tanto el método como el propósito del Cronista, ahora ya estamos en la debida posición para revisar el pasaje en su totalidad.

Tres son los puntos que plantea en la introducción. En primer lugar, David alcanza una edad respetable (23:1) y ese va a ser el hilo conductor que nos lleve hasta el final mismo de 1 Crónicas. Estamos, pues, al corriente de las muchas intrigas y empresas descabelladas que echaron a perder los últimos días de su existencia (véase 1 R. 1); el Cronista, en cambio, no hace mención de ello, porque, desde la perspectiva del proceso histórico lo que va a caracterizar los reinados de David y Salomón van a ser, respectivamente, conflicto y sosiego; y con esa idea en mente, lo que ahora interesa es la 'preparación para el tránsito hacia ese reinado pacífico de Salomón'; y los posibles incidentes de conflicto y refriega, a pesar de ser históricamente ciertos, serían una intromisión en ese fondo de verdad espiritual de su sermón.

En segundo lugar, se convoca una asamblea, que sirve como tema (23:2) para introducir los cinco capítulos objeto de análisis, esto es, 23 a 27. Su matriz la conforman los levitas, incluyéndose la totalidad de los miembros de las familias de la tribu de Leví, excepto la de Aarón. Pero Aarón y sus descendientes eran justamente los sacerdotes de Israel, y el Cronista se siente movido a incluirlos en esa revisión general de la organización que David había impuesto al pueblo. De hecho, esta revisión suya va incluso más allá de Leví. Lo que quiere no es, ni más ni menos, que el pueblo en su totalidad esté preparado, y preparado tanto en la esfera de lo religioso como en la de lo espiritual, para el reinado del inminente sucesor de David, y de ahí que nos informe que David 'reunió a todos los principales de Israel con los sacerdotes y los levitas' (23:2 BA).

En tercer lugar, se nos presenta ahora el registro y recuento levítico. Sus cuatro categorías aparecen por orden según tamaño: 24.000 de personal al servicio de los santuarios, 6.000 ‘oficiales y jueces’, 4.000 porteros y 4.000 músicos (23:3–5). El párrafo debería finalizar con ese ‘David los dividió en clases’ (23:6a). El Cronista va, en cambio, después, a reorganizar el orden de esas cuatro listas con el fin de dejar bien claro cuáles han de ser las prioridades en la vida del pueblo de Dios: primero, el personal del santuario; después, los músicos; a continuación, los porteros, y por último, los ‘oficiales y jueces’ – se comienza poniendo a Dios en el centro, para ir desplazándose de forma progresiva hacia lo más externo y la vida secular.

Esa introducción a tripe banda nos sitúa en la primera de esas tres listas (23:6b–24:31), con un tema explícito: ‘los hijos de Leví... hacían la obra del servicio de la casa del SEÑOR’ (23:6b, 24). A modo de continuación, se inserta ahora, en dos series dobles y dentro del correspondiente registro genealógico de la familia, el historial de Gersón, Coat y Merari, que viene a quedar establecido por una relación padre-hijo. Una breve nota aclaratoria nos hace recordar que la línea mosaica se contabilizaba junto con el resto de los levitas no incluidos en el sacerdocio, quedando Aarón aparte para una función más santa (23:13b, 14); a lo que viene a añadirse más adelante un relato más pormenorizado y extenso (24:1–19) respecto a la manera en que esas veinticuatro divisiones de los sacerdotes se repartían entre la familia de Itamar y la muy numerosa progenie de Eleazar, y ello en una proporción de 1:2. Las circunstancias que rodean la muerte de los dos hijos mayores de Aarón, Nadab y Abiú (24:2), no se especifican. No hay, sin embargo, por qué imaginar que eso sea ‘por razón de un hecho vergonzante’, pues cabe esperar ahí que los lectores estén al tanto de lo que aparece en Levítico 10:1–2. Una vez más, se recurre a la omisión de ciertos datos para no estorbar la presentación de una verdad que va más allá de la reseña personal, tal como era el caso en 23:1.

Esta técnica de capas superpuestas le sirve al Cronista para presentar un Israel con una dimensión más profunda, y enfocada desde tres ángulos, constituyendo, quizás, la característica más notable de la sección dedicada al personal adscrito al santuario. Técnica que también estaría presente en otro par de adiciones a esta primera lista. Hasta aquí, las inserciones habían tenido que ver con los sacerdotes; ahora se nos ofrecen dos pasajes extra relativos a los levitas no adscritos al sacerdocio. Juntos, presentan lo dispuesto por David acerca de sus obligaciones en la casa del Señor (23:25–32), incluyéndose una lista relativa a los ‘cabezas de familia’ o jefes de las casas paternas (24:20–31). Las disposiciones del rey parecen combinar dos tipos de obligación, dispuestos por separado en la nota introductoria; a saber, el servicio al santuario y la música. Esa posible interpretación podría indicar dos fechas distintas para cada uno de ambos pasajes, y eso también podría explicar por qué la edad mínima para el servicio es de treinta años en la introducción (23:3) y de tan sólo veinte en otros textos distintos (23:15–24). Y algo así tiene que explicar por fuerza las diferencias entre la lista original de los jefes de las casas paternas en 23:15–24, donde aparecen registrados los distintos nombres según familia respecto a Sebul y Rehabías y sus coetáneos, y la lista adicional de 24:30–31, donde quedan recogidos los nombres

correspondientes a sus hijos.

Se avanza ahora para pasar de la lista relativa al personal del santuario a la de los músicos y cantores (25:1–31). De nuevo, el material básico se amalgama según las genealogías (25:1–6). Los veinticuatro músicos principales quedan agrupados por familias, y ello como hijos de Asaf, de Hemán o de Jedutún. El pasaje adicional (25:7–31) nos informa sobre los cambios en los cargos resultantes de echar las suertes, quedando distribuidos por turnos sucesivos e igualados por familia.

Es posible, quizás, que lo que haya que destacar ahí sea la total y absoluta eficiencia que se exige cuando se trata de adiestrar al pueblo de Dios para entonar su alabanza. ¿Viene a significar eso que no hay lugar para la espontaneidad? ¡De ninguna manera! Tres son las ocasiones (25:1–3) en las que la función de los músicos ha de incluir la ‘profecía’, queriendo decirse con ello que van a estar receptivos a todo aquello que el Espíritu de Dios pueda poner en su boca. Sin embargo, hay que señalar también que, en esos mismos versículos, se dice de ellos que están asimismo sujetos a ‘dirección’. La libertad queda, así, dentro de un marco ya establecido.

La cuestión que surge ahora es si el Cronista ha tenido que servirse de la inventiva para comunicar su punto de vista, o si, por el contrario, la historia se encarga de hacerlo por él. Los últimos nueve hijos de los catorce que tiene Hemán (25:4) brindan la oportunidad de considerar esta disyuntiva dentro de su contexto. El lector menos instruido en la lectura de la Biblia tendría probablemente la sensación, de haberse esforzado por leer de principio a fin 1 de Crónicas, que, de entre los cientos de nombres hebreos con los que ha tenido que habérselas hasta ese momento, nunca se había topado, ni de lejos, con nada parecido a esto. Hay ciertamente algo extraño en la lista que llama nuestra atención. ¿Quién podría olvidar un nombre como Romanti-ezer? La cuestión es que, tal como ocurre con la mayoría de los nombres hebreos, tienen un significado, y esos significados pueden irse acumulando hasta formar frases enteras que tienen toda la apariencia de versículos dentro de un salmo: ‘Muéstrame tu misericordia, Yavé’ (Ananías), ‘Muéstrame tu misericordia’ (Hanani), ‘Tú eres mi Dios’ (Eliatá), y así sucesivamente. Para muchos comentaristas, la mayor parte de esta lista sería artificial, con lo cual podría sostenerse, desde esa postura, que el autor había dado vida a nueve levitas de más para poder disponer así de los veinticuatro músicos necesarios para el ministerio de la música en el templo. Pero lo cierto es que sí parece contar con un apoyo histórico para ese elevado número de hijos de Hemán, una promesa divina en concreto, que da por sentado que sus lectores ya conocen (25:5). Por otra parte, es de suponer que si, en verdad, se hubiera sacado todos esos nombres de la manga, lo habría hecho poniendo un poco más de cuidado y mayor verosimilitud, y jestos son tan improbables, que por eso mismo deben ser auténticos! Finalmente, éste no sería el único ejemplo de algo así en otros contextos históricos. En la Inglaterra del siglo XVII, la obra de Bunyan, *El Progreso del Peregrino*, sería un ejemplo de ello, siendo un caso extremo de este recurso la obra de Macaulay *Battle of Naseby*, con su Obadías-encadena-sus-reyes- con- eslabones- de- hierroy-sus-nobles-con-grilletes-de-hierro. Estaría, pues, en total consonancia con el mensaje que quiere transmitirnos el Cronista, si estuviera ahí diciendo en realidad: ‘Estos son los preparativos que fueron hechos en

su momento para alabanza de Dios por su pueblo, y de este ejemplo histórico deberíamos deducir nosotros un principio que tendría que estar siempre presente y operativo en cuestiones como ésta.’

La tercera de esas listas es la correspondiente a los porteros (26:1–19). La información relativa a las familias de los levitas se entreteje aquí con un párrafo sobre Obed-edom (26:4–8) y otro concerniente a la distribución de los porteros y sus obligaciones (26:12–18). Obed-edom plantea cuestiones sumamente interesantes. ¿Podría ser posible que existieran dos hombres con el mismo nombre: el levita que encontramos aquí es, presumiblemente, el portero que fue asimismo nombrado cantor en el traslado del arca a Jerusalén (15:18, 21, 24), y el geteo en cuya casa había estado alojada el arca los meses previos a la mudanza (13:13–14; 15:25)? No parece muy probable que los Obed-edom de los dos versículos sucesivos 15:24 y 15:25 sean dos personajes distintos. Tal vez se trate en realidad de un único personaje – el Obed-edom que es bendecido por Dios²¹ – y o bien que fuera geteo además de levita (nacido en la tribu de Leví, pero residente en la ciudad de Gat), o que perteneciera a una tribu diferente (puede que incluso a otra nación distinta), pero que, por cualquier posible razón, viniera a ser levita ‘honorario’. Si hubiera sido así, el autor estaría subrayando que puede ser incluido perfectamente en los porteros si se le proporciona, al igual que a los demás, unas conexiones familiares, y enfatizando esa bendición recibida de parte de Dios, y el número y capacidades de sus hijos y nietos. Es importante que esas cosas se perciban como hechas con propiedad incluso (de hecho, sobre todo) donde se pueda sospechar la presencia de irregularidades.

La descripción de la manera en que se distribuían las obligaciones de los porteros (26:12–18) vuelve a poner sobre el tapete la cuestión de los datos fidedignos. Un tanto curiosamente, es ese nombre, que nadie parece poder descifrar, el que apuntaría a la fiabilidad histórica del relato. El ‘Parbar’, cualquiera que sea su significado, es, junto con otros elementos presentes en el párrafo, la clase de detalle que denota el conocimiento de primera mano que alguien de la época tendría sobre la distribución del santuario.

Llegamos, por último, a la lista correspondiente a los ‘oficiales y jueces’. Es evidente que el Cronista quiere ampliar ahora nuestra visión. Incluso en un material básico como éste, con notas relativas a la familias de los levitas involucradas en esas tareas (26:20–32), se va más allá en esa visión de lo que cabría esperar, y ello no sólo geográficamente (‘a cargo de los negocios de Israel al occidente del Jordán’, 26:30), sino asimismo desde la perspectiva de las funciones (‘... y de toda la obra del SEÑOR y del servicio del rey’, 26:30b – quedando reflejadas tanto las cuestiones religiosas como asimismo las seculares). El material añadido (27:1–34) avanza incluso más. Los doce comandantes, u oficiales de alto rango, que prestaban sus servicios por meses, procedían de diversas tribus, y no sólo de la de Leví (27:1–15). Pero eso no era todo, pues a cargo de las tribus estaban los responsables correspondientes (27:16–22). Y si Gad y Aser han sido omitidos en el recuento, es por estar incluidas ahí las dos tribus de José, esto es, Efraín y Manasés, al igual que lo son las dos medias tribus posteriores de Manasés, como si de tribus separadas se tratara. Tal como hemos tenido ocasión de comprobar,²⁴ esa estructuración de la nación en torno al número doce es más

importante que cualquier posible distribución de las tribus en sí; y esa mención de los doce caudillos tribales es la forma que tiene el Cronista de resaltar su interés por 'el total de Israel'. Los mayordomos de David (27:25–31) ponen asimismo de relieve, si bien de forma distinta, la compleja organización del país. Y se sigue manteniendo esa cifra de doce. Por último, se hace mención expresa de sus más íntimos consejeros y colaboradores, esto es, su gabinete de gobierno (27:32–34).

Y así es como termina esta dilata sección, con cinco capítulos que, en un primer escrutinio, habían parecido tan poco proclives a dar fruto. De hecho, puede incluso que, en determinados momentos, hayamos tropezado con algo que no sólo pareciera estéril, sino hasta incluso nocivo: viene al recuerdo el daño tan terrible como consecuencia del censo llevado a cabo por David en el capítulo 21. Pero la cuestión es que, ahora, la contabilización tiene una intención muy distinta. En la medida en que nos es posible afirmarlo así, el primero de los recuentos pretendía elevar la confianza del hombre en sí mismo halagando su orgullo; ahora, en cambio, tan sólo se aspira a reflejar la gloria de Dios, propósito que requiere un pueblo apto para su servicio en todo posible apartado.

Las grandes continuidades

1 Crónicas 28–29

Con lo que podría denominarse la 'Segunda Asamblea de Jerusalén', el Cronista da por concluido el relato de los hechos de David, lo cual viene a situarnos prácticamente en la mitad del libro, y, en un sentido muy real, el núcleo central de su mensaje se hace ya evidente. La razón principal está muy clara. El reinado de David se ha caracterizado por ser la época de los grandes logros, aunque, en cambio, el Cronista vive en esos momentos en 'el día de las pequeñas cosas', hecho indiscutible y cierto reseñado por uno de sus propios profetas. Ahora bien, cuando dos períodos de la historia son tan distintos entre sí, ¿qué enseñanza se puede sacar de ello? y ¿qué tiene que aprender el segundo en relación al primero? Es evidente que el Cronista *sí* cree que hay algo que aprender, no dudando entonces en hacer suya la tarea de interpretar a David para conocimiento de todo el pueblo en unos tiempos en los que el famoso rey ya no es una realidad presente. Seguro que, sin duda, sus lectores siguen siendo pueblo de David, y su intención no es ni más ni menos que hacer presente y relevante esa relación en unas circunstancias en las que no lo parece así. La conexión se ha vuelto tan tenue, que ese aspecto en concreto adquiriere un interés muy concreto. Pero, ahora, David va a desaparecer de escena. Los lectores saben que viene el tiempo de Salomón, y que las glorias de la guerra van a proporcionar un período aún más espléndido de paz y prosperidad. Pero, pese a todo, persiste el hecho de que será un mundo sin la presencia

de David. Y en ese aspecto crucial va a radicar la enseñanza a tener en cuenta por esas gentes de ahora, que no quieren ver relación alguna entre los hechos de David y su propia situación si él ya no está con ellos.

¿Cuál va a ser, pues, el legado de David a un Israel cuya existencia va a continuar tras su muerte? El acceso de Salomón al trono constituye el tema de estos próximos capítulos (29:22b), pero persiste el hecho de que ha sido precisamente David el que ha dado contenido a esa ceremonia (28:1ss) y cuyas palabras inspiran al Cronista en ese sermón suyo en momento tan crítico. Así, pues, ¿en qué había consistido esa alocución final de David? Los hechos eran indiscutibles: una época gloriosa había llegado a su fin, ¿qué podrían esperar de los nuevos tiempos aquellos que le sobrevivirían? Y la respuesta del Cronista en la encrucijada es muy clara, ‘no oséis pensar que nuestra época nada tiene ya que ver con la precedente’; el mensaje de despedida de David ponía de relieve toda una serie de continuidades muy ciertas y reales, y eso es lo que quiere ahora recordar y enfatizar el Cronista. Persiste, sin embargo, una incógnita. Desaparecido David, ¿quién va a ocupar su puesto?

1. Dios va a seguir estando ahí para ser reconocido (28:2–8)

El templo es motivo central de Crónicas, algo que ya sabíamos, y la transmisión del encargo de edificar el templo a Salomón por parte de David es objeto de interés primordial en estos capítulos. Habrá, pues, quien sostenga entonces que ese sería el nexo de unión principal entre el reinado de David y los siglos que habrían de seguirle. Pero la tienda, o tabernáculo, de David era ya una realidad con anterioridad al templo que habría de construir Salomón, debiendo, de hecho, su origen a esa función de habitación o morada para algo que existía ya hacía tiempo, a saber, el arca del pacto y la alianza. Eso, tal como ya hemos tenido ocasión de comprobar, era símbolo y prueba de la gratuita providencia de Dios, y el curso posterior de su historia es ilustrativo de una verdad espiritual fundamental. *El arca ya estaba allí antes*. Yavé, Señor del pacto, había tomado la iniciativa; y el corolario resultante de ello viene a ser el mismo tanto para el Antiguo Testamento como para el Nuevo – puesto que él, como Salvación de Dios, ‘es antes de todas las cosas’, en él, pues, ‘todas las cosas permanecen’. La advertencia de David a Salomón (22:7–13) se la transmite ahora el Cronista a Israel como un todo: los tiempos pueden cambiar, pero el Dios de Israel seguirá, pese a ello, siendo Señor de su pueblo y como Aquel que está con anterioridad y por detrás de todo cuanto existe y acontece.

Esa era la carga que agobiaba a David al inicio de su discurso. ‘Yo había pensado edificar una casa permanente para el arca del pacto del SEÑOR... Pero Dios me dijo...’ (28:2–3): David, pues, propone, pero es Dios el que dispone. David se remonta a sus antepasados y reconoce haber sido cosa del Señor destacar a Judá dentro de Israel, y a Isaí dentro de Judá, y a él mismo dentro de sus hermanos (28:4). Ahora, David tiene hijos propios que le han sido concedidos por el Señor (28:5a). El reino de David y el de Salomón, después, son en realidad cosa del Señor (28:5b). La espléndida edificación del templo por parte de Salomón ha tenido su concepción y origen en el Señor (28:6a).

Salomón, pues, ha venido a ser hijo adoptivo del Señor y su futuro está garantizado por el Señor mismo (28:6b–7).

Por muy grande que pudiera ser David, Dios es infinitamente más grande. ‘Por detrás y por delante me has cercado, y tu mano pusiste sobre mí. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí, es muy elevado, no lo puedo alcanzar.’ Y este es el Dios del que David hace ‘entrega’ a Salomón y a Israel. Era, y es, de todo punto inconcebible que un Dios tan grande pudiera fallar a su pueblo. Cuando David sea ya polvo, y aun después de que veinte reyes sucesivos reinaran y desaparecieran, y los días gloriosos del reino se redujeran a ese ‘día de las cosas pequeñas’, habría que seguir teniendo presente al Señor.

2. El plan sigue en pie para ser puesto en práctica (28:9–21)

Un Dios omnipotente que controla todas las cosas podría parecer que deja poco lugar para la iniciativa humana. Pero, muy al contrario, la historia misma se encarga de hacernos ver que hay lugar para la acción personal. Hay planes y pensamientos en el corazón humano que el Señor examina y comprende, y el servicio voluntario y hecho con el corazón es a la vez algo posible y deseable (28:9).

Pero lo auténticamente importante es que los planes de los hombres estén en completa armonía con el plan de Dios (28:11). En el caso que nos ocupa, ese plan divino tiene que ver con la edificación del templo, pero el lector del Cronista no tendrá problema alguno en darse cuenta de que está pensado para ilustrar un principio general. Lo importante ahí, les advierte el Cronista, es que sean conscientes de que ‘el Señor les ha elegido para que edifiquen’, que los planes que se hagan tendrán que estar acordes con los designios de Dios, y que habrán de mantenerse ‘fuertes’ en la realización del mismo (28:10).

El plan de Dios para el edificio donde habrá de hacerse realidad el culto a Dios por parte del pueblo es notablemente preciso y detallado. Esa característica conlleva dos lecciones que podrían parecer entrar en conflicto, pero que, de hecho, se complementan entre sí. El plan incluye detalles y pormenores del edificio del templo como tal (28:11), incluyéndose especificaciones relativas a los patios y los edificios anexos (28:12), junto con las indicaciones relativas al personal que habría de atenderlo (28:13a) y la fabricación del mobiliario y el utillaje (28:13b–18a), y, muy en particular, la construcción de ese ‘carro de oro con los querubines’ para el lugar santísimo donde habría de reposar el arca (28:18b).

Tal como podremos comprobar en su momento (2 Cr. 3–4), Salomón siguió al pie de la letra todas esas instrucciones. Pero, antes de sacar ninguna conclusión precipitada respecto a la lección espiritual que pueda contener la detallada naturaleza del plan de Dios, merece la pena resaltar dos aspectos más. Uno de ellos es que a Salomón, a pesar de ser hombre de iniciativas propias, brillante además de resolutivo, no parece molestarle tener que plegarse a unos planes no trazados por él mismo. El edificio pasó a ser conocido como el ‘templo de Salomón’, y es evidente que él dejó la impronta de su personalidad en el conjunto; podría ser entonces que, o bien el plan que se le

encomendó era coincidente con sus propias inclinaciones, o bien las instrucciones que recibió eran lo suficientemente flexibles como para permitirle dejar constancia de un gusto propio que pareció destacar en la época por la exuberancia de su imaginación (1 R. 4:29–34). El otro factor digno de consideración es que el templo posterior, aquel que fue construido tras el exilio, bien conocido tanto por el Cronista como por sus lectores, difería mucho del original de Salomón. Pese a ello, el Cronista, a pesar de detenerse en explicitar los pormenores de la primera edificación, no da a entender en ningún momento que ese segundo edificio tuviera que ser construido (o que tuviera que ser reconstruido) por fuerza según las especificaciones originales.

Es, pues, con todas esas consideraciones en mente como hay que entender esa doble lección partiendo de la detallada naturaleza del plan para el templo: que, según tratamos de averiguar y poner en práctica los diseños de Dios, los detalles cuentan en un cierto sentido, mientras que, en otro, no son importantes. Por una parte, nos sentimos en ocasiones tentados a pensar que a Dios no le preocupan esas cosas, y podemos entonces sentirnos independientes, o quizás incluso abandonados a nuestra propia suerte y desesperados por ello; puede que entonces nos precipitemos en sacar falsas conclusiones de las enseñanzas bíblicas respecto a la verdadera grandeza de Dios. Cualquiera de esos posibles estados de ánimo pueden llevarnos a desestimar su interés en los pormenores del utillaje (los garfios, los tazones, los jarros) (28:17). Es entonces cuando necesitamos recordar que los detalles cuentan; de hecho, se nos informa en el Nuevo Testamento que hasta nuestros cabellos están contados. Todo aquel que esté interesado en el esquema general ha de mostrar interés igualmente en los pormenores que lo integran. Por otra parte, sin embargo, puede llegar a ser espiritualmente perjudicial pensar que, en toda posible circunstancia de la vida, tan sólo va a haber una opción justa y que todas las demás estén equivocadas. Tiene que haber numerosos obreros que vivan angustiados pensando que, en algún momento u otro, puedan haber fallado, aunque inadvertidamente, en algún punto crucial, para pasar entonces a ser obreros de ‘segunda’ destinados a quedarse sin premio. La perspectiva bíblica del proceso cristiano de maduración deja, por el contrario, áreas en las que las posibles opciones particulares se dejan de forma genuina a juicio del ‘constructor del templo’, el cual (de nuevo según conceptos del Nuevo testamento) ‘tiene los sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal’.

Esto no quiere decir, sin embargo, que no haya cabida para decisiones propias en ciertos puntos en particular. El plan existe y es genuino. Eso no va a cambiar por mucha amplitud de maniobra que pueda permitírse nos en ciertos puntos en particular. Tenemos, pues, libertad para movernos dentro de los límites de ese plan, pero no existe la posibilidad de salirse de la línea y seguir al mismo tiempo dentro. Y es conveniente darse cuenta de ello, porque podría darse el caso de que se nos metiera en la cabeza construir algo para gloria de Dios que no fuera lo apropiado. David era hombre de grandes dones, pero fue un plan concebido por Dios, y no su propia idea, lo que transmitió a su hijo. Salomón fue persona de excepcional sabiduría, pero fue por iniciativa de Dios, no por la suya propia, que acometió la construcción del templo. Y si personas tan extraordinarias necesitan esa guía divina, cómo no iba a ser igual, e

incluso en mayor medida, para las gentes de los tiempos del Cronista y, asimismo, ¡para nosotros, hoy!

Obrar conforme a ese plan es una experiencia liberadora, no una cortapisa, tal como ocurre en cualquier partida de juego en la que las reglas no estorban su progreso pero sí que lo mantienen dentro del cauce debido. La obediencia en casos así genera en un mayor grado de confianza. Precisamente dentro de este marco David aplica esa clase de conocimiento que se nutre del pasado y habla para el futuro, recurso habitual del Cronista, con palabras de verdad inmutable. ‘Esfuézate y sé valiente... No temas ni te acobardes, porque el SEÑOR Dios, mi Dios, está contigo’ (28:20a). Así había sido en los tiempos de Moisés y Josué, y así iba a seguir siéndolo en los tiempos de la Epístola a los Hebreos.⁸ Y en esta ocasión, se hace hincapié en ello en cuatro exhortaciones prácticamente seguidas, siendo hecha la promesa en el contexto de los planes de Dios para la edificación del templo: ‘Él no te fallará ni te abandonará, hasta que toda la obra del servicio de la casa del SEÑOR sea acabada’ (28:20b). La bendición de la presencia de Dios va en proporción directa a la obediencia que se tenga a su plan.

El templo de Salomón se levantó con toda gloria y esplendor, convirtiéndose en adorno de su época, para acabar, sin embargo, con el paso del tiempo, convertido en ruinas. Pero sigue, en cambio, en pie el plan de construir otro nuevo templo, adoptando esta vez la forma del pueblo de Dios que viene a integrarlo, que ya está dispuesto para su consecución. El principio fundamental se mantiene. La necesidad de obediencia a las instrucciones pormenorizadas del plan de Dios es, pues, una de las grandes continuidades.

3. El reto está ahí para ser aceptado (29:1–9)

Hasta ahora, en el discurrir de la Segunda Asamblea de Jerusalén, David se había dirigido principalmente a Salomón, y sólo de forma accidental, con el fin de fijar el contexto, a los representantes de la nación allí reunidos (28:1). Es en este punto, se vuelve a ellos para plantearles el reto implícito en lo que se ha ido exponiendo hasta ese momento, relativo a la presencia del Señor en el plan. La tarea que se le ha propuesto a Salomón, a pesar de ser el elegido por Dios, y de la majestad y sabiduría que iban a ser suyas en el futuro, es de proporciones colosales siendo como es todavía ‘joven y sin experiencia’ (29:1). De ahí el reto a comprometerse en el proyecto que se les lanza a todos los presentes.

David ha sido el primero en responder afirmativamente (29:2–5). ‘He provisto... según mi habilidad’ (29:2 BA) podría transmitir la imagen de un David que se disculpa por una contribución exigua. Cuando leemos acerca de las cantidades de material que había atesorado en los depósitos estatales, así como de la munificencia de las aportaciones de su patrimonio personal, puede que nos lleve a inclinarnos por la versión revisada de este versículo en concreto: ‘He preparado en función de mis fuerzas’. El reto es aceptado entonces por el pueblo a través de sus representantes (29:6–9), a lo que viene a sumarse las múltiples, y muy generosas y festivas,

aportaciones de los distintos jefes por familias y demás estamentos – lo cual da el mentís a la noción más difundida del Cronista como hombre frío e interesado tan sólo en la organización y las estructuras –, que ponen en evidencia un genuino entusiasmo ante el proyecto.

Entre las distintas aportaciones, se menciona en concreto la suma de ‘diez mil monedas de oro [darics]’ (29:7). El término específico ‘daric’ (en el manuscrito original) es todo un anacronismo en referencia a las aportaciones a ese primer templo. Se trata, en realidad, de una moneda del Imperio Persa, acuñada por vez primera durante el reinado de Darío I, cinco siglos después de los tiempos de David, pero familiar para los lectores del Cronista. Esa trasposición a una moneda de valor conocido de primera mano le ayuda al lector a captar el fondo de la generosidad de esas aportaciones, tal como nos ocurriría a nosotros de hablársenos ahí de euros o dólares. Hay razones, pues, para que el reto y su respuesta estén formuladas en términos comprensibles y actualizados. El mundo del Cronista ha sido testigo de la construcción del segundo templo. A pesar de las muy generosas aportaciones con las que se puso en marcha el proyecto, su ejecución no discurrió de forma uniforme. A la información aportada por Esdras y Nehemías hay que añadir las alocuciones directas y muy explícitas de los últimos libros proféticos del Antiguo Testamento. La palabra del Señor le llegó por medio del profeta Hageo: ‘Palabra del SEÑOR por medio del profeta Hageo, “¿Es acaso tiempo de que vosotros habitéis en vuestras casas artesonadas mientras esta casa está desolada?”’ Y el Señor le habló también a Zacarías: ‘Sean fuertes vuestras manos, vosotros que escucháis en estos días estas palabras de la boca de los profetas, los cuales hablaron el día en que se pusieron los cimientos de la casa del SEÑOR de los ejércitos para la reedificación del templo.’ Y habló también por boca de Malaquías: ‘¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me estáis robando. Pero decís: “¿En qué te hemos robado?” En los diezmos y en las ofrendas’.¹⁰ Tras el exilio, Israel se enfrentaba al mismo problema de necesidad de compromiso de la monarquía de los primeros tiempos. Y el modo de solucionarlo seguía siendo idéntico: la entrega de uno mismo, contribuyendo con la propia fortuna.

¿Una forma demasiado burda de manifestar devoción espiritual? Puede, pero lo cierto es que a Dios no parece disgustarle. De hecho, ejemplos semejantes los tenemos también en el Nuevo Testamento, en un pasaje al que ya se hizo referencia. Hechos 11:27–30 encierra, en su aparente sencillez, una profecía relativa a la hambruna que va a presentarse en un futuro inminente, lo cual estimula al cristiano responsable a enviar ayuda económica a las zonas necesitadas. Pero la cuestión es que ahí hay un fondo mayor de lo que muestran las apariencias. La congregación de los creyentes que se reunían en la iglesia de Antioquía, era la primera en el mundo en no ser mayoritariamente judía. La iglesia madre en Jerusalén nunca había visto literalmente algo así, y tuvo que haber hebreos cristianos que dudaran de la autenticidad de una iglesia con esas características. No es de extrañar, pues, que se enviara una comisión para averiguar qué estaba sucediendo. Bernabé vio pruebas suficientes de la ‘gracia de Dios’ operando en su seno. Ahora bien, ¿cómo iba a validar esa nueva congregación su autenticidad como genuina comunidad del pueblo de Dios? La respuesta del Nuevo

Testamento es, *respondiendo al reto del templo*. ‘¿Quién está dispuesto a contribuir de forma voluntaria?’, inquiriere David en esos primeros momentos del templo, tal como lo hace igualmente el Cronista en tiempos del segundo. El tercer templo, el correspondiente al Nuevo Testamento, no es, sin embargo, un edificio, sino un pueblo; aun así, por necesidades de índole material, necesita igualmente las aportaciones y las ayudas, poniendo con ello a prueba de igual forma la verdadera devoción al Señor. ‘Los discípulos, conforme a lo que cada uno tenía, determinaron enviar una contribución para el socorro de los hermanos que habitaban en Judea. Y así lo hicieron’.

El Cronista está intentando, una vez más, que cale la lección. ‘¿Quién está dispuesto a dar su ofrenda hoy al SEÑOR?’ (29:5). No hay generación, y menos aún la nuestra, que pueda permitirse obviar esa cuestión. Mucho es lo que ha ido cambiando en el mundo, pero el desafío se mantiene: la obra de Dios, para beneficio de ‘ese templo’ que es su pueblo. ¿Estamos dispuestos a dar – aportando oro y plata y piedras preciosas (29:7–8), y contribuyendo de todo corazón (29:9)? Así, una vez más, tenemos que dar respuesta a las palabras de 29:5, como marco de referencia que acota las dos distintas aportaciones, la significación externa con la cosa significada, ‘¿quién, pues, está dispuesto a dar su ofrenda hoy al SEÑOR?’.

4. El gozo sigue ahí para manifestarlo (29:10–22a)

Bendición y adoración, una abundancia de ofrendas para el sacrificio, consagración absoluta y una celebración ‘con gran alegría’: el Cronista desmiente de nuevo esa fama suya de austero, disfrutando de la ocasión (29:20–22a). Recordamos, entonces, que está escribiendo para una época en la que las celebraciones ya no pueden ser tan espléndidas, una época en la que, como respuesta a esta narración, e igualmente a otras muchas, argumenta quejándose ‘¡A ellos les resultaba muy fácil!’ Es por eso por lo que, para beneficio del ‘día de las cosas pequeñas’, el Cronista saca a relucir el principio interno que sigue siendo válido aún en los cambios de circunstancias. En un pasaje memorable más allá de la mera descripción de su ceremonial, incluye la sentida oración de David en el momento álgido de la celebración (29:10–19). Son, entonces, las palabras de David las que subrayan la causa y razón de la siguiente ‘gran continuidad’, motivo de gozo inagotable para conocimiento y disfrute del pueblo de Dios.

¡Poderosas palabras son esas! Como suele ocurrir con frecuencia con versículos conocidos, que no siempre sabemos situar en las Escrituras, pero de contenido que no puede olvidarse, su concepción y origen está precisamente en el Cronista. Autor pesado y aburrido, suele objetarse, pero ¡cuántas gemas de profunda verdad descubrimos en sus páginas! Como muestra, consulte el lector 29:11 y 14. La fusión de ambos contenidos es presencia constante en el mundo cristiano de la adoración, para beneficio de muchos que no son siquiera conscientes de su procedencia. Hay una versión alternativa a la traducción habitual que resume su realidad de forma muy bella: ‘Tuya, Señor, es toda grandeza, poder y gloria, el esplendor y la majestad; por cuanto todo lo que hay en cielos y tierra a ti te pertenece.’ Mensaje de sublime belleza y eterna verdad; motivo que no sólo es ocasión de gozo, sino que es precisamente origen y

fuelle constante del gozo. Vivimos en unos tiempos en la historia de la iglesia en los que se tiende a valorar más la experiencia cristiana en sí que la razón y origen de esa experiencia. Por eso es importante entender que el gozo del creyente, que surge como sentida respuesta a una invitación, puede ser experimentado de forma constante cual dádiva preciosa que proviene directamente de Dios, y que él hace surgir y mantiene constante. Será, pues, al orar, con entendimiento y convicción,

Que el Dios de gracia y provisión
sea constante a nuestro lado,
cuando tendrán pleno significado las consecuencias:
para gozo de nuestros corazones
y bendito consuelo y paz.

Esa profunda realidad gozosa era lo que el rey David celebraba. Como razón inmediata estaban, además, todas las aportaciones de Israel para la edificación del templo de Salomón. ‘Toda esta abundancia que hemos preparado para edificarte una casa para tu santo nombre procede de tu mano, y todo es tuyo’ (29:16). Pero eso no era todo. Hay ahí una lección más profunda y amplia para aprender: ‘Porque de ti proceden *todas* las cosas, y de lo recibido de tu mano te damos’ (29:14). Reconociendo las dádivas de Dios recibidas de antemano, David se siente movido a responderle a Dios con una propia consagración, real y sincera: ‘Yo he ofrecido voluntariamente todas estas cosas en la integridad de mi corazón’ (29:17b). Y lo mismo ha de ocurrir con Israel: ‘Y ahora he visto con alegría a tu pueblo hacer *sus* ofrendas a ti voluntariamente’ (29:17c). E igual tendrá que suceder con Salomón: ‘Da a mi hijo Salomón un corazón perfecto para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos’ (29:19). A lo que habrá de contribuir asimismo el pueblo de Dios en toda época y circunstancia. 29:18 reúne en sí pasado, presente y futuro, con una visión que es central en el mensaje que transmite el Cronista: David se dirige al Señor como Dios real, presente y constante en el marco de su pacto, reconociéndole y apelando a él como el Dios de sus antepasados, de Abrahán, de Isaac y de Israel, elevando una oración para que ese pueblo suyo mantenga idéntico espíritu de devoción en la continuidad de los tiempos.

Todo eso es, pues, lo que subyace y da cuerpo a esa ‘gran alegría’ de la asamblea allí presente (29:22). Se hace entonces evidente que, con independencia de los posibles cambios que puedan acontecer, el Cronista no ve razón alguna para que ese gozo sea tan sólo cosa del pasado. Y es por eso por lo que hay que hacer recuento de las muchas bendiciones recibidas, aprendiendo a ser positivo en cualesquiera circunstancias de la vida, con la certeza de que los acontecimientos del diario caminar están bajo la protección de la providente y generosa bondad del Dios de la alianza desde los tiempos antiguos. Y es por eso también por lo que evoca lo transitorios que fueron también aquellos tiempos ya lejanos de gran gloria y esplendor de la monarquía en Israel. En palabras de David: ‘Somos forasteros y peregrinos delante de ti, como lo fueron todos nuestros padres; como una sombra son nuestros días sobre la tierra, y no hay esperanza’ (29:15). Pero eso es tan sólo desde la perspectiva humana.

Pues, ante la constante presencia de mi Dios,
mi voz se elevará en vívida alabanza:
Y, así, en él confiado,
no haré sino en pleno gozo con Él morar.

5. El rey sigue ahí para ocupar su trono (29:22b–30)

¡Qué diferencia tan notable entre estos capítulos y lo que leemos en Samuel/Reyes respecto a los últimos días de David! 1 Reyes 1 y 2 son un triste final a una historia triunfal. El retrato de un anciano al que le fallan las fuerzas, y necesita cuidados, que puede caer ahora víctima de cualquier engaño. Si no fuera por ese remanente fiel de amigos solícitos, su autoridad sería pasada por alto. Y de no ser por la atenta vigilancia de Betsabé y el consejo del profeta Natán, Adonías, hijo mayor de los que sobreviven, le habría desposeído del reino en contra de su expresa voluntad, y Salomón, heredero por designación, y los que a él seguían, habrían sufrido las consecuencias. Pero no iba a ser así. La partida planteada experimenta un cambio total, y la conspiración se viene abajo, siendo Adonías el que sufre las consecuencias. Con todo, no deja de ser cierto que se trataba de una situación de intrigas y subterfugios que ponía en evidencia el lamentable estado de cosas en esos años finales, como triste epílogo a un reinado glorioso.

No encontramos, sin embargo, en Crónicas indicio alguno de ese lamentable declinar. No cabe duda de que ya había transcurrido un tiempo desde esa Segunda Asamblea de Jerusalén y la muerte de David. Pero con independencia de los desatinos que jalaron ese intervalo de tiempo transcurrido, el Cronista opta por no dar razón de ello. Hay que tener presente a David tal como era en el momento de esa Segunda Asamblea; tal como se nos dice de Moisés: ‘... No se habían apagado sus ojos, ni había perdido su vigor’. Así, a renglón seguido, y sin referencia a posibles mermas, el Cronista nos presenta a un David que, todavía como rey, ‘se puso en pie’ para comunicarle al pueblo un mensaje de vital importancia (28:2), sumándose ahí esa otra referencia a su retirada de escena: ‘Y murió en buena vejez, lleno de días, riquezas y gloria’ (29:28).

Esto no significa que el Cronista esté falseando el relato. Tal y como ya hemos tenido ocasión de comprobar en repetidas ocasiones, no habría sido fácil habida cuenta de que los hechos eran de sobra conocidos. Lo que está haciendo ahí es seleccionar, con criterio firme y radical, partes de ese material. Cabe, además, entender lo que le alienta en esa actitud deliberada de omitir todo lo que pueda suponer confusión en cuanto al tema central. Así, por ejemplo, su referencia a Salomón siendo reconocido como rey esa segunda vez (29:22b). 23:1 (con un David anciano y lleno de días que traspasa la sucesión a su hijo Salomón como siguiente rey de Israel) ha de ser entendida a modo de encabezamiento titular del total de esa extensa sección integrada por siete capítulos completos (23–29); pero, como reseña y descripción de una ceremonia en particular, resulta muy poco satisfactoria. La primera ‘coronación’, pues, hecho implícito en esa mención aquí de una segunda ocasión, es con casi total seguridad la cuestión a la que se hace referencia no en 23:1 sino en 1 Reyes 1, y ello como medida

de emergencia concebida de forma apresurada para poner coto a la pretendida usurpación del reino por parte de Adonías. Sabemos, además, esos hechos por Samuel/Reyes, y repetirlos no aportaría nada al propósito final del Cronista. En su lugar, dirige nuestra atención a ese otro hecho, notorio, oficial y universalmente reconocido, de una ‘segunda ocasión’ como vehículo del mensaje que quiere transmitirnos. Es la genuina ‘soberanía real’ que acompaña al hecho en sí lo que en verdad cuenta, y ello es así a pesar de las circunstancias insólitas que se dan en Salomón (29:25), por ser, de hecho, algo consustancial al trono como tal, y con total independencia de la persona que pueda ocuparlo en su momento.

Una vez más, pues, la continuidad es subrayada y enfatizada. ‘David, hijo de Isaí, reinó, pues, sobre todo Israel...Y murió en buena vejez, lleno de días, riquezas y gloria; y su hijo Salomón reinó en su lugar’ (29:26–28). El rey ha muerto, ¡viva el rey! Las posibles corrientes contrarias se obvian en el curso del flujo de esa corriente mayor que lleva hacia su término los planes de Dios. Es nada menos que ‘el trono del reino del Señor sobre Israel’ (28:5) lo que cada sucesivo rey viene a ocupar en su momento. ‘Tuyo es, oh SEÑOR, el dominio’ (29:11). El Cronista escribía en unos tiempos en los que, para Israel, el poderío de David y Salomón, e incluso el reino político como tal, eran cosa del pasado. Hablaba de la gloria y majestad de los reyes cuando ya no existían, exaltando aún más su grandeza por esa razón. Y en la medida en que se nos fuerza a darnos cuenta de esa aparente paradoja de lo que es, pero que ya no es, se hace claro y evidente su propósito. Las oraciones de confiada espera del salmo 72 (ya resaltadas en su momento) son más que piadosa exageración, y eso es algo que se hace evidente cuando nos preguntamos quién es, en verdad, el que se sienta en el trono – sobre todo, cuando la pregunta se hace a la luz del Nuevo Testamento.

Oh Dios, da tus juicios al rey,
y tu justicia al hijo del rey.
...Que te teman mientras duren el sol y la luna,
por todas las generaciones.
...Domine él de mar a mar,
y desde el río hasta los confines de la tierra.
Sea su nombre para siempre;
que su nombre se engrandezca mientras dure el sol,
y sean benditos por él los hombres;
llámenlo bienaventurado todas las naciones.

En todos esos posibles tiempos de desorientación y desesperanza para los que escribió el Cronista, y a pesar de la aparente insignificancia del pueblo de Dios, ese Dios, que es en verdad su Dios, reina por encima de todo. Y pese, asimismo, a la ausencia del trono en Jerusalén, ese trono sigue existiendo, y es trono que pertenece nada menos que al Señor, y cuando el reino de David y Salomón ya no es más que una vieja historia dentro de un nuevo relato, el Rey seguirá estando ahí para ocupar el trono que le corresponde entre su pueblo. Él es, pues, sin posible sombra de duda, la principal y más

grande de todas las grandes continuidades. Él siempre va a estar ahí presente y activo. Al Cronista no le cabe duda alguna de que, si bien no es el hijo de David, será entonces el Señor de David el que reine. Y para una generación bastante más posterior y muy bendecida, esas dos figuras se fusionarán en una, y así vendría a ser que el auténtico rey será milagrosamente a un tiempo Hijo de David y Señor suyo.

TERCERA PARTE

Salomón, el hombre de paz

2 Crónicas 1–9

Salomón toma posesión

2 Crónicas 1–2

Hecho ya ‘dos veces’ rey en vida de su padre, Salomón accede a plenos poderes reales de forma total y definitiva tras la muerte de su progenitor. Los que procedieron a dividir el libro en dos, aunque en origen era tan sólo uno, estaban sin duda en lo cierto al decidir que fuera éste el momento más apropiado para hacerlo. David es la figura central del libro, el hombre conforme al corazón de Dios (tal como ya habían indicado Samuel/Reyes),² y en muchos sentidos el ideal por el que iban a ser contrastadas las épocas posteriores. Pero la cuestión es que, aun siendo la figura central y muy principal, no es la única y definitiva. El libro no se acaba con él. Ni siquiera hemos llegado a su justa mitad. El Cronista está muy interesado en lo que habrá de seguir al reinado de David, pues, tal como ya hemos tenido ocasión de ver, el mundo para el que él escribe es un mundo sin David.

Las Escrituras adjudican a Salomón más de un cargo. En los inicios de la historia, se le presenta principalmente como hijo de David, un hombre de muy humanas debilidades, no muy distinto a su padre. Como es lógico, el Cronista está al tanto de ello, pero la imagen que quiere presentar discurre por otros caminos. Para él, el nuevo rey será, desde cierto punto de vista, el complemento de la figura de David, la otra mitad de un reinado que cuenta con dos facetas, correspondiéndole a Salomón cumplimentar aquello que hubiera quedado pendiente en el anterior reinado, y llevar a cabo aquello que su padre no hubiera podido concluir. Desde otra posible perspectiva, sin embargo, Salomón es justamente el sucesor de David, y ello en el sentido de que el reinado de David había dejado sentados ciertos principios y bases para el correcto gobierno del pueblo de Dios, y ahora, pues, le correspondía a Salomón cumplir con la

tarea de poner en práctica esos principios en circunstancias nuevas.

La cuestión es, pues, qué iba a hacer Salomón. Tomando como principio fundamental que el Señor es el auténtico rey, y que su gobierno es una de las grandes continuidades que persisten, y ello a pesar de todo posible cambio humano, la impresión que se tiene es que el Señor va a seguir delegando responsabilidades en sus siervos. Y, si esto es así, ¿estará realmente Salomón a la altura de lo que se espera de él?

Así va a ser, y además con inusitado vigor. Tras haber estado presente con un papel de poco más que figurante en los dos últimos capítulos de 1 Crónicas, tras la muerte de su padre, Salomón va a pasar a la acción. La convicción de que el Señor reina habrá de llevarle no a una inactividad, que se enmascare de confianza, sino a una respuesta activa, que primero inquiere del Señor cuáles serán sus responsabilidades con respecto al reino, para, luego, cumplirlas.

Y Salomón pasó efectivamente a la acción. Primero, ‘se estableció firmemente en su reino’ — 1:1, a manera de encabezamiento titular de lo que habría de seguir a continuación (2:1–2 es ejemplo de lo mismo) — y la mayor parte de estos dos capítulos no hacen sino describir en términos prácticos lo que esa respuesta de fe le llevó de hecho a *hacer*. Capítulos, pues, a disposición de todos cuantos se encuentren en un momento de sus vidas abocados a asumir responsabilidades con respecto al pueblo de Dios.

1. Salomón consulta al Señor (1:2–6)

El Cronista registra como primer acontecimiento del nuevo reinado que Salomón y la asamblea reunida: ‘lo’ consultaron, o ‘le’ consultaron — el pronombre que encontramos al final de 1:5 podría hacer referencia tanto al Señor, opción que siguen la BA y la RSV (tomando como norma las versiones antiguas en griego y latín), como al altar de bronce, que sería el complemento de la frase anterior.³ Pero si el altar es el objeto de la ‘consulta’ de Salomón, lo es tan sólo como lugar donde encontrarse con el Señor, con lo cual el sentido viene a ser el mismo.

La información a medias que proporciona la primera parte de ese versículo se complementa con ese apunte geográfico de 1:3–5. El interés del caso ya había quedado explícito a principios del reinado de David, tal como destacamos en su momento, y que ahora viene a ser objeto principal de un breve pero muy explícito contraste. Los acontecimientos de 1:2–13 ya habían sido registrados oportunamente en Samuel/Reyes: ‘El rey fue a Gabaón a sacrificar allí, porque ese era el lugar alto principal... Y en Gabaón, el SEÑOR se apareció a Salomón de noche en sueños, y Dios le dijo: Pide lo que quieras que yo te dé’ (1 R. 3:4–5). La sabiduría que Salomón solicita le es concedida, y mucho más aún junto con ella; acto seguido, Salomón ‘entró en Jerusalén, y se puso delante del arca del pacto del SEÑOR’ (1 R. 3:15). El Cronista vuelve, pues, a describir los mismos hechos, poniendo juntos los nombres de los lugares con el fin de resaltar su importancia. Salomón se desplazó a Gabaón ‘porque allí estaba la tienda de reunión de Dios’, y ‘el altar de bronce... estaba [allí]’; pero en cuanto al arca

de Dios, David 'le había levantado una tienda en Jerusalén' (1:3–5).

El arca representaba la alianza de Dios con su pueblo, siendo por ello símbolo de su iniciativa de gracia; ante el altar, el hombre responde con fe. La parte primera de la historia nos informa que Salomón también 'ofreció holocaustos e hizo ofrendas de paz' ante el arca (1 R. 3:15), pero el Cronista omite ese dato, subrayando, en cambio, el aspecto teológico de que, por su significado intrínseco, es en el altar antes que en el arca donde han de hacerse con mayor propiedad tales ofrendas. Ambos son lugares de encuentro entre Dios y el hombre, y suelen de hecho encontrarse el uno junto al otro, tal como hemos tenido ocasión de comprobar; y así había continuado siendo durante siglos ya desde antes de los tiempos de David y mucho después de Salomón, recordándonos que, *en la práctica*, la gracia y la fe son inseparables. Pero en ese breve intervalo de tiempo, el arca estaba ya en Jerusalén, mientras que el altar se encontraba en Gabaón, y el hecho en sí de su separación geográfica viene a ilustrar una verdad necesaria, pues, *en nuestro pensamiento*, la gracia y la fe han de quedar netamente diferenciadas.

En el relato del Cronista, la asamblea de 1 Crónicas 28–29 precede a la acción de 2 Crónicas 1–2. El reinado de David se cierra con la afirmación de las grandes continuidades – lo que Dios es y lo que siempre será, lo que hace y lo que siempre hará. Y las promesas del pacto tienen su base en los datos previos sobre la naturaleza y carácter de Dios. El arca sigue presente ahí, al igual que lo estuvo siempre. El reinado de Salomón tiene su inicio con la respuesta de un corazón creyente. El segundo libro comienza, teológicamente y no tan sólo geográficamente, en Gabaón, pues 'el altar de bronce que había hecho Bezaleel, hijo de Uri, hijo de Hur, estaba delante del tabernáculo del SEÑOR' (1:5a). Los dos capítulos anteriores se habían centrado en lo que Dios hace; estos dos, ahora, van a fijar nuestra atención en lo que el hombre vaya a hacer como respuesta a ello. Y Salomón se pone ciertamente a la altura de la ocasión.

Esa búsqueda suya de Dios, indicada por medio de las palabras de 1:5b y convenientemente ilustradas por esa referencia a Gabaón-Jerusalén en 1:3–5a, queda precisada por unos muy hábiles toques en el desarrollo del propio párrafo. En primer lugar, no debemos ver ahí una especie de búsqueda agnóstica. Tal vez el término 'buscar' sea un tanto equívoco, pero, con independencia de otras posibles connotaciones que pueda tener, se aplica ciertamente a la persona desorientada que no sabe adónde dirigirse para hallar lo que desea. Pero Salomón sabe muy bien lo que quiere. No se está embarcando ahí en la búsqueda de un posible tesoro; el altar no está ni perdido ni escondido; busca no con la esperanza de encontrar algo, sino con la confianza del que sabe que va a encontrar lo que ha ido a buscar. Eso es lo que se subraya y enfatiza. Gabaón es el lugar apropiado, y Salomón lo sabe: la tienda de reunión estaba *ahí*, el altar de bronce estaba *ahí*, y por eso Salomón se dirige *ahí* (1:3, 5–6). Hay momentos y circunstancias en las que, quizás, aquel que busca hace bien en manifestar su ignorancia o sus dudas. Pero cuando Dios nos da a entender claramente dónde encontrar lo que buscamos, hacer caso omiso entonces de sus indicaciones en nombre de un 'reverente agnosticismo' no sólo es locura, sino patente rebeldía. Si en verdad estamos buscando al Señor, lo más probable será que tengamos que admitir

conocer el camino que lleva a Gabaón, y sabemos bien lo que allí encontraremos.

Lo cual nos lleva a la segunda característica del comportamiento de Salomón. La cuestión es que la suya no es una búsqueda partiendo con las manos vacías. El destino que le mueve es un altar, y los altares están para que se ofrezcan sacrificios y se hagan ofrendas. En Gabaón, Salomón tiene la intención de ofrendar holocaustos al Señor (1:6). Los sacrificios son ofrenda costosa. En la tradición de la fe israelita, vienen a significar algo que cuesta todavía más, esto es, una consagración por entero del propio corazón a Dios, y cabe concluir que eso es lo que representan para Salomón. Ahora bien, nada más fácil que mostrarse cínico respecto a Salomón. Si no se está en adecuada sintonía con los propósitos del Cronista, puede pensarse que va a obviar algunos hechos notorios en su trayectoria como gran rey; a saber, que *no* consagró por completo su corazón al Señor, que participó en las distintas clases de fe profesadas por sus esposas paganas y que se contaminó con los dioses a los que ellas adoraban y con las costumbres que imperaban en esas culturas (1 R. 11). Pero lo cierto es que eso no fue así en un principio. No se trata, pues, que el Cronista intente borrar hechos ciertos. Lo que quiere resaltar es que sí hubo en un principio una genuina devoción a Dios con todo el corazón en ese Salomón de los primeros tiempos, y, si más tarde, se enturbió, tal como todo el mundo sabe, incluido el propio Cronista, fue porque el Salomón de los últimos tiempos faltó a su compromiso inicial, y el volver a narrar ese hecho no contribuiría a explicitar los grandes principios que el Cronista tan infatigablemente quiere enseñar. En Gabaón, no puede caber duda alguna de que el nuevo rey personifica uno de esos principios capitales. Aquel que en verdad busca a Dios no va a quedarse con las manos vacías, y menos aún si quien busca ha asumido grandes responsabilidades. Holocaustos, pues, y por miles, es lo que está indicado.

Por último, hay que destacar que esa búsqueda no ha de hacerse en solitario. Salomón, al igual que su padre David antes que él, ha convocado a representantes de 'todo Israel' (expresión favorita del Cronista), y él junto con toda la asamblea emprende la marcha hacia Gabaón (1:2–3). El puesto que ocupa no es el de un militante más, sino el del líder responsable. Ahí tenemos a un Salomón que es personaje público, no un mero individuo más. Consciente de esa responsabilidad, se apresta a compartirla con todo su pueblo. Ve la necesidad de comprometerlos en las lecciones que les aguardan, y con esos principios que han de aplicarse. Hasta qué punto se forja el temple del líder en solitario, en esa relación privada con su Dios, es algo que su propia naturaleza no permite atestiguar. Pero de lo que no puede caber duda es de que ese hacerse acompañar del pueblo en una 'búsqueda' explícita de su Dios es entendido como obligación suya, y entendido, además, no como una búsqueda incierta, sino como la toma de conciencia de unas promesas y la correspondiente respuesta obediente.

Salomón se presenta, pues, ante ese altar de bronce en la tienda de reunión en Gabaón. Y lo hace en la confianza de que, según los términos de la promesa, Dios va a encontrarse ahí con él. Salomón ofrece entonces el holocausto, como muestra palpable de la sinceridad de sus propósitos y acompañado por sus compatriotas israelitas, a los que está inextricablemente unido en ese llamamiento suyo como líder del pueblo escogido. La cuestión, sin embargo, es que todavía está, por así decirlo, 'buscando'.

Examinemos ahora los acontecimientos de tan memorable jornada en Gabaón.

2. Salomón pide una bendición (1:7–13)

‘Aquella noche, Dios se apareció a Salomón y le dijo: Pide lo que quieras que yo te dé’ (1:7). ¿De qué manera, podríamos preguntarnos, va a ser esa petición de Salomón modelo de *comportamiento* para quienes se encuentren en idéntica situación, cuando es evidente que es una mera reacción ante una iniciativa de parte de Dios? Probablemente, Salomón no tenía idea de que Dios fuera a hacerle ese ofrecimiento. ¿Hemos de considerar, pues, como principio no solicitar bendición hasta que sea el propio Dios el que ‘se nos aparezca’, por así decirlo, y nos mueva entonces a hacerlo así?

Bueno, pues, sí. Eso es justamente lo que Dios ha hecho. No en forma de ensoñación, sino como Palabra hecha carne, y su mandato ha sido ‘Pedid, y se os dará’. Su promesa es conceder ‘cosas buenas’.⁶ Y ese mensaje divino ha tomado forma en las palabras del apóstol: ‘En todo, mediante oración y súplica con acción de gracias, sean dadas a conocer vuestras peticiones delante de Dios.’ Y no está, pues, fuera de lugar que los siervos de Dios asuman hoy como propia la palabra que le llegó a Salomón. Samuel/Reyes subraya, tanto al principio como al final (1 R. 3:5; 15), que el suceso había sido ‘en sueños’; el Cronista, en cambio, omite ese detalle: mucho cuidado con pensar que lo ocurrido a Salomón era de carácter único e irrepetible.

Detengámonos ahora a examinar la manera en que esa bendición es solicitada.

Notamos de entrada que los propios términos del ofrecimiento llevan implícita una respuesta expresada en palabras por parte de Salomón. Tal vez tengamos la idea de que una actitud humilde y muy espiritual, que ore tan sólo solicitando generalidades nada concretas, o que deje el asunto en manos de Dios, como si un ‘que se haga tu voluntad’, fuera la única oración adecuada en la persona piadosa y, además, la única opción posible. Pero el pensamiento de Dios y el pensamiento del hombre deben estar comprometidos a la vez en la práctica de la oración. Cuanto más sepamos de la mente de Dios, más específicas y concretas serán nuestras peticiones, manteniéndonos a un tiempo dentro de las lindes de la voluntad expresa de Dios. Así, esa petición ahora de Salomón es objeto concreto de una promesa inequívoca en el Nuevo Testamento: ‘Pero si alguno de vosotros se ve falto de sabiduría, que la pida a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada’. Y, en lo que respecta al funcionamiento de la mente humana, estamos lo suficientemente familiarizados como para ser plenamente conscientes del valor de tener que pensar qué es lo que realmente debemos pedirle a Dios. Aunque era evidente lo que Bartimeo esperaba, Jesús le hace la pregunta: ‘¿Qué deseas que haga por ti?’,⁹ y las razones para ello bien merecen nuestra atención.

Quizás la breve invocación de Jabes se sitúa en los inicios del relato, en medio de todas esas genealogías (1 Cr. 4:10), cual semilla que se planta y que, tras un intervalo de siglos, se espera que prenda y fructifique en todo su esplendor en un momento clave en el curso de la historia de Israel, alcanzando los frutos su madurez plena once años más

tarde (cf. 1 R. 6:37–38 con 2 Cr. 3:2) en esa magnífica y explícita oración de Salomón con ocasión de la dedicación del templo en el capítulo 6.

En un principio, notamos que formula su petición en términos propios, para después hacerse evidente, en cambio, que su base está en el carácter de Dios (1:8–9). Ese Dios es el Dios *soberano*, que exaltó a David y que ha exaltado a su hijo Salomón en su lugar. Dios es ahora el Dios de los tiempos en los que Jerusalén ha dejado de ser la sede de los reyes de Israel – aquel al que Daniel considera ‘el Altísimo’, que ‘domina sobre el reino de los hombres y que lo da a quien le place’. Es el Dios *constante*, que ha hecho patente su *hessed* a David; *hessed*, esto es, como misericordia y amor firme de Dios para con su criatura, que se hace ahora más firme aún por, además, ser ‘grande’. La fidelidad es la cualidad que Dios evidencia cuando actúa con poder soberano entronizando a Salomón como sucesor de David, precisamente lo que había prometido hacer (1 Cr. 17:11–14). Es, además, el Dios omnisciente, que todo lo conoce, que es consciente por ello de la magnitud de la tarea que le ha encomendado a Salomón, y que, en consecuencia, entiende que le hará falta esa sabiduría que solicita. Así, tal como queda explicitada la solicitud, igualmente quedan de relieve las bases para creer firmemente que será contestada.

En tercer lugar, lo que vemos ahí es una petición que va directa al núcleo central del tema (1:10–12). Aquellas otras posibles cosas que podría solicitar un rey – riquezas, honores, longevidad – no son sino periferia superficial. Lo que cuenta ahora es que se trata del hombre adecuado para el puesto. Y ya que no es ni más ni menos que el rey elegido por Dios para reinar sobre el pueblo elegido, esa solicitud suya de sabiduría y conocimiento es el deseo de poder estar a la altura de las circunstancias, contando con la dotación apropiada, lo cual le acerca en mucho a ese buscar la justicia y la equidad que Cristo señala como la máxima importancia. Los resultados van a seguir siendo los mismos, tanto si se prometen en los montes de Galilea como si se hace en el tabernáculo en Gabaón.: ‘Buscad primero su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas’.

Por último, cabe destacar que la oración de Salomón está regida no por razones egoístas y para propia satisfacción, sino por un genuino deseo de cumplir con las necesidades de la nación que ha de gobernar. El sentido de compromiso con respecto a Israel hace palidecer cualquier posible consideración de índole personal. Un pueblo, tan ‘numeroso como el polvo de la tierra’ (1:9), ‘pueblo tan grande’ (1:10), ‘sobre el cual te he hecho rey’ (1:11), Israel, en conjunción con la solemne grandeza de Dios y la conciencia de su propia insignificancia, viene a ser el objeto máximo de su preocupación. No es de extrañar, pues, que una oración formulada tan a conciencia y con tan sólida base, motivada y dirigida hacia las necesidades de sus compatriotas, le sea contestada de manera afirmativa, obteniendo así la bendición que tanto anhela y necesita para poder llevar a cabo la grandiosa tarea encomendada, y aun mucho más que eso, de parte de un Dios ‘poderoso para hacer todo mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos’.

3. Salomón se sitúa frente al mundo (1:14–17)

En la fuente original de Crónicas, este párrafo aparece al final de un total de casi diez capítulos dedicados a describir las características e incidencias del reinado de Salomón, justamente antes de que se haga explícita su decadencia moral (1 R. 10:26–29). El Cronista lo incluye en esos capítulos fundacionales, y ello por ser indicativo de otra manera en la que Salomón se afianza como rey. 1:14–17 es todo cuanto se dice en ese momento relativo a las relaciones de Israel con las potencias extranjeras. Pero es más que suficiente para mostrar el agudo contraste entre lo que ahora ocurre y lo que había en tiempos de David. En ese pasado inmediato, todo había sido contiendas y guerras, e incluso ese puñado de naciones que se mostraban amistosas era al precio de tratados y alianzas, teniendo que luchar encarnizadamente con el resto para poder sobrevivir como nación. Todo ello debía parecer un tanto bárbaro contemplado ahora desde la fértil bonanza de los tiempos de Salomón, lo cual nos recuerda, con una indulgente sonrisa, el comentario de dos encantadoras ancianitas tras ver la obra de teatro de Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*: ‘¡Desde luego, qué distinto de la vida de nuestra querida reina aquí, en Inglaterra!’ – con la salvedad, claro está, de que en este caso no se trataba de los asuntos internos del Estado, por así decirlo, sino de relaciones diplomáticas internacionales, siendo las circunstancias de Salomón diametralmente opuestas a las de su padre David. El comercio, no las guerras, iba a ser la norma en Salomón en sus relaciones con otras potencias.

La mención de las riquezas obtenidas por Salomón como resultado de una intensa actividad comercial se deriva, un tanto oportunamente, de la promesa otorgada por Dios en 1:12, introduciéndonos acto seguido, y prácticamente sin fisuras, en los inicios de la construcción del templo (capítulos 2–4). Podría cuestionarse, sin embargo, si esas eran las principales razones del Cronista para insertar ahí ese párrafo. 1:15 indica que el aumento de riquezas no sirvió para enriquecer tan sólo al rey, y el flujo de dinero generado no fue tampoco a parar en su totalidad a los fondos de financiación del templo. *Jerusalén* se vio enriquecida, y se da ahí una más profunda y soterrada conexión con el párrafo precedente, evidente en el hecho de que la oración de Salomón era, de forma preferente, a favor de su pueblo, de modo y manera que esa bonanza económica extra es, de hecho, compartida conjuntamente por todo el mundo.

Quizás, claro está, el enriquecimiento conjunto del rey y la nación es algo en lo que el Cronista quiere que nos fijemos por su valor como tal. Hay ecos ahí de pura poesía del Antiguo Testamento, y anuncio escatológico del Nuevo que no pueden ser pasados por alto. Ya hemos vuelto en más de una ocasión al salmo 72, como magna celebración del reinado de David, y si lo hacemos ahora también es con el fin de recordarnos a nosotros mismos un aspecto sobresaliente de la grandeza de los reyes designados por Dios: así sucede que ‘los reyes de Tarsis y de las islas traigan presentes; los reyes de Sabá y de Seba ofrezcan tributo’. Pero más espléndida es aún la visión de Juan de la Nueva Jerusalén, y a ese respecto también se nos dice que, al igual que con la Jerusalén

de Salomón, ‘las naciones andarán a su luz, y los reyes de la tierra traerán a ella su gloria’.¹⁴

Todo esto es de la máxima importancia para la generación del Cronista, forzada, como se ve, a vivir en un mundo secular. Los súbditos de Salomón apenas si habían tenido que plantearse algo así, acolchados como estaban contra las contingencias – su rey hacía frente a las emergencias por ellos. Pero el Cronista, y nosotros al igual que él, sí tenemos que hacer frente a los hechos, y lo que podemos aprender de estas historias es justamente la actitud a dos bandas que el siervo de Dios ha de mantener ante el mundo en que vive. Tiene que estar preparado para luchar con él, tal como tuvo que hacer David, y asimismo cuándo negociar con él, al igual que Salomón. Ha de saber, además, cuáles son los equivalentes actuales de Egipto y Coa, y quiénes son ahora los hititas (1:16–17), y pueden redundar en beneficio, y quiénes son como Moab y Soba y los filisteos (1 Cr. 18:1–3), y pueden ser causa de ruina y destrucción. Y queda entonces esa otra tarea más dura aún de saber discernir cuándo Siria es potencia amiga (1:17) y cuándo ha pasado a ser enemigo al que combatir (1 Cr. 18:5–6). El siervo fiel de Dios ha de tener una fe que afirme lo que de positivo tiene el mundo, al tiempo que está precavido ante sus peligros, para lograr una comprensión equilibrada de ambas facetas.

Lo que distingue primordialmente a estos dos reyes, sin embargo, es (tal como hemos tenido ya ocasión de comprobar) que David es un hombre de lucha y de guerras, mientras que Salomón es figura de paz. Ciertamente que, en el curso de los acontecimientos, las relaciones con las otras naciones vinieron a ser fuente de problemas y conflictos para Salomón, aunque en forma distinta, tal como lo habían sido para su padre; pero para el Cronista, incluir tales acontecimientos no haría sino estorbar el cuadro principal que quiere presentarnos, y de ahí que los omita sin más. Para él, el reinado de Salomón es ilustrativo del proverbio: ‘Cuando los caminos del hombre son agradables al SEÑOR, aun a sus enemigos hace que estén en paz con él’. Habiendo, pues, buscado al Señor y solicitado su bendición, Salomón se apresta a enfrentarse al mundo. Lo ve tal como es, con lo que tiene de bueno y de malo, y partiendo de ello, aprende a usarlo para beneficio propio y del pueblo.

4. Salomón inicia los preparativos para el templo (2:3–18)

Lo que aquí se nos ofrece es un breve encabezamiento (2:1–2 resume el resto del capítulo, al igual que 1:1 resumía el primero) para retomar, acto seguido, el tema del templo, que va a ser, de hecho, cuestión y objeto principal de los siete capítulos siguientes. En un principio, el interés se centra en los preliminares y los preparativos necesarios; no, evidentemente, en el trazado propiamente dicho, que ya había delineado David en su momento (1 Cr. 28:11–19), sino en los problemas prácticos para que el proyecto pase a ser una realidad. Proyecto al que alienta el deseo, por parte de Salomón, de edificar a Dios casa para el encuentro del hombre con su Dios, y lugar donde, según su curso, reunir de nuevo arca y altar. Y todo ello como parte de ese establecerse como fiel y genuino rey elegido por Dios sobre el pueblo de su alianza.

El proyecto es contemplado como una unidad total, y ya en los primeros momentos

del relato se hace notar esa ‘amplitud de corazón’ (1 R. 4:29) de Salomón. Su visión le lleva a plantearse todas las posibles necesidades antes de acometer la construcción del edificio, y todo aquello que seguirá cuando se dé por terminado, esto es, los cultos diarios de adoración como ejercicio primordial. Lo que ahí se contempla excede en mucho la mera edificación de un templo, por muy magnífico que éste pueda ser: ‘con *himnos de alabanza* los sagrados atrios resonarán.’ Y eso es lo que se tiene justamente presente desde la concepción e inicio de los planes para la edificación del templo. Y, en base a la correspondencia mantenida entre Salomón e Hiram que ahí se recoge, es evidente su preocupación e interés, tanto por el proyecto en su conjunto como en los pormenores.

Hiram, rey de Tiro, era conocido como amigo de David y aliado suyo, y había estado entre los que le felicitaron al acceder al trono (1 R. 5:1). Es a este personaje, pues, al que Salomón envía el bosquejo de sus planes para el templo que es, al mismo tiempo, declaración y testimonio de su fe. El templo y todo lo que en él va a tener lugar puede resumirse en el término ‘adoración’, y la carta a Hiram muestra la clase de adoración que Salomón tiene en mente.

En primer lugar, lo inmediato es la adoración *tradicional*. A las iglesias que estén en una etapa ‘ateniense’ (‘todos los atenienses... no pasaban el tiempo en otra cosa sino en decir o en oír algo nuevo’), ese término suele tener el mismo efecto que el capote rojo para el toro. La tradición y la renovación son entendidas como enseñas de campos contrarios. Eso merece un par de comentarios. De entrada, está el hecho de que el templo *era nuevo*. Nada igual se había visto hasta ese momento. La impronta de Salomón era un hecho innegable, reflejo tanto de su imaginación como de lo prevalente en su época y cultura. Y, por otra parte, era evidente que su respeto a la tradición no excluía su interés por la renovación. Lo antiguo no tenía por qué ser desechado sin más para reemplazarlo por cualquier otra cosa nueva. Muy por el contrario, estaba esa otra alternativa de retomarlo, reflexionar sobre su contenido y ponerlo al día allí donde fuese necesario, para, por último, usarlo nuevamente. El templo era para el incienso de fragante aroma y los panes de la proposición, para la celebración del sábat y la luna nueva, las festividades religiosas que marcaba el calendario, como ‘ordenanza perpetua en Israel’ (2:4). Edificios de nueva factura, adoradores renovados, nuevas canciones; pero todo ello, en su conjunto, en la adecuada referencia, y con el debido respeto, a los principios dados en un principio a Israel a través de Moisés, y pensados para ser ‘transmitidos’ (que es lo que, en esencia, viene a significar ‘tradición’) a todas las sucesivas generaciones. El Cronista va a recordarnos de forma asidua, con una insistencia típica de los tiempos bíblicos (y, lamentablemente, atípica en los nuestros), que Moisés y David y otras grandes figuras del pasado siguen siendo un ejemplo real para nosotros y que como tales deberían ser consideradas.

Salomón ha previsto también la parte *espiritual*. El peligro inherente a la construcción de un templo reside justamente en eso, que se acabe fomentando una religión carente de espiritualidad. Muchos han sido, y seguirán siendo, los que caigan en esa trampa. El inocente, pero letal, argumento teológico de la samaritana es una muestra de ello: ‘Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en

Jerusalén está el lugar donde se debe adorar’—a lo cual responde Jesús, ‘Ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre’, sino ‘en espíritu y en verdad’. Salomón no ignoraba ese peligro. Pero no por ello iba a renunciar al proyecto. Él veía el templo en sus dos vertientes: la positiva y la negativa. Pero, por ser Dios tan grande, el edificio del templo y la adoración que allí se le rindiera debía ser acorde con esa grandeza (2:5); y, por ser Dios tan grande, sus criaturas no van a poder serlo en la medida necesaria (2:6). Esas dos razones, en apropiado contraste, eran las que justamente alentaban a Salomón a llevar al pueblo a adorar ‘en espíritu y en verdad’. El templo tiene que ser entendido como lugar de propiciación, ‘un lugar para quemar incienso’; el ser humano necesita soportes materiales y, privado de un lugar y formas concretas de adoración, se corre el riesgo de que, dada la naturaleza humana, acabe por no rendir culto en forma alguna. Pero, pese a ello, Dios tiene que seguir siendo considerado como un Ser infinitamente grande que, como tal, nunca va a poder ser confinado por completo en el interior de un edificio. Aun así, tienen que ver en ese templo material una expresión, aunque inadecuada, de la grandeza que asocian con Dios, y eso supone que únicamente lo magnífico y excelente es lo adecuado y suficientemente bueno.

Todo esto nos lleva a la última consideración: si va a haber culto de adoración, éste tendrá que ser ciertamente de *calidad*. Y el mundo circundante va a rendirse a esa evidencia y colaborar en su realización. Hiram de Tiro será, pues, persona involucrada. La construcción y preparación de todo lo relacionado con el templo va a reflejar la maestría puesta en el empeño. Los artesanos del país van estar incluso bajo supervisión de expertos venidos de fuera, siendo Hiram-abí prueba de ello. La variedad va a ser la nota característica (2:7, 13–14), destacando igualmente su envergadura y cantidad (2:9), así como la eficiencia con que es puesta en movimiento la masa de trabajadores (2:17–18). Pero eso no era todo lo que se estaba movilizándolo, ni tampoco era la edificación como tal el único proyecto en mente. Enfocado desde otro posible punto de vista, los métodos del rey discurrían por cauces no tan evidentes y con otros propósitos muy distintos. Pero el Cronista ha optado por concentrarse en la obra en su aspecto material, con todo lo que tenía de magnífica. Y no hay por qué reprochárselo. Siendo, como es, evidente (2:5–6; 6:18) que ni siquiera lo mejor está a la altura de lo que Dios merece, ¿cómo no vamos a esforzarnos todo lo posible por ofrecerle lo mejor que esté disponible?

Al buscar al Señor y solicitar su bendición, recabando del mundo circundante lo que de mejor tenga para contribuir en la empresa acometida, Salomón está estableciendo un precedente para su toma de posesión de poder. La suya es una reacción magnánima a la vista del reto tan tremendo que supone ocupar el trono dejado vacante por David. El rey pagano de Tiro reconoce la importancia de los hechos y no duda en ponerse a la altura de las circunstancias: ‘Bendito sea el SEÑOR, Dios de Israel, que ha hecho los cielos y la tierra, que ha dado al rey David un hijo sabio, dotado de prudencia y entendimiento, que edificará una casa para el SEÑOR y un palacio real para sí’ (2:12). Nosotros no podemos aquilatar ahora hasta qué punto entendía el fondo de sus propias palabras. Pero de lo que no puede caber duda es de lo verdadero de su juicio. Cuando un siervo de Dios se enfrenta a una responsabilidad delegada y no duda en

asumirla, tal como efectivamente hizo Salomón, incluso los más incrédulos y escépticos vecinos tienen que rendirse a la evidencia, proclamando sus virtudes de tal modo que hasta ellos mismos serían incapaces de llevarla a cabo pese a lo esforzado de su empeño: 'Por cuanto el SEÑOR ama a tu pueblo, te ha hecho rey sobre ellos' (2:11).

La construcción del templo

2 Crónicas 3–5

Junto a otras muchas cualidades, C. H. Spurgeon poseía el don del ingenio, esto es, un 'talento especial para entretener y deleitar'; facultad que se pone de relieve en el contexto insólito de su propio comentario sobre las exposiciones bíblicas de terceras personas:² los párrafos correspondientes a los autores que él tiene en alta estima van en negritas, y los relativos a autores de menor fuste aparecen en caracteres normales. No hará falta decir que estos últimos son, con diferencia, los más entretenidos. Pero si el tamaño e intensidad de color de los caracteres indica el valor que pueda tener el libro, ¿qué decir, entonces, de esas ediciones de la Biblia en las que los capítulos a los que ahora nos enfrentamos están en letra más pequeña de lo habitual? ¿Hemos de entender ahí que ese recuento de los distintos edificios y el mobiliario del templo, al igual que las genealogías de 1 Crónicas 1 a 9 son, de alguna manera, de menor interés que el resto? No parece, desde luego que ése sea el caso con el Cronista, porque, si no, ya se habría ocupado él mismo de abreviar o incluso omitir todo que no considerara de interés. Pero, por el contrario, se ocupa de todo ello con cierto grado de detalle, y el propósito que pudiera haberle alentado a hacerlo así va a ser ahora objeto de nuestro estudio.

Salomón está siendo, al menos por el momento, modelo del líder que asume responsabilidades en relación al pueblo de Dios. Con el capítulo 3 se embarca en la tarea que mayor renombre habría de proporcionarle: la edificación del templo para servicio de Dios. Por el modo en el que el Cronista describe los hechos, hay ciertas lecciones que aprender respecto a la intervención de Dios en el mundo. En vez de ir cotejando los capítulos en orden sucesivo, consideraremos el pasaje como un todo, pero enfocándolo desde distintos ángulos.

1. Un corazón devoto

En un sentido la actividad de Salomón en la construcción del templo es de interés real, cómo dudarlo, y no meramente académico: lo que vemos es una auténtica devoción del corazón. Eso es algo que quizás se haga más evidente si primero consideramos esa obra suya en perspectiva para pasar, después, a ocuparnos de los

detalles y los pormenores, y, por último, examinarlo todo en profundidad.

a. El trabajo de Salomón visto en perspectiva

Aventurarse en estos capítulos al azar supone encontrarse a uno mismo de repente en medio de una extraordinaria variedad, no siempre muy comprensible, de lámparas y candeleros, sartenes y trinchantes, columnas y pedestales, y montones de frutos del granado en su faceta ornamental. Pero, leída la sección en conjunto, semejante batiburrillo empieza a cobrar sentido. No son detalles pensados de entrada para informar a los posibles lectores, que de sobra saben ya de todo cuanto se necesitó para completar el templo. Se trata más bien de un cuadro que ya no es familiar enmarcado de forma distinta. Viene entonces al recuerdo lo dicho por el propio Salomón relativo a ese edificio que, en palabras escritas a Hiram, no existe como un grandioso edificio más, sino para gloria del Señor, ‘para quemar incienso aromático delante de Él, para colocar continuamente el pan de la proposición y para ofrecer holocaustos por la mañana y por la tarde’ (2:4). La casa de Dios tiene valor e importancia tan sólo por razón de lo que allí tendrá lugar. Los capítulos 3 a 5 lo reiteran en detalle. Toda esa serie de cláusulas y condiciones introducidas con un ‘cuando’ están ahí para llevarnos a las afirmaciones del entonces (5:13–14): *cuando* la última de las piedras fue puesta en su lugar, y el último revestimiento estuvo listo; *cuando* cada lámpara fue puesta en su lugar, y cada mesa fue acaba y situada en su sitio; *cuando* cada brasero de oro y cada trinchante de bronce estuvieron listos; *cuando* todo Israel se congregó, y los sacerdotes santificaron el conjunto, y los músicos se aprestaron a cumplir con su función; *cuando...se hacían oír a una voz alabando y glorificando al SEÑOR*, entonces ‘*la casa del SEÑOR se llenó de una nube... porque la gloria del SEÑOR llenaba la casa de Dios.*’ Nada igual había sucedido desde aquel tiempo en el que se completó la tienda de reunión de Moisés, haciendo su aparición la nube de gloria del Señor que todo lo llenaba en el Sinaí. El objeto de tan impresionantes preparativos era proveer un lugar adecuado para tan tremendo acontecimiento.

Hace años hizo su aparición una muy recomendable edición de libros de viajes que, desde el primer momento de su publicación, fue calificada de ‘inventario extático’ de todo cuanto merecía la pena visitar y conocer en Inglaterra; palabras que pudieran aplicarse a este catálogo de todo cuanto contribuyó al esplendor del momento. Lo que tenemos ahí, pues, no es una mera lista, sino un digno marco de exposición concebido por un corazón devoto.

b. Los trabajos de Salomón en detalle

Ahora que ya hemos visto dónde nos lleva el ‘inventario extático’, podemos volver al comienzo del capítulo 3, y avanzar junto al Cronista en esa visita de exploración de las distintas dependencias del templo.

Al templo se accede, naturalmente, a través del porche o ‘vestíbulo’ (3:4). Una vez dentro del edificio propiamente dicho, nos encontramos en uno de los extremos de una

‘nave’ rectangular, el ‘salón principal’ (3:5). Si seguimos avanzando, veremos una sala cuadrada y sin ventanas, el ‘lugar santísimo’ (3:8), y, de permitírsenos acceder a su interior, encontraríamos los dos querubines, cada uno de ellos con una altura dos veces superior a la de un hombre (1 R. 6:23), situados el uno junto al otro y tocando con la punta de sus alas extendidas los costados de la sala de derecha a izquierda (3:10–13); en ese espacio libre, por debajo, es donde habría de colocarse el arca el día de la dedicación. Entre nosotros y el santuario interior estaría colgada la cortina, ricamente bordada, conocida como el ‘velo’ (3:14). Nos damos entonces media vuelta para abandonar el lugar, notando, según salimos, la presencia de dos columnas exentas a la entrada del templo, llamadas respectivamente Jaquín y Boaz (3:15–17).

Vayamos ahora fuera del templo, mirando hacia el patio. La instalación que destaca por encima de todas las demás es la del altar de bronce, estructura hecha de ese metal, en forma cuadrada de un tamaño increíble, tan ancho como el edificio del templo en sí y tal alto como los querubines del interior (4:1). La mitad de ancho y alto, y aun así tan sólo por detrás del altar en cuanto a su tamaño y magnificencia, está el enorme cuenco conocido como ‘el mar’, para uso de los sacerdotes en sus lavamientos de purificación, quedando situado en un lateral (4:2–5, 6b, 10). A cada uno de los lados del patio encontramos cinco pilas, más pequeñas, destinadas a la limpieza de los utensilios de los sacrificios (4:6). Si concentramos una vez más nuestra atención en el mobiliario del interior, vemos las filas de cinco mesas dispuestas a cada lado, en sentido longitudinal, junto con los correspondientes candelabros de peana (4:7, 8a). Como detalle adicional, pero no por ello menos digno de atención, estarían las enormes puertas recubiertas de bronce y los correspondientes cierres del recinto junto, en otro orden de cosas, a calderos, las palas y los tazones (4:9, 11).

Hasta aquí, pues, una primera visión del conjunto. Llegamos, por fin, el día de la dedicación, y con ello el privilegio de contemplar el enorme tesoro reunido para gloria y honra de la casa de Dios (5:1), dentro de un marco apropiado para esa asamblea convocada que habrá de sobrepasar en esplendor y fasto a cualquiera otro de los grandes acontecimientos reseñados por el Cronista. A pesar de no tener la certeza de que la gloria del Señor vaya a llenar el recinto, Salomón se dispone a seguir adelante con la ceremonia de dedicación para la que ha hecho venir a las gentes de todas partes y lugares (nótese el ‘todas’ de 5:2–4, 11, 12) – convencido como está que cada detalle y objeto de la dotación y los preparativos es digno de la causa y la ocasión.

c. Los esfuerzos de Salomón en profundidad

¿Qué hay detrás de tanto preparativo y esplendor? ¿Qué verdades internas quedan manifiestas en esos logros espectaculares de Salomón? ¿Qué viene a decirnos el templo acerca del hombre que lo proyectó y llevó a cabo? No se trata ahora, sin embargo, de intentar penetrar en los ámbitos de la tipología y el símbolo, o de plantearnos la verdad teológica que pudiera quedar representada tanto en sus partes como en el todo. El Nuevo Testamento nos plantea ese genuino y profundo significado como ‘copia y sombra del santuario celestial’. En realidad, eso ya había quedado implícito en el hecho

de que Moisés hiciera una réplica de lo contemplado en su encuentro con Dios en el monte Sinaí; que los rituales del tabernáculo y el templo fueran en sí simbólicos, y que, ‘si dispusiéramos de tiempo y mundo suficiente’, podríamos desarrollar en su justa y necesaria medida. Pero, ese no es el móvil que nos interesa ahora, sino una cuestión mucho más sencilla: ¿qué significado tenía todo eso como tarea acometida por su siervo para Dios?

Una de las primeras cosas que llama nuestra atención es el derroche de medios y riquezas constatable en el proyecto y su realización. ¡Piénsese tan sólo en la extraordinaria cantidad de materiales empleados! ¡Y todo, de la mejor calidad posible! El interior del santuario en su totalidad, junto con los muebles, enseres y dotación, estaba recubierto de oro – oro fino, oro puro, oro macizo – y las paredes incrustadas de gemas y piedras preciosas (3:6), siendo prácticamente imposible de contabilizar la cantidad de bronce empleada (4:18). El templo y su contenido eran no sólo llamativos por su aspecto y tamaño, sino, asimismo, costosos por la riqueza y abundancia de los materiales empleados en su realización. Salomón no había reparado en gastos para poder ver hecha realidad su fantasía, y si bien pudiera ser que no coincidiéramos en gusto estético con él, imposible negar, en cambio, la magnificencia del resultado final.

La multitud de detalles aquilatados al máximo nos indica su preocupación y deferencia por la perfección. El Cronista no necesita reproducir en toda su extensión la reseña de Samuel/Reyes (1 R. 6–7) para mostrar esa realidad, pero no puede resistirse a incluir un breve apunte sarcástico de cosecha propia: ¡hasta el peso de los clavos de oro era importante para Salomón! (3:9). En un personaje de menor categoría, esa minucia podrá parecer cicatería, pero en Salomón es consustancial a esa visión global que considera tan importantes las partes como el todo. Lo grande y lo pequeño, la abundancia y el peso tasado. ¡Un conjunto único de admirables proporciones!

No cabe duda de que el propio Salomón se encarga de todo, detalles menores incluidos. Su preocupación por cualquiera de las posibles facetas del proyecto es una de las características más notables del relato en su conjunto. Hiram-abí, como capataz y supervisor de los artesanos (¡ojo con confundirle con el rey de Tiro!), es el responsable de que se haga todo lo necesario, a excepción del templo como edificio (4:11–16). Sin embargo, ese ‘comenzó’, que se repite constante a lo largo de estos capítulos, no se refiere a él, sino al propio Salomón (3:1–2). Eso no supone contradicción alguna; albañil, capataz, maestro de obra, arquitecto y promotor habrán contribuido, cada uno a su manera, a la ‘construcción’ de tan singular edificio. Hecho que se resalta en justa proporción en cuanto a los artefactos fabricados en bronce, ‘realizados por Hiram-abí... para el Rey Salomón’, pero que, en otro cierto sentido, ‘Salomón comenzó’ (4:16–18). Lo que queda en claro de todo ello es justamente el nivel de compromiso y entrega al proyecto por parte de Salomón.

Si observamos por debajo de la superficie de las cosas, pero no con el afán de dar con el significado teológico del templo y su dotación, sino por lo que nos transmite respecto a su artífice, lo que vemos es un corazón entregado y devoto que busca por encima de todo servir a Dios con todas sus fuerzas y con todos los medios a su alcance. Así, nada más sólito que verle en la ceremonia de dedicación, al frente de toda la

congregación, entonando el equivalente de nuestro himno cristiano de exaltación y gozo:

Oh sí, Señor, sabemos que tú gran gozo sentiste
por cada gloriosa obra tuya;
así concebiste manos, oídos, y voces
que para alabanza tuya pusiste;
obra del artesano, música bien escandida
para placer tuyo norabuena
con gracia justa hiciste.

En tus atrios, grande Dios,
de tu provisión a ti ofrecemos,
y para aceptación tuya elevamos,
sin lisonjas,
mente, corazón, voz y ademán,
lo escogido, y es verdad,
en agradecido canto.

2. Una mente que discierne

Bendición en forma de sabiduría. Solicitada y concedida (1:7–13). Lo que transpira ahora es su aplicación por parte de Salomón a ese magno proyecto.

Suele decirse que el Cronista le tiene un afecto desmedido al templo. Pero esa alta consideración suya merece un análisis para entenderlo. Tal como ya hemos tenido ocasión de comprobar, le dedica a su construcción menos espacio que la fuente de origen. Los capítulos 3 y 4 son una versión propia de 1 Reyes 6 y 7 reducidos a menos de la mitad. Por otra parte, está más que dispuesto a dejar constancia de la profanación del templo a manos de Manasés (33:1–9), el saqueo sufrido por parte de Nabucodonosor (36:7, 18) y el incendio sufrido posteriormente (36:19), viéndolos todos ellos como sucesos trágicos, cierto, pero no como el fin del mundo. El Cronista deja constancia, entonces, de la propuesta de la construcción de otra casa para Dios tras el exilio, acontecimiento promovido por Ciro el Persa (36:23), que iba a ser bastante distinto de la primera. Dicho de otra forma, el Cronista no se siente atraído por el templo en sí. Lo que le atrae es su desarrollo dentro de una perspectiva histórica, comparándolo con lo que ha tenido lugar antes y lo que se estima habrá de suceder después. En este sentido, no cabe duda de que se identificaba con la línea de pensamiento de Salomón, y el registro de los acontecimientos nos ayuda a ver en qué consistían en concreto.

Los dos objetos más destacados del conjunto de edificios que integraban el templo nos proporcionan ejemplos de esa clase de consideración que tanto el Cronista como el rey tenían al respecto. Una muestra de ello es ese enorme altar de bronce de los sacrificios situado en el patio, justo antes de acceder al lugar santo; el otro es el arca,

relativamente poco impresionante en cuanto a su tamaño pero revistiendo una importancia mayor ya dentro de santuario interno sito más allá del lugar santo.

a. El altar

En lo que respecta al altar, el Cronista — y según se desprende del modo en que presenta su relato, igualmente Salomón — lo relaciona de forma explícita con el pasado. La narración se esfuerza al máximo por destacar que el templo de Salomón es la continuidad del tabernáculo de Moisés. No tenemos datos de qué se conservó en esos años intermedios. El arca, evidentemente, sí se había conservado. Y aunque Salomón no hace mención pormenorizada de ello, el proyecto que acababa de llevarse a efecto había tenido su origen en el deseo, por parte de David, de ‘construir una casa permanente para el arca del pacto del SEÑOR’ (1 Cr. 28:2). Lo cual viene a querer decir que el templo iba a ser el nuevo lugar de reposo del arca. Pero el altar también se había conservado, lo cual da origen a una experiencia doblemente singular. Ya sabemos que tanto ‘la tienda de reunión... que Moisés, siervo del SEÑOR, había hecho en el desierto’, y ‘el altar de bronce que Bezaleel, hijo de Uri, hijo de Hur, había hecho’ se habían conservado en Gabaón, y que había sido allí adonde Salomón había acudido para encontrarse con el Señor (1:3–6). Pero, aun teniendo en consideración la antigüedad histórica de esos objetos, estaba ya fuera de toda cuestión intentar prepararles acomodo reverente en el propio monte Moriah. Así, al igual que el templo es concebido para reemplazar al tabernáculo, el nuevo altar va a sustituir al viejo. Es más, es evidente que Salomón no se siente ni siquiera obligado a seguir observando las ordenanzas concretas de los primeros tiempos. La pieza original había sido de cinco codos de ancho, cuadrado, por tres codos de altura; y ahora el de Salomón iba a tener veinte codos de ancho, cuadrado, por diez de altura (4:1). Es, pues, evidente que no sólo jubila la vieja reliquia, sino que, además, ni siquiera se plantea sustituirla por una réplica exacta. Y, aun así, no hay indicio alguno que nos alerte de desaprobación por parte de Dios. La impresión que se tiene es que no hay nada de sacrosanto en un altar en particular o en las indicaciones específicas respecto a su forma y dimensiones. Resumiendo, el modelo que le fue mostrado a Moisés en el Sinaí no parece que fuera para un altar en particular, sino sencillamente para que hubiera *un* altar. La práctica de la verdadera religión requiere la existencia de un lugar para el sacrificio; ése es el principio, y el creyente de cualquier época tiene que entender lo que eso significa a título personal. Moisés disponía de un altar, Salomón tenía el suyo, el Cronista y sus coetáneos también tenían uno, y en estos días nuestros, regidos por el Nuevo Testamento, ‘tenemos un altar’ que es, de nuevo, diferente.

b. El arca

Con respecto al altar, el Cronista había vuelto la mirada al tabernáculo. En lo que respecta al arca, su mirada se centra en los tiempos que vive y en ese segundo templo. La cuestión es que encontramos ahí un hecho aún más sorprendente: si el altar original

había ido siendo sustituido sucesivamente por los nuevos, en algún momento tendría que haber desaparecido el original. Y, con independencia de lo que se quiera dar a entender en ese curioso aparte de 5:9b, que las barras para transportar el arca a su nuevo lugar de reposo ‘allí están hasta hoy’, en el templo conocido por el Cronista ya no había arca. Los constructores de ese segundo templo habían hecho cuanto estaba en su mano para reproducir en parte la ‘gloria del principio’,¹⁴ pero el esplendor y la magnificencia de la obra de Salomón estaba muy por encima de sus capacidades y, en consecuencia, no había, literalmente, corazón en ello. El sermón que tiene en mente el Cronista, claro está, se beneficia en alguna manera de esa desaparición del arca: así quedaba muy efectivamente subrayado su punto de vista, a saber, que, en un último análisis, el signo no era ni mucho menos tan importante como la cosa significada.

Ahora bien, dando por sentado que el arca fuera entendida de esa forma por el Cronista, que tenía a su favor los años transcurridos para mejor comprensión, ¿puede concluirse que Salomón lo entendiera igualmente así?

Creo sinceramente que sí. En primer lugar, porque la fama de Salomón radicaba primordialmente en su proverbial sabiduría (9:22–23), sabiduría que le había sido concedida por el Dios que trazaba planes celestiales. En segundo lugar, porque debió de llegar un momento en el que se dio cuenta de que no había razones intrínsecas por las que, si el altar de Moisés no era indispensable, sí lo fuera el arca. En tercer lugar, porque la noción de un lugar permanente de reposo para el arca había sido concebida por David y no por Salomón (1 Cr. 17:1; 28:2), y cuando Salomón hace explícita su concepción del templo y su significado, no hace mención alguna del arca (2:4).

Ciertamente, con respecto al altar, y casi con total seguridad respecto al arca, se evidencia el modo en que discierne la mente de Salomón. El templo iba a ser su primera y más significativa obra para gloria de Dios, y ahí es donde le vemos diferenciar entre lo que es importante y lo que no lo es tanto. Las similitudes entre su obra y la de su predecesor nos revelan lo que él consideraba obligatorio, y las diferencias indican lo que estimaba optativo. Tiene que amoldarse por fuerza a lo planeado por David y remontarse (1 Cr. 28:11ss.) hasta lo estipulado por Moisés en cuanto al contenido y disposición del santuario. Su localización en el monte Moriah (3:1) relaciona su significado esencial y la experiencia de Abrahán. Esas conexiones vienen a ser, pues, los cauces vitales por los que discurre la teología del Antiguo Testamento en bloque, haciendo asimismo de enlace con el Nuevo Testamento. Ahí tendríamos los principios internos. Sin embargo, en cuanto a las formas y tamaños, las cantidades y los materiales, Salomón apenas si se ciñe a la tradición; no, ciertamente, en lo relativo a las instrucciones recibidas a través de su padre en cuanto a lo adecuado y correcto para su tiempo, sino en lo relativo a las formas de culto que habían sido consideradas correctas en otros tiempos. Los principios cuentan, pero las formas no son normativas, excepto si sirven para resaltar los principios. La sabiduría, pues, para discernir entre ambas cuestiones es don codiciable.

3. El espíritu divino

Hay otra cuestión más, bastante diferente, que tal vez debamos ver en ese edificar Salomón la casa de Dios.

Estos personajes pertenecientes al Antiguo Testamento nos los encontramos a veces asociados a la noción de 'prototipo' de Cristo. A la vista de diversas similitudes con la persona de Jesús en el Nuevo Testamento, se piensa que puedan ser anticipo de su figura o que arrojen, por así decirlo, cierta luz sobre su persona. Tanto David como Salomón podrían ser vistos así, siendo David el más grande rey de Israel y Salomón el príncipe de la paz por excelencia.¹⁸ Pero la tipología es disciplina erizada de peligros, y debemos mostrarnos cautelosos al respecto. Lo que sí puede decirse con un grado aceptable de plausibilidad es lo que pasamos a exponer a continuación.

a. Los tiempos gloriosos

El período correspondiente a estos capítulos podría ser considerado como el de los tiempos gloriosos de Israel. En cada momento de la historia de su pueblo, Dios tenía un plan dispuesto para ellos en el marco concreto de su existencia. En el siglo X a. C., era que pasasen a constituir una entidad política, esto es, que se convirtieran en una nación. Como tal nación, Dios había dispuesto gobierno para ellos de una forma un tanto particular, e Israel había entrado así en un dilatado período de varios siglos bajo una monarquía de signo oriental. El reino davídico había sido el plan escogido por Dios para ese tiempo y circunstancia y, por ser algo nuevo y específico concebido por él, era un ideal para ser mantenido por David y sus sucesores.

Desde un cierto punto de vista, Salomón es el primero en esa sucesión. Pero quizás sea más importante verle como parte incluso de ese ideal. Precisamente, en relación al tema que centra esta sección, a saber, la edificación de la casa de Dios, David había pasado a darse cuenta de que su propio reinado, caracterizado por la lucha y las guerras, no podía por sí mismo ser la base y fundamento de los siglos venideros de monarquía israelita; esa era, pues, la razón de que el templo tuviera que edificarse, como genuino punto focal de la fe del pueblo de Israel, y para eso hacía falta un período de verdadero asentamiento. Iba a ser entonces el reinado de su hijo el que proporcionara ese lapso de paz y prosperidad: la espada de David se había enarbolado para el inicio, ahora había llegado el momento de la consolidación con el cetro de Salomón.

Si bien es cierto que Salomón no era ningún superhéroe, sí que era sin embargo ejemplar en su obediente disposición al servicio de Dios, e incluso algo más que meramente ejemplar. Salomón había venido a ser él mismo parte consustancial a los 'días gloriosos'. Tanto él como David debían ser vistos, pues, como un ideal bipartito, una suerte de personificación de principios básicos. Así, la visión conjunta del período de ambos monarcas y su gestión en el trono pasa a ser entendida por el Cronista desde su propia perspectiva de la historia, a saber, la perfecta conjunción y realización de unos principios fundamentales aplicados a la realidad de la existencia, y precisamente por ello no puede sorprendernos que pase por alto sus errores y pecados y su muy

humana debilidad. Para él, por así decirlo, nunca iban a perder su aureola de prestigio. Es, pues, casi algo accidental que tengamos algún vislumbre de lo que alentaba en el corazón y en la mente de Salomón como creyente de a pie y siervo como los demás. Esa clase de sermón exhortativo va a cuadrarles mucho mejor a sus futuros sucesores que a la realidad de su propia historia.

b. Los tiempos sin lustre

A medida que el tiempo iba pasando, la aspiración al ideal iba disminuyendo. Ahora lejanos e inalcanzables, y ya prácticamente memoria perdida de un pasado caduco, así era cómo se percibían esos dos reinados de los tiempos gloriosos de la vida nacional. Tanto para el Cronista como para sus lectores, ni siquiera la monarquía como tal era ya algo real y efectivo. Los días sin lustre eran la única realidad. Pero eso no le iba a impedir al Cronista seguir adelante con su exhortación: el reinado de David continuaba siendo modelo del amor que Dios tenía a su pueblo, de cómo iban a volverse a el Señor en arrepentimiento, en fe, y en adoración, de cómo iban a imperar la justicia y la misericordia, y de cómo los principios iban ser aplicados a la realidad de la existencia. Con un texto que basaba su esencia en un mundo tan remoto, el Cronista tenía que tomarse aún más en serio su tarea última como predicador, esto es, su aplicación. Y así fue como lo hizo, insistiendo en que, a pesar de las apariencias en contra, los días gloriosos del pasado seguían teniendo lecciones que ofrecer para un mundo cambiante. Con todo, el significado profundo de la monarquía de los tiempos de David y Salomón, en esos tiempos sin lustre tras la vuelta del exilio, no era fácil de entender y menos aún de aplicar. De tener aplicación, habría de buscarse alrededor de ese vacío en forma de corona para su uso en una vida renovada y santificada.

Pero aunque los contemporáneos del Cronista no iban a ser testigos de ello, lo cierto es que se perfilaba ya en el horizonte el advenimiento de una nueva era, la de nuestro propio Nuevo Testamento; 'porque Dios había provisto algo mejor para nosotros, a fin de que ellos no fueran hechos perfectos sin nosotros'. Nuestros tiempos iban a ser, pues, los últimos.

c. Los últimos tiempos

Cuando vayan a ser una realidad, sucederá que Dios, como siempre, tiene un plan previsto para su pueblo; plan que se ajusta y encaja en ese molde previo de una monarquía electa. Y es privilegio nuestro que eso sea ya realidad gloriosa. 'Hay [ahora] otro rey, Jesús', 'que nació de la descendencia de David según la carne, y fue declarado Hijo de Dios con poder, conforme al Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos'.²¹ Nótese ahí, una vez más, que el ideal ha tomado forma humana. El estudio de las tipologías es una aproximación a la Biblia que puede incurrir fácilmente en abusos. Pero, en cambio, nada puede haber más bíblico que tomar la monarquía davídica como prototipo del gobierno de Cristo. La una es anticipo y modelo de lo otro, y cada ejemplo en sí demuestra, a su nivel, de qué maneras la vida del pueblo de Dios

puede ser reglamentada y gobernada. Con la venida de Cristo al mundo, 'el reino de Dios se ha acercado', entendido, pues, como 'el reino de nuestro padre David que viene'. Lo cual viene a querer decir que el primero de esos reinos es tipología y anticipo del segundo, cada uno de ellos evidenciando, a su nivel, el modo en el que el pueblo de Dios habrá de ser gobernado, siendo en consecuencia el primer rey anticipo y prototipo del segundo.

¿Se puede, entonces, decir que David es prototipo de Cristo, al igual que lo son, de distinta manera, Adán, Melquisedec y Moisés? Evidentemente, sí. Pero, lo cierto es que el modelo de realeza divina tan sólo se realizó en parte en la persona de David. Su figura era la del guerrero, que lucha contra los enemigos de su pueblo y los vence en batalla. Ahora bien, la edificación de un templo no es cosa de un hombre de guerra. Esa es tarea propia de un tiempo y de un hombre de paz: de su hijo Salomón, el hombre de la paz y la prosperidad (1 Cr. 22:8–9).

Tal como tuvimos ocasión de comprobar cuando el Cronista introdujo por vez primera estos dos trasfondos en el cuadro general, la diferencia entre ambos no constituye juicio moral, sino la afirmación de lo apropiado de los hechos. Pero eso no es todo. Todavía hay algo más que añadir, pues, si nos concedemos a nosotros mismos el permiso de pensar en términos de esquemas y modelos recurrentes, y en tipologías derivadas de las Escrituras, lo que ahí vemos no es únicamente lo que tuvo que ser en aquel tiempo, sino, asimismo, lo que habría de ser más adelante. Es, pues, en medio de esos dos reinados sucesivos donde se reflejan, como en un 'espejo con la pátina del pasado', los sucesos que habrían de tener lugar diez siglos más tarde. Y me cuesta trabajo no pensar que la coincidencia es intencionada, y que ambas secuencias se complementan entre sí. El espejo del Antiguo Testamento refleja la imagen múltiple de los enemigos derrotados, y la figura de David llevando a cabo su tarea, seguido de Salomón, que da inicio a un reinado de paz, asumiendo asimismo el cometido que le corresponde. ¿Qué decir, entonces, del modelo 'original'? Un 'David' cuya tarea va a consistir en ganar esa más gloriosa victoria que trae libertad y seguridad para el pueblo de Dios, en conjunción con un 'Salomón' que asume como propia la edificación de un grandioso templo imperecedero que no es otro que el integrado por el pueblo de Dios.

Si en esos dos gobernantes sucesivos del Israel del Antiguo Testamento, esto es, David y Salomón, es apropiado ver la figuración de dos Paráclitos del Israel del Nuevo Testamento, esto es, el Hijo de Dios y el Espíritu de Dios, entonces Salomón es para nosotros, bastante más que un ejemplo, de un corazón devoto y una mente con discernimiento. Es emblemático, asimismo, de la actividad del Espíritu, y esa actividad es la que podemos ver tipificada en la edificación del templo. Es el Espíritu el que se encarga de elegir, dar forma y acoplar en los lugares debidos todas y cada una de las piedras de la estructura final. Es, además, el encargado de la manufactura y destino de cada copa y cada tazón. El que se ocupa del tallado y pulido de las gemas. Piedras preciosas, copas, utensilios varios; auténticas metáforas sobre el pueblo de Dios y las tareas que llevan a cabo para servicio y gloria de su Dios. Todas esas tareas, abarcadas en todos sus pormenores y asumidas con amorosa dedicación, sin errar el blanco, son obra suya, y él se encargará de realizarla en toda su plenitud. David había ganado la

batalla, haciendo de la paz algo factible. Y ahora Salomón puede dedicar toda su atención a la realización final de esa tarea hasta ese momento en el que, según palabras del primero y del último de los versículos de 2 Crónicas 5, toda la obra que hizo para la casa del SEÑOR fue terminada, y la gloria del SEÑOR llenaba la casa de Dios.

La oración de la dedicación

2 Crónicas 6–7

¿Exactamente, dónde está el Dios en cuyo honor ha sido construido el templo?

¿Está Dios en todas partes?, pregunta el niño.

‘Sí, hijo’, responde el incauto maestro.

¿Está entonces en mi tintero? (La historia data de los tiempos en los que se usaba pluma y plumilla para hacer la tarea escolar, teniendo los pupitres el hueco correspondiente para el tarro de tinta.)

Titubeo por parte del maestro: ‘Pues, sí.’

El niño se apresura a poner el tapón de su tintero, y proclama triunfante: ‘Pues, ¡ahora, está ahí encerrado!’

Bien, la impresión que se tiene es que las palabras de Salomón en la inauguración del templo son reflejo de idéntico convencimiento. Y tratar de explicar, tanto en la anécdota como en el relato, de qué manera lo está y no lo está, es tarea ardua. El templo estaba concebido como ‘morada [de Dios] para siempre’ (6:2), y si tratamos, además, de establecer una relación apropiada con el versículo anterior, donde Dios mismo declara que ‘moraría en la densa nube’, puede que no fuera inapropiado – quizás, incluso la respuesta realmente idónea en este caso – señalar como muy válida esa sala sin huecos ni ventanas, ubicada en el corazón mismo del templo. En el lugar Santísimo, sobre todo cuando está ‘lleno de su nube’ (5:13), Salomón, al igual que Moisés, se aproximaba a una representación física de la profunda verdad espiritual que les había sido manifiesta. Salomón, sin embargo, es totalmente consciente de la ambigüedad de esa oscuridad donde Dios mora. Y si bien, en la introducción a la ceremonia, se refiere al templo como casa de Dios, la oración que sigue afirma en nada menos que ocho ocasiones que Dios habita en los cielos (6:21, 23, 25, 27, 30, 33, 35, 39).

Pero, aun así, en un cierto sentido, muy real y verdadero, aunque secundario, Dios sí que está ‘dentro del tintero’. ‘Te he edificado una casa majestuosa, un lugar donde mores para siempre’ (6:2). Esa atrevida declaración: ‘aquí es donde Él está’, necesita, en cierto modo, enraizarse en la realidad terrena, y ello si en verdad ha de experimentarse humanamente de forma real. Una forma de hacerlo, pues, es justamente proponerlo,

tal como hemos realizado, en términos del arca y del altar. Y ambas verdades están justamente en esa ceremonia de dedicación. El santuario viene a ser a la vez lugar donde Salomón ‘deposita el arca’, en la cual se halla el pacto del SEÑOR que hizo con el pueblo de Israel’ (6:11), y la ‘casa del sacrificio’, donde, como razón expresa de la ceremonia, ‘se dedica el altar’ (7:12, 9).

Pero hay, además, otra forma posible de explicar en términos prácticos que ‘ésta es la casa donde Dios puede ser hallado’. Las palabras ‘los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener’, que encontramos al principio de la oración de Salomón (6:18), son eco de su mensaje a Hiram con anterioridad, añadiendo en esa ocasión: ‘¿Quién soy yo para que le edifique una casa, aunque sólo sea para quemar incienso delante de Él?’ (2:6). El incienso es considerado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento como símbolo de oración, y ‘la casa de oración’ pasaría a ser descripción clásica del templo.³ Así, pues, lo que aquí tenemos es la parte de la ceremonia dedicada a la oración que los anales recogen con mayor detalle. Pensar en el templo como lugar específico para el arca y el altar, el lugar donde la gracia se acerca al ser humano y la fe responde a su presencia, es empezar a entender el ‘cómo’ del encuentro entre Dios y el hombre; captar, por así decirlo, el ‘qué’ de ese encuentro, que es, resumido en una palabra, genuina ‘comunicación’. Pero, ciertamente, no comunicación en una sola dirección; y de ahí que, en estos capítulos en concreto, ese hablar de Salomón a Dios va seguido de un hablar a Salomón por parte de Dios.

Las primeras palabras del rey, sin embargo, van dirigidas al numeroso público allí reunido. Y son a un tiempo introducción a la extensa oración que sigue y un comentario sobre lo que ha tenido lugar ya en 5:2–14. Y en esos hechos percibimos algo más de él mismo, en relación a tan egregio momento, como aquel al que corresponde guiar al pueblo en oración.

1. El que ora (6:3–11)

En primer lugar, y por encima de todo, él es Salomón el pastor. Antes de que la ceremonia empezara, ya era evidente que iba a tratarse de un acontecimiento único a escala nacional. Las asambleas de David 1 Crónicas 23 y 28 también lo habían sido, aunque sin ese carácter especial. Salomón no había convocado esa asamblea con un propósito mundano, sino para un encuentro con Dios, y su intención era no sólo bendecir al Señor (6:4), sino bendecir también al pueblo (6:3). Para un caudillo tan preocupado como él por el bienestar de su gente, la metáfora bíblica recurrente del pastor es la que mejor da esa imagen. Al hablarle a David, Dios ya había aludido a ‘los jueces de Israel, a quienes mandé apacentar a mi pueblo’ (1 Cr. 17:6), añadiendo, acto seguido, ‘Yo te tomé del pastizal, de seguir las ovejas, para que fueras un príncipe sobre mi pueblo Israel’ (1 Cr. 17:7). El paralelismo con los Salmos explica las connotaciones: ‘Escogió también a David su siervo, lo tomó de entre los apriscos de las ovejas; lo trajo de cuidar las ovejas con sus corderitos, para pastorear a Jacob, su pueblo, y a Israel, su heredad’. El ideal del pastor será un hecho constante para los sucesores de David, siendo nosotros testigos de sus esfuerzos tanto a favor como en contra de esa

alternativa. Lo que aquí tenemos, pues, es un primer ejemplo de una entraña pastoral manifiesta en cada uno de las estrofas de esa magna oración que, como primera muestra de ello, es un muy apto resumen de su esencia: 'el rey se volvió y bendijo a toda la asamblea de Israel' (6:3).

Cuidado pastoral, tal como tendremos ocasión de comprobar, que lo era por delegación. Tan sólo dos salmos después de éste, no David sino el Señor mismo es citado como 'Pastor de Israel'. Es él quien, mediante sus virreyes, está ocupándose de su pueblo. En ello reside su mensaje de confianza para los lectores del Cronista: aunque fue quizás en el período de la monarquía cuando ese cuidado pastoral de Dios tuvo mayor relieve, ya era un hecho incontestable antes de que los reyes existieran, y continuó siendo una realidad cuando los reyes dejaron de ser. Cada generación del pueblo de Dios iba a poder cantar no sólo 'El SEÑOR es mi pastor',⁷ sino que, asimismo, comprobarían, en la práctica, que él levantaría una continuada sucesión de pastores por delegación que cuidarían de ellos.

En 2 Crónicas 6 y 7, Salomón viene a ser efectivamente representante destacado dentro de esa línea sucesoria de pastoreo, siendo asimismo, y en virtud de idéntico proceso, Salomón el intercesor. El resto del capítulo 6 lo pone claramente de manifiesto. Lo denominamos la 'oración de Salomón en la dedicación del templo', aunque, sin embargo, hay más de una posible forma de oración, y lo que aquí tenemos es un caso claro y pertinente de oración de intercesión, lo cual también está presente en embrión en esas palabras suyas del inicio. El hecho de que 'bendiga' al pueblo supone no sólo que se ocupe de su bienestar con cuidado pastoral, sino que, a pesar de todas las cualidades que le distinguen como líder, es el poder de Dios lo que él convoca para beneficio del pueblo. Poca duda puede haber de que él mismo es la respuesta a su propia oración, pero, tras haber asumido en primera instancia las necesidades del pueblo en oración ante Dios, esa petición suya de 1:10 de sabiduría ('¿quién podrá gobernar este pueblo tuyo tan grande?'), no se sirve de ese don recibido, sino que, una vez más aquí – y, podemos pensar con cierta razón, con mayor frecuencia en los días venideros – lo que solicita es que *Dios* les bendiga.

Pero eso no es todo. Salomón también es teólogo. Pero no con las formas impositivas del academicismo, sino como cualquier ser humano deviene teólogo en la práctica común de la oración: toda persona espiritual ha de tener alguna noción relativa a Dios y sus modos de actuar. Salomón manifiesta ahí de forma explícita su comprensión de lo que Dios se ha ocupado de convertir en realidad en el establecimiento del reino, y de sí mismo como su gobernante provisional. Salomón es consciente de ese 'pacto del SEÑOR que hizo con el pueblo de Israel' (6:11). Entiende, además, el éxodo desde Egipto como punto inicial en la puesta en práctica de ese pacto en su forma presente (6:5), si bien lo cierto es que ese éxodo va a ser, a partir de ahora, menos citado puesto que el pacto renovado en virtud de la monarquía pasa a ocupar un primer plano. Entiende igualmente las verdades cardinales relativas a Dios expresadas en esas metáforas tan vívidas de 'la boca' y 'la mano', la boca que promete y la mano que realiza (6:4). Y es también consciente de 'la teología del Ahora', poniendo en relación todas esas cosas con la experiencia presente del pueblo de Dios. Eso lo capta y

lo asimila en la medida en que Dios se lo posibilita, pasando entonces a hacérselo igual de presente al pueblo.

Todo ello le lleva a convertirse, para maravillada constatación nuestra, en todo un prototipo. En lo que ha sido observado y dicho hasta aquí, Salomón es ejemplo para todos nosotros del hombre que asume sus iniciativas en oración para beneficio de sus semejantes. Pero no sólo eso. Salomón es aún más que eso en cuanto que sus palabras son indicativas de algo más profundo. Así, el pueblo de Dios va a ser constituido como un reino político, que manifestará en términos humanos el reino eterno de Dios. La primitiva monarquía hebrea es una encarnación de esa realidad espiritual. Sus dos primeros reinados (y excluimos aquí el reinado de Saúl) son las dos mitades complementarias del modelo básico esencial. En cada caso correspondiente, Dios habla y después actúa para llevar a efecto ese doble prototipo. Cuando David el guerrero conquista Jerusalén, ocurre efectivamente que ‘el SEÑOR ha cumplido cuanto habló’ (6:4), y cuando Salomón el pacificador corona con éxito la construcción del templo, se hace realidad ‘lo prometido por el SEÑOR’ (6:10).

Si la analogía propuesta anteriormente es acertada, y Salomón, ‘elegido para ocupar el lugar de David’, prefigura de forma adecuada a aquel que, como último y definitivo representante en la línea sucesoria de David, viene a ser ‘Consejero idóneo’¹⁰ para guiar a su pueblo tras su marcha, entonces ver a Salomón como el que ora es toda una experiencia iluminadora. ‘También el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; porque no sabemos orar como debiéramos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles... conforme a la voluntad de Dios’, lo cual nos aboca a considerar más en serio aún la oración que sigue, y ello por ser oración hecha por aquel que, con la sabiduría del propio Dios, sabe lo que verdaderamente es la intercesión.

2. La puesta en práctica de la oración (6:12–21)

El estrado preparado para la ocasión (6:13) no aparece mencionado en Samuel/Reyes; el Cronista lo tomó de una fuente distinta y sirve para visualizar la figura de Salomón en posición de ventaja, con lo cual podía ser visto por la congregación en pleno. Sin embargo, el que en verdad es elevado en ese capítulo, particularmente en este párrafo en concreto, es el propio Dios. Así, la forma que tiene Salomón de poner en práctica la oración es, en primer lugar, exaltar al Señor, Dios de Israel.

Dios es el primero (6:14–15), el único, el que mantiene la palabra dada en el pacto, amoroso con su pueblo, el que habla con su boca y actúa con su mano: él es quien merece la preeminencia. El modo como se enfoca la intercesión se hace evidente en esa forma tradicional de oración que, en el mundo anglosajón, se conoce como ‘la meditación’, un paso previo a las peticiones a Dios con el fin de reflexionar antes sobre el excelso carácter de su persona. ‘Dios Todopoderoso, tú, que conoces todos los corazones y sabes nuestros deseos, pues nada hay oculto para ti...’ ‘Señor, autor de nuestra paz y mediador en la concordia...’ ‘Dios nuestro, fuente de todo buen deseo, de todo juicio recto y de toda obra justa’ La fe en la persona y en lo que haya de ser llevado a efecto, por sencilla y poco elaborada que sea, debe preceder cualquier posible

petición. 'Porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe, y que es remunerador de los que le buscan.'¹³ Ahí es donde verdaderamente daría comienzo la oración.

En segundo lugar, Dios es santo (6:16–17). La promesa hecha a David, 'Nunca faltará quien ocupe el trono de Israel,' va seguida ahora de una condición: 'si vuestros hijos andan... en mi ley'. Esa primera promesa se le hizo a David sin condicionamientos (1 Cr. 17:11–14). No podemos detenernos ahora en los pormenores de las posibles relaciones entre las promesas condicionales y las incondicionales por parte de Dios, a no ser para resaltar cuál es la realidad de la monarquía israelita: en un cierto nivel, la desobediencia hace que la monarquía llegue a su fin, pero en otro posible nivel, no puede afectar en absoluto la continuidad del verdadero reino; una vez más, pues, la cuestión de lo que es en verdad y lo que no lo es. El punto de interés a resaltar ahí, sin embargo, es que, en el momento que Salomón acepta esa condición, esforzándose por andar en la ley de Dios como lo había hecho su padre, está reconociendo de forma implícita que el Dios que promete la bendición es un Dios que demanda rectitud a sus siervos, y ello por ser el recto y justo. La bendición definitiva puede pasar a ser algo nuestro de forma incondicional, pero toda una serie de bendiciones que se irán sucediendo en nuestro diario caminar dependerá de que prestemos, o no, la debida atención a ese camino, intentando buscar la santidad a imitación de esa santidad suya.

Así, pues, Dios es trascendente: 'He aquí, los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener, cuanto menos esta casa que yo he edificado' (6:18). Era pura locura, pues, imaginar que incluso 'este templo en su gloria primera' pudiera contener a Dios, y cuánto más ridículo no sería entonces pretender reducirlo a nuestros 'templos' posteriores de mucha menor importancia y relumbré. Tomando prestado el muy conocido título de J. B. Phillips, corremos siempre el peligro de hacer de nuestro Dios algo demasiado pequeño. Pero no debería ser así. Cuanto mayor sea nuestra percepción de su grandeza, más abundante será lo que demandemos en intercesión, y mayores bendiciones serán también las que esperemos en él.

Pero el Dios que está muy por encima de nuestra imaginación es, asimismo, en el mejor sentido de la palabra, un Dios condescendiente (6:19–21). Dada nuestra condición humana, solemos tener una actitud ambivalente, tal como queda bien reflejado en ese 'no obstante' de incertidumbre del inicio de 6:19. La ciencia nos revela a diario la existencia de cosas cada vez más grandes y otras cada vez más diminutas, pero sigue ocurriendo que nos cuesta creer que Dios se interese en igual medida por todas ellas y a un mismo tiempo, y solemos dar por sentado que, naturalmente, va a preferir lo grande a lo pequeño. 'Criaturas circunscritas a un brevísimo período de la historia — ¿qué son 5.000 años en un cómputo millonario del tiempo? — localizadas en un modesto rincón de una única galaxia, ¿cómo es que nos atrevemos a presumir que un semejante nuestro sea Hijo del único y preexistente Dios del Universo? Esa es, ciertamente, una aspiración que siempre me ha parecido evidenciar una falta total de humildad por parte de una religión que hace precisamente de la humildad una virtud primordial.' Frente a esa actitud tan limitada, argumentamos no que '*aunque* los cielos no puedan contenerte, tú nos oyes *pese a todo*', sino, muy al contrario, que '*por ser* tú

Dios tan grande, *no dejes de oírnos.* Salomón espera que los ojos de ese Dios tan grande estén abiertos y vigilantes día y noche, dispuesto además a escuchar con oído atento todas y cada una de las oraciones, sean las del propio Salomón sean las del pueblo de Israel.

El peligro obvio, en nuestro contarle cosas a Dios en oración, es que incurramos, quizás inadvertidamente, en la insensatez de asumir que necesita ser informado de las cosas. Por el contrario, cuando lo que le comunicamos no es sino recordatorio para nosotros mismos, y genuina expresión de cómo le vemos a él; no es sólo lo adecuado, sino asimismo la forma correcta de enfocar nuestras peticiones en oración.

3. El modelo de la oración (6:22–42)

Modelo, se entiende, para la oración intercesora. Es evidente, por otra parte, cómo ignorarlo, que hay bastante más que decir y puntualizar acerca de la oración, pero en estos versículos en concreto, Salomón está intercediendo por su pueblo, y es mucho lo que podemos aprender de él a ese respecto.

La fórmula que se repite en siete ocasiones a lo largo de la oración es ‘Si sucediera esto o lo otro, y tu pueblo se vuelve a ti en oración, escucha tú desde el lugar de tu morada, desde los cielos; escucha y perdona.’ La noción implícita es un tanto insólita en cuanto que no es simplemente una oración para ser respondida, sino una oración para que esa otra oración sea respondida. La consideración de otras características comunes a todo acto de intercesión, sin embargo, da mayores resultados.

Algo que, de puro obvio, puede ser pasado por alto es que se trata justamente de intercesiones, no de peticiones, y ello en cuanto que diferenciamos entre ‘oración a favor de otros’ y ‘oraciones por uno mismo’. Ya había habido ocasión de hacer expresas sus propias peticiones en ese capítulo 1. La debida relación entre Dios y él es en ese momento algo que se asume sin más. Su gran preocupación ahora es el pueblo. Con entraña de pastor, el celo de su pueblo le consume.

Como un verdadero pastor, pues, su interés abarca la totalidad de las necesidades de su gente. Su intercesión a favor de ellos cubre todo posible campo, y su imaginación no va a la zaga de cualquier posible cosa imaginable. De hecho, su visión se extiende incluso más allá del nativo, solicitando bendición para el extranjero que mora ahí y que ‘busca’ igualmente a Dios. Salomón dirige la mirada hacia el futuro, y lo que ve tiene tanto de bueno como de malo. Aun así, no duda en ponerlo todo delante del Señor en genuina y convencida actitud de oración intercesora. Tal como el Cronista se ha esforzado por reflejar, lo que nosotros encontramos ahora es palabras dirigidas a lo que él vislumbraba en el horizonte. Y es entonces el caso que la mayor parte de esas palabras de Salomón, ya que no todas, fueron de hecho pasando a ser realidad en los siglos que siguieron. Y ahí es donde radicaría la importancia y las repercusiones de la oración intercesora de Salomón: que sus peticiones habían sido escuchadas.

Igualmente implícita estaría la naturaleza corporativa de las peticiones del rey. No se trata, pues, tan sólo de que su atención se centre deliberadamente en las

necesidades de los demás, quedando relegadas las suyas. La conclusión a la que llegamos es que se centra menos en las necesidades *individuales* que en su situación general como pueblo, incluyéndose ahí las relaciones sociales y nacionales. Nada de todo ello es visto de forma aislada. Incluso los casos en singular, ‘un hombre’ y ‘un extranjero’ (6:22, 32), dan paso enseguida al plural colectivo.

En relación con todas estas características esbozadas – intercesión a favor de otros en muy distintas situaciones, por otros en cuanto a su mutua relación –, está el hecho aglutinante de que se trata precisamente de algo que se realiza para beneficio del ‘pueblo [de] Israel’. La oración como tal acepta la posibilidad de que Israel pueda llegar un día a significar pueblo pero no territorio (6:36). El Cronista ha sido testigo de cómo llegaba ese día, y sabe bien que Israel ya no es pueblo y territorio conjuntamente. Ahora, ¿siguen, pese a ello, teniendo validez esas intercesiones? El mensaje de Crónicas es que, bajo una serie de formas distintas, el pueblo de Dios va a estar indivisiblemente unido a lo largo de los siglos. Siempre habrá ‘una Iglesia, una fe, un Señor’; y el Israel de Dios (expresión paulina, que a buen seguro, habría contado con la aprobación del Cronista) siempre hallará el medio de encontrar equivalentes apropiados en relación a esa situación concreta que colma el corazón de Salomón y es el objeto concreto de esa muy vívida y sentida oración de intercesión suya.

Dos son las cosas que ocurren a medida que los años van transcurriendo y esa oración de dedicación de Salomón pasa a ser texto preceptivo para los sermones. Una de ellas es que las meras posibilidades han devenido auténticas realidades; lo hipotético ha pasado a ser realidad. Así, llega el día en el que el intercesor, al orar, no lo hace por ‘si esta o aquella cosa sucede...’, sino ‘dado que esta y aquella otra cosa han tenido lugar...’ Y eso es justamente lo que viene a ocurrir en los tiempos del exilio, y en el mundo del propio Cronista tras ese período de destierro. El espíritu de la oración intercesora de Salomón va a pasar a adoptar ahora una nueva realidad en las grandes intercesiones de Nehemías y Daniel.¹⁸

El otro gran avance es que las realidades adoptan ahora formas nuevas, y ello a causa de ese transformarse Israel en la iglesia mundial de Cristo. El llamamiento a la rectitud en el trato en el seno del pueblo de Dios pasa a adquirir una nueva dimensión. Las derrotas, el hambre y las sequías pueden entenderse (también en oración intercesora) desde una nueva perspectiva. Algo también nuevo es lo que transpira ese extranjero que ‘viene de un país lejano por razón de tu fama’, y los guerreros que ‘salen al campo de batalla’ en defensa y al amparo de tu nombre’, y los combatientes que ‘se aprestan a la lucha’ por idéntica deferencia a ese nombre; por todo eso, aprendemos asimismo a interceder. Y siempre constituirá parte de esa ‘fe única’ de la iglesia de Dios que el pecado aboca a la cautividad, mientras que el arrepentimiento lleva a la restauración. Todo ello viene a quedar, pues, dentro de la esfera de interés del intercesor que inclina su cabeza donde Salomón la inclinó: en la casa de oración.

4. La reivindicación de la oración (7:1–22)

La ceremonia no constituye ejercicio religioso como tal. La oración adquiere ahí una

dimensión prioritaria en el conjunto, siendo como es, además, oración intercesora. Es evidente, pues, que los fieles no habrán cumplido con la parte que les corresponde en virtud de una actuación en meros términos humanos. Mucha de la actividad de iglesia (suele argumentarse con un punto de cinismo) seguiría adelante como si nada hubiera pasado aun en el caso de que el mismísimo Espíritu Santo se hubiera ausentado de ella, o incluso si Dios estuviera muerto. Pero la clase de ceremonia que ahí se describe carecerá por completo de sentido a menos que Dios esté ahí tan presente como los están los participantes. La asamblea de Israel no es institución para meros actos oficiales, o para entonar salmodias colectivas, o intercambiar impresiones, o danzar en compañía de los demás. La asamblea es la ocasión para plantear interrogantes que esperan una respuesta. ¿Qué destino aguarda a la fe?

Dios ha estado en verdad presente, ha prestado atención a sus requerimientos y ha dado respuesta en dos ocasiones: una de forma inmediata y otra posterior en el tiempo. Momento y ocasión para que descendiera ‘fuego desde el cielo y consumió el holocausto y los sacrificios, y la gloria del SEÑOR llenó la casa’ (7:1).

La gloria ya la mencionamos en su momento (5:14); la respuesta a la oración ha sido ese fuego que baja del cielo. Dios había contestado ya de forma tan espectacular en otros momentos de la historia de su pueblo, allí donde Moisés erigió por vez primera un altar en el desierto, y en aquella otra ocasión en la que David erigió otro en ese mismo lugar donde ahora se hallan, siendo entonces tan sólo la era de Ornán el jebuseo (1 Cr. 21:26). Y aún habría de tener lugar en otra ocasión más, en un tiempo de decisiones cruciales para Israel, en el altar de Elías en el monte Carmelo (1 R. 18:38). Hablar del fuego del cielo como respuesta ‘subjetiva’ a la oración quizás no sea muy preciso; el fuego era muy real y las ofrendas fueron consumidas. Pero era precisamente subjetivo en cuanto que habían estado ahí presentes los sentidos y las emociones. El hecho había sido de una inmediatez absoluta, y la imaginación queda prendida, persistiendo indeleble en la memoria. Nosotros también podemos percibir ahora el grito sofocado de la asamblea ante la magnitud de lo que veía, ‘fuego que descendía y la gloria del SEÑOR sobre la casa’ (7:3). Dado, pues, que el Señor le había dado al hombre esa capacidad de percepción, y a la vista del uso que hace de ello Dios mismo, haríamos mal en restarle importancia a la respuesta emocional. Pero se ha destacar asimismo, que absolutamente *todos* vieron ese fuego y la gloria, inclinando entonces su rostro a tierra en adoración, viniendo así a quedar soslayada la trampa del emocionalismo fácil a título personal – no he sido yo sólo el que ha disfrutado de esa visión, tú también lo viste. Un aspecto más que quedaría por resaltar es que Dios apoyó su propia intervención con otra posterior, de índole distinta: ‘Y el SEÑOR se apareció a Salomón de noche, y le dijo...’ (7:12).

‘Objetiva’ puede que no sea el adjetivo adecuado para expresar la profunda realidad del hecho (puesto que es un sueño), y ‘subjetiva’ tal vez no sea lo ideal para esa respuesta previa (dado que el fuego era real). Pero el sueño había ocurrido acompañado de palabras, y las palabras no habían dejado de existir de la misma forma que el fuego. Podría incluso decirse que 7:14, otro texto bien conocido que debemos a la pluma del Cronista, se ha hecho en ocasiones pervivir de una forma que no era la

pretendida en origen; no hay nación moderna alguna, por mucho que necesite arrepentirse, a la que Dios vaya a dirigirse como 'pueblo mío que es conocido por mi nombre'. Pero los principios perviven, y se trata de dilucidar en cada época correspondiente qué es lo que en realidad se quiere decir por pueblo de Dios sometido a prueba o sanado, según el caso.

El punto principal del argumento, en ese contexto, es que la respuesta de Dios ante la intercesión de Salomón ha adoptado la forma de palabras que apelan a la mente y de fuego que enardece el alma. Y aun siendo mucho más breve que la intercesión de Salomón, la segunda respuesta sigue la misma línea de pensamiento muy de cerca. La petición con la que Salomón inaugura y clausura, solicitando que los ojos de Dios 'estén abiertos' y sus 'oídos atentos a la oración elevada en este lugar' (6:20, 40), tiene su réplica, prácticamente palabra por palabra en 7:15. Y, a excepción de ese hacerse hincapié en ciertos puntos clave, la secuencia general se mantiene inalterable. Los problemas surgen en relación al pecado, pero la manifestación de una muy humilde penitencia permite la restauración. Y todo eso, en su conjunto, constituyendo en sí los principios fundamentales que alientan tras la historia en la totalidad de la obra del Cronista, viene a conformar la esencia y trasfondo conjunto de la petición de Salomón y la respuesta de Dios.

Genera un gran consuelo poder pensar que una oración concreta es respondida de forma específica, y que puede incluso esperarse que Dios preste idéntica atención a nuestra propia lista de oraciones intercesoras. Pero antes de sacar conclusiones precipitadas, necesitamos recapacitar una vez más acerca del orden de los acontecimientos. No va a sernos suficiente, pues, centrarnos en los capítulos 6 y 7 en exclusiva. El acontecimiento de magna intercesión había tenido lugar en 1:7–13 con la promesa del don de la sabiduría. Ahora bien, la auténtica cuestión no era simplemente que Dios hubiera concedido lo que Salomón había pedido, sino que Salomón había justamente pedido lo que Dios mismo quería en primer lugar que pidiese. Así, podría incluso anticiparse que su petición obtendría respuesta, por cuanto había intercedido en oración por los santos escogidos conforme a la voluntad y los designios de Dios. Y es justamente por eso por lo que Salomón es prototipo y paradigma para nosotros mismos.²⁴ Pero cuando nos detenemos a considerarle no tan sólo como mero prototipo, sino como ejemplo digno de imitar, vemos entonces a un Salomón, en el día de la consagración, arrodillado ante su Dios en el estrado para mostrarnos el modo y la vía de la auténtica intercesión ante Dios. Ésa es la confiada certeza que podemos derivar de Salomón, que si nuestra petición se hace dentro de los cauces de la voluntad divina, Dios va ciertamente a oír nuestras súplicas. Y si tenemos la certeza de que Dios nos escucha cuando nos dirijamos a Él en la forma debida, podremos asimismo tener la certidumbre de la seguridad de su respuesta. Tengamos, pues, presente no sólo el ardor y la gloria de la Palabra, sino igualmente la confiada actitud del que espera convencido y seguro en la respuesta que aguarda. Palabra que llegará y se hará manifiesta como garantía de respuesta a nuestras preguntas y solicitudes, pues habrán sido formuladas según lo aprendido de sus benditas enseñanzas.

La grandeza de Salomón

2 Crónicas 8–9

El papel de predicador del Cronista es un hecho que no nos es ajeno. Este pasaje en particular, con sus capítulos correspondientes completando el relato sobre el reinado de Salomón, merece ser considerado como muestra de su habilidad en esa faceta. Tomando como base la narrativa de Samuel/Reyes (1 R. 9:10–10:29), lo reconvierte en texto propio, y culmina su trabajo elaborando un sermón con ese tema. El éxito de su empresa es lo que vamos a tratar de comprobar a continuación.

1. El texto del sermón

La historia de Salomón acaba, según la versión del Cronista, con 2 Crónicas 8 y 9, habiéndose cubierto con ello cuatro temas o puntos principales. De una manera ya constatada anteriormente, los temas vienen a superponerse unos a otros en cierta medida. Así, destacan el poder de Salomón (8:1–10), sus prácticas religiosas (8:11–16), su riqueza (8:17–18; 9:9–28) y su proverbial sabiduría (9:1–12). El ajuste más evidente es el llevado a cabo según el relato más antiguo, con la práctica omisión de 1 Reyes 11. A estas alturas, ya sabemos la semblanza que el Cronista quiere ofrecernos acerca de esos dos grandes reyes de Israel. Dado que no había sido tan selectivo con Saúl, y sabiendo que tampoco lo va a ser con los siguientes monarcas, este hecho viene a confirmar la idea de que, para él, David y Salomón eran personajes emblemáticos de un ideal conjunto, la doble imagen original de la monarquía como genuina institución divina tanto en la forma como en el fondo. No ha de sorprendernos, pues, que al igual que no deja constancia de los infelices días finales de David, tampoco aparezcan ahora reflejados los desatinos de Salomón. Así, el hecho incontestable que ‘amó a muchas mujeres extranjeras’, causantes de que ‘su corazón no [estuviera] dedicado por entero al SEÑOR’ (1 R. 11:14–40), es factor que el lector conoce, pero que no viene al caso. El Cronista sabe lo que sabe, pero lo deja deliberadamente a un lado con el fin de concentrarse en la grandeza del personaje, culminando por ello su reinado en la cima, al igual que su padre David.

El muy curioso párrafo con el que comienza el capítulo 8, respecto a esa donación de ciudades a Salomón por parte de Hiram, pone de relieve ese progreso en su más alta cota. De hecho, lo que tenemos ahí, no es un proceso selectivo según Samuel/Reyes (1 R. 9:10–14), sino su contrario. Los comentarios al libro suelen centrar el debate sobre si es posible armonizar ambos pasajes, viendo ahí un reintegro de lugares cedidos primero a Hiram por parte de Salomón, para después recuperarlos dado que Hiram no hace

aprecio de ellos, procediendo entonces Salomón a remozarlos. Debate que hacen extensivo a la cuestión de si tan sólo contradice Samuel/Reyes, o si es que estuviera ahí sirviéndose de una fuente documental distinta. La diferencia estribaría, sea lo que fuera lo que hubiese en el trasfondo, en que la historia más temprana nos muestra un Salomón mezquino, y la posterior mejora su imagen al adjudicarle un proyecto constructivo. En realidad, la verdad de la cuestión es que ambas facetas se daban cita en él, y los hechos seleccionados nos indican lo que era en realidad importante para el Cronista.

Ese mismo énfasis va a ir sucediéndose en los capítulos que siguen, a lo que vendrá a unirse, además, una característica no tan obvia, pero no por ello menos importante. El foco bajo el que queda iluminado Salomón alcanza a su pueblo, y sus logros se reflejan igualmente en sus vidas.

a. El poder de Salomón (8:1–10)

Independientemente de los hechos que pueda haber como trasfondo de 8:1–2, y sin entrar en discusiones relativas al posible dador y receptor de esas ciudades de Hiram, la cuestión ahora es que Salomón viene a ser visto como constructor, y lo que construye está en relación directa con el bienestar de su pueblo. Salomón es, pues, el que edifica la casa del Señor, su propia casa, y asimismo las casas para el pueblo. Todo lo cual viene a tomar cuerpo en unos asentamientos localizados en el norte de Israel donde los israelitas moran ahora y desarrollan sus actividades.

Acto seguido, algo que tiene toda la apariencia de una campaña militar (8:3). Aunque el reinado de Salomón fue un período caracterizado por la paz, no dejó por ello de tener su parte de escaramuzas y excursiones bélicas, cuadrándole al Cronista hacer referencia en este pasaje a un episodio en concreto a tenor del tema que quiere desarrollar. El versículo (8:3) es todo un enigma, y no tiene su correspondiente en 1 Reyes 9, aunando bajo un único topónimo dos posibles fuentes, Hamat, que había estado en términos amistosos con David, y Soba, que había sido su enemigo (1 Cr. 18:9–10). Una vez más, comentaristas y especialistas se enfrentan a problemas más que suficientes, pero, aun así, se muestran unánimes en conceder que el Cronista está ahí explicando una consolidación militar en ese territorio considerado tradicionalmente como la frontera de Israel. Así, puede decirse que el pueblo de Israel no sólo está asentado de forma adecuada, sino que goza, asimismo, de la debida protección.

El aprovisionamiento necesario queda asegurado con las ciudades-almacén (8:4; 6a), defendidas mediante lugares estratégicos fortificados como las dos Bet-horón (8:5), y debidamente protegidas por una serie de guarniciones militares (8:6).

Un apunte sobre su política relativa a la población no israelita entremezclada en su seno redondea la sección, y, en consonancia con el resto, nos hace ver los beneficios para Israel que se derivan del poder de su rey: el remanente cananita proporciona mano de obra barata, algo que no tiene que hacer ya el pueblo de Israel. El buen gobierno de Salomón redundaba en bienestar, seguridad e independencia para su pueblo.

b. Las prácticas religiosas de Salomón (8:11–16)

Los dos versículos en los que se basa este pasaje (1 R. 9:24–25) se amplían ahora de forma considerable. Por otra parte, es evidente que no habían guardado mucha relación entre sí con anterioridad. Las palabras extra que añade el Cronista sirven de enlace entre ambos, y, al igual que con la reescritura de las ciudades de Hiram (8:1–2), hace que se plieguen a sus propósitos. La razón de que su reina egipcia se mude de casa tiene una explicación religiosa, quizás pensando no tanto en la pureza del recinto, como en la seguridad personal de la mujer. Viene aquí a la memoria Uza (1 Cr. 13:9–14), y antes de él a los filisteos y los hombres de Bet-semes (1 S. 5–6). La santidad del arca y de todo aquello que guardara relación con ella nos lleva de forma natural a la forma como Salomón practica la religión. Las ofrendas y sacrificios (8:12), las festividades (8:13), los servicios oficiales de los sacerdotes y levitas (8:14), y todas las normativas y regulaciones dispuestas al respecto (8:15) vienen a ser ahora, en su conjunto, ‘obra de Salomón’ para ‘la casa del SEÑOR’ (8:16). Y todo ello contenido en un único párrafo.

¿En qué se centra ahora el autor? Salomón ofreció holocaustos, Salomón estableció las divisiones entre los sacerdotes, las ordenanzas eran las dispuestas por el rey, y todo por iniciativa de Salomón. El Cronista nos hace así tener presente que todo ello había sido ‘según lo ordenado’ por Moisés y ‘según lo dispuesto por David’. Pero lo cierto es que eso en nada afecta a la exaltada posición que ocupa Salomón dentro del esquema general del Cronista; por el contrario, nos lo muestra rodeado de la muy elevada compañía con la que ahora se relaciona.

Sin embargo, todo eso no significa que tengamos que ver su persona disociada de ese pueblo suyo. El sistema religioso en su totalidad da por sentada la existencia de una comunidad que adora. Evidentemente, es posible que haya que ver en Salomón al espíritu que alienta tras todo lo que allí va teniendo lugar, pero, desde luego, no como práctica solitaria para satisfacción propia. Israel se une a él en los sacrificios y en las ofrendas, en las fiestas religiosas y en los cultos de alabanza y adoración, buscando con ello mantener en el ámbito nacional la debida relación con Dios. Así, la práctica religiosa de Salomón revierte en justa relación de su pueblo hacia Dios.

c. Las riquezas de Salomón (8:17–18; 9:9–28)

El Cronista sigue aquí con bastante fidelidad el texto que le sirvió de fuente. Al igual que en 1 Reyes 9:26–10:29, la estructura es sumamente interesante. Cuatro son las breves referencias que se hacen a la afluencia de oro al tesoro de Salomón procedente de otros lugares. Enmarcada entre la primera y la segunda (8:17–18 y 9:10–11), y también entre la tercera y la cuarta (9:13–14 y 9:21), encontramos dos cuadros memorables. El primero de ellos lo viene a configurar el relato de la visita de la reina de Sabá (9:12; su vuelta a casa queda, sin embargo, fuera del marco), y es tema que consideraremos a continuación bajo el epígrafe de la sabiduría de Salomón. El otro es una reseña relativa a los distintos usos dados a ese oro importado.

Hay ciertamente algo de exótico en esos cuatro párrafos que dan cuerpo al cuadro. Israel no había sido nunca nación marinera, tal como parece indicar ese envío de ‘marinos conocedores del mar’ (8:18) por parte de Hiram para que acompañaran a Salomón en sus viajes, y Elot debió de haberles parecido a la mayoría de los israelitas el fin del mundo y no una puerta de salida hacia lugares aún más remotos. El ‘oro de Ofir’ era de una finura legendaria,⁴ si bien desconocemos la ubicación de ese lugar. Oro que llegaba junto con la plata de los reyes de Arabia. Y si bien los ‘barcos de Tarsis’ puede que hagan tan sólo referencia a naves mercantes de largos recorridos, eran parte indispensable de todo ese espectacular desfile de oro, plata, marfil, monos y pavos reales’ que llegaban cada tres años, o así lo entiende el Cronista, procedentes de la propia ciudad de Tarsis (España).

¿Qué es lo que hizo, pues, Salomón con tanta riqueza acumulada una vez terminado el templo? El pasaje contenido en 9:15–20 nos informa sobre ello. Se fabricó para su propio palacio un trono de marfil recubierto de oro puro. Todos los vasos de su ajuar también eran de oro, y es de suponer que el resto de la vajilla fuera acorde con ello. Por último, quizás por no saber ya qué más hacer, mandó fabricar escudos, grandes y pequeños, por pura ostentación, que no por razones de defensa, exhibiéndolos en su palacio de verano en el Líbano. Sin embargo, no puede decirse que tengamos ahí una muestra de ostentación personal. No deberíamos olvidar, y el Cronista desde luego no lo hace, esos versículos que adaptó partiendo de esa fuente original de 1 Reyes 10 para colocarlos en el inicio mismo de este resumen suyo del reinado de Salomón: ‘El rey hizo de la plata y del oro algo tan común en Jerusalén como las mismas piedras’ (1:15).

La versión original, que tan sólo menciona plata y madera de cedro, cuadra mejor ahí 8:9–27), ya que algunos de los usos dados al oro ya han sido especificados en su momento. Pero lo que se pretende transmitir es ya evidente, siendo lo mismo que los relatos acerca del poder de Salomón y sus prácticas religiosas: en un resumen del todo, tal como lo es el párrafo 9:22–28, la mención expresa de esa enorme afluencia de riquezas sirve para resaltar el hecho de que tan gran prosperidad se hace asimismo extensiva a Jerusalén. Salomón es ahora rico, y también lo es su pueblo.

d. La sabiduría de Salomón (9:1–12)

La sección anterior incluye la muy famosa historia de la visita de la reina de Sabá, al tiempo que se imbrica en ella. Williamson habla de una ‘fascinación universal, atestiguada por su constante reutilización y difusión en una variedad considerable de textos posteriores y de obras de arte’.⁶ La aparición de tan rutilante personaje no debiera distraer nuestra atención de las razones de su llegada. Por haber oído acerca de sus muchos logros y su proverbial sabiduría, ‘vino a Jerusalén a probar a Salomón con preguntas difíciles’ (9:1 BA). Y lo que allí vio y comprobó la dejó literalmente ‘sin aliento’ (9:4). Lo que pudo constatar sobre toda la gloria y sabiduría de Salomón fue mucho más grandioso que las noticias que le habían llegado, noticias que habían sido ya lo suficientemente increíbles como para animarla a comprobar por sí misma la veracidad de los informes.

Pero mayor resonancia tenía aún ese comentario admirativo de 9:7–8. Así, si consideramos la estrecha relación existente entre el poder, las prácticas religiosas y las riquezas de Salomón, con la seguridad, la justicia y el bienestar que disfrutaban sus súbditos, no resulta sorprendente ese juicio admirativo de la reina (dama digna de admiración en sí misma): ‘¡Bienaventurados tus hombres, bienaventurados estos tus siervos que están delante de ti continuamente y oyen tu sabiduría!’ ‘¡Bendito sea el SEÑOR tu Dios que se agradó en ti, poniéndote sobre su trono como rey para el SEÑOR tu Dios! Porque tu Dios amó a Israel afirmándolo para siempre, por lo cual te ha puesto por rey sobre ellos para hacer derecho y justicia.’

Así, al final de ese texto suyo, configurado como sermón, el Cronista puede hacer balance con este segundo comentario desde la perspectiva del espectador imparcial en base a ese otro primero ya citado por él en los inicios. El veredicto de la reina de Sabá es idéntico al del rey de Tiro: ‘Por cuanto el SEÑOR ama a su pueblo, te ha hecho rey sobre ellos’ (2:11).

2. El sermón como predicación

Con todo este material acumulado, el Cronista tiene ahora que darle la debida forma, elaborar el sermón correspondiente y predicarlo. Y la cuestión última será, al igual que ocurre siempre con todo buen sermón, cómo aplicarlo a una situación real. Nada más fácil entonces que espiritualizar el relato para un auditorio cristiano, multiplicando los posibles ‘prototipos’, y hacer que Salomón ‘hable’ un lenguaje apropiado al Nuevo Testamento. Pero una exégesis honesta debe hacernos reflexionar antes de precipitarnos en nuestras conclusiones. Antes de decidir qué nos está diciendo el Cronista, debemos tratar de averiguar qué les decía en realidad a esos primeros oyentes, y eso no como cuestión prioritaria, sino por pura necesidad. No podemos dar con la aplicación adecuada hasta haber descubierto cuál era su primer sentido.

Pero la tarea no es tan difícil como puede parecer a primera vista. Lo que hay que hacer es, sencillamente, tratar de ponernos en su lugar. Y si bien, y de muchas maneras, nuestra situación es muy distinta, en aquello que más importa estamos ya en su lugar. Como si fuéramos ahora nosotros Israel tras el exilio, cual auditorio del Cronista en un Jerusalén persa, intentemos reflexionar acerca de lo que se supone que deberíamos aprender y aplicar del ejemplo de Salomón.

a. A imitación de Salomón

¿Tenemos realmente que imitar a Salomón? Nada más fácil para el Cronista que proponer a Salomón como ideal a imitar. Pero, ¿qué se suponía que debíamos imitar? Un objetivo muy válido de algunas predicaciones es conmover al auditorio para que admire las obras y el carácter de Dios, pero no dejaría de parecernos un tanto extraño que ése fuera el único propósito de su sermón. ¿Tenemos, pues, tan sólo que admirar lo realizado por Dios en los logros de ese personaje? O, dado que es un ideal, ¿debemos esforzarnos por alcanzar sus mismas metas?

La cuestión que se nos plantea entonces es la de decidir si en verdad podemos imitarle: sus circunstancias, sus privilegios, sus recursos, toda una gama de factores, en combinación con su personalidad y su carácter, que hacían de él un gran hombre y un personaje extraordinario. Esas ayudas externas ya no están a nuestra disposición, y su ausencia hace que Salomón sea para nosotros una especie de ideal que inspira más sobrecogimiento que determinación. Sólo hay que pensar en la grandeza y el esplendor que han ido desfilando ante nuestros ojos, para apercibirnos de ello. ¿Va a ser en verdad posible esforzarse por alcanzar una sabiduría como la suya? Ha habido grandes hombres en nuestros días (recordemos aquí que seguimos siendo israelitas de los tiempos del Cronista), hombres como Esdras el escriba que se instruyeron a sí mismos e instruyeron a otros en la sabiduría de Dios, y el tratar de alcanzar una sabiduría así es, sin duda, una noble tarea. Pero – y éste es un gran ‘pero’ – la sabiduría de Salomón era única en sí misma. Como ejemplo para la gente común que no gozan de esa sabiduría privilegiada, animarles a rogar a Dios por ello con la confianza de conseguirlo, tal como fue el caso de Salomón, el gran rey, no resulta muy creíble.

¿Serán entonces sus riquezas a lo que se deba aspirar? Hay quien sostiene que una señal segura de estar gozando del favor divino consiste en la bendición material. Si verdaderamente confiamos en el Señor, dicen, nuestra economía lo reflejará. Ciertamente, cómo negarlo, que cuando regresamos del exilio experimentamos algo así: la mano de Dios estuvo sobre nosotros no sólo en virtud de ese decreto real que dejaba libre el camino, sino asimismo en toda esa serie de abundantes regalos inesperados, tanto en dinero como en especies, que ayudó a financiar todo proyecto. Pero, claro está, eso no justifica afanarse por alcanzar riquezas sin más, y evidentemente, y dejando a un lado lo bueno y lo malo de semejante cuestión, no dejaría de ser ridículo aspirar a lograr una fortuna como la de Salomón.

¿Nos centraremos, pues, en la práctica religiosa en el templo de Salomón? ¿Se nos ha informado sobre la magnificencia de esos cultos con objeto de que ahora nosotros, en estos tiempos nuestros, ya tan lejanos, tratemos de contribuir tan abundantemente como nos sea posible para recuperar esa práctica en la casa de Dios? Ya estamos haciendo lo que podemos en el edificio actual, e incluso tratamos de recuperar todo el esplendor de los cultos del pasado, pero los costes han subido, la mano de obra es escasa y, el coro ya no es lo que era y la asistencia ni es asidua ni numerosa. Pretender conseguir algo parecido a lo que fue el culto en tiempos de Salomón va a servir más para desanimarnos que lo contrario.

En cuanto al poder de Salomón, ¿de qué posible manera va a ser un ideal a alcanzar? En comparación con cualquier otro de sus muchos logros y su propia grandeza, esa aspiración sería justo la más risible, dada nuestra presente condición de súbditos del imperio persa. Puede que algunos de nosotros tengan la posibilidad de alcanzar un puesto de influencia en el mundo, pero nada que pueda compararse, ni remotamente, a ese mundo de hace ya más de 500 años, cuando nuestra nación era nada menos que ¡todo un imperio! No hay, pues, posibilidad alguna de que el poder del que disfrutó Salomón venga a ser un objetivo realista para nosotros, y de nada bueno va a servir oír sermones que pretendan persuadirnos de lo contrario.

Es posible que incluso se suscite la cuestión, en oposición y más allá de todo lo anterior, de si en realidad deberíamos tratar de imitar a Salomón. ¿No es a los pobres y no a los ricos, a los sencillos de mente y no a los listos, a los que Dios ama más? ¿No sabemos nosotros ya lo que enseñaría al cabo de un tiempo el Nuevo Testamento respecto a los poderosos, que serían desalojados de sus tronos, para ser exaltados entonces los humildes, colmando de bienes a los menesterosos y echando fuera a los ricos con las manos vacías; pues Dios escoge 'lo que es locura para el mundo para dejar en vergüenza a los entendidos', 'al débil para avergonzar al fuerte,' y 'lo humilde y despreciado en el mundo, incluso lo que no parece, para llevar a la desaparición a lo que ahora es'? La práctica de poner como ejemplo a los personajes dignos de imitar, y a los malos como algo a evitar, plantea un interrogante ante un caso como el de Salomón en Crónicas, tan excepcional en sus cualidades y tan apabullante en sus espectaculares logros. Tomar como ejemplo su poder, su gloria, su riqueza y su sabiduría, como objetivo a plantearse en serio, nos llevaría a caer en un triunfalismo fácil, y hemos de mostrarnos precavidos a la hora de plantearse siquiera la viabilidad de esa posible imitación.

El Cronista, cómo dudarlo, ya se planteó todas estas cuestiones, consciente de la gravedad de su fondo. Y, sin embargo, y pese a ello, persiste e insiste con mucha convicción y, de ser ello posible, incluso con más vívidas imágenes y mayor énfasis, en su presentación de la incomparable grandeza de Salomón, reescribiendo la historia del pasado centrándose en un personaje que, lisa y llanamente, no es posible imitar – alguien, por decirlo de alguna manera, que casi no parece de este mundo, un personaje sobrehumano.

Así, pues, ¿con qué fin habrá hecho esto?

b. ¿Para aceptación de Salomón?

El Cronista predica acerca de Salomón a aquellos cuyo poder es muy pequeño, cuya práctica religiosa está limitada por la escasez de medios, cuyas riquezas son prácticamente inexistentes, y con una sabiduría a ras de tierra. En toda posible faceta, ese gran rey representa lo más opuesto a la situación presente de los lectores del Cronista, con una diferencia tan abismal como para situarlo más allá de toda posible imitación. Aun así, sí que podrían verse reflejados en los súbditos del rey, como aquellos que han podido ir disfrutando de los honores, riquezas y éxitos de su soberano. 'La grandeza', advierte, 'es de aquel que se sienta en el trono. Su pueblo sufre ahora necesidad, pero esa grandeza suya basta para colmar la necesidad de su gente.' Ese es el núcleo central de su mensaje. El trono no es de Salomón, sino de Dios; y el trono de Dios se mantendrá imperecedero por los siglos de los siglos. Ese trono está siempre presente, tanto si es visible para la gente con su oro y su marfil, siendo súbditos de una monarquía independiente centrada a su alrededor, como si son ahora vasallos de un imperio extranjero, con ese trono suyo desaparecido tiempo a, y ese pueblo ya no es entidad política y ha sufrido un 'cambio calamitoso en las aguas embravecidas, convirtiéndose en materia espesa y extraña', comunidad en la diáspora,

repartida por el mundo sin fronteras conocidas, no dependiendo para su membresía de un nacimiento humano. En toda época y lugar, ese trono se mantiene incólume, y el rey lo será siempre por elección divina. David y Salomón ya lo ocuparon en su momento, y, aunque no libres de fallos, con la suficiente entrega y destreza como para hacer de ello un paradigma para futuros reinados. Veinte reyes fueron ocupando por turno ese trono de Jerusalén; algunos de ellos con gran éxito y otros con escasa fortuna en su deseo de encarnar el gobierno de Dios en la tierra. Pero, a lo largo de todo ese tiempo, e incluso posteriormente, en ese momento en el que Israel se encuentra cautivo en tierra extranjera, siguen pese a todo percibiéndose vislumbres del Señor 'sentado sobre un trono alto y sublime',¹⁰ con el Altísimo gobernando su reino de este mundo. Entonces, por un breve período de tiempo, el 'trono' vuelve a significar un gobernante designado por Dios en Jerusalén – Zorobabel, Nehemías y sus sucesores – y ello aunque ninguno ostenta el título de rey, e Israel hace ya tiempo que ha dejado de ser una monarquía. El sermón no les está tratando de transmitir, ni a ellos ni al pueblo que gobiernan, que se esfuercen por revivir el brillante pasado del reinado de Salomón. Lo que está en verdad tratando de hacerles ver es que donde la vida del pueblo de Dios es gobernada por un candidato elegido por Dios mismo, la bendición es un hecho seguro. Y eso puede no sólo volver a ser una realidad en el presente, sino, asimismo, ser pauta para un futuro más glorioso sobre la base de ese principio fundamental. Tal como las Escrituras se encargan de recordarles, desde antiguo y en el presente, 'El cetro no se apartará de Judá, ni la vara de gobernante de entre sus pies, hasta que venga Siloh, y a él sea dada la obediencia de los pueblos'; 'Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y la soberanía reposará sobre sus hombros; y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz'.¹³

Ese es justamente el mensaje que el Cronista proclama para beneficio de todas las épocas. Donde el trono de Dios está ocupado por aquel a quien en justicia pertenece, las necesidades de su pueblo se ven colmadas sin tardanza, entrando así en el ámbito glorioso de las bendiciones. Ese pueblo, claro está, puede sentirse, en algunos momentos o circunstancias, débil e inseguro, pero en ese trono acabarán encontrando el grandioso poder que les falta. La relación que tengan con Dios podrá distar mucho de lo que en realidad debería ser, pero partiendo de ese trono llegarán a disfrutar de una verdadera comunión espiritual. Sus vidas pueden ser, en su forma externa, pobres y un tanto vacías, pero a los pies de ese trono encontrarán siempre riquezas sin fin en virtud de Cristo. Su imaginación podrá fallarles, sintiéndose perplejos y desorientados por todo lo que pueda estar pasando a su alrededor, ser incluso perversos y estar equivocados en sus caminos, pero será ante el trono donde encuentren la verdadera sabiduría para poder enmendarse. Allí es, pues, donde deberá dirigirse el pueblo de Dios.

Ahora bien, ¿dónde localizar ese trono? La reina de Sabá puede sernos de ayuda en esa tarea. En 1 Reyes 10:9 se nos informa de unas palabras suyas a Salomón: 'El SEÑOR tu Dios se agradó de ti para ponerte sobre el trono de Israel', que el Cronista ratifica y matiza ahora: '... te ha puesto sobre su trono por rey, para hacer derecho y justicia' (9:8). Salomón es ocupante temporal de ese trono. El trono es del Señor, y en la

actualidad nos regocijamos por ese privilegio que tenemos de rendirnos a los pies del último y más glorioso de los ocupantes de ese trono de institución divina. Donde Cristo, por medio de su Santo Espíritu, es entronizado en los corazones de las personas, las bendiciones vienen de inmediato. Lo cual nos lleva, una vez más, de vuelta a los prototipos. 'La Reina del Sur se levantará en el juicio con los hombres de esta generación, y los condenará, porque ella vino desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón', para ver su poder, compartir su adoración, maravillarse ante sus riquezas, 'y, mirad, algo más grande que Salomón está aquí'.

CUARTA PARTE

Los Reyes

2 Crónicas 10–36

Roboam y Abías: el reino dividido

2 Crónicas 10–13

Tras esos cuarenta años del reinado de su padre (1 Cr. 29:27), Salomón reinó asimismo otros cuarenta años (9:30), siendo sucedido entonces por su hijo Roboam. Y al cabo de no muchos días, según parece desprenderse del relato, ese reino tan glorioso se había desmoronado por completo. 1 Reyes 12:1–19 nos cuenta la triste historia con claridad meridiana, y el Cronista la reproduce prácticamente palabra por palabra. A partir de ahora, sin embargo, precisamente por razón de esa división de la nación israelita en dos reinos, el del norte y el del sur, tratará esa antigua narración con renovada libertad, concentrándose casi en exclusiva en la historia del reino del sur, ampliándola con otras fuentes, e ignorando sin más la historia del norte, excepto en aquellos puntos en los que incide de forma directa en los acontecimientos del sur. El Cronista se permite incluso detenerse en el mismísimo versículo en el que, tras informárenos que Jeroboam pasó a convertirse en el primer rey del reino del norte (1 R. 12:20), habría podido redondear y poner broche al capítulo 10, para omitir, a continuación, casi los dos capítulos y medio que siguen en 1 Reyes, con la descripción del reinado de Jeroboam, si bien es cierto que incluye un par de referencias de soslayo a esa cuestión (11:14–15; 13:8–9).

Sería una simplificación excesivamente drástica decir que el Cronista actúa así por considerar que el norte no es capaz de hacer nada a derechas y el sur nunca puede equivocarse. La insensatez por la que Roboam precipita la ruptura es tan sólo el

primero de los muchos errores imputables al sur. Mejor decir, pues, que el Cronista se centra en el reino de Judá por ser en él donde se encuentran el trono de David y el templo de Salomón. Pero, pese a ello, tampoco puede hablarse ahí de objetos mágicos, poderes automáticos o cualidades intrínsecas propias. Así, en incansable búsqueda de los principios teológicos subyacentes, el Cronista se nos muestra capaz de servirse de esos dos primeros reinos del reinado del sur de Judá, los diecisiete años de Roboam y los tres de Abías, para demostrar algo tan crucial. Algo que, de hecho, justamente Roboam no fue capaz de ver, y que su hijo, sin ser precisamente un dechado de virtudes, sí supo (al menos en una ocasión) comprender.

CRONOLOGÍA DE LOS REINOS HEBREOS

La columna de la derecha de esta tabla cronológica presenta la lista de los sucesivos gobernadores del reino del sur a lo largo de la monarquía. Todos ellos, a excepción de Saúl y Atalía, pertenecen a la familia de David, constituyendo una línea sucesoria prácticamente continua de padre a hijo. La lista de los gobernadores del reino del norte, en la columna de la izquierda de la tabla, no presenta esa continuidad, y únicamente las dinastías de Omri y Yehú se mantienen hasta la cuarta generación. Se han omitido de forma sistemática los nombres de los reyes no mencionados en el presente libro.

Muchas de las fechas han sido reducidas a las cifras esenciales. Por otra parte, sería, claro está, más correcto datar la ruptura del reino no en los doce meses, que englobaríamos como 931 a. C. (dado que el calendario hebreo comienza en fecha diferente a la de Occidente), sino en '931/930'. La duración del reinado de Saúl, y en consecuencia la fecha de su inicio, nos son desconocidas. El sistema de co-regencias, práctica frecuente en Judá (y en una única ocasión en Israel), queda indicado con una línea punteada donde padre e hijo gobernaron juntos.

La tabla se basa en el trabajo de Thiele, tal como aparece reseñado en el artículo titulado 'Chronology of the Old Testament', de K. A. Kitchen y T. C. Mitchell, en la publicación *IBD*.

1. El error de Roboam

Los capítulos 10 a 12 abarcan la historia de Roboam. Si los lazos familiares en el círculo de la familia de David pudieran garantizar otro período de cuarenta años de glorioso reinado, este personaje sería el primero en beneficiarse. Su esposa favorita es su prima Maaca; ya se había casado previamente con otra prima suya, y el padre de ella (Jerimot, tío de Roboam) también se había casado con una prima (11:18–21); así, tanto para bien como para mal, podemos decir que la familia era muy davídica. El hecho muestra, sin embargo, que, incluso con tan modélico linaje, nunca hay garantía

absoluta de liderazgo eficaz con respecto al pueblo de Dios. Lo que Pablo muy posteriormente comentaría respecto a la religión israelita – ‘No es judío el que lo es exteriormente, ni la circuncisión es la externa, en la carne’ – tiene su equivalente en estos primeros tiempos por lo que respecta a la realeza israelita.

a. Errar en el terreno de la responsabilidad personal

Roboam accede al trono como un hombre marcado. Por el rabillo del ojo todavía podemos ver algunos fantasmas del pasado, cuyas actuaciones repercutirían durante siglos, a no ser que el hijo de Salomón se mostrara capaz de actuar de forma sabia y con decisión. En cada caso, lo único que tenemos es un nombre susurrado, un escalofrío de advertencia; las historias al completo, las tres relacionadas entre sí, las encontramos en 1 Reyes 10 y 11.

En primer lugar, Jeroboam, hijo de Nabat, es el primero de los fantasmas que acude raudo a soliviantar al nuevo rey (10:2). Este hombre es, por supuesto, persona de carne y hueso, no un espíritu fantasmal. Es, pues, la sombra del pasado, el historial de Jeroboam en los días de Salomón, lo que debería haber alertado a Roboam del peligro que se perfilaba en el horizonte: hombre brillante, trabajador incansable, una aguda percepción del destino, altercados con las autoridades, muchos años pasados en el extranjero. Todo se halla en su historial (1 R. 11:26–40).

A continuación, está el propio Salomón, padre, ya fallecido, de Roboam, como otro recuerdo del pasado. En el retrato oficial, el Cronista ha enfatizado de forma deliberada los rasgos positivos de tan gran rey, pero siendo consciente, pese a ello, de que Salomón no era hombre perfecto, y las referencias a ‘dura servidumbre’ (10:4) y ‘trabajos forzados’ (10:18) sugieren esa otra cara de la moneda.

Y ahora le llega el turno a Ahías el silonita — ¿recordamos el personaje? Crónicas 9:29 pone a nuestra disposición una lista con las fuentes pertinentes para trazar la historia de Salomón. Pero ese otro Ahías, el hombre profeta, hace su aparición en un contexto todavía más siniestro, en esa historia, registrada en 1 Reyes 11, a la que ya hicimos referencia al hablar de Jeroboam. El Cronista no nos cuenta esa misma historia, pero su sombra se cierne sobre ese extraño encuentro en Siquem (10:15). Jeroboam tendría muy probablemente presente el manto del profeta rasgado en doce pedazos, diez de los cuales le son entregados a él; y ahora ha llegado el momento en que la profecía se convierta en realidad. Por detrás de Jeroboam se cierne amenazadora la sombra de Ahías, y por detrás de Ahías aparece de nuevo la figura de Salomón, y ello porque la razón no explicitada para esa ‘palabra’ del profeta en 10:15 viene a ser el múltiple pecado en el que incurre un rey entrado en años inducido por sus esposas paganas (1 R. 11:1–13).

Ahora, Roboam podría haber aducido, con bastante credibilidad, que todos esos fantasmas del pasado era más de lo que podía soportar, que no habría habido forma posible de evitar el desastre ocurrido en Siquem. Salomón *había pecado*, Ahías *había* profetizado al respecto, y Jeroboam estaba ahora reafirmandose en la verdad de los hechos. Pero a Roboam todavía le quedaba la responsabilidad de intentar superarlo. Y

así tendría que haberlo hecho, sin dejarse arredrar por las posibles consecuencias: *fiat iustitia, ruat coelum* – que se haga justicia, aunque el cielo se desplome. Pero no hizo nada en absoluto; más bien, algo mucho peor que permanecer inactivo. El relato está ahí, de forma evidente y a nuestra disposición. Lo que encontramos son malos consejos, a los que se hace caso, y respuestas desabridas, y ‘cuando todo Israel vio que el rey no los escuchaba’ (10:16) – que él mismo falla en la prueba decisiva – y el reino viene así a quedar partido en dos, para no volverse a juntar nunca más.

Pero no debemos confundirnos al respecto. Independientemente de todo lo que pueda haber dicho el Cronista en su momento acerca de la monarquía davídica como representación en la tierra del gobierno de Dios sobre su pueblo, lo que ahora quiere transmitir es que ese primer acto público del primer sucesor de David y Salomón es una auténtica catástrofe con consecuencias que se dejarían sentir durante siglos.

b. Error en la comprensión de un servicio fiel

El reino, sin embargo, no se convirtió en un desastre total, tal como podría quizás deducirse por el breve resumen de 1 Reyes 14:21–31. Tras mencionar los fallidos intentos de Roboam por recuperar las tribus del norte por la fuerza (11:1–4), el Cronista deja el material de Samuel/Reyes para utilizar una fuente propia, la cual viene a proporcionarle una información algo más alentadora, al menos en lo que respecta a esos tres primeros años de Roboam. Tres párrafos en concreto se ocupan, respectivamente, de unos proyectos de fortificación (11:5–12), un resurgimiento de la vida religiosa (11:13–17) y ciertos detalles relativos a la familia real (11:18–23); todo ello, señales típicas en Crónicas de consiguiente bendición y éxito.

Sin un mapa a mano, podríamos estar tentados a pensar que la fortificación de las ciudades incluidas en 11:6–10 habría sido una tarea innecesaria de no haber convertido el propio Roboam en enemigo el Estado fronterizo del norte. Pero, sin embargo, esa era precisamente la única frontera sin defensas de ningún tipo. Una línea serpenteante de fortificaciones bien equipadas situadas de este a oeste, justamente al *sur* del territorio restante, evidencia una mente de estrategia, y tal vez (si bien es posible que hubiera otras razones para ello) la ausencia de tales fortificaciones por tierras del norte – a modo de ‘paralelo 49’ – enmascarara una negativa interna a considerar enemigos a los vecinos del norte, y una posible esperanza de reunificación futura.

La vida religiosa en el sur se vio así fortalecida sobremanera, algo un tanto chocante, por el propio Jeroboam que, en este sentido, incluso se extralimitó. La política con la que esperaba cortar lazos de lealtad entre las tribus del norte y el templo en el sur, ‘la distribución de los becerros que había mandado hacer’ (11:5), como figuración de la liberación de la esclavitud en Egipto propiciada por el Señor (1 R. 12:25–33), se volvió a largo plazo contra él. Los sinceros adoradores de Yavé emprendieron la marcha hacia el sur, la mayoría de ellos incluso de buen grado y por propia elección (11:14–7). Hasta ese momento, la esperanza de esos fieles debió de ser, como en la Irlanda de hoy, continuar viéndose a sí mismos como miembros pertenecientes a una única iglesia que abarcaba todo el país, e ignorar, en la medida de

lo posible, la frontera de separación. Pero el resultado fue algo parecido a lo que ocurrió en la Francia del siglo XVII, donde, tras la revocación del Edicto de Nantes, que garantizaba tolerancia hacia los Protestantes, la partida hacia otros países de los perseguidos hugonotes empobreció a Francia al tiempo que redundaba en beneficio de los países de acogida.

En lo que respecta a la propia familia de Roboam, es probable que esa endogamia no fuera vista como una lacra, sino como una virtud muy positiva, y ello pensando en la ya antigua tradición en Israel y esos desafortunados matrimonios con extranjeras por parte de Salomón (1 R. 11:1–8). En ese sentido, su hijo se mostró más sabio que el padre. El tono de este párrafo, al igual que el del párrafo anterior, es de ánimo, y si bien es posible traducir 11:23b de forma menos halagüeña para Roboam, concuerda más con el resto de la sección si lo tomamos tal como aparece en la mayoría de las versiones.

Lo cierto es que el orgullo suele preceder a la caída, y así parece estar indicándolo 12:1. A pesar de la llegada de ‘aquellos de entre todas las tribus de Israel que habían resuelto en su corazón buscar al SEÑOR’ (11:16), la tranquilidad generalizada que disfrutaban les llevó a caer de nuevo en los atractivos del antiguo paganismo. Esa, según el pasaje paralelo (1 R. 14:22–24), era la auténtica razón de la infidelidad del reino del sur. Y el resultado de todo ello vino a materializarse en un segundo desastre, viéndose el país invadido, las fortificaciones destruidas, los tesoros saqueados y las gentes sometidas en alguna manera de nuevo a una potencia extranjera (12:2–9).

Y, una vez más, es también la misericordia de Dios lo que se impone, en esta ocasión por palabra del profeta Semaías. La secuencia de acontecimientos ya no es familiar gracias a Jueces, y sí seguirá siéndolo ahora con Crónicas: conflicto, reconocimiento de culpa, arrepentimiento, restauración. ‘El SEÑOR es justo,’ confiesan al unísono rey y príncipes de Israel (12:6) – esto es, a él le asiste la razón y nosotros hemos errado. Con lo cual, esa segunda falta de Roboam viene seguida del correspondiente indulto.

No todo es tristeza y pesimismo, pues, en el sur. Esa más que peculiar observación, hecha como de pasada, de que ‘las cosas mejoraron en Judá’ (12:12) debería en realidad leerse como ‘Todavía quedaban algunas cosas buenas en Judá’; al igual que en Sardis en los tiempos del Nuevo Testamento, todavía quedaban ‘unos pocos que no habían manchado sus vestiduras’.⁷ Pero no hay ciertamente que darle las gracias a Roboam por ello. Con alguna que otra cosa buena, pero, desde luego, con montones de cosas reprensibles, toda la cuestión se reducía a que no había sabido ser un buen rey. Imbuido de la idea que, por ser el vástago de la casa de David, el pueblo tendría que ser bendecido de forma automática, es incapaz de ver que es necesaria su fiel colaboración en todo ello. Así, la inclusión de algunos puntos positivos en los capítulos 11 y 12 sirve únicamente para resaltar como contraste que, en última instancia, el Cronista tiene que mostrarse de acuerdo con el dictamen de Samuel/Reyes: un reinado verdaderamente lamentable y calamitoso.

Una vez más, pues, es importante escuchar lo que el Cronista tenga que decir al respecto. Su condena se limita a Roboam a título específico y personal, y ello de una

manera ciertamente insólita en historiadores anteriores. En aquel entonces, 'Judá hizo lo malo ante los ojos del SEÑOR' (1 R. 14:22); ahora, era Roboam el que hacía lo malo 'porque no dispuso su corazón para buscar al SEÑOR' (12:14). Y este reconocimiento es realmente sorprendente en un escritor del que se sabe que reverenciaba la casa de David, considerándola, de hecho, el único canal admisible de justicia divina para gobierno del pueblo de Israel. En estos pasajes, no titubea a la hora de señalar tanto lo bueno como lo malo, destacando ostensiblemente que Roboam, como rey, *hizo lo malo*. El caudillo elegido según linaje de la casa de David ha venido a resultar un estrepitoso fracaso. Tan errado ha andado en sus caminos, que las revueltas de las diez tribus del norte contra su autoridad vienen a ser consideradas como genuinos instrumentos 'de parte de Dios' (10:15), prohibiéndose, expresa y explícitamente, una respuesta bélica como castigo: 'no pelearéis contra vuestros hermanos... de mí ha venido esto' (11:4). Roboam ha obrado mal, y al norte le asiste la razón al rechazar su autoridad. ¡Bonita conclusión para los que creían ciegamente en el 'derecho divino' de los reyes de Israel!

2. Abías se da cuenta de lo que está ocurriendo

El hijo de Roboam 'anduvo en todos los pecados que su padre había cometido antes de él' (1 R. 15:3), despachándolo en ocho sucintos versículos. Una de las pocas cosas que nos dice es que se enzarzó en una guerra con Jeroboam, que todavía seguía reinando en el norte (1 R. 15:7). El Cronista posee información de una fuente distinta respecto a esas hostilidades. En el curso de los acontecimientos, el sur se apoderó de parte del territorio del norte, primero, pues, de una serie de cambios en ese terreno fronterizo que fueron sucediéndose en medio de esos esporádicos enfrentamientos que ocurrieron en el transcurso de los años que siguieron (*cf.* 15:8; 16:1; 17:2); y justo en el momento crucial de la campaña, el Cronista incluye un discurso admonitorio más que notable pronunciado por un gobernante que en nada se había distinguido hasta ese momento, y que viene de hecho a poner de manifiesto unos acendrados principios espirituales por completo ausentes en su progenitor. Coggins no duda en considerarlo todo un ¡Sermón de la Montaña!⁸

a. Entender el punto de vista de Dios

El Cronista deja constancia de ese más que notable discurso en 13:4–12, y es de suponer que lo hace porque su fondo y contenido reflejaban sus propios puntos de vista respecto a la situación de Israel en aquellos momentos. Ha de leerse, pues, a la luz de lo que acaba justo de decir relativo a lo bueno y a lo malo de la división del reino bajo Roboam. De ser esa la interpretación correcta de su discurso, puede ciertamente concluirse que lo que Abías parece haber entendido acerca de los caminos de los que Dios se sirve es, resumido en su esencia, que Dios no está dispuesto a quedar atrapado en su propio sistema.

Recordad cómo estaban las cosas diecisiete años atrás, dice, y contrastadlo con la

situación en la que nos encontramos ahora. Era fundamental reconocer de nuevo que el dominio y el señorío de Israel únicamente correspondían al Señor, y tan sólo por delegación podía entenderse esa pertenencia a la casa de David. Ahora, con el tercer sucesor del linaje, el sistema se había colapsado. Jeroboam se había levantado en armas contra él, uniéndosele en el litigio ‘ciertos jóvenes disipados’ que le persuadieron para dar una muy poco sabia respuesta (10:14), dado, además, que él mismo no dejaba de ser ‘joven e irresoluto’. Pero no era así como tenía que funcionar el sistema. Ante esas circunstancias, Dios había permitido que las tribus del norte se separaran, vetando toda reunificación forzosa (10:15; 11:4). Pero la debilidad de Roboam no dejaba de ser una anomalía en el sistema. La norma incluía la presencia de un rey de la dinastía de David que fuera fuerte, y yo cumplo esos requisitos (afirma Abías) – no quizás en cuanto a los números, pero sí en espíritu resolutivo y en perspicacia. Y ahora, una vez más, volvemos a ver el reino del Señor ‘en manos de los hijos de David’ (13:8). Con el cuarto rey de la dinastía, la normalidad ha sido recuperada. Roboam no había logrado ser un auténtico rey davídico; el norte se había escindido del sur; y el mensaje de Dios al respecto es muy claro, ‘Permitidles que regresen.’ Con cada nueva situación se ofrece la oportunidad de empezar de nuevo. Dios no va a quedar atrapado dentro de su propio sistema. Ciertamente que las gentes eran súbditos de Roboam, pero Dios no circunscribió a su pueblo a ese hecho cuando Roboam falló; pasaron entonces a estar sujetos a Jeroboam, pero Dios no espera que se resignen a seguir así, si vuelve a haber un auténtico rey en el sur.

Todo ello nos lleva a una de las cuestiones más debatidas de todo el libro:

b. Entender la situación de Israel

Lo que comprende el nombre ‘Israel’ queda suficientemente claro en Samuel/Reyes. Con la nación dividida, las diez tribus del norte forman el reino de Israel, mientras que las dos tribus del sur pasan a ser el reino de Judá. En cambio, en Crónicas, la cuestión se vuelve bastante más complicada. Hay quien incluso se atrevería a decir que las cosas son justamente al revés: ‘Israel’ es el pueblo de Dios. El verdadero pueblo de Dios lo integran quienes apoyan a la monarquía davídica, por lo tanto ¡Israel es ahora el sur! Pero las cosas son un poco más complicadas.

Veamos, en primer lugar, cómo usa el nombre el Cronista.

Los príncipes de Israel se humillaron ante la invasión por parte de Egipto: ese Israel es el del sur (12:6). Israel se ha levantado contra la casa de David: se trata del Israel del norte (10:19). ‘Todo Israel se ha unido a Roboam en el abandono de la ley del SEÑOR’ (12:1) – por fuerza tiene que estar refiriéndose al sur; un tiempo antes, en cambio, los sacerdotes y los levitas habían huido *hacia* el sur *desde* ‘todos los distritos’ (11:13), que tiene que ser una referencia al norte. Roboam reina sobre ‘los hijos de Israel’ que viven en el sur (10:17), pero su ministro Adoram es muerto a pedradas por ‘los hijos de Israel’ que viven en el norte (10:18). A la vista de todo esto, ha de concluirse, tal como apunta Williamson, que ‘tanto el norte como el sur pueden ser llamados legítimamente “Israel” ’.¹⁰ No es que las tribus del norte se apropiaran del nombre cuando se produjo

la división; la secesión no había sido culpa suya.

Abías distingue ahí entre dos clases de responsabilidades, y al hacerlo así demuestra que ha entendido la cuestión de Israel. Declara sin ambages que ha sido Roboam, no Israel, el causante de la división en origen, y es evidente que ahora es Jeroboam, no Israel, el que está determinado a mantenerla. Si hay que encontrar culpable del lamentable estado en el que se encuentra Israel políticamente, los culpables serán los gobernantes, no el pueblo. Eso no significa que la gente de Israel no tenga responsabilidad alguna en el hecho, sino, más bien, que esa responsabilidad sería de distinta clase. Así, Abías, a pesar de comenzar su discurso con las palabras 'Escuchadme, Jeroboam y todo Israel' (13:4), pasa a ignorar a partir de ese momento al caudillo del norte (haciendo referencia a él como si no estuviera presente), dirigiendo el resto de su alocución a 'los hijos de Israel'. Los gobernantes tienen la responsabilidad de gobernar y el pueblo es responsable de discernir entre un gobierno adecuado y un gobierno inadecuado, y de aceptar el primero y rechazar el segundo. Del pueblo se espera que se someta a la autoridad del Señor, delegada por este en unos líderes escogidos. Pero no se espera de ellos, en cambio, que transijan con cualquier forma de gobierno que se les pretenda imponer con voz tonante, personalidad arrolladora o con visos de legitimidad. El pueblo de Dios debe aprender hoy día esta lección que también tuvieron que aprender en aquel entonces las gentes de Israel: 'Os hablo como a sabios; juzgad vosotros lo que digo.'

c. Entender el sentido de trono y templo

Independientemente de cómo lo consideremos, lo que tenemos aquí es nada más y nada menos que el núcleo central y la esencia misma de lo que el Cronista aspira a enseñar. El trono de David y el templo de Salomón son los dos elementos básicos que aglutinan la fe y la vida de Israel. Fuera de ellos no hay salvación posible. El espacio y el amoroso interés con que se ocupa de ambos elementos indican hasta qué punto son fundamentales en el pensamiento del Cronista: poder de la realeza y adoración sacerdotal, y ambos localizados, por igual, en Jerusalén. Ya vimos en su momento, además, cómo, a través de todo ese dilatado período de preparación para la monarquía, los temas de la realeza y el sacerdocio ya estaban presentes en estado embrionario. Así, a medida que va desarrollándose la historia, tendremos ocasión de seguir oyendo acerca de esa fe representada por los símbolos de la corona y el templo.

Ahora bien, ¿se puede ahí hablar de 'símbolos'? ¿No será más bien el apego del Cronista a determinadas cosas? De ser así, las consecuencias serían graves, y el mensaje del Cronista tan sólo tendría para nosotros un interés meramente académico, porque ni el trono ni el templo existen en la actualidad. Es más, de ser así, cabría dudar incluso del valor que tuviera ese mensaje suyo para su propia generación que, aunque todavía conservaba el templo, carecía ya de trono.

Pero sí, y muy por el contrario, contiene un mensaje tan válido ahora como entonces, y para cualquier tiempo y lugar, tendrá que ver no sólo con posibles signos meramente externos, sino con la cosa en sí significada, es decir, con la esencia de lo

representado. Por lo tanto, no sólo el trono y el templo materiales y tangibles, sino lo que significan y representan. Y si ello es en verdad así, no deberá sorprendernos que ese significado esencial estuviera ya presente en su presentación del pueblo de Israel y los caudillos que lo gobernaban en aquellos, ya lejanos, tiempos en los que el trono y el templo eran todavía una realidad.

Personalmente, estoy absolutamente convencido de que eso es lo que tenemos ahí. Ya hemos podido ver cómo Abías reconocía sus faltas. Así, y aunque 'el SEÑOR, Dios de Israel, dio a David el reino sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos con pacto de sal' (13:5), era al mismo tiempo perfectamente posible que alguno de esos hijos enajenara parte del reino, y que Dios ratificara entonces el derecho a existir de ese nuevo Estado producto de la separación. El rey davídico y el gobierno divino que, se suponía, representaba el rey David, podrían entonces coincidir o no.

Si era así, tal como Abías creía ser en su caso, entonces era obligación del pueblo de Dios reconocerlo. Pero, de no coincidir, tal como había ocurrido con un Roboam 'joven e irresoluto', y en nada parecido a David, entonces el pueblo de Dios no estaba obligado a someterse al trono de Jerusalén.

Lo mismo, creo yo, debe decirse respecto al templo, aunque muchos comentaristas no estarían de acuerdo. Abías está llamando a capítulo al Israel del norte para que se muestre leal al gobierno davídico, que entiende como representado en su propia persona. Al mismo tiempo, está haciendo un llamamiento de vuelta a la fe histórica de Israel; y eso viene a significar sencillamente, *por el presente*, el culto en el templo de Jerusalén. Pero esa posibilidad se había ido también por la borda en tiempos del reinado de su padre, aunque (al parecer) había sido restaurado en tiempos del suyo, de contrastarse el versículo 12:1, 'Roboam... abandonó la ley del SEÑOR', con 13:10, 'Mas en cuanto a nosotros, el SEÑOR es nuestro Dios y no le hemos abandonado'. Esa fe restaurada, al igual que el gobierno restaurado, se centraban, en la práctica, en Jerusalén y conllevaban la presentación diaria de los holocaustos, los panes de la proposición y el candelero, esto es, el templo y lo que éste representaba (13:11). *Pero las cosas no siempre iban a ser así*. Las gentes del norte no son instadas a un retorno al templo de Jerusalén como tal, y lo inadecuado de su actual práctica religiosa se dice que radica en otras áreas, pero no en esa imposibilidad de adorar en ese lugar en concreto (13:9). Pues, ¿qué sucedería si llegara un día en el que ya no hubiera templo donde adorar? Y, en cuanto al trono, la propia generación del Cronista ya había tenido que plantearse semejante cuestión.

Abías, en cambio, y a pesar de que 'anduvo en todos los pecados que su padre había cometido antes de él' (1 R. 15:3), en un momento de clara percepción, capta la profunda verdad de todo ello. Así, lo que en realidad importa es la *cualidad* de un gobierno genuinamente divino y santo, evidenciado por los reyes de la dinastía davídica, cuando obraban en la forma debida, y, asimismo, su justa correspondencia con lo visto en el templo de Salomón en su correcto funcionamiento. Aquellos líderes, pues, que fomenten una observación consecuente de los principios fundamentales, serán los que a pesar de posibles circunstancias cambiantes adversas, en verdad y en

consecuencia puedan decir, al unísono con este rey no modélico, ‘Nosotros guardamos la ordenanza del SEÑOR nuestro Dios’ (13:11).

Asa: el patrón básico

2 Crónicas 14–16

‘Y Abías durmió con sus padres... y su hijo Asa reinó en su lugar... Y Asa hizo lo bueno y lo recto ante los ojos del SEÑOR su Dios’ (14:1–2). Lo que tenemos ahora aquí es algo nuevo; y aunque pueda parecer extraño decirlo, lo primero que deberíamos notar acerca de Asa es que es personaje muy *real*, algo a resaltar por dos razones principales. En primer lugar, porque Asa es un ser humano, verdaderamente de carne y hueso, y ello en agudo contraste con la idealización, por parte del propio Cronista, de personajes como David, Salomón, Roboam y Abías (a pesar de ser también, lógicamente, seres reales), y, en segundo lugar, porque Abías es para el Cronista un personaje muy tangible en comparación con el casi de ficción en que lo convierten otros autores.

De David y Salomón se nos ha ido presentando un retrato muy selectivo para ofrecernos, en cambio, una visión panorámica de los ideales fundamentales que están en la base del gobierno del pueblo elegido por Dios. Los dos reyes que les habían sucedido no habían descollado como ejemplos del modo en que habían de ser puestos en práctica esos principios, aunque algunos de los hechos ocurridos durante sus respectivos reinados habían servido para clarificar aspectos importantes relacionados con ello. Así, pues, parece llegado el momento de ver de qué manera la realeza davídica, como gobierno para el pueblo instituido por Dios, va a funcionar en manos de simples seres humanos, cargados, eso sí, de buenas intenciones y sinceramente temerosos de Dios. Necesitamos ejemplos del funcionamiento de esos principios fundamentales en medio de la gente común, de cómo los líderes deberían ejercer un verdadero liderazgo y de cómo quienes son liderados han de discernir los hechos. En Asa, tenemos el ejemplo adecuado.

La otra razón para enfatizar esa naturaleza tan real es que, tal como se ha ido señalando con cierta asiduidad, al propósito del Cronista sólo le sirven las realidades. Cabe siempre, claro está, la posibilidad de seleccionar y disponer los hechos con el propósito definido de resaltar las características principales de un tema en concreto (sobre todos si el lector tiene conocimiento de aquello que se está omitiendo). Y eso es justamente lo que el Cronista se permite a sí mismo sin asomo alguno de cargo de conciencia. Pero en cambio, es, algo muy distinto alterar o incluso inventar hechos y datos con el fin de crear un efecto que la historia en sí ni garantiza ni respalda.

Debemos abstenernos, sin embargo, de emitir juicio respecto a la honestidad, o lo que quiera que sea, de la denominada 'creatividad teológica'. Lo que más chocaría al respecto sería su total carencia de sentido. Si Dios no hizo en realidad tal y cual cosa, ¿qué clase de enseñanza acerca de él hemos de aprender de unas aseveraciones ficticias que pretenden lo contrario?

Por todas esas razones, pues, la exposición que sigue, concerniente a los capítulos 14 a 16, asume como verdad histórica su núcleo esencial, y tiene su inicio con un comentario relativo al modo en el que el Cronista ha dispuesto el material, y ello, lógicamente, antes de pasar a considerar en orden sucesivo el contenido específico de cada uno de esos tres capítulos.

1. El plan del Cronista

A no ser que el lector opte por quedarse simplemente en la superficie de las cosas, todo lo que pueda encontrar en el sustrato inferior va a ser un montón de problemas relacionados con la cronología del reinado de Asa. El orden aparente de las cosas sería el siguiente. Asa accede al trono, produciéndose un 'período de paz' de diez años de duración (14:1); tiene lugar entonces una invasión etíope que es repelida con éxito, celebrándose con grandes festejos el décimo quinto aniversario de su acceso al trono (14:9–15:10); no vuelve a producirse ningún otro episodio bélico hasta el año trigésimo quinto de su reinado (15:19); Baasa, vecino suyo en el norte, le ataca en el año trigésimo sexto de su reinado (16:1); Asa cae enfermo 'en el trigésimo noveno año de su reinado', y muere en el año cuadragésimo primero de su acceso al trono (16:12–13).

El problema reside en su mayor parte, si bien no por completo, en dos versículos en concreto: 15:19 y 16:1. El relato del Cronista da la impresión de ser inexacto habida cuenta de que, para el año trigésimo sexto de su reinado, Baasa ya llevaba muerto diez años (1 R. 16:6, 8). Por otra parte, también puede dar la impresión de falta de consistencia, dado que, cuando en 15:19, dice (taxativamente) que 'no hubo guerra' hasta el año trigésimo quinto del reinado de Asa, está haciendo caso omiso de la invasión etíope que el propio Cronista había mencionado ya en 14:9, y ello por no hablar de la repetida afirmación en Samuel/Reyes que 'hubo guerra entre Asa y Baasa, rey de Israel, todos sus días' (1 R. 15:16, 32). Y surge, entonces, la sospecha de partidismo tanto por esa aparente desaprobación del relato de Samuel/Reyes tal como está ('¿Asa, con lo buena persona que era, acosado por guerras y enfermedad? ¡Impensable!), como por la inserción de material extra que viene a explicar esas calamidades.

Sin embargo, si partimos de la base que el Cronista está genuinamente interesado en registrar hechos reales, surgirían entonces dos problemas a los que dar solución, uno de índole mayor y otro ciertamente de orden menor, para estar entonces en posición de trazar la cronología del reinado de Asa tal como quizás fue en realidad.

El problema de índole mayor tiene que ver con los años especificados en 15:19 y 16:1. Si hacen realmente referencia a fechas concretas dentro del 'reinado de Asa', surge entonces un conflicto con todos los demás datos fácticos, tal como ya hemos

podido comprobar (y tal como el Cronista y los lectores en su época ya debieron constatar). Thiele sugiere, junto con otros estudiosos más, que esas cifras hacen referencia en realidad a años únicos específicos, esto es, el año ‘treinta y cinco’ y el año ‘treinta y seis’ *a partir de la división del reino*, queriendo decir 15:19 que ‘no hubo guerra en el reino de Asa hasta el año 35 de su reinado’, entendiéndose ahí, claro está, el reino de Judá. Si esto fuera así, y si el problema de índole menor – si es que en verdad había conflicto bélico anteriormente con Baasa – queda solventado al hacerse evidente que los dos reinos estaban en perpetuo estado de ‘guerra fría’, que no estalló en abierta conflagración hasta los sucesos de 16:1, entonces el plan del Cronista en lo que respecta al reino sería como sigue. Roboam reinó durante diecisiete años, y Abías durante tres, con lo cual Asa se convirtió en rey en el año 20 del reino registrándose entonces diez años de paz (14:1). Los acontecimientos reflejados en 14:1–8 o bien se encuadran en ese período, o son una descripción general del reino en su totalidad. La invasión etíope (14:9) fue la primera guerra armada de Asa, acaecida en el año 35, y a eso hace referencia 15:19; el conflicto se saldó con victoria para Judá, hecho que fue celebrado con grandes festejos, y algo que 15:10 data precisamente en ese año, el décimo quinto del reinado de Asa. Mientras tanto, la ‘guerra fría’ con Baasa estaba empezando a ‘calentarse’, tal como parece indicar la anexión, por parte de Asa, de algunos montes efraimitas (15:8); y esas deserciones en masa del norte hacia el sur tras la victoria del año 35 dieron pie al intento, por parte de Baasa, en el año 36 (16:1), de poner fin a tan lamentable caso. Para entonces, Asa llevaba dieciséis años como rey, y la grave enfermedad que puso fin a su vida no la contrajo hasta mucho tiempo después (16:12–13).

Como se verá, esta secuencia narrativa no puede calificarse fácilmente de simplista, defecto que suele imputársele al Cronista, aduciendo que presenta el problema como consecuencia directa del pecado y que sostiene que la virtud o el arrepentimiento producen bendición inmediata, siendo, pues, esta versión suya variante ‘mejorada’ de lo registrado en Samuel/Reyes. Pero la realidad del caso es que el Cronista ha logrado mostrar, por una parte, que la vida resulta en la práctica un poco más complicada que todo eso y, por otra, que así es cómo acaban las cosas al final. Por tanto, su supuesta doctrina de ‘retribución inmediata’, no muy diferente de lo aducido por los amigos de Job, es casi prácticamente lo opuesto de lo que el Cronista enseña de hecho; algo que puede fácilmente comprobarse si nos detenemos a considerar la profecía de Azarías en el capítulo 15.

Mientras, examinemos los comienzos de un rey imperfecto, pero de bondadoso corazón, y profundamente humano.

2. El corazón de un rey (14:1–15)

Salía del corazón de Asa ser un buen rey para el pueblo de Dios. La concepción según la cual el mal engendra maldad tiene que dar entrada por fuerza en algún momento a la gracia, porque, de no ser así, las consecuencias serían impensables. Y es que en ningún momento constatamos que el Cronista tenga que reescribir la historia de

forma tal que los malos padres produzcan, como norma, malos hijos. Así, el deseo que evidencia Asa de querer hacer 'lo bueno y lo recto' (14:2) no parece haberlo heredado ni de su padre ni de su abuelo, teniendo en cuenta Samuel/Reyes. Si hemos de inferir que, tras el breve reinado de Abías, Asa accedió al trono siendo todavía menor de edad, con Maaca, como reina madre, en completa y reprensible evidencia, tampoco sería particularmente positiva la posible influencia ejercida por ella (15:16). Pero, independientemente de su fuente de origen, lo importante es que había buen propósito, y el capítulo 14 nos brinda la oportunidad de verlo actuando.

Antes de nada, analicemos el objetivo de Asa. Su muy clara intención es cumplir debidamente con las responsabilidades de ese liderazgo que le ha sido transmitido, que, en palabras de su padre, consiste en 'el reinado del SEÑOR que está en manos de los hijos de David' (13:8). Reinado y sacerdocio son dos funciones distintas, pero no dejan por ello de ser ambas responsabilidad suya en alguna medida. Como rey, quiere que su pueblo rinda adoración a Dios en la forma debida, y que sean asimismo objeto de un buen liderazgo. Así, con ese primer objetivo en mente, se ocupa de poner coto a los varios abusos que se habían ido filtrando en la práctica religiosa de Judá con el paso del tiempo (14:3–5). Algunas de esas irregularidades o abusos tenían que ver con las prácticas foráneas introducidas por las esposas paganas de Salomón: una fe distinta, culto a un dios ajeno, incitación a dudar del carácter único de Yavé como fuente y origen de salvación (así lo corroborarían nuestros padres). En fin, Astarté, Milcom, ¿qué más da uno que otro; todos vienen a ser lo mismo, no? Otra irregularidad serían las contaminantes creencias cananitas locales, disfrazadas ahora, evidentemente, con terminología israelita (la columna ante la que rendimos culto es tan bella, que cuesta trabajo creer que Yavé no esté ahí). Es, pues, tarea de Asa como líder que se distinga como es debido entre contaminación por culto foráneo y la religión de los propios padres y los antepasados, y que, en consecuencia, la verdadera fe de Israel vuelva a ser practicada en toda su pureza. Y, de hecho, el Cronista sitúa esta reforma de fondo encabezando los logros totales de Asa, con lo cual es factible asumir que no destruir los lugares altos en 1 Reyes 15:14 hace referencia a los territorios (israelitas) del norte que el Cronista menciona más adelante (15:8, 17).

A Asa le preocupa, además, la seguridad política de su pueblo, por lo cual se incluye ahí una descripción completa de la construcción, fortificación y dotación armamentística de ciudades estratégicas (14:6–7). Sin embargo, no se ha de ver ahí una falta de fe y un recurrir a medios de defensa humanos en detrimento de lo espiritual; se desprende, con toda claridad, de la secuencia en sí que, en última instancia, Asa no deposita su confianza en los pertrechos de defensa. Se trata, por el contrario, de ver en esos recursos materiales una recompensa por una vida que actúa con orden y con santidad. Y, en cualquier caso, ese cuidarse de su pueblo por parte de Asa es de índole tanto práctica como espiritual. El reino davídico se ve ya reducido, transcurridos tan sólo veinte años desde la muerte de Salomón, a circunstancias mucho menos favorecedoras; pero, comparativamente, también en situación muy diferente a la imperante en tiempos de su bisabuelo, por lo que Asa busca recuperar ahora la cualidad de fe y vida que caracterizaba a ese pasado glorioso.

La faceta militar de todo esto se hace evidente no sólo en esa fortificación de las fronteras, sino igualmente en la creación de un más que respetable ejército integrado por nada menos que 580 unidades, tanto de armamento pesado como ligero (14:8). Este apunte relativo a los efectivos militares hace de puente para introducir el párrafo siguiente. El conjunto de todos esos preparativos, tanto espirituales como seculares, pronto se ven puestos a prueba. El primer gran reto militar en la carrera de Asa sería esa invasión sufrida por parte del ejército egipcio (14:9ss). Pero, antes de pasar a considerar ese momento detalladamente, conviene detenerse a examinar de nuevo los versículos del principio del capítulo, con el fin de entender mejor qué era lo que alentaba tras esa estrategia del rey.

Resumido en su esencia, no es ni más ni menos que la fe. Algo fácil de decir, y más fácil aún de olvidar. Pero, entendido en toda su profundidad, es una adecuada relación con Yavé como Señor de todo, el verdadero Dios del pacto. Conocerle y confiar en él está en la base de todo cuanto Asa hace. Él sí que puede, en justicia, hablar al pueblo de 'El SEÑOR, mi Dios' (14:2), de 'el SEÑOR, Dios de sus padre' (14:4), y de 'el SEÑOR nuestro Dios' (14:7). Cada una de esas afirmaciones tiene sus repercusiones. Está, por un lado, el conocimiento individual del Señor por propia experiencia, y ello por ser Asa un ser de carne y hueso, no un personaje de ficción o cartón-piedra, que experimenta en su vida personal aquello que proclama: existió en verdad un rey llamado Asa que había depositado su fe en Yavé, Dios *suyo*. No debería hacer falta decir (aunque, quizás, sí) que el primer requisito a cumplir alguien con vocación a ser líder del pueblo de Dios es precisamente esa relación a título personal con Dios. Lo cual aboca a decir también que requerir de todos los creyentes una experiencia de conversión estereotipada y al uso *no* es, ni de lejos, lo que debe esperarse o, menos aun, imponerse a todos y cada uno de los creyentes, y ello por no ser en absoluto lo que se da a entender en la expresión 'el SEÑOR su Dios'. Dios puede haberme traído a mí a la fe por una ruta muy distinta a la tuya. La cuestión vital es que lleguemos a un punto en el que ambos podamos decir, al igual que Tomás, '¡Señor mío y Dios mío!'

Pero si la fe fuera algo puramente individual, se correría el riesgo de caer en lo puramente privado y subjetivo. Sabemos que Asa no cayó en esa trampa cuando le oímos mencionar 'al SEÑOR, Dios de nuestros padres' al dirigirse al pueblo. La suya es una fe tanto histórica como individual. Quienes ven la luz de la verdad por primera vez suelen preguntarse a sí mismos, por completo maravillados, '¿Cómo es que no había visto todo esto hasta ahora?'. Algo, por cierto, de lo más natural y verdadero. A lo que suelen añadir, '¿Cómo es que nadie se había dado cuenta de esto antes?'. Algo comprensible, pero que no se corresponde con la verdad del asunto. Ese entusiasmo desbordante del que por vez primera ve las cosas desde una perspectiva tan distinta se presta, de suyo, a incurrir en excesos perjudiciales, locuras impensadas y flagrante pecado de pretender que 'Nosotros fuimos los primeros en llegar a ese ancho y silencioso mar', y no se es, al mismo tiempo, lo suficientemente humilde como para contrastar y sopesar los propios hallazgos con la fe histórica conservada y mantenida por la iglesia a través de los tiempos. Pues, sin duda, conocer 'al SEÑOR, Dios de nuestros padres' no sólo nos ayuda a moderarnos, sino que, asimismo, nos da fuerzas y

aliento para seguir adelante.

Llegados ante el Dios de nuestros padres,
su Roca es ahora nuestra salvación;
sus brazos eternos, morada de amor,
do habitamos nosotros
en su abrigo y protección;
te traemos ahora, oh Señor,
la alabanza de antaño,
de tus santos, loor,
y así lo ha de ser siempre
de generación en generación.

Tal como la fe individual pone de manifiesto la preocupación del Cronista por ilustrar verdad tan evidente mediante ejemplos reales, así igualmente la fe histórica concuerda con ese concepto suyo de un Dios que se comunica y se ocupa de su pueblo de forma regular en el transcurso de lo cotidiano. El Dios de aquella generación viene ahora a ser también Dios de la nuestra. Todos formamos parte de un todo *in continuum*.

El fuego divino que sus pasos guió
refulge aun brillante en derredor;
el escudo divino de su protección
se extiende en lo alto,
desechando el temor;
pecadores rescatados por gracia,
débiles criaturas de renovado vigor,
Él vence, Él restaura. Digno es de loor.

En última instancia, pues, la fe ha de ser algo corporativo. Pero es evidente que no siempre será así. Eso es algo que podremos comprobar en el reinado del último de los 'hijos de David' digno de tal reconocimiento, y ello tres siglos más tarde a partir de este momento, cuando el líder correspondiente se vio incapaz de hacer que su pueblo le siguiera, marchando él, aun así, hacia delante. Pero feliz, en cambio, el hombre que se sabe y reconoce a sí mismo como parte de una comunidad de creyentes, que aspiran a avanzar corporativamente en el servicio a Dios, y que pueda en rigor y en verdad decir '¡Oh Señor y Dios *nuestro!*'.

Habiendo considerado las intenciones de Asa y la fe que había tras ello, lo que vemos en el resto del capítulo es la justificación de su política. La virtud no siempre da como resultado la paz, ni tampoco el conflicto obedece siempre a un pecado. Las más que bienintencionadas aspiraciones de este monarca, tan sólido en sus convicciones, desembocaron alternativamente en guerra y en paz. Y de ambas cosas se va a dar razón. 'En sus días... hubo paz'; 'el reino tuvo paz con él'; 'el país estaba en paz y nadie estaba en guerra con él durante aquellos años, porque el SEÑOR les había dado

tranquilidad' (14:1, 5, 6). Pero entonces salió contra ellos 'Zera el etíope con un ejército de un millón de hombres y trescientos carros'. Fueran cuales fuesen las cifras reales, la predicción acerca del desenlace, tal como había sido también el caso en la batalla entre Abías y Jeroboam (13:3), era de auténtica puesta a prueba de la fe de Asa en su Dios, el Dios de sus padres, y el Dios de su pueblo. Su fe queda patente en 1:11. La primera de esas frases entraña cierta dificultad: la versión de la JB es 'No hay nadie más que tú para ayudar en la batalla entre el poderoso y los que no tienen fuerza.' La segunda consiste en una auténtica 'perla', que tanto abundan en Crónicas, aunque puede, quizás, que más familiar en la AV: 'En ti nos apoyamos y en tu nombre hemos venido contra esta multitud.' (¿Cuántos serán los que hayan cantado este himno sin saber que su letra se basaba en este texto?). La tercera resume la confianza que caracteriza al pueblo del Señor en esas circunstancias: al encontrarse inmersos en el conflicto, no se lo plantean como una lucha entre dos ejércitos opuestos, sino como de Dios contra el hombre. Una certidumbre así no es fácil de sentir, pero, cuando se convierte en experiencia muy viva, trae consigo una percepción insólita de que alguien más grande que el propio rey ha asumido el mando y que es Dios el que, en realidad, está ahora dirigiendo el ejército. 'El SEÑOR derrotó a los etíopes', 'el terror del SEÑOR había caído sobre ellos', 'fueron destrozados delante del SEÑOR y delante de su ejército' (14:12, 14, 13). Y así es como vinieron a quedar reivindicadas tanto la fe como las intenciones de Asa.

Y justo entonces, le llega a él palabra del Señor al volver victorioso.

3. La palabra del Señor (15:1–19)

Esa palabra llega, clara y poderosa, y verdadera, pues, aunque venga por boca de Azarías hijo de Obed, la voz es la del Espíritu de Dios. Y es muy sencilla. Su esencia queda resumida en 15:2b: 'Si le buscáis, se dejará encontrar por vosotros, pero si le abandonáis, os abandonará.' Aunque, pensándolo bien, no tan simple si recordamos que, en el capítulo anterior, ese 'buscar', esto es, la obediencia de Asa (14:2), no habría producido un 'encontrar', esto es, su triunfo (14:2), sin el trauma previo del ataque egipcio aconteciendo entre uno y otro. Pero tanto si los incidentes de los que el Cronista decide dejar constancia ilustran el principio desde su núcleo central, o si lo hace, alternativamente, partiendo de la vida ordinaria, como es el caso aquí, la cuestión es que demuestra con ello, y de forma constante, 'la correspondencia fundamental existente entre una acción y el resultado de la misma.'

A este rey que regresa le llega la palabra del Señor por medio del profeta. Al igual que con la práctica mayoría de los hijos de David, estos capítulos son más un retrato del hombre que de su reinado. Su carácter y sus logros componen el tema de 14:1–8. Su fe ya ha sido puesta a prueba en el enfrentamiento con Egipto (14:9–15). Ciertamente, cómo negarlo, que el mensaje está dirigido a toda la nación, pero, aun así, su principal destinatario es el propio rey (15:2).

La palabra de Azarías contiene algo más que mera exhortación o la proclamación de unos principios espirituales. El grueso de su contenido lo constituye ese repaso a las experiencias de Israel. Hay quien ve aquí profecía en el sentido de 'predicción' (15:8),

por lo cual debería leerse 'Israel se quedará sin el Dios verdadero', apuntando de hecho hacia ese futuro tiempo del exilio. Sin embargo, es bastante más que probable que la mirada sea retrospectiva, al tiempo de los jueces descrito en las Escrituras en términos similares, una secuencia en la que primero Dios castiga el pecado 'con toda clase de adversidades' (15:6), y después el arrepentimiento hace que su pueblo se vuelva a él y las adversidades cesen (15:4).

Como resultado del mensaje del profeta, tiene lugar entonces una reforma religiosa a escala mayor (15:8–19). Asa es parte principal de esa iniciativa, pero la multitud que convoca a su alrededor está igualmente comprometida. En su conjunto, representan al verdadero Israel, y no sólo como muestra de las gentes del sur, sino que también se suma al proyecto un gran número de gentes del norte que son conscientes de lo que Dios está haciendo (15:9). Incluso se ejerce disciplina con una mujer tan formidable como Maaca, nos informa el Cronista, a no dudar con la intención de hacernos ver ¡el coraje de Asa (15:16)! Con todo, la principal impresión que nos deja esta segunda mitad del capítulo 15 es que 'todo Judá se alegró... porque habían jurado de todo corazón, y le habían buscado [al Señor] sinceramente' (15:15).

Sin duda, no es algo fortuito que la palabra del Señor sea mostrada como mensaje a título individual que le llega a Asa en primera instancia, poniendo de relieve las intervenciones directas de Dios en la historia, y esperando al mismo tiempo suscitar una respuesta corporativa por parte del pueblo. Y, al igual que fue hecho evidente ya en el capítulo 14 que es el Dios de Asa, como Dios asimismo de sus padres y de su pueblo, el que está hablando por su Espíritu por boca del profeta, la verdad del contenido esencial del pasaje queda así debidamente subrayada. ¡Cuán cercana al corazón del Cronista está la necesidad de continuo recuerdo del mensaje divino que se desprende del devenir de la historia! Es exactamente lo que cabría esperar de un predicador que ve claramente la unidad del pueblo de Dios, a través de los tiempos y pese a tantas vicisitudes, como fiel reflejo y testimonio de la propia permanencia y constancia de Dios a su lado, así como de la regularidad en ese trato y conocimiento mutuo. 'Una iglesia, una fe, un Señor.'

4. La voz del mundo (16:1–14)

Ya consideramos en su momento el problema que plantea 16:1 con respecto a la datación del ataque a Asa por parte de Baasa. De más importantes consecuencias aún para el mensaje del libro es el problema que surge con 16:2–3. ¿Cómo puede ser que, como medio para combatir la amenaza que supone ese vecino del norte, 'Asa sacó plata y oro de los tesoros de la casa del SEÑOR de la casa del rey, y los envió a Benadad, rey de Aram, que habitaba en Damasco, diciendo: "Haya alianza entre tú y yo" '? Esa clase de actuación es típica de los líderes de este mundo, que nada saben de Dios y que, por lo tanto, no confían en él. Ahora bien, ¿cómo es posible que un líder tan lleno de dones y cualidades, cuyo corazón además había estado centrado en el buen camino a seguir, y a quien le había sido confiada de forma directa la palabra del Señor confirmándolo, ahora, en el momento de crisis, vaya a hacer caso de la voz del mundo en lugar de escuchar a Dios? ¿Cómo podía ser posible?

Pero, pensándolo mejor, tal vez eso no sea un problema después de todo. Tan sólo tenemos que volver la mirada a la propia experiencia personal para comprobar lo rápidamente que puede suceder algo así. No es cosa difícil reconocer la autoridad de la palabra del Señor y, en la práctica, en cambio, hacer caso de esas otras voces que parecen sugerir cosas más atractivas, eficaces y hasta prudentes.

Este capítulo nos permite observar precisamente a un tiempo la sutileza y la fuerza de esa oportunidad que con tanta facilidad se abre camino en la mente de Asa. La ciudad fronteriza de Ramá, importante enclave estratégico, es capturada y fortificada en contra suya por ese enemigo que es ahora el rey de Israel (16:1), suceso que le impulsa a concertar alianza con Ben-hadad, rey de Siria, quien podrá entonces ejercer presión sobre la frontera del propio Baasa en el norte, logrando así que se retiren las tropas del Israel de su frontera con el sur. Lo que convierte a ese esquema en algo tan sutilmente atractivo es, sobre todo, que Asa dispone de los efectivos necesarios para llevarlo a la práctica. Recordemos, tiene la 'plata y oro de los tesoros de la casa del SEÑOR' (16:2), y puede ofrecerle a Ben-hadad suficiente incentivo económico. En segundo lugar, cuenta con un precedente para obrar así: 'Haya alianza entre tú y yo, como hubo entre mi padre y tu padre' (16:3). En apariencia, Abías tampoco había tenido escrúpulo alguno en forjar alianza con los sirios de Damasco. De hecho, puede incluso que Asa hubiera tenido como justificación para sus maniobras políticas a David y a Salomón. En tercer lugar, ¡el mayor y más sutil peligro de todos radicaba en las muchas probabilidades de éxito que tenía esa línea de actuación política! Los tesoros del templo se saquean para poder efectuar el correspondiente pago a Siria, y los sirios responden atacando a Israel desde el norte, desapareciendo así la amenaza para el reino del sur. Como consecuencia de todo ello, 'Asa trajo a todo Judá, y se llevaron las piedras de Ramá y la madera con que Baasa había estado edificando, y con ellas fortificó Geba y Mizpa' (16:6). La sabiduría mundana le confirma a Asa que esas cosas son posibles, que era algo hecho ya con anterioridad, y que había dado buenos resultados. Lo que no se le dice en cambio, es que todas ellas son cosas que no se deben hacer. Las piedras de Ramá, al igual que las piedras de Jerusalén muchos años después, podrían haber revelado la verdad de todo el asunto; pero, al igual que en la ocasión posterior, no era necesario semejante milagro, pues Dios iba a enviar a su profeta Hanani con palabras de reproche para el rey.

En esto, un tanto irónicamente, vemos la prepotencia de la sabiduría mundana que se había adueñado de la mente de Asa. El mensaje de condenación del vidente le hace ver adónde le ha llevado su incredulidad: 'Por cuanto te has apoyado en el rey de Aram y no te has apoyado en el SEÑOR tu Dios' (16:7), consiguiendo, en efecto, lo que él consideraba buenos resultados (desmantelar Ramá, 16:6), pero perdiéndose con ello las mejores cosas que Dios había preparado para él (derrota no de Israel, sino de la propia Siria, 16:7b). La experiencia de la invasión de Egipto, cuando en verdad había depositado toda su confianza en el poder del Señor y había alcanzado así la victoria, actuaba ahora como recordatorio de una actuación suya muy distinta. Así, le llega una nueva revelación acerca de la grandeza de Dios en frase memorable dentro del libro: 'Los ojos del SEÑOR recorren toda la tierra para fortalecer a aquellos cuyo corazón es

completamente suyo' (16:9). Asa no tenía por qué apoyarse en su propio juicio político, pues Dios ya se encarga de juzgar las situaciones y obrar en consecuencia. Por eso, la primera y más esencial necesidad de un líder es mantenerse en sintonía con Dios.

Y es, pues, por todas estas razones por lo que, un tanto lamentablemente, comprobamos la fuerza de la influencia del mundo, que hace que incluso las grandes palabras proféticas sean desoídas. Asa, recibiendo mensaje y reprimenda directa divina por su absoluta falta de fe, reacciona con ira y hace encarcelar a Hanani. Y no sólo eso, pues, probablemente irritado por las simpatías que despertara el desafortunado vidente, esa ira suya se hace extensiva a otros a los que también oprime y maltrata. Así, cuando en el transcurso del tiempo, Asa cae enfermo, un hombre que se había mantenido tan firme creyente en todo momento, y cuya fe había sido tan bendecida por Dios, 'no buscó al SEÑOR, sino a los médicos' (16:10, 12). Poca duda puede caber, pues, que su relación con el Señor había llegado a ser prácticamente inexistente.

Lo que al final queda es la historia de un creyente responsable, con sus éxitos y sus fracasos. Pero aunque esos fracasos suyos sean imputables a defectos de su carácter, que vienen a hacerse patentes en la última etapa de su reinado, su pueblo no dejó por ello de reconocer su grandeza como líder, rindiéndole honras con un magnífico funeral (16:14). Asa fue, de hecho, el primer monarca de la línea de David y Salomón considerado digno de tal honor. Las lecciones que podemos derivar de su reinado, pues, son muy sencillas y fáciles de comprender. El Cronista ya las había bosquejado con anterioridad, y no dudará en hacerlo de nuevo donde sea necesario, siendo su repetición una lección en sí misma: 'A mí no me es molesto escribiros otra vez lo mismo, y para vosotros es motivo de seguridad', confirma el apóstol Pablo. Cuando Asa confió en el Señor, fue caudillo fuerte; cuando dejó de hacerlo, la debilidad se enseñoreó de él. La bendición del Señor es para quienes ponen su confianza en el Dios de la alianza y, cuando dejan de apoyarse en él, las consecuencias se dejan sentir. Y ello aun disfrutando de una misericordia siempre inmerecida.

Josafat: el pastor en su debilidad

2 Crónicas 17–20

En una coyuntura dramática durante el reinado de Josafat, viene a él palabra del Señor y asimismo a ese otro monarca, Acab, justo en un momento en el que ambos están preparándose para una campaña militar conjunta. El profeta Micaías, anticipando la derrota de esas fuerzas combinadas de norte y sur, declara: 'Vi a todo Israel esparcido por los montes, como ovejas sin pastor' (18:6). Si Israel es el rebaño, sus reyes han de ser los pastores. La imagen gráfica, frecuente entre los profetas del

Antiguo Testamento, y ya destacada en relación a los reinos de David y Salomón,² va progresivamente adquiriendo mayor sentido según va desarrollándose la historia de los reyes de Judá. David y Salomón son imagen, en el marco de una monarquía del antiguo Próximo Oriente, del gobierno ideal del pueblo de Dios. Como respaldo suyo, y a un nivel superior, está el reino eterno de Dios, que ellos representan en alguna manera a su nivel. Así, mucho después de ellos, en unos tiempos en los que la monarquía era realidad visible tan sólo según discernimiento del profeta, haría su aparición en la tierra 'el reino de nuestro Señor y su Cristo'. En cada situación intermedia, al pueblo de Dios se le conmina a que entienda que, con independencia de posibles circunstancias cambiantes, están bajo un gobierno que se rige por esos mismos principios. Así es como la figura del pastor, del responsable, coadyuva al entendimiento de la forma en que el Cronista predica partiendo de los hechos históricos. Los reyes vienen a ser, pues, una sucesión de pastores cuya función es cuidar de su rebaño, y que, por lo tanto, siendo hombres de 'pasiones semejantes a las nuestras',⁴ son ejemplos para cualquier otro posible pastor que esté cuidando asimismo del rebaño de Dios. Cada rey, si es fiel a su llamamiento, 'sirve el propósito de Dios en su propia generación', y en el marco de una monarquía oriental, su llamamiento conllevaba realizar, dentro de una variedad de situaciones, lo que todo líder responsable está llamado a hacer en su iglesia.

El modelo propuesto puede, cómo no, inducir al equívoco. Así, parecería justificar un estilo de liderazgo, dentro de la iglesia cristiana, que funciona como una autocracia de competencia absoluta; y son muchas las congregaciones en las que así se funciona – todo el poder y todas las tareas en manos de un líder monárquico. Pero, a este respecto, hay que tener en cuenta dos cosas.

Por una parte, la monarquía formaba parte intrínseca del molde político en el que, por ese período limitado, Dios había colocado a su pueblo. Los días de los grandes reinados hebreos hacía tiempo que eran cosa del pasado, y no debería sorprendernos descubrir que lo cambiado no ha sido el principio, sino la forma que lo pone de manifiesto; así, en el Nuevo Testamento se plantea con meridiana claridad un liderazgo corporativo dentro de la iglesia, y no un único 'hombre orquesta'. De hecho, incluso los reyes israelitas sabían ya algo de ese ministerio compartido, consultando para ello a consejeros y profetas, desempeñando los hijos, a su vez, una especie de co-regencia, y es bastante lo que tendremos que aprender de ellos en el apartado de lecciones de sesgo neotestamentario en relación al tema.⁷

Por otra parte, el pastoreo cristiano funciona en muy diferentes niveles: hay quien pastorea grupos reducidos, hay quien pastorea grupos de grupos, y hay quien pastorea pastores. Una consecuencia de todo esto es que una estructura eclesial tipo podrá, en ocasiones, parecerse bastante a esa 'pirámide' del Antiguo Testamento en la que el rey es el vértice. De hecho, incluso la iglesia del Nuevo Testamento combinaba liderazgo compartido con la 'supervisión de los supervisores', como era el caso con Timoteo y Tito.

Pero el principio como tal debería estar muy claro. No estamos hablando aquí ni de democracia, por un lado, ni de autoritarismo, por el otro. Es Dios el que ejerce el gobierno y el que delega responsabilidades, y el que espera que surja el debido

liderazgo de entre su pueblo, y ello en forma de caudillaje que no sea dictatorial pero que no carezca de fuerza y vigor.

Así, pues, con esta forma de pastoreo en mente nos aproximamos ahora al reinado de Josafat. Podría decirse, con toda honestidad, que este hombre modélico es uno de los personajes favoritos del Cronista, y ello simplemente juzgando el espacio que le concede. Samuel/Reyes no había proporcionado más que un mero bosquejo de su reinado (1 R. 15:24; 22:41–50), incluyendo la historia de la alianza con Acab, ya mencionada anteriormente (1 R. 22:1–40). El Cronista, en cambio, amplía ese único capítulo a un total de cuatro bien trabados y, al proporcionarnos un retrato más completo de Josafat, lo que hace es destacar una faceta de la personalidad del rey que puede parecer realmente sorprendente. La impresión que persiste en esta presentación de Josafat no es la de que fuera un hombre bueno, aunque sí lo era, sino que se nos muestra al pastor del pueblo de Dios en toda su frágil y muy humana debilidad.

Ésta no es una característica que resulte obvia desde el principio mismo. El Cronista comienza en el capítulo 17 con una nota positiva. Aquí, al igual que en parte del capítulo 19, discernimos uno de los tres cabos que habrán de entrelazarse para configurar la historia de Josafat.

1. Un base para el cuidado pastoral (17:1–19; 19:4–11)

Estos dos pasajes un tanto extensos, intercalados en el bosquejo general de Samuel/Reyes, y partiendo además de otra fuente, nos muestran la actividad de Josafat como pastor de su pueblo. Por su contenido, contradicen la idea que suele tenerse del Cronista como partidario de una religión ‘quietista’, esperando que Dios actúe mientras se observa pasivamente. Pero, en realidad, el Cronista está a favor tanto de la espera como de la acción. A esa doble intención obedece la cita de las proverbiales palabras de Asa, padre de Josafat: ‘En ti nos apoyamos y en tu nombre hemos venido’ (14:11 BA). Y con idéntico propósito, y efecto, presenta la historia de Josafat. A su debido tiempo, pues, vendrá a hacerse evidente la confianza que este hombre pacífico ha depositado en la gracia y el poder de Dios. Pero, de quedarnos sólo con eso, nos estaríamos privando de otra faceta suya, una fe que ‘actuaba juntamente con sus obras’, y ‘como resultado de las obras, la fe fue perfeccionada’. Lo que el Cronista constata ahí es justamente que la gracia opera a través de la naturaleza, y que el Dios que gobierna Judá lo va a hacer por medio de un virrey suyo muy humano.

Para empezar, Josafat cultiva con esmero su relación personal con Dios. Así, ‘anduvo en los primeros caminos de su padre David’, ‘buscó al Dios de su padre y anduvo en sus mandamientos’, y, además, ‘su corazón se entusiasmó en los caminos del SEÑOR’ (17:3, 4, 6). Esta devoción es el primer requisito en el cuidado personal. En una epístola que trata básicamente del cuidado pastoral a beneficio de los demás, Pablo insta a Timoteo a tener ‘cuidado de [sí] mismo’.

Pero lo cierto es que la actividad espiritual se manifiesta, asimismo, en un fluir práctico para beneficio del pueblo. Así, constatamos esa intensa actividad militar suya, pertrechando con tropas todas las ciudades fortificadas de Judá (17:2) y manteniendo

en activo un ejército regular en previsión del futuro (17:13b–19). El bienestar y la seguridad de su pueblo es algo primordial para él.

A ese bien montado aparato bélico y de defensa, añade Josafat un sistema judicial operativo y competente, con jueces titulares destacados a lo largo y ancho del territorio, tribunales de apelación en Jerusalén, y jueces mayores para cuestiones tanto religiosas como seculares (19:5ss., 8ss., 11). Y todo ello, como resultado de una intensa actividad personal, que recuerda incluso a Samuel y sus circuitos anuales (1 S. 7:15–17), pues Josafat salía por el pueblo, desde Beerseba hasta la región montañosa de Efraín, poniendo jueces en el país en todas las ciudades fortificadas de Judá, ‘ciudad por ciudad’ (19:4–5).

Pero, por encima de todo eso, Josafat está interesado asimismo en el bienestar espiritual de su pueblo. Así, se ocupa de dismantelar todo cuanto de inútil, superfluo y destructivo hay en la religión popular (17:6), instituyendo, en el ámbito nacional, un programa de educación basado en ‘el libro de la ley del SEÑOR’ (17:7–9). Esto suscita una cuestión interesante respecto a la aplicación del ‘sermón’ del Cronista. Así, si lo que se supone es que tenemos que tomar a un rey de la categoría moral de Josafat como modelo de cuidado pastoral y liderazgo, deberemos pensar en posibles equivalentes, en relación a la vida de iglesia, claro está, de esos ejércitos y esos tribunales de justicia con los que Josafat protegía y salvaguardaba al pueblo de Dios. Pero, suponiendo, además, que para los respectivos sistemas militares y judiciales propuestos, en tiempos bíblicos, pueda haber un equivalente distinto en la ‘vida real’, en nuestros tiempos, ¿qué tendremos que hacer con el sistema religioso de entonces? ¿Hemos de ver ahí también algo diferente? ¿Cabe pensar incluso en una especie de ‘alegoría’? La respuesta es, sencillamente, un ‘no’ rotundo. Una vez más, lo que se nos pide es que hagamos el esfuerzo de tomar conciencia de la realidad práctica de lo que está ocurriendo, y que Dios está poniendo ahí de manifiesto unos principios básicos con el propósito de mostrar la vida y las experiencias reales de personas de carne y hueso. Nuestra tarea habrá de consistir, pues, en discernir qué aspectos han ido cambiando y qué ha permanecido inalterable desde aquel entonces y nuestro ahora. Como es natural, no se espera de nosotros que imitemos las actividades bélicas de los israelitas; a ese respecto habrá que encontrar una analogía. Por otra parte, en lo que respecta a la administración de la justicia, el cambio tendrá que ser bastante más sutil y ponderado. Y, en lo que se refiere al culto, se puede decir que, dejando espacio para ciertas diferencias vitales, el suyo es un modelo que se puede importar de forma directa. De hecho, cuando nos detenemos a considerar la figura de Josafat, acertaremos viendo en él (tal como ya lo hicimos en su momento) a ‘un hombre con una naturaleza como la nuestra’, y un ejemplo que no necesita cambios para poder ser adoptado en nuestro tiempo.

El cuidado pastoral que Josafat ejerce con su pueblo puede verse entonces como posible modelo para un liderazgo en la iglesia. En su fondo, lo que podemos ver es una entrega completa de su persona, y esa es, ciertamente, una actitud que da pie a toda una serie de consideraciones y aplicaciones prácticas encaminadas al bienestar de aquellos que son responsabilidad suya. Llegados a este punto, sin embargo, es

necesario tener en cuenta que se trata tan sólo de una propuesta de *base* de un cuidado pastoral; y así puede tomarse como un auténtico ideal y una meta que todo cristiano responsable debe esforzarse por alcanzar. Mirando retrospectivamente desde los días de su hijo y su nieto, Josafat parecería en verdad un dechado de virtudes y un modelo a imitar. Sin embargo, y de una forma un tanto extraña, plantearse ese pastoreo suyo como un ideal a poner en práctica es simplificar en exceso la lección. La clase de actividad que se describe en esos párrafos no debería entenderse como la meta final, sino más bien como punto de partida. Existe el peligro muy real de dar por sentada la existencia en la práctica de un pastoreo de esa clase. Así, se supone que esas personas responsables toman como suyos los mandamientos dados al Dios de sus padres, haciendo cuanto esté en su mano para proteger y cuidar de quienes están bajo su responsabilidad. En consecuencia, no debería de ser necesario plantearse siquiera alcanzar esa meta como tal, porque ahí estaríamos *tan sólo* en el punto de partida. El modelo de reinado de Josafat, amplio en sus apartados, y metódico y detallado en los pormenores, es el primer tramo dentro de una visión mucho más amplia.

Con bases y fundamentos, pues, ya bien especificados y explicitados, el Cronista está ahora en disposición de volver a narrar lo ocurrido en esa fatídica expedición a Ramot de Galaad, y ello justamente partiendo de 1 Reyes 22. Narración que, reconociéndose extensa, era prácticamente el único material del que había dispuesto en su momento ese otro autor para darle vida al seco esqueleto de la sección dedicada a Josafat. El Cronista, pues, tras haber dejado patente la excelencia de Josafat como monarca, saca el cuerpo de la historia de Samuel/Reyes, hace los arreglos que estima necesarios, y pasa acto seguido a incorporarlo a ese capítulo 18 suyo, y ello precisamente por ser paradigmático de hasta qué punto incluso el mejor de los líderes tiene su talón de Aquiles.

2. Un peligro inherente al cuidado pastoral (18:1–34; 19:1–3; 20:35–37)

El rey de Judá le hace una visita oficial al rey de Israel. En el transcurso de un suntuoso banquete, Acab aborda un tema afecto a sus intereses – la recuperación de Ramot de Galaad, antigua ciudad israelita, que lleva ya largo tiempo en manos del rey de Siria, enemigo común de ambos monarcas. ¿Está dispuesto Josafat a unirse a él en esa empresa? La respuesta es afirmativa, pero siempre y cuando llegue palabra del Señor que lo apruebe. Los profetas de Israel cumplen entonces con su cometido (icon soporte visual para hacer más efectivo aún su mensaje! –18:10), profetizando aquello que el rey quiere oír. Josafat, en cambio, sin dejarse llevar del todo por un obligado agradecimiento, no concede total crédito a ese inmenso coro de voces afirmativas en Samaria, y busca una segunda opinión. Así, llevan ante su presencia a Micaías, hijo de Imla, único profeta genuino de todo el lugar y verdadera conciencia andante de Acab.

Si esta no fuera, como en cambio lo es, la historia de Josafat, sería ciertamente la de Micaías. Hombre de la palabra, dedica a ella todos sus esfuerzos, proclamándola sin miedo. De entrada, se niega en redondo a proferir palabra alguna que no haya sido dicha por Dios. Acto seguido, esa burla decidida de la pretendida profecía de los falsos

profetas (18:14). Después, la auténtica verdad: ‘Vi a todo Israel esparcido por los montes, como ovejas sin pastor’ (18:16). Por último, una revelación terrible en su fondo y significado: el envío deliberado por parte del Señor de una falsa profecía que va a hacer que Acab acometa una lucha en la que perecerá.

Y así es como se aprestan para la batalla: Acab disfrazado de uno más del pueblo, siendo Josafat el que se pone las ropas reales. Pero toda esa estrategia fue en vano, ni siquiera confundiendo a los sirios por la estratagema logra Acab escapar a su destino. Con órdenes de atacar tan sólo a Acab, se dan, por fin, cuenta de su error y dejan en paz a Josafat (Dios estaba ahí protegiendo a su fiel siervo). Es entonces cuando ocurre lo inevitable, pues ‘un hombre disparó su arco al azar e hirió al rey de Israel por entre la juntura de la armadura’ (18:33). Pese a lo torcido de sus intenciones, no dejaba de ser hombre valiente: ‘se sostuvo en su carro frente a los arameos hasta la tarde; y murió al ponerse el sol’.

Relato de gran efecto, merece la pena leerlo completo en las Escrituras. Algo más que señalar todavía: el Cronista añade al relato de Samuel/Reyes otro importante detalle. Josafat huye del escenario de la batalla, regresando sano y salvo a Jerusalén. ‘Y salió a su encuentro el vidente Jehú, hijo de Hanani, y dijo al rey Josafat: ¿Vas a ayudar al impío y amar a los que odian al SEÑOR?’ (19:2).

La debilidad de carácter de Josafat – algo que el Cronista no tiene empacho en poner delante de nosotros como riesgo inherente al liderazgo pastoral—consistía en esa incapacidad suya para decir ‘no’. ¡Fatalidad inevitable! es ya expresión convertida en cliché, pero, en este caso en concreto, puede decirse que era una verdad literal. Cuando uno se detiene a pensarlo, ese rasgo venía a ser justamente la contrapartida de esas otras espléndidas cualidades que hacían de él un excelente pastor de su pueblo: gentil, servicial y amoroso, preocupado por el bienestar de los suyos, siempre dispuesto a ayudar e incapaz de negarse a nadie. La invitación por parte de Acab para que vaya a Samaria es aceptada sin sombra de duda, así como ir contra Ramot de Galaad: ‘Le persuadió...’ (18:2) quizás debiera traducirse por ‘le sedujo’. De lo que no puede caber duda es que Josafat debería haberse negado a hacerlo.

El riesgo implícito en semejante comportamiento debería hacernos ser más precavidos. A lo largo del relato, está continuamente presente un peligro real y constante. Al principio del capítulo 18, se nos informa de que: ‘Josafat tenía grandes riquezas y gloria’, pero aun así, y sin ninguna necesidad, ‘se emparentó con Acab’, casando a su hijo Joram con Atalía, hija de Acab (cf. 21:5s. con 22:1s.), unión de la que nada bueno iba a salir. El tema queda planteado, y ya sólo resta ir siguiendo con atención su desarrollo. Acab propuso la unión, y no Josafat (cuesta trabajo imaginarle con *tanta* decisión), esa habría sido una ocasión más para un ‘no’ en vez de un ‘sí’. El Cronista pasa entonces a desarrollar el tema en lo que queda de capítulo. Finalmente, y con objeto de asegurarse de que no perdemos detalle, añade otra pincelada más con un ejemplo que incluye al final del capítulo 20. Tras los excitantes acontecimientos de dicho capítulo, al que llegaremos enseguida, y las abundantes bendiciones con que Dios colma a su siervo, ‘... Josafat, rey de Judá, se alió con Ocozías, rey de Israel. Al hacer esto obró impiamente’ (20:35). Primero, un matrimonio de conveniencia; después, una

alianza militar, y ahora, por si todavía no ha aprendido la lección, un pacto económico: una flota mercantil gestionada en comandita en Ezión-geber. Entonces hace su aparición otro profeta, Eliezer, hijo de Dodava, reprendiéndole por su conducta, y acto seguido naufragan los barcos. Personalmente, y pese a lo que pueda parecer, no estoy seguro de que tengamos un caso de empecinamiento en no querer aprender una lección. Es un hecho evidente que Dios no le abandona en momento alguno. El Señor siempre está ahí, dispuesto a rescatarle del error de Ramot de Galaad y a disciplinarle en Ezión-geber (18:31; 20:37). Con lo cual, parece bastante más plausible una debilidad de carácter, un constante riesgo de ser engañado por el primer ‘cocodrilo’ que se lo proponga, como contrapartida negativa de sus muchas cualidades. Lo cierto es que no es fácil cambiar algo así, y tampoco puede uno ser liberado desde afuera, y ello justamente por ser parte consustancial al propio carácter. Lo indicado entonces es reconocer el problema y mantenerse en guardia constante para evitar recaer. Al igual que el aguijón en la carne del apóstol Pablo, es posible que el problema no desaparezca de forma definitiva, pero sí puede haber victorias parciales.

La campaña de Ramot de Galaad pone de relieve la *sutileza* del peligro. Por un lado, tenemos a Acab, que no deja de gobernar parte de la tierra que pertenece a Dios, y de reinar sobre su pueblo, siendo reconocido de hecho como rey de ‘Israel’. Así, no deja de tener su parte de verdad ese posible intercambio entre ambos monarcas: ‘Yo soy como tú, y tu pueblo como mi pueblo’ (18:3). La unidad de Israel es una de las visiones más queridas por el Cronista, y no le costaría mucho sintonizar con ese deseo de Josafat de ‘derribar la pared intermedia de separación’ y dar los pasos necesarios para reunir de nuevo a la nación dividida. Por otro lado, está Siria. Ambos reyes consideran a ese país potencia enemiga. Es más, Ramot de Galaad queda dentro del territorio tradicional israelita, y la integridad de Israel parecería exigir no sólo que los dos reyes se alíen, sino asimismo que se arriesguen a salir al exterior para recuperar la propiedad perdida.

No cabe duda de que tanto el matrimonio concertado (18:1), como el acuerdo comercial (20:35–36) tenían visos de empresas plausibles y ventajosas. Nada más fácil que hacer parecer rentable, sobre todo conociendo el carácter débil de Josafat, una empresa que, de una u otra forma, podría reportar beneficios al pueblo de Dios. En cada uno de esos casos, Josafat necesitaba suficiente discernimiento y total entereza para saber, y mantener, que ‘lo bueno es enemigo de lo mejor’, evitando así tan grandes errores.

La narración del capítulo 18 pone de relieve, asimismo, que la debilidad de carácter de Josafat le abocaba a peligros cada vez *mayores*. Al igual que las nasas para pescar marisco tienen los pinchos hacia dentro, haciendo fácil la entrada pero convirtiendo la salida en un suplicio, lo mismo ocurría con las circunstancias en las que se veía envuelto Josafat, haciendo extremadamente difícil poder salir airoso de las mismas. Pese a la aparente amistad entre ambos monarcas, Josafat rehúsa acompañar a Acab a la batalla a no ser que primero medie un profeta. Eso no va a ser ningún problema, ¡Acab tiene 400 a su disposición! De acuerdo, pero (indeciso todavía) ¿no habrá disponible también un profeta *de verdad*? Tranquilo, Josafat, avanza un poquito más hacia el fondo de la nasa... Tenemos el profeta que pides. Pero (la indecisión persiste), es que este otro

profeta augura que nada bueno va a salir de esa expedición. Aun así, la siguiente escena nos muestra a Josafat (ya prácticamente al fondo de la nasa) ante el muro de Ramot de Galaad. Ignoramos, sin embargo, cuál fue su primera reacción ante esa propuesta de cambio de indumentaria, pero, una vez iniciada la batalla, no había muchas posibilidades de echarse para atrás. Y tuvo, pues, que ser la misericordia de Dios la que le librara, en última instancia, de una ruina total. La auténtica cuestión es, sin embargo, que no debería haber ido nunca a Samaria.

La debilidad de carácter de Josafat, pues, era un importante factor de riesgo. Pero lo cierto es que guardaba relación directa con sus excelentes cualidades como pastor. Para desempeñar esa función de forma adecuada no se puede ser duro de corazón. Los problemas surgieron cuando no fue capaz de mantener la cabeza despejada. Ocuparse o, mayor riesgo todavía, preocuparse de un asunto sin discernir adecuadamente sobre la materia, y mediatizado por la propia caridad, aboca a poder ser manipulado por terceros o incluso por la dinámica de las propias circunstancias, para acabar siendo llevado por el camino equivocado. Lo que Josafat necesitaba era mayor presencia de ánimo y una determinación propia más firme, unidas, claro está, a una percepción real de sus dones y su llamamiento, el coraje necesario para obrar según propia convicción, un ‘temor reverente hacia Dios, un ojo certero que juzgue en el caso... Espíritu dispuesto, de celo armado, cuidado fiel’, y con la firmeza que caracteriza al Señor, y esa muy preciada habilidad de saber decir, en el momento oportuno, sencillamente, ‘no’.

Pese a todo esto, y contemplada desde otra posible perspectiva, esa debilidad en particular puede ser enfocada, en el ejemplo presente ante nosotros, como una virtud positiva. De hecho, va a ser incluso algo más que eso.

3. Un cuidado pastoral esencial (20:1–30)

En el capítulo 20, el Cronista empareja la historia de Samuel/Reyes con otra, procedente de una fuente propia, casi tan larga y narrada con idéntico colorismo vital. El cuidado personal que Josafat ha invertido en el bienestar de las naciones va a rendir ahora sus beneficios. Esa actividad suya de ir fortificando lugares estratégicos por todo lo ancho y largo del país, al tiempo que designaba jueces e instauraba escuelas de formación religiosa, le había servido, además, para tener un mejor y más personal conocimiento de su pueblo, suscitando con ello una completa aceptación por parte de las gentes.

Así, cuando la amenaza de la invasión hace su aparición en el horizonte y se le comunica que ‘viene contra ti una gran multitud’ (20:2), descubre que no se encuentra solo. La respuesta a su llamamiento a orar y ayunar es general: ‘aun de todas las ciudades de Judá vinieron para buscar al SEÑOR’, congregándose así en Jerusalén hombres, mujeres y niños, en apoyo de un rey, al que aman, en su hora de necesidad (20:4, 13).

Lo que sigue a continuación es un más pormenorizado relato del clamor que eleva Josafat a Dios y la respuesta que recibe. ‘Entonces Josafat se puso en pie en la asamblea de Judá y de Jerusalén, en la casa del SEÑOR’ (20:5), recitando una oración memorable

en su fiel y exhaustivo repaso de los hechos. Empieza con lo acontecido en el pasado (20:6–9), se detiene entonces en Salomón, cuya magna oración del capítulo 6 se intenta sin duda evocar (con 20:9 cf. 6:28–30), ocupándose antes de David, cuyas palabras cita textualmente Josafat (con 20:6 cf. 1 Cr. 29:11s.). Acto seguido, se le pide al lector que haga el esfuerzo de retroceder 400 años, trasladándose a los tiempos de Josué, en el momento en el que Dios había apartado a los cananitas de delante de Israel, y, en esa misma frase, aún mil años atrás, a los tiempos de Abraham, a cuyos descendientes se les iba a hacer entrega de la tierra. El anclaje del que se sirve la oración de Josafat es que cualquier posible punto de referencia histórico, por remoto que sea, tiene su importancia y su especial interés. Hay, pues, que tener muy presentes las promesas hechas a Abraham, al comienzo mismo de ese caminar suyo en la fe, de que Canaán vendría a ser la tierra de su heredad, y la demostración definitiva de su fe, cuando demostró su derecho a ser tenido por Amigo de Dios¹⁴ por su disposición a sacrificar a su propio hijo – en el mismísimo lugar donde ahora Josafat y su pueblo se encontraban reunidos. En la base de esa oración suya está la firme convicción de que ‘nuestro Dios’ y ‘el Dios de nuestros padres’ son el mismo y único Dios, y que sus palabras y hechos en el pasado pueden ser invocados como caso fiable, ya que el pueblo que ora puede esperar verlos repetidos en sus actuales circunstancias de necesidad.

Una vez más, se impone ahí percibir, aunque tan sólo sea de pasada, que los dos extremos de la historia vienen a ser coincidentes. En los días de Josafat, se esperaba que el Señor cumpliera lo que había prometido en tiempos de Abraham.

Es más, si eso es lo que el Cronista está dando por sentado, habrá entonces que considerar su predicación como realidad fáctica para los lectores de la época, que vendrían a ser tan reales e históricos como los acontecimientos aludidos – esto es, todos ellos, junto con los hechos concretos, parte de una misma continuidad. Así, cuando inicia ese viaje de retorno a través de las Escrituras, pone como hitos importantes la Jerusalén de Josafat y el monte Moriah de Abraham, y tan reales como el lugar desde el que ahora ha emprendido el viaje. No se puede decir, pues, que se haya salido de la realidad histórica para caer en el mito.

El rey, en esa oración suya, viene a aunar los hechos del pasado y la realidad presente (20:10–12). ‘Ahora, he aquí, los hijos de Amón y de Moab y del monte Seír’: Judá, ante la amenaza de una invasión inminente, se encuentra en situación de desesperada necesidad. Y esa necesidad imperiosa es la que viene a dar fondo y cuerpo a la oración de Josafat. Así, en otro versículo memorable, clama a Dios: ‘No tenemos fuerza alguna delante de esta gran multitud que viene contra nosotros; pero nuestros ojos están vueltos hacia ti’ (20:12). Todo tipo de ‘multitudes’ puede hacer acto de presencia en contra del siervo de Dios, a los que podrán sumarse cuitas y problemas, peligros y desesperanzas. Pero si todo ello ha de servir para que sea plenamente consciente de su total indefensión, haciendo entonces que se vuelva a Dios, habría que hablar de un motivo de agradecimiento.

Gloria a ti por la fuerza ausente,
por la necesidad y la debilidad,

por todo cuanto a ti me lleva,
por lo que hay más de ti en mí.

La respuesta al clamor de Josafat puede decirse que ya le había llegado, en el conjunto de esa asamblea que se ha reunido alrededor suyo en prueba de cariño y lealtad: 'Todo Judá estaba de pie delante del SEÑOR, con sus niños, sus mujeres y sus hijos' (20:13 BA). Y es justamente a todos los allí presentes a los que se les da un inspirado mensaje, por medio de un oscuro levita, Jahaziel, en palabras casi tan memorables como las del propio Josafat: 'No temáis, ni os acobardéis... porque la batalla no es vuestra, sino de Dios' (20:14–17). Y el Cronista se apresura entonces a ofrecernos una secuela inolvidable: cómo el pánico se convirtió en alabanza; cómo marchó el ejército en festiva procesión, con un coro como vanguardia y un salmo como grito de batalla; cómo, además, al 'llegarse a las torres de vigía del desierto' se encontraron con que sus enemigos se habían destruido entre sí, y cómo 'regresaron con alegría' y grandemente enriquecidos (20:18–30). Una vez más, pues, mi amable lector hará bien en leer la historia al completo con las espléndidas palabras del propio Cronista.

Ha sido experiencia de la iglesia, vez tras vez, y ya en pleno conflicto, ver cómo los miedos y los peligros se han disipado como niebla matutina ante sus propios ojos. Pero lo cierto es que no siempre es así, y tampoco suele ocurrir de forma automática. Estos capítulos apuntan a tres cuestiones que afectan directamente al hombre en el que Dios había obrado semejante liberación. En primer lugar, esa confianza suya, que brota de una gozosa y cordial confianza en lo que Dios dice, y que, basándose en el contenido y fuerza de esa palabra, acepta con una alabanza en los labios una situación prácticamente imposible. 'Confiad en el SEÑOR vuestro Dios, y estaréis seguros. Confiad en sus profetas y triunfaréis' (20:20) – tema constante en el escrito del Cronista y presente aquí una vez más. En segundo lugar, esa diligencia suya: confiar no es para él una mera cuestión de un espíritu de quietismo que se sienta y no hace nada, esperando que sea el Señor el que resuelva la cuestión. Nada de eso. Muy al contrario, los capítulos 17 y 19 han servido para poner de relieve hasta qué punto ha sido activo en sus diligencias, y en este presente capítulo se nos cuenta cómo 'se levantaron muy de mañana' (20:20) para guiar al pueblo en esa nueva empresa que ahora acometían. En tercer lugar (y como característica definitoria de un retrato completo de Josafat), esa debilidad suya. Factor primordial en más de un sentido, pues, donde perdía conciencia de que esa debilidad existía, podía abocarle a un peligro real, llevándole por caminos erizados de peligros; pero que, en realidad, y muy paradójicamente, cuando reconocía su existencia, esa debilidad venía a ser parte constitutiva y esencial de su labor de pastoreo: '*No tenemos fuerza alguna* delante de esta gran multitud que viene contra nosotros, y no sabemos qué hacer' (20:12). Así, justamente allí donde no sólo era débil, sino que, además, era penosamente consciente de ello, no tenía otro recurso que volverse a Dios solicitando misericordia y ayuda. Y Dios, ciertamente, no le fallaba. El creyente llega al límite de sus recursos, y es entonces cuando se clama por el milagro. Así lo había experimentado el Salmista; y el Señor proclama idéntica verdad a las gentes

del Nuevo Testamento – ‘Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad’.¹⁸

Joram, Ocozías, Atalía: desastre prácticamente total

2 Crónicas 21–22

Tal como hemos ido viendo, la idea de un rey como pastor no era innovación exclusiva del reinado de Josafat, sino algo que ya había estado presente en los inicios mismos de la monarquía, con el rey David como su más destacado representante. El linaje real de filiación divina, delegado por Dios en reyes de carne y hueso, incluía asimismo el concepto del Señor como Pastor de Israel, con su correspondiente traspaso del cargo, llamando a David ‘de entre los apriscos de las ovejas... para pastorear a Jacob, su pueblo, y a Israel, su heredad’.² Dios es el Pastor Supremo: cada sucesivo gobernante de la casa de David será, a su vez, su delegado como rey-pastor. En Judá, el cuidado pastoral del pueblo de Dios era inseparable del cargo de rey, y esa es la razón de que estas historias tengan tan provechosas lecciones que enseñar para el liderazgo cristiano.

Esa clase de cuidado pastoral está, sin embargo, ausente en el breve período que comprenden los dos capítulos que siguen. El hijo de Josafat, su nieto y su nuera van sucediéndose en el trono y, lejos de ocuparse del reino, consiguen, en menos de quince años, ponerlo al borde de la ruina.

Llegados a este punto, aproximadamente a mediados del siglo IX a. C., la historia de los reyes israelitas se vuelve un tanto confusa. En realidad, eso no sería así si tan sólo dispusiéramos del relato del Cronista al respecto, y si él hubiera mantenido esa costumbre suya de ignorar virtualmente los asuntos del reino del norte. Pero lo cierto es que ahora empieza a hacer referencias al norte lo mismo que al sur, justo en una coyuntura en la que idénticos nombres reales parecen ponerse en boga en ambos reinos. Así, tenemos dos reyes Ocozías, uno por cada reino, y también dos Joram. En realidad, ese doblete onomástico tiene que ver con la razón que subyace a esa mención del reino del norte por parte del Cronista. Ahondaremos en el tema progresivamente, pero, por el momento, puede bastarnos un árbol genealógico simplificado para poner los nombres y dejar más clara su correspondiente relación.

TABLA GENEALÓGICA

En esta tabla, los nombres de los reyes del norte aparecen en cursiva. El Cronista tan sólo hace referencia a cinco de los reyes del norte y ello, además, su conexión con el

sur, que sigue siendo, evidentemente, su tema principal. Así, estos capítulos en concreto abarcan los tres siguientes reinados del reino del sur, que llegan a estar al borde del desastre. Tras pasar revista, pues, a cada uno de esos reinados, nos ocuparemos de dilucidar las razones de ello.

1. Tres reinados al borde del desastre

En Judá, había habido co-regencia por espacio de unos años previos a la muerte de Josafat. Durante un tiempo, él y su hijo Joram habían gobernado conjuntamente, tal como nos informa el relato más antiguo. Acab de Israel había muerto justo al inicio de ese período, y el trono del norte había sido ocupado sucesivamente por sus dos hijos, primero Ocozías y después ese otro rey llamado también Joram. Los tres reinados del sur de los que nos ocupamos aquí tienen su inicio tras la muerte de Josafat, cuando Joram pasa a ser rey único de Judá, reinando por espacio de ocho años más en Jerusalén, mientras que el Joram de Israel reina en Samaria. El Joram de Judá muere antes que su tocayo del norte, sucediéndole entonces su hijo más joven, el otro Ocozías. Tras un breve y poco glorioso reinado de un año de duración, Ocozías de Judá muere asesinado, al igual que el Joram de Israel, a manos de Jehú, usurpador del trono del norte; y durante los seis años siguientes, Judá pasa a estar gobernada por una mujer, Atalía, esposa de Joram y madre de Ocozías y ahora reina por derecho propio.

a. Joram (21:1–20)

En esta ocasión, es Samuel/Reyes el que da escasa información de ese reinado, siendo el Cronista el que va rellenando huecos con un muy vívido relato de lo que está sucediendo. El bosquejo general en el relato más antiguo (2 R. 8:16–24) nos informa acerca de la edad de Joram al acceder al trono, la duración de su reinado y que fue un mal rey, junto con referencias cruzadas a otras historias, y una breve reseña respecto a su muerte. Nos explica, además, que esa maldad tenía sus raíces en la contaminación por sus relaciones con el norte a causa de su matrimonio con la hija de Acab, que el Señor no destruyó Judá por razón de las promesas hechas a David, y que se produjo una revuelta, con éxito, contra su autoridad por parte de pueblos que llevaban ya tiempo bajo la hegemonía de Judá, viéndose incapaz de sofocarlas y consiguiendo escapar con vida a duras penas.

A todo eso, además, el Cronista añade unos pensamientos que resultan un tanto sorprendentes y provocadores. Siguiendo una tradición practicada de antiguo, pero inaceptable para el pueblo de Dios, Joram asesinó a sus hermanos nada más subir al trono. Puede que el hecho obedeciera a su deseo de no ver disputados sus derechos a la corona (21:4). Pero si bien eso explicaría el porqué de lo ocurrido, no servía, en cambio, para justificarlo. Entonces se nos ofrecen en todos sus pormenores las prácticas políticas de Joram, al tiempo que viene a quedar igualmente de manifiesto la paciencia del Señor: es la ‘casa de David’ lo que el Señor no va a destruir, y ello justamente ‘a causa del pacto que había hecho con el propio David’ (21:7). En tercer lugar, se explicita

que la maldad de Joram no era cosa de su vida privada, sino un asunto público de la nación. Construye ‘lugares altos’ y hace que el pueblo se desvíe (21:11).

Como resultado de todo ello, dice el Cronista, va a ocurrir algo prodigioso. Le llega a Joram una carta proclamando el juicio de Dios por medio del profeta Elías, juicio que se concreta en dos faltas, una sentencia y un castigo. Pero, además, el rey ha hecho pecar a Judá, por lo cual el pueblo tendrá que sufrir; y así sucede que, no mucho más tarde, el país es invadido. Por otra parte, el rey es culpable de homicidio múltiple, lo cual le provocará la muerte mediante una enfermedad terrible (21:12–19). Lo notable ahí es no es tanto esa profecía de juicio y destrucción, como el hecho insólito de que la comunicación se haga mediante carta del profeta Elías’ (21:12). Hay quien ha calculado que para entonces el profeta ya debía estar muerto, por lo que o bien había profetizado anticipándose al pecado de Joram, o (cosa aún más sorprendente) ¡el mensaje procedía directamente del cielo por vía sobrenatural! Sea como fuera, lo curioso ahí no radica en despejar la incógnita de si el profeta Elías seguía vivo o no, sino que su mensaje llegara en forma de escrito, ya que no es presentado en ninguna otra parte como ‘profeta de libro’, que Joram fuese además interpelado por un hombre cuya actividad como profeta se había desarrollado por completo en el reino del norte y que su nombre aparezca en Crónicas tan sólo en esta ocasión, en contraste con las nada menos que sesenta y seis ocasiones que lo hace en los libros de Reyes.

La reseña acaba con unas palabras terribles registradas en 21:20 relativas a la muerte de Joram: ‘Murió sin que nadie lo lamentara’. Pudiera ser entonces que la expresión (literalmente ‘sin deseo’) tenga que ver con la ausencia de referencias cruzadas como las que encontramos en la conclusión de la mayoría de los reinados, algo así como, por ejemplo, ‘los demás hechos de Josafat... están escritos en los anales de Jehú’ (20:34), como si lo que el Cronista estuviera diciendo fuera ‘Nadie deseaba más información acerca de tan funesto personaje’. En todo caso, ninguno de esos epitafios – ‘Nadie estaba interesado’ o ‘Nadie lo lamentaba’ – es una glosa digna de la vida de un rey-pastor del pueblo de Dios.

b. Ocozías (22:1–9)

La participación directa de las gentes de Jerusalén en la subida al trono de Ocozías podría indicar de forma implícita, al igual que esa necesidad de Joram de imponerse como rey, que el traspaso de poder no se había efectuado sin dificultades. Teniendo en cuenta que el joven Ocozías era el hijo menor del rey fallecido,⁹ y esa presencia formidable de la reina madre en el trasfondo, ya fuera maquinando a favor de su hijo (22:3) o en beneficio propio (22:10), no habría sido sorprendente que se produjeran de inmediato conflictos de intereses. La cuestión es que, una vez instalado en el trono, Ocozías se las arregló para, en el escaso año que duró su reinado, no desmerecer en nada la fama de malvado adquirida por su padre en su momento. No se trataba, además, que ‘el camino de la casa de Acab’ (2 R. 8:27) fuera el modo seguido por él, nos informa el Cronista, sino que había aumentado esas anteriores maldades instigado por su propia madre, los familiares de ella y sus consejeros del norte (22:3–4).

Una circunstancia particularmente terrible ensombrece ese período, siendo pertinente su inclusión aquí por afectar de lleno a la vida de Ocozías. Ya vimos en su momento cómo, siendo adolescente, el acceso de su padre al trono estuvo marcado por el homicidio perpetrado por Joram en las personas de sus seis hermanos, hecho con el que sin duda aspiraba a hacerse con la fortuna dejada por Josafat o, más probable incluso, asegurarse la propia permanencia indiscutida en el trono. Ocozías, por su parte, también perdió a todos sus hermanos en una invasión conjunta de árabes y palestinos (21:16–17). Y cuando llegó el momento de su propia muerte a manos de Jehú, los ‘hijos de los hermanos de Ocozías’, o, se entiende, ‘sus familiares’ (22:8; 2 R. 10:13), corrieron idéntica nefasta suerte. Además, por si todo eso fuera poco, ‘cuando Atalía, madre de Ocozías, vio que su hijo había muerto’, llevada por su naturaleza perversa ‘exterminó toda la descendencia real de la casa de Judá’ (22:10), esto es, sus propios nietos, con el fin de hacerse con la corona.

El crimen de Joram nos causa quizás más impresión que sorpresa. Pero cuando vemos que el Señor y Juez de la historia permite que ocurra algo así, nada menos que en cuatro ocasiones en un lapso de tiempo de unos pocos años en el seno del pueblo escogido por él, empezamos a preguntarnos si no habrá ahí algo más de lo que parece a simple vista. La atención puede desviarse entonces no hacia el paralelo histórico de Ofra, ya mucho tiempo atrás, sino a su paralelo teológico en Belén, mucho tiempo después.¹¹ Pero sobre esto volveremos más adelante.

c. Atalía (22:10–12)

¿Puede uno imaginar a un personaje de cuento más intrigante y pérfido que la malvada madrastra de Blancanieves? Pues aquí tenemos uno y, por cierto, muy de carne y hueso. El autor del libro de Reyes, al escribir sobre la historia de ambos reinos, ofrece a sus lectores no uno sino dos personajes, Jezabel, en el norte, y su hija Atalía, en el sur. El Cronista, centrado como está en el reino del sur, hace tan sólo referencia a la segunda de estas reinas. Y si bien, en Samuel/Reyes, Atalía es presentada con menor detalle, y de forma más simple, que su muy espectacular y llamativa madre, el breve apunte sobre los seis años de su reinado (2 R. 11:1–3) es suficiente para ilustrar todo cuanto le interesa al Cronista limitándose por ello a reproducirlo prácticamente inalterado.

La referencia a esas dos mujeres ha sido como madre e hija. Algunos comentaristas, sin embargo, se decantan por la postura restringida actual que ve a Atalía como la ‘hija de Omri’ (22:2), lo cual la convertiría en *hermana* de Acab y cuñada de Jezabel. La genealogía propuesta líneas atrás asume la alianza matrimonial concertada entre ambas familias reales (18:1) como la unión de Joram, hijo de Josafat, con la hija de Acab (21:6), y la *hija* en cuestión como Atalía, a la que, a su debido tiempo, le nació Ocozías (22:2). Así, dicho en términos de hoy, ella sería ‘la nieta de Omri’.

Por si no fuera ya suficiente contar en la familia con cuatro sucesivos reyes del norte como, respectivamente, abuelo, padre y hermanos, junto con tres reyes del sur como, respectivamente, suegro, esposo e hijo, esta extraordinaria mujer hizo asesinar a todos

los de su misma carne y sangre que pudieran tener alguna pretensión al trono y ello con el fin de reinar ella como monarca indiscutible. Y aunque el niño Joás, muy probablemente su nieto más pequeño, se libró de la masacre, ‘no quedó nadie de la casa de Ocozías para retener el poder del reino’ (22:9) o con posibilidades de disputarle el puesto.

No puede caber duda de que el reinado de Atalía estaba dentro del plan de Dios. Así, los hechos sangrientos perpetrados por Jehú, hijo de Nimsi (2 R. 9–10), aunque mayormente relativos al reino del norte, no son por completo ignorados por el Cronista. Después de todo, no dejaba de ser aquel ‘a quien el SEÑOR había ungido para exterminar la casa de Acab’ (22:7). Desde luego, no era hombre que dejara las cosas a medias, y la violencia de su carácter no tenía límites. Y estaba sobradamente dispuesto, además, a acabar no sólo con Joram de Israel y todos sus familiares, sino asimismo con Ocozías de Judá y los suyos. Pero lo cierto es que ni siquiera él había podido acabar con ese engarce crucial entre las dos distintas casas que venía a suponer Atalía como hermana de Joram y madre de Ocozías. ‘Ejecutando justicia contra la casa de Acab’, marcó su propio límite al llegar a la persona de la ‘perversa Atalía’ (22:8; 24:7), disponiendo entonces de seis años para tiranizar Judá hasta que el juicio de Dios la quitó de escena. En ese día – tendremos ocasión de leer al respecto en la siguiente sección –, trece años de gobierno injusto llegaron a su fin y ‘todo el pueblo del país se regocijó’ (23:21).

En los 300 años que duró la historia de Judá, puede decirse que no hubo un solo reino que no durará más que estos tres en concreto sumados en conjunto. Pero, pese a abarcar un período de tiempo comparativamente corto, vienen a ser testigos de un cambio radical en la suerte del pueblo de Dios, iniciándose un declive rápido y desastroso. Lo cual nos lleva a querer indagar en sus posibles causas.

2. Las razones de un desastre casi total

‘La destrucción de Ocozías vino de Dios’ (22:7). El término original que traducimos como ‘destrucción’ (*tebusat*) es bastante insólito, e incluso pudiera ser que el Cronista hubiera puesto en realidad ahí otro ligeramente distinto que significa ‘giro o cambio en un asunto’ (*tesubbat*) — como cuando Dios provocó ‘un cambio’ en el reino traspasando la corona de Saúl a David, o de Roboam a Jeroboam (1 C. 10:14; 2 C. 10:15). Sea como fuera, ‘destrucción’ o ‘caída’ sin duda indican la tendencia prevalente en los sucesivos reinados de Joram, Ocozías y Atalía, y la presencia cierta de Dios tras todo ello (21:12–15, 16, 18; 22:7). E incluso cuando el Cronista afirma y enfatiza que el Señor nunca dejará de cumplir la promesa hecha a David, no deja de señalar al mismo tiempo el descontento divino: 21:7 nos informa que el Señor ciertamente no destruyó su casa, pero es evidente que ahí está llevando a efecto una lección de castigo.

Hay otras tres razones más, desde un enfoque humano, que explican el declive moral y espiritual de Judá, que el Cronista nos revela según va progresando el relato. Con Dios en su trasfondo, es posible distinguir tres distintas causas.

a. La influencia del exterior

Nunca debemos imaginar que la 'exclusividad' del pueblo de Dios en los tiempos bíblicos guarda relación con el moderno racismo. Son varios los casos en los que las más tempranas genealogías incluían ya personajes foráneos en el círculo de bendición, lo cual daría el mentís a la noción de un Israel con prejuicios contra los 'gentiles' como tales (cf. 1 Cr. 2:1–4; 4:17). Por el contrario, dos de los personajes más constantemente resaltados como influencia dañina para las siguientes generaciones dentro de la monarquía israelita, a saber, Jeroboam, hijo de Nebo, y Acab, hijo de Omri, eran israelitas de nacimiento. Se impone al respecto, pues, un 'no' absoluto y rotundo. Cuando vemos al Israel del Antiguo Testamento precaverse ante los extranjeros, no es que se tenga miedo a la sangre de fuera, sino a la espiritualidad ajena.

El Cronista rara vez va más allá de la demarcación de Judá. Acab es uno de los pocos reyes de Israel que menciona, y la maldad de Acab es presentada en términos muy generales: aborrece al Señor, hace lo malo ante los ojos del Señor, provoca a Israel a ser infiel y así sucesivamente (19:2; 21:6, 13). Detrás de todo esto, y como hecho bien conocido evidentemente tanto por el Cronista como por sus lectores, está el relato pormenorizado de Samuel/Reyes ocupando casi siete capítulos (1 R. 16:22). Casi el primer comentario que se hace respecto a Acab es que sus pecados eran incluso peores que los de Jeroboam, pues 'se casó con Jezabel, hija de Et-baal, rey de los sidonios' (1 R. 16:31). Imposible negar el prestigio y el poderío de los fenicios como aventureros y señores del mar, arquitectos de unas ciudades-estado más que notables, siendo Tiro y Sidón, en Palestina, y Cartago, en el norte de África, buen ejemplo de ello. Pero la cuestión es que no por ello dejaban de ser un pueblo pagano, y ese trasfondo, que había sido el propio de la reina Jezabel, unido a su impositiva personalidad, había generado el resurgir del culto cananita a los baales, de proporciones insospechadas y ciertamente preocupantes (1 R. 16:31–33; 21:25–26). Y en eso es exactamente en lo que está pensando el Cronista cuando habla de un Acab que lidera a Israel, pueblo en otros tiempos unido al Señor, y ahora prostituido con dioses falsos (22:12 BA).

Todo esto contribuye a hacer innecesario que nuestro autor se desplace a Sidón para poder constatar la perniciosa influencia exterior que está contaminando a la familia de Josafat. El propio reino del norte ha quedado tan desfigurado por el influjo de las ideas extranjeras, que apenas es ya reconocible. Y ahí era donde justamente radicaba el foco de infección.

Así, la teología de fondo del Cronista tiene en su base esa problemática, hecho que transpira en el uso de una muy particular terminología, una visión propia respecto a las relaciones entre norte y sur, y una selección específica de acontecimientos en cuanto al contenido de este relato en particular.

De nuevo aparece aquí la aparente confusión en el uso que se hace en Crónicas de los nombres 'Judá' e 'Israel'. Al principio del relato sobre el reinado de Joram, por ejemplo, 'Judá' en 21:3 e 'Israel' en 21:6 significan claramente los reinos del sur y del norte, respectivamente. Esa es la norma habitual en Samuel/Reyes. Sin embargo,

cuando hace menciona en 21:4 a 'los príncipes (jefes BA) de Israel', es sin duda en referencia a Judá, mencionándose, además, al finado rey de Judá (según una lectura más adecuada al original) como 'rey de Israel' (21:2BA). ¿Puede hablarse, entonces, de un error en la copia? Creemos que no, pues, como tuvimos ocasión de comprobar en el reinado de Abías, el Cronista está decididamente dispuesto a utilizar el nombre de 'Israel' en más de un sentido. En el ámbito geográfico y político, Israel significa sencillamente el reino del norte, y Judá el reino del sur. Pero, en referencia a lo espiritual, donde el verdadero pueblo de Dios es normalmente, si bien no obligatoriamente, el del reino del sur, mientras que el reino del norte queda enredado en las brumas de un espíritu ajeno a la verdadera fe, es necesario distinguir entre otros dos usos. En 21:2 Josafat, rey de Judá, es un verdadero 'rey de *Israel*', el auténtico pueblo de Dios, siendo de hecho 'un verdadero israelita en quien no hay engaño'. Pero es el otro sentido el que se tiene en mente cuando se nos informa que sus sucesores 'anduvieron (persistieron) en los caminos de los reyes de *Israel*'. En ese caso, evidentemente, Israel es equivalente a todo lo falso, rebelde y (paradójicamente) no israelita: el reino del norte en su faceta negativa más evidente.

Esa es justamente 'la influencia foránea' que induce a Judá al mal camino. Y el Cronista así lo enfatiza al destacar los lazos existentes entre ambas casas reales según va describiendo los hechos de los tres sucesivos gobernantes del sur. Joram 'anduvo en el camino de los reyes de Israel (pues la hija de Acab era su mujer)' (21:6). Ocozías 'también anduvo en los caminos de la casa de Acab, porque su madre fue su consejera para que hiciera lo malo' (22:3). Y Atalía, tercera de la serie, era, respectivamente, esa hija, esa esposa y esa madre, ahí citadas. La propia confusión de nombres del inicio del estudio de esta sección indica lo mismo. No podemos saber cuál de ambos Joram, u Ocozías, era el primero, pero, todos los indicios parecen apuntar a una íntima relación familiar. Las frecuentes idas y venidas entre las capitales de ambos reinos tuvieron sin duda su origen en ese deseo de Josafat de pensar siempre lo mejor de su vecino del norte, fomentando al mismo tiempo la unión entre ambas naciones y haciendo lo posible para pasar por alto desafortunadas diferencias. Los sucesos que siguieron pusieron de relieve los peligros inherentes a una buena voluntad que deja a un lado el necesario discernimiento.

La intención se hace pronto evidente ante la inesperada mención del nombre de Elías en relación al mensaje de advertencia que le es enviado a Joram. Pero lo que hace que esa mención resulte inesperada es el hecho de que Elías siempre había realizado su tarea de profeta en el reino del norte, por lo cual podría descartársele del área de interés de Crónicas. Sin embargo, esa es justamente la razón de que se le haya incluido ahí. Es a 'Israel', pues, en el sentido de un norte renegado y sin fe, adonde se envía al profeta; por lo que, cuando nos preguntamos la razón de que el rey del sur necesite oír las severas palabras de Elías, entendemos que es porque la contaminación de Acab está haciendo asimismo de Joram una suerte del rey al estilo del norte. Ateniéndonos al hecho histórico, tanto él como su padre eran reyes de Judá; la esfera de lo espiritual, sin embargo, ambos eran 'reyes (al estilo) de Israel', y ello siéndolo en formas muy opuestas— Josafat como gobernador del genuino pueblo de Dios, y Joram como

prosélito convertido a la falsedades de Samaria.

b. La herencia familiar

Haríamos bien en no subestimar el poder del tipo de tentación que tiene su origen en la casa de Acab – algo muy factible, y con un lenguaje próximo al nuestro y relacionado con lo que nos interesa a título personal. Habría constituido todo un placer, además, leer que Joram había sido capaz de resistirse a todo ello gracias a su crianza en los caminos de un recto comportamiento. Recto en sus fines y formas había sido su padre – eso era al menos lo que las gentes decían de Josafat—, que ‘buscó al SEÑOR con todo su corazón’ (22:9), siendo además modelo ensalzado por el Señor, y que el hijo bien podría haber asumido (21:12). Pero eso no bastaba para salvar a Joram de la caída; y una vez caído, poca esperanza podía haber para su hijo Ocozías, estando como estaba en el trasfondo Atalía, mujer malvada de principio a fin. Triste es decirlo, pero la influencia de Josafat no sólo había demostrado ser sencillamente inadecuada para mantener a su hijo en el buen camino, sino que había sido ejercida – con la mejor de las intenciones, y ¡ese era el problema! – para perjuicio del joven. Es evidente que ahí se espera de nosotros que veamos la relación entre la confraternización de Josafat con la casa de Acab y los catastróficos sucesos de los tres reinos siguientes, y ninguno de esos contactos tuvo más amplias repercusiones que cuando ‘se emparentó con Acab’ (18:1). Ese fue el, probablemente bien intencionado, esquema que llevó a la infame Atalía, y con ella ‘las prácticas de los reyes de Israel’, al corazón mismo de Judá, para consiguiente perjuicio de todos.

Atalía puede ser considerada la vía de entrada de la influencia extranjera que tanto daño habría de causar en el sur. Pero ese matrimonio suyo con Joram era recordatorio constante del legado transmitido a los hijos de Josafat como consecuencia directa de la debilidad de su padre. Trece años después de la muerte de Josafat, las locuras cometidas por ese cándido monarca se saldarían a favor de la pérfida Atalía. El factor herencia iba a jugar una baza importante en los desastres que iban a ocurrir. Así, cuando Atalía, al ver que ‘su hijo estaba muerto... exterminó a toda la descendencia real de la casa de Judá’ (22:10) para hacerse con la corona, la justicia divina se puso en marcha castigando ‘la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación’.

Sin embargo, hay, otra vertiente más en la manifestación del carácter del Señor, hecho conocido a partir de esa antigua revelación en los tiempos del éxodo. En el versículo anterior se le ha descrito como ‘un Dios de gracia y misericordia’. Y no hay que pensar ahí en la gracia de Dios como insuficiente para prevenir las consecuencias de la falta de Josafat, ni tampoco que vayan a ser extensivas a nuestra persona, y ello ciertamente con independencia de lo que sus descendientes puedan llegar a hacer. La responsabilidad personal de Joram y Azarías es un factor tan importante en el declinar de Judá como pueda serlo la herencia de Josafat o la influencia de Acab.

c. La responsabilidad personal

Hay aquí una cierta forma de consuelo para aquellos padres que tengan el remordimiento de haber cometido, quizás, algún error en la crianza de los hijos — y mayor aún, y en consecuencia, para aquellos padres que saben que han hecho lo más conveniente para unos hijos que, pese a todo, se han torcido en sus caminos. Puede ser, claro está, que sea igual de duro, pero, al menos, no lo será de forma tan angustiante, y ello por saber que serán sus retoños los que, en definitiva, tendrán que rendir cuentas de sus actos ante Dios cuando llegue el momento de la verdad: ‘¿Qué queréis decir al usar este proverbio acerca de la tierra de Israel, que dice: “Los padres comen las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen dentera”? ... He aquí, todas las almas son mías; tanto el alma del padre como el alma del hijo mías son. El alma que peque, ésta morirá.’

Esta es la lección que el fiel Thomas Fuller discierne en los reinados de Roboam y Joram. Y así viene a comentarlo acerca de los sucesivos reyes según van apareciendo en ‘el libro de la genealogía de Jesucristo’, en Mateo 1. ‘Señor, vengo ahora a apercibirme de que en la genealogía de mi Salvador se suceden cuatro notables cambios en el curso de cuatro generaciones. Roboam engendró a Abías: un mal padre que engendró un hijo asimismo malo. Abías engendró a Asa: un mal padre que engendró a un buen hijo. Asa engendró a Josafat: un buen padre que engendró a un buen hijo. Josafat engendró a Joram: un buen padre con un mal hijo. Veo entonces, Señor, por todo ello, que la piedad de mi padre no puede transmitirse: esa es una mala nueva para mí. Pero veo, asimismo, que la impiedad más obstinada no es tampoco hereditaria: esa es una muy buena noticia para mi hijo.’

‘De modo que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí mismo.’ Hecho muy cierto, pues la influencia venida de fuera que rodeaba al trono de Judá en aquellos tiempos difíciles suponía un escollo difícil de sortear. Y cierto, asimismo, que la herencia familiar es un hecho que no puede ser negado, y había ahí situaciones resultantes del pasado que persistirían pese a todo. Pero, teniendo en cuenta todo eso, sigue existiendo esa responsabilidad personal que ninguno de esos regentes iba a poder soslayar.

Como trasfondo de todas esas razones humanas, que explicarían los desastrosos sucesos del período, persiste el hecho de que Dios es el que castiga y Dios el que preserva. En un último análisis, Dios es el auténtico Señor de la historia. Leer en cuatro ocasiones distintas sobre el exterminio de la familia real, con un único superviviente en cada caso, trae inevitablemente a la memoria la masacre de Belén, de la cual escapó milagrosamente el niño rey Jesús. No sólo la preservación del uno, sino asimismo, y en manera profunda y misteriosa, la reducción de los muchos, vienen a ser por igual obra de Dios. El cumplimiento del esquema incluye esa última poda drástica del tronco de Jesé, cuando el verdadero Israel es reducido a una única y frágil vida humana. Es, pues, inescrutable designio de Dios que tal cosa sucediera, y que sobreviviera una sola criatura. La vid que representa Israel pasa, así, a ser la vid que encarna Jesús, y la razón

por la que tan sólo aquellos que bajo su amparo moran vienen a ser ramas del mismo tronco es muy sencilla – Jesús es la única vid en la que pueden ser injertados. Y así es como está dispuesto, en términos propios del Nuevo Testamento, en ‘el pacto hecho con David’.

Joás y Amasías: alianza, justicia y misericordia

2 Crónicas 23–25

En contraste con los rápidos cambios del período que acabamos de dejar, los siguientes setenta años de la historia del reino de Judá abarcan tan sólo dos reinados, el de Joás (835–796) y el de Amasías (796–767), y el ritmo de la narración se hace así más pausado. Con todo, tal como es narrada por el Cronista, la historia gana en detalle y perspectiva en comparación con Samuel/Reyes, convirtiéndose en una galería de personajes muy humanos, con sus luces y sus sombras, acontecimientos emocionantes y un ritmo irregular y sincopado. Ninguno de esos dos monarcas, evidentemente, constituye en sí un parangón de realeza, y por ello no deberíamos esperar encontrar ahí a un preclaro sucesor de David y Salomón. Ni tampoco constatamos interés alguno en llevar a la práctica, y a corazón abierto, el antiguo ideal propuesto, o, en el polo opuesto, un rechazo visceral del mismo que sirva de nota precautoria. Joás y Amasías se muestran unas veces obedientes, mientras que otras no lo son. Son capaces de mostrar sabiduría y discernimiento, pero también pueden cometer desatinos y torpezas. Dicho en pocas palabras, son seres humanos muy típicos y reales. Pero, sin embargo, es posible que ese patente carácter suyo, tan humano en lo que tiene de frágil debilidad, cumpla la función de recordarnos unos principios instituidos por Dios, que siguen ahí presentes y activos pese a todas las apariencias. De lo que no puede caber duda, en cambio, es que nos informa tanto acerca de Dios y sus caminos, como sobre este padre tan poco ejemplar y su muy decepcionante hijo.

Estos capítulos nos informan acerca de Joás, como rey-niño, acerca del sumo sacerdote Joiada, como guía y protector suyo, y acerca de su abuela, Atalía, ahora depuesta del trono que había usurpado. Nos muestran también la devoción de Joás, mientras Joiada todavía vivía, volcado en el cuidado del templo y el culto que ahí se practica. Pero, en la última parte de ese dilatado reinado suyo, se alejó de Dios, teniendo que ser reconvenido por Zacarías, reaccionando entonces mandando eliminar sin más a los que le criticaban, y acabando él mismo sus días de forma lastimosa tras sufrir una invasión procedente de más allá de sus fronteras y tener que hacer frente a una conspiración fraguada en su propio seno.

La historia de su hijo se centra, en concreto, alrededor de dos contiendas bélicas,

cada una de ellas precedida por la aparición súbita y premonitoria del profeta. Así, le llega primero aviso a Amasías, para que no contrate mercenarios israelitas en su campaña contra Edom. El aviso es tenido en cuenta y la operación se salda con la victoria. Pero, entonces, sucede que se aleja de la fe verdadera para volverse a los dioses falsos y, con oídos sordos a esa segunda advertencia profética que le llega, es derrotado en la contienda que se originó entre Judá e Israel, con un largo período de cautividad en Israel, haciéndose cargo de la regencia su hijo Uzías. Y aunque, pasado un tiempo, regresó a su tierra, fue para sucumbir, al igual que su padre, víctima de una conspiración que acabó en homicidio.

Es evidente, pues, que, al igual que en otras ocasiones similares, Dios sigue fiel y constante en su pacto, en su justicia y en su misericordia. *Su pacto nunca deja de ser*. Su palabra es clara y explícita, ‘Os tomaré por pueblo mío, y yo seré vuestro Dios’, a lo que añade que gobernará a ese pueblo suyo para siempre a través de la casa de David (1 Cr. 17; 7–14). Por ahí discurre el flujo de los acontecimientos, aun en los casos en los que el viento es adverso y las olas parecen agitarse en dirección contraria. La *justicia* de Dios sigue presente pese a todo, y ello justamente donde, en la aparente superficie del devenir histórico, los acontecimientos fluctúen y parezcan tener lugar para perjuicio de la casa de David y el pueblo de Israel. El mensaje de Dios es diáfano: ‘Si pecáis, recibiréis el castigo; si mostráis arrepentimiento, os otorgaré mi perdón; si sois fieles y leales, os colmaré de bendiciones.’ Pese a la aparente paradoja, se percibe lo constante de su atención y cuidado precisamente en las alternativas de sus reacciones. Así, pues, y por encima de todo, impera, suprema, su gracia y *misericordia*. Y eso es algo que constatamos tanto en sus bendiciones a quienes no lo merecen, como, asimismo, en la condena de los malvados, sólo tras haberse dado toda posible oportunidad para el arrepentimiento.

Esas tres facetas de su forma de actuar en la historia quedan bien ilustradas en los capítulos que siguen. La mayor parte de la historia pone de relieve su justicia. Su pacto, junto con su misericordia, constituye el prólogo y el epílogo de la narración.

1. Dios mantiene su pacto

La noción de ‘pacto’, decisión que vincula a dos o más compromisarios, es idea fundamental en el capítulo 23. El sacerdote Joiada, que junto con su esposa Josabet se había ocupado del pequeño príncipe durante los seis primeros años de la vida del niño, decide que ha llegado el momento de dar a conocer a Joás como el auténtico rey, por lo cual se establecen pactos que, en primer lugar, ligan al sumo sacerdote y a los capitanes (23:1), después a la asamblea con el rey (23:3), y finalmente, tras la ejecución de Atalía, al rey, con el sacerdote y el pueblo (23:16). No todas las traducciones de este texto lo reflejan así, pero la palabra original es la misma en los tres casos. El Cronista presta en estos tres capítulos correspondientes un cuidado especial al vocabulario que emplea, muy preciso y lleno de significado, tal como tendremos ocasión de comprobar. Así, la reinstauración del hijo de David en el trono va acompañada de estos tres pactos individuales, como señal *del pacto* por excelencia, pues el pacto original entre Dios y

David no puede ser quebrantado. Y su importancia se va haciendo progresivamente patente al ocuparnos por turno de esos tres personajes que protagonizan los acontecimientos del capítulo 23.

a. Atalía

Ya nos ocupamos en su momento, aunque de forma un tanto somera, de esos años en los que Atalía ejerció el liderazgo, y ello como si de hecho constituyeran un verdadero 'reinado' a la par con los demás gobernantes de Judá. Pero es muy probable, sin embargo, que no deba ser considerado así. Pues, aunque se calcula que el reinado de Joás no tuvo su inicio hasta la muerte de Atalía, el período de regencia de esta reina no aparece registrado con la acostumbrada entradilla (como es el caso, por ejemplo, en 24:1–2). Ahora bien, sucede que ella no era descendiente de David, y Joiada puede, por tanto, hacer referencia a Joás como el auténtico 'rey', incluso estando ella todavía viva (23:7). Atalía había usurpado el trono, y como usurpadora ha de ser considerada.

Ahora bien, aunque con no pocos reparos, al menos puede reconocerse y, hasta cierto punto, admirar el arrojo y la decisión de esta mujer sobresaliente que, pudiendo permanecer en el lugar sagrado donde no iba a ser posible ejecutarla, caminó con decidida altivez hacia su destino final: 'cuando ella llegó a la entrada de la puerta de los Caballos de la casa del rey, allí la mataron' (23:15). Pero, lo cierto es que era una mujer en extremadamente malvada. Ese trágico grito suyo de '¡Traición!' al descubrir el complot contra su persona tiene más de un posible significado. Desde el punto de vista de ella, Joiada podía efectivamente ser considerado un traidor. Como cabeza de la iglesia, debía haber colaborado con la persona que ejercía, a su vez, de cabeza del Estado, y de ahí su traición.

En otro nivel distinto, la traidora era en realidad ella misma. Era ella la que había traicionado de hecho el genuino llamamiento del pueblo de Dios a ser un pueblo especial, distinto a todos los demás por una vida de fidelidad bajo el gobierno de un sucesivo linaje real instituido por Dios. Traducido, su comportamiento era una traición al pacto.

El auténtico alcance de esa traición suya se hace patente en otro posible significado de ese grito suyo. En el curso de los acontecimientos, Atalía había hecho bastante más que introducir en el reino del sur, partiendo del reino del norte, la práctica nefasta de una falsa religión. La mentalidad religiosa de Judá se había visto sometida así a un violento cambio de modelo o paradigma, sucumbiendo ante la contaminación de las formas y modos del reino del norte. McConville apunta ahí, muy acertadamente, a la incongruencia de esa protesta de traición por parte de Atalía: según sus propios parámetros de legalidad, el poder es para quien se hace con él (muy en consonancia, dicho sea de paso, con un amplio sector de la diplomacia moderna actual), y no conforme a derecho, y de ahí que ella no pueda pretender, y justamente menos que nadie, invocar legítimamente el concepto de 'traición'. Esto supondría desdibujar hasta cierto punto las diferencias entre norte y sur. De hecho, en circunstancias normales, la verdadera tradición israelita, preservada hasta ese momento en el sur davídico, nunca

habría llegado a semejante conclusión.

Sabemos que seguía habiendo un elevado número de personas en Judá que se mantenía fiel al pacto, pero, en tanto en cuanto Atalía se había hecho con la vida de la nación, la infidelidad había pasado a ser la norma. En tiempos de Saúl, Israel estaba hasta tal punto sometido al dominio filisteo, que ya ni reaccionaba, observándose incluso una pérdida absoluta del deseo de ser diferentes, renunciando así prácticamente a ocupar su lugar dentro del pacto. Como esquema fijo, parece haber adquirido incluso carta de naturaleza. A causa del proceso iniciado en su momento por esa funesta alianza de Josafat con Acab, Judá se había vuelto tan 'israelita', en su acepción más negativa, que casi dejó de tener la connotación positiva de sus inicios.

b. Joiada

Es posible que el sumo sacerdote hubiera traicionado a Atalía, pero, desde luego, no era traidor al pacto. Hay quien ha visto en esa preeminencia suya una relación directa con un cambio en el énfasis de monarquía a sacerdocio, relacionado con la situación que se vivía en tiempos del Cronista, y ello en una época en la que no había reyes, sino sólo sacerdotes. Es posible, entonces, que la grandeza del sumo sacerdote radicara en su capacidad para nombrar rey, ejerciendo así su autoridad para restaurar la verdadera línea davídica. Joiada es plenamente consciente de que, al igual que el joven rey sigue vivo, escondido en algún lugar del recinto del templo, el pacto sigue siendo una realidad viva. Atalía ha lanzado un ataque muy efectivo contra el reino como realidad temporal terrena. Pero nada puede hacer en cambio contra el imperecedero reino verdadero. Evidentemente, ha pervertido la práctica religiosa de Judá y hasta su forma de razonar, pero la relación y el compromiso que se derivan del pacto están fuera de su alcance. Las raíces del pacto se nutren, de hecho, de la fidelidad a Dios, y persistirán a pesar de la deslealtad humana. Con la proclamación de Joás como rey, el auténtico Israel es hecho patente. Y el Cronista lo destaca con la forma misma en que reescribe el inicio de la historia (23:1–3; cf. 2 R. 11:4). Joiada reúne, entonces, no sólo a los guardas del templo, sino asimismo a los levitas más destacados. Lo que tenemos ahí, sin embargo, no es una intriga palaciega, sino la voluntad actualizada de toda una asamblea popular. Joás no es simplemente el hijo del rey fallecido, sino que él mismo es ya rey, y las palabras pronunciadas no eran las de un mero sumo sacerdote – el Señor mismo se había comunicado a través suyo. Una autoridad con peso específico ha declarado que el pacto no va a seguir siendo traicionado. Así, no ha de extrañarnos que esta parte de la historia, que tiene su inicio con Joiada articulando el pacto, finalice con unas pompas fúnebres en su honor y su enterramiento junto a los reyes del pueblo de ese pacto (24:16).

c. Joás

Comparado con el sacerdote Joiada y la reina Atalía, el joven recién ungido como rey podría parecer un personaje insignificante. Pero no, en cambio, en términos del

pacto. Tanto por ascendencia como por su extremada juventud, es claro exponente del modo como el Señor mantiene el pacto con su pueblo.

Para empezar, Joás es hijo de David. Ya observamos en su momento cómo la situación de Judá en esos momentos era reflejo de la constatable en tiempos de Saúl doscientos años antes. Ahora, en esos tiempos presentes, y tal como ya había sido el caso, una forma de pensar ajena a la verdadera fe de Israel había contaminado la política de la nación; y su regente, lejos de guiarla de nuevo al buen camino, se ha convertido en el caso más notable de toda deslealtad. Así, Dios se ocupa de que sea desarticulada fuerza tan destructiva, y el reemplazo va a tomar la forma de un heredero legítimo de la casa de David, de manera que el Señor bendecirá a su pueblo a través suyo. Esa fue la razón, en su momento, de que Saúl fuera reemplazado, y esa había sido también la causa de que Atalía desapareciera igualmente de escena. Joás, a pesar de sus pocos años, está en la línea legítima de los verdaderos reyes de la alianza.

La extremada juventud del nuevo rey es una faceta más del pacto, pues, mientras que el Cronista se limita a hacer una mera alusión al incidente, sus lectores saben bien lo que hubo detrás del ungimiento público de David, como antepasado de Joás. Cuando, tras la infidelidad de Saúl, 'el SEÑOR le quitó la vida y transfirió el reino a David, hijo de Isaí', y los ancianos de Israel 'ungieron a David como rey sobre Israel', fue 'conforme a la palabra del SEÑOR por medio de Samuel' (1 Cr. 10:14; 11:3). Lo cual viene a querer decir que se apoyó en los acontecimientos descritos en 1 Samuel 16: la visita de Samuel a Belén y la elección de Dios a través suyo del más pequeño de los hijos de Isaí, considerado entonces demasiado insignificante para estar junto a sus hermanos en la primera elección del profeta. De modo que Joás cumple con dos de los principios consustanciales a la historia del pacto: es del linaje de David y ¡es candidato muy poco probable!

Es posible, claro está, que el Cronista hubiera o no previsto el modo en que esa doble característica llegaría a su clímax. Pero soy de la opinión de que, si hubiera tenido la posibilidad de visitar la 'pequeña localidad de Belén', lugar del nacimiento de David, en esa noche, siglos después, en la que los descendientes de David se encontraban convocados por razón de un censo oficial, y comprobara hasta qué punto 'las esperanzas y los temores de todos esos años transcurridos' se centraban ahora en la persona de un niño que yacía en un pesebre, se habría sentido un tanto sobrecogido pero ciertamente ni sorprendido ni desconcertado. Y tampoco se habría extrañado si, al dirigir la mirada a un futuro más distante, hubiera comprobado la vigencia de esos principios entre los pueblos del nuevo pacto – oyéndoles gritar con júbilo '¡Hosana al hijo de David!', constatando así cómo Dios no cesa de elegir 'lo necio del mundo para avergonzar a los sabios'.⁵

2. Dios administra su justicia

En los personajes de Joás y Amasías se entremezcla lo bueno con lo malo, de manera que, en dos reinados sucesivos, el Cronista tiene la oportunidad de hacer ver la constancia del carácter de Dios en distintas situaciones. Tal como le es habitual, añade

al relato de Samuel/Reyes apuntes complementarios (así, por ejemplo, tenemos 24:24; 25:20). Por otra parte, la propia narración resalta ese mismo aspecto en la descripción de cada rey, pasándose de un comienzo prometedor a un lamentable final. Pero, sin embargo, con estos dos reyes en particular la intención se muestra en otra forma distinta – mediante un uso preciso y característico de palabras ya mencionadas en otros momentos y en otras circunstancias.

a. Joás

El capítulo 24, que abarca el reinado de Joás, se ocupa en primer lugar de su muy temprana devoción a Dios, y las bendiciones que se derivan de ello, para pasar después a su caída en deslealtad y el consiguiente castigo.

1. *Buenos comienzos.* El joven rey, todavía menor de edad pese a los años transcurridos desde su ungimiento, ‘hizo lo bueno ante los ojos del SEÑOR’ (24:2), siendo esos matrimonios suyos, y los hijos que tiene, consecuencia de unas bendiciones particulares, a lo que venía a sumarse la restauración de la familia real, que tan diezmada había quedado en el transcurso de las tres últimas generaciones. Joiada se había convertido, de hecho, en el guía activo de la obediencia del joven Joás y, asimismo, en agente instrumental de las bendiciones de las que es objeto (24:2–3), de manera que, tras la muerte de este sumo sacerdote, todo empezó a marchar mal. Pero, por el momento, las cosas discurrían por buen camino, y la forma que tiene el Cronista de hacerlo ver es, con esa característica tan suya, ocuparse *in extenso* de una renovación a fondo del templo puesta en marcha por este jovencísimo rey.

El relato correspondiente presenta, sin embargo, algunos rasgos curiosos. Y quizás la forma más sencilla de seguir la secuencia de acontecimientos sea poner 24:5b–7 entre paréntesis, por así decirlo, indicando de forma sucinta lo que pasó: se decide llevar a efecto la restauración (24:4–5a) y se inicia su puesta en práctica (24:8–10); se recogen dádivas y aportaciones hasta ver llena el arca (24:10) para, a continuación, distribuirlo según las necesidades de la obra (24:11–13), desviando el dinero sobrante a la fabricación de los ‘utensilios para la casa del SEÑOR’ (24:14). En los versículos sugeridos para su lectura, la expresión ‘hijos de la perversa Atalía’ (24:7) probablemente significa no hijos según la carne, muertos tiempo ha (22:10), sino aquellos que le prestaban apoyo incondicional, esto es, la ‘gente de Atalía’. Enseguida pasaremos a considerar la razón de que el Cronista haga mención de la tardanza de los levitas en llevar a efecto las instrucciones de Joás (24:5b–6). Fuera, pues, el que fuese el propósito que le había animado al incluirlo, lo utiliza en una frase tan sumamente interesante, que nos lleva, de hecho, a repasar el muy cuidadoso uso de las palabras que caracteriza el relato de esos últimos tiempos de Joás en los que se resalta la justicia de Dios. Y justamente de eso pasamos a ocuparnos a continuación.

2. Malos finales

‘Después de la muerte de Joiada vinieron los oficiales de Judá’ (24:17), induciendo a Joás a un desastroso cambio de política. Era como si Judá, tras haber sufrido con Atalía una repetición de los tiempos de Saúl, hubiera disfrutado de un demasiado breve período de bendiciones con David y Salomón, para verse de nuevo sumido en una repetición de las locuras cometidas por Roboam (10:6–14), teniendo todo ello como resultado que los líderes de la nación ‘abandonaron la casa del SEÑOR’ (24:18).

‘Abandonar’ es el primero de los términos que el Cronista usa con precisión letal para mostrarnos la justicia divina. (Nos perdemos ahí la fuerza de su lenguaje al utilizar versiones que suelen traducir un único término en el original por una variedad de ‘equivalentes’; aunque puede que haya que admitir, pese a todo, la imposibilidad de ser siempre fiel al original y, en este caso en concreto, ‘abandonar’ refleja bien el significado del hebreo: *azab*). El mensaje profético que le llega a Joás deja claro que, en la forma de actuar de Dios, el castigo va siempre en proporción al delito: él ha *abandonado* al Señor, por lo tanto el Señor le ha *abandonado* a él (24:20). La profecía de Zacarías se remonta al pasado de ese pecado – el *abandono* de la casa del Señor (24:18) – y se proyecta hacia el futuro en el castigo, cuando el numeroso ejército de Joás es derrotado por un pequeño ejército sirio por haber *abandonado* al Señor (24:24). Y, en una frase final escalofriante, la culpa personal de Joás se le hace claramente presente (los lectores hebreos del Cronista se habrían dado cuenta del detalle, aunque puede que a nosotros nos pase por alto), al retirarse los sirios *abandonándole* herido de gravedad y en manos de unos sirvientes traidores (24:25).

Otro término a destacar es ‘conspirar’. El asesinato de Zacarías, sacerdote profeta, hijo de Joiada, es descrito en un único versículo (24:21). Pero tras esa breve reseña tiene que haber habido una trama similar urdida por Jezabel en el reino del norte para provocar el apedreamiento judicial de Nabot (1 R. 21:1–14), conspiración planeada con total sangre fría y absoluta premeditación, que conferiría a este acto, del en otro tiempo pío Joás, la categoría de infamia imperdonable. Pero, de nuevo, al Cronista le preocupa algo más que el mero juicio emitido por una generación posterior. La retribución es personal y exacta: Joás y sus príncipes o jefes principales *conspiraron* contra Zacarías (24:21), por lo que, a su debido tiempo, ‘sus siervos *conspiraron* contra él por causa de la sangre del hijo de Joiada’ (24:25). En relación directa con esto está la tercera palabra que hemos de tener en cuenta, de nuevo una constante en los textos hebreos, pero no así en las distintas versiones en lenguas occidentales: Joás asesinó a Zacarías (24:22), siendo él posteriormente *asesinado* por sus propios criados (24:25). Esa es también, pues, la suerte que les espera a otros líderes destacados de Judá. Los príncipes que indujeron a Joás a ir por el mal camino (24:7) son, asimismo, destruidos (24:23), pues es justamente la destrucción el final apropiado para quienes se apartan de Dios. El Dios de Israel es el Señor de la vida, y abandonarle para volverse a los dioses del paganismo supone aislarse de la fuente que la origina.

El cuarto y último de esos términos es el más difícil de traducir adecuadamente. La dureza de la oración de un Zacarías agonizante, ‘Que lo vea el SEÑOR y tome venganza’ (24:22), ha sido objeto de comparación desfavorable con el espíritu de perdón de Jesús

y de Esteban. Pero el término ‘vengar’, *daras*, es muy importante en el contexto de la relación de Dios con su pueblo en Crónicas. Puede traducirse, en un cierto sentido, como ‘indagar’ o ‘requerir’. Quizás una de las razones de la inclusión de 24:5b–6 en su reseña de la colecta para la restauración del templo, ya destacada en su momento, es que servía para conferirle un cierto dramatismo al término – los levitas no habían actuado con diligencia para llevar a efecto lo que Joás había *requerido* de ellos. La raíz del término parece apuntar a un ‘solicitar’ o ‘tratar con’. Así, David y Salomón ‘consultaron’ a Dios (1 Cr. 21:30; 2 Cr. 1:5), pero, en cambio, no se había *consultado* o *buscado* al arca: algo, en cambio, que sí debería haberse hecho (1 Cr. 13:3; 15:13). Si *buscáis* a Dios, lo encontraréis (1 Cr. 28:9; 2 Cr. 5:2), y es justamente lo que se afirma que algunos reyes de Judá habían llevado a cabo.

Se observa, sin embargo, un contraste entre el uso de este término y los tres primeros analizados. Sucede que hay dos clases distintas de búsqueda o consulta. Tal como ya hemos tenido ocasión de comprobar, aquel que abandona es a su vez abandonado; aquel que conspira sufre en su momento conspiración; aquel que mata acaba siendo matado. Pero, y he aquí la diferencia, aquel otro que, en cambio, busca, *no* será buscado, mientras que aquel que, de hecho, *no* busca, *será* buscado. Y ello por tener la búsqueda del Señor un propósito distinto al nuestro. Por no haber buscado Saúl al Dios con verdadero deseo (1 Cr. 10:13), el Señor le buscó a *él* para retribución. Joás, al igual que muchos otros, iba a ser testigo de idénticos casos en futuras generaciones.

Las palabras de Zacarías, aunque no exactamente transpirando un espíritu caritativo, ponen de relieve una verdad férrea e inmovible respecto a la justicia, dado que el rey no ha buscado ni consultado al Señor con verdadero ahínco, que sea entonces el Señor el que le busque a él perseverante para justa retribución y castigo.

b. Amasías

El capítulo 25 nos presenta la puesta en práctica de un esquema muy parecido en la vida del hijo de Joás. Así, se da de entrada un período de obediencia y bendición que es sucedido por otro de desobediencia y castigo.

1. *Buenos comienzos.* ‘Aunque no de todo corazón’ (25:2), Amasías se esforzó sinceramente por gobernar con santidad, fijándose para ello, tal como Joás había hecho en su momento, en las ordenanzas de Moisés (25:4; *cf.* 24:9). Teniendo en mente una posible campaña militar contra Edom, reúne un ejército que, una vez formado, no le parece suficientemente adecuado. No se nos da la cifra del bando contrario para poder establecer una comparación, pero resulta evidente que el suyo era inferior en número a lo reunido, en tiempos pasados, por Asa y por Josafat (14:8; 17:14ss.), y es así como, con el propósito de reforzarlo, contrata a soldados israelitas de la tribu de Efraín. La reprimenda por ese proceder le llega por boca del profeta, con el mensaje, ya comunicado en otras ocasiones a los reyes de Judá, de que el camino al éxito no es otro que la plena confianza en Dios, ante lo cual, Amasías manda de vuelta a Israel a los

efraimitas aprestándose a luchar con sus solas fuerzas, alcanzando, sin embargo, una gran victoria.

Hasta aquí todo va bien. La cuestión, sin embargo, es que pronto empieza a hacerse patente que esa lealtad suya a Dios es tan sólo algo a medias, algo que se hace evidente tanto en ese primer impulso de contratar tropas mercenarias y esa otra reacción suya en 25:9 – muy humana y comprensible – ‘¿Qué hacer con los cien talentos que he dado a las tropas de Israel?’ Y la respuesta que da el profeta es otra de esas perlas que el Cronista nos regala de vez en cuando, memorable (y en extremo práctico) reproche particularmente aplicable a los tacaños: ‘¡El SEÑOR tiene mucho más que darte que esto.’ Y aunque Amasías acabó obrando conforme a las palabras del profeta, la semilla de la tragedia ya había empezado a germinar y, no tardando mucho, él sería el primero en sufrir las consecuencias.

2. *Un mal final.* Amasías se aprestó para una segunda batalla, esta vez contra Israel, cuyo trono estaba ocupado ahora por un tocayo de su padre, el otro Joás (llamado con frecuencias Joab en Samuel/Reyes). El reto es aceptado por el bando contrario, la lucha comienza y todo empieza a ir de mal en peor. Las causas del desastre pueden localizarse en varios niveles. La primera intención de Amasías había sido sin duda el deseo de vengar el saqueo y la muerte sembrada en tierras fronterizas, al paso de las tropas efraimitas mercenarias a su vuelta al reino del norte (con 25:13, cf. 17:2). La razón de su furia era, presumiblemente, el que se les hubiera impedido tomar la parte del botín que les correspondía de la anterior guerra (25:10). Pero, detrás de todo ello estaba, una vez más, la insensatez de Amasías al contratarlos. Lo que había, pues, era una cadena lógica e inevitable de causas y efectos.

Sin embargo, en un nivel más profundo, la razón de ese embarcarse en una guerra que estaba destinado a perder era un exceso de fe en las propias capacidades tras esa primera victoria. En certeras palabras de Joás de Israel, como contrincante suyo, ‘Tú dijiste: “He aquí, he derrotado a Edom”; y tu corazón se ha envanecido para gloriarte’ (25:19). Y la semblanza que traza el rey del norte no deja de ser una muy apropiada caricatura de un cardo que se atreve a retar a un cedro.

Pero queda otra razón aún más profunda. En su base nos sale al encuentro la ruptura de relaciones entre Amasías y Dios, que llevará a la postre a su caída. El Cronista no se cansa de reiterar el mismo mensaje. Amasías había adoptado el culto conforme a los dioses edomitas, pero no se nos explica la razón. La cuestión obvia, que los dioses de un enemigo derrotado no eran dignos de culto y adoración, tuvo que habersele hecho patente y haberlo rechazado – pero el resultado final había sido que él mismo había acabado siendo derrotado, y no simplemente por una secuencia de acontecimientos militares o por un exceso de confianza en sí mismo, sino por haber apartado a Dios de él (25:14–16, 20). Hábil como es el Cronista a la hora de seleccionar los hechos que mejor ejemplifican la lección a aprender, se abstiene, sin embargo, de manipularlos. Así, da cuenta que el resultado inmediato de la desobediencia de Amasías a ese primer profeta no había sido el éxito, sino ocasión para mayores problemas (25:7ss., 13). Y la historia en su totalidad muestra claramente que aquel que obedece es

bendecido y aquel que se rebela es castigado. El uso de términos significativos por parte del Cronista a pesar de ser menos extenso que en el caso de Joás, tiene idéntica fuerza. El ‘consejo’ de Dios, manifestado por ese segundo profeta, que conduciría a bendición, es rechazado de plano; de ahí que Amasías sea abandonado a un ‘consejo’ que le va a llevar en dirección contraria y va a acabar destruyéndole (25:16–17).

Los reinados de estos dos monarcas, pues, son ilustrativos, a su vez, de dos de los grandes principios operativos de Dios: su pacto, en virtud del cual su pueblo como un todo será infaliblemente bendecido, a pesar de pecados de individuos en particular, y su justicia, por medio de la cual los que pequen serán igual de infaliblemente castigados. Pero, por encima de todo esto, hay un tercer principio, y el repaso a las respectivas trayectorias de Joás y Amasías revela la misericordia de Dios actuando, que ha de sumarse a esos otros dos.

3. Dios proclama su misericordia

Son tres las ocasiones en las que un siervo de Dios llega con un mensaje de misericordia. Tan sólo uno de ellos es identificado por su nombre (24:20), uno sólo es nombrado como efectivamente profeta (25:15), y los tres – ese tercero es simplemente ‘un hombre de Dios’ (25:7) – tienen cosas muy graves que comunicar. Pero lo cierto es que se inscriben en esa tradición de los grandes profetas cuyos nombres conocemos, y que eran todos ellos, por muy ominoso que fuera su mensaje, portavoces de la gracia de Dios. El sacerdote a través del cual se revela el Espíritu de Dios con el fin de dirigirse a Joás (24:20; cf. 1 Cr. 12:18), el hombre de Dios, y el hombre que se dirige a Amasías, están todos por igual diciendo aquello que con tanta asiduidad recalca el propio Cronista: ‘Aquel que busca al Señor será bendecido, mientras que aquel que abandona al Señor será abandonado.’ Es, pues, la exposición de hechos inapelables, por lo cual no hacen falta ni exhortaciones, ni ruegos, ni sentimientos para poder proclamar la misericordia y la gracia de Dios a todos aquellos que obren consecuentemente. Junto al pacto de Dios con su pueblo, y la justicia que opera para discriminar entre unos y otros, está la misericordia que da forma a la puesta en práctica de ambas realidades.

Son varios los mensajes proféticos recogidos en las páginas del Cronista. Y este es quizás el punto adecuado en el que considerar el modo en el que esa sucesión de mensajeros encaja en la concepción general de la historia que tiene el Cronista.

Es ya algo común en teología concebir a Cristo como profeta, sacerdote y rey; esto es, ver en su persona el cumplimiento de la triple función compartida, en los tiempos del Antiguo Testamento, por muchos individuos adscritos a cada una de esas tres categorías. Todos los profetas quedan resumidos en su obra profética, todos los sacerdotes están englobados en su función de sumo pontífice, y todos los reyes quedan enmarcados en su soberanía como regente.

Las tres figuras son, pues, de la máxima importancia en el Antiguo Testamento, y las tres se suceden a lo largo de siglos de historia compartida. El título ‘ungido del SEÑOR’ puede aplicarse a las tres por igual. Es más, las tres se proyectan hacia una futura gloria que sobrepasa todo lo visto en los días del Antiguo Testamento. Moisés predice la

eventual llegada de un profeta que hablará palabras más divinamente poderosas que todas las dichas por sus predecesores. El Salmista anticipa la institución de un sacerdocio según el orden de Melquisedec, esto es, eterno y completamente distinto al de Aarón, mudable en su estructura y mortal por su naturaleza.¹⁴ A David se le promete un trono imperecedero para su descendencia. El Nuevo Testamento considera todas esas visiones como cumplidas en Cristo. Él es 'el Profeta que había de venir al mundo'¹⁶, 'SACERDOTE PARA SIEMPRE SEGÚN EL ORDEN DE MELQUISEDEC', y heredero real e inmortal 'del trono de su padre David'.¹⁸

Si procedemos entonces a leer de nuevo, y retrospectivamente, el esquema que surgió de ahí con el tiempo, no ha de costar trabajo dar con ese 'cordón de tres dobleces' que el Cronista ha ido entretejiendo en su versión de los hechos. Así, constatamos que la aparición de profetas en *el corpus* de sus sermones es tan frecuente como la de reyes y sacerdotes. A la vista de todo ello, ¿ha de concluirse en verdad que el concepto de *polos* gemelos, esto es, sacerdote y rey, alrededor de los cuales gira la vida del pueblo de Dios, como si de una órbita elíptica se tratara, es algo completamente inadecuado? ¿Deberíamos tratar entonces de encajar también al profeta en ese esquema *triple*, pues, de no hacerlo así, nos quedaríamos sin el auténtico Israel? Y, de ser así, ¿en qué sentido han de ser vistos esos tres, que no esos dos, ungidos como realidades presentes en nuestra propia experiencia? ¿Deberíamos beneficiarnos de la palabra profética de Cristo en el mismo sentido en el que nos beneficiamos de su ministerio sacerdotal y su gobierno como rey?

La verdad del caso es que, siendo la palabra profética ciertamente característica primordial en el relato del Cronista, acertamos si vemos en la institución conjunta de trono y templo su núcleo fundamental. Según él, y tal como ya apreciamos hace tiempo, el equivalente de nuestro quedar representados ante Dios a través del sacerdocio consiste en que el Señor nos sea representado mediante la soberanía real. Puede que resulte chocante, pero es un hecho incontestable que, en esta interpretación del devenir de la historia, el profeta '¡no desempeña función alguna en la vida de Israel!' – ninguna función, se entiende, *en la vida del pueblo*, como algo diferenciado de la vida de sus reyes. El monarca ideal gobierna al pueblo en la forma en que debe hacerse, dirigiendo cada faceta de la existencia sin que sea necesario el refuerzo de la voz admonitoria del profeta. En la práctica, sin embargo, ninguno de los reyes *fue* conforme al ideal. Ni siquiera David y Salomón dieron la medida, y ello por la sencilla razón de que eran seres humanos de carne y hueso, y, por lo tanto, pecadores. Y (tal como nos dimos cuenta al contemplar retrospectivamente el relato) fue a ellos, y no al pueblo en general, a los que fueron enviados los profetas. Si no hubieran sido más que meros figurines, carentes de las debilidades propias de los humanos, creados por el Cronista tan sólo para encarnar una serie de ideales y para darnos lecciones, no habría sido necesaria la inclusión en la historia de todos esos distintos profetas. Pero hemos de insistir aquí de nuevo en el propósito de la historia como *lección y hecho*, prefigurando a Cristo y siendo, asimismo, personas de verdad y muy humanos y reales.

Así es, pues, cómo interviene Dios. Ese es el principio que subyace tras la encarnación. Y donde los que encarnan la lección son hombres pecaminosos,

necesitarán de vez en cuando que se les enseñe, y la palabra profética vendrá entonces a ellos. A su debido tiempo, Ezequías, un hombre ejemplar en muchos sentidos, dará forma al culto en la casa de Dios ‘según las ordenanzas de *David*’, pues esa había sido desde siempre responsabilidad del rey; ‘y de Gad, *el vidente del rey, y del profeta Natán* (29:25).

Los profetas en Crónicas no están para guiar al pueblo de Dios de forma directa, sino para interpelar a los reyes, y para respaldar las palabras del profeta como hecho y no como ficción.

Con todo esto presente, repasamos una vez más la manera en que el Espíritu de Dios actúa a través del sacerdote Zacarías con el fin de advertir al rey Joás sobre la locura que supone abandonar al Señor, y cómo el hombre sin nombre y, después de él, el profeta recordaron al rey Amasías de manera similar los peligros de la desobediencia. Cada mensaje, aunque severo, era asimismo de misericordia, pues, de prestárseles atención, el camino de vuelta a la bendición estaba asegurado. Sin esa palabra viva de Dios, debidamente escuchada y puesta en práctica (o no, según el caso), sería ciertamente cosa imposible llevar a su plena realización la justicia y el pacto de Dios.

Uzías: el pastor en su fuerza

2 Crónicas 26

En algunos aspectos, el relato del reinado de Uzías reitera la lección ya ejemplarizada por su padre y por su abuelo. Vemos en este capítulo 26, al igual que ocurrió en su momento en los capítulos correspondientes a Joás (24) y Amasías (25), un buen comienzo, según es escuchada y tenida en cuenta la palabra de Dios, y un triste final, al ser esa palabra rechazada y dejada a un lado. Pero lo cierto es que incluso se podría decir que Uzías fue un personaje de mayor categoría que sus predecesores. A su muerte, acaecida tras muchos años de próspero reinado, la visión que se le da a Isaías del ‘Señor sentado sobre un trono alto y sublime’ era, entre otras cosas, la confirmación de que el reino seguiría estando seguro *aun cuando* Uzías no siguiera ya reinando. Las encomiables actividades de la mayor parte de su reinado eran de una mayor proyección que las reparaciones en el templo llevadas a cabo por Joás o las campañas militares de Amasías. Podemos, pues, ver en él a un regente de auténtica categoría en la línea de su tatarabuelo Josafat cien años atrás.

En esa capacidad suya como fiel pastor del pueblo de Dios resiste la comparación con Josafat. Sin embargo, hay, un muy instructivo contraste entre ambos personajes. En el relato acerca del reinado de Josafat (capítulos 17–20) resulta conspicuo el punto débil de su carácter, rasgo que, para bien o para mal, afectaba a su ‘pastoreo’, esto es,

su gestión como rey-pastor. La característica de Uzías, tal como se nos presenta en más de una manera, en este capítulo en concreto es justamente la opuesta – una personalidad que destaca por su fortaleza. Tres son las ocasiones en las que se nos dice expresamente que era ‘poderoso’ y ‘fuerte’ (26:8, 15, 16). Los dos primeros tercios del capítulo nos informan acerca de lo que significaba en la práctica para Judá disponer de un pastor de esas características: primero se subraya la fuerza y eficacia de su gestión, pasándose después a la fuente de la que surge y los rasgos distintivos, mientras que la última parte de la historia pone de patente manifiesto el gran peligro que conlleva semejante poder. De hecho, el propio nombre de Uzías anticipa ya el tema principal en el versículo que da comienzo al capítulo, pues es nombre que, traducido literalmente, viene a querer decir algo así como ‘El Señor es mi fuerza’. No hay que ver ahí, sin embargo, un juego de palabras o una mera coincidencia; ni tampoco deberíamos imaginar al Cronista adaptando los hechos para que cuadren con el significado de su nombre, al igual que está claro que tampoco se inventaría semejante nombre para que encajara con el tono general del relato. Sabemos, de hecho, hasta qué punto se consideraba importante el nombre propio en los tiempos de la Biblia y, en la providencia de Dios, la esperanza o anticipo de aquellos que le impusieron el nombre al niño vino a verse ratificado por la vida que llevó.

La historia de Uzías, pues, nos enseña algunas lecciones relativas al poderoso liderazgo ejercido en el seno del pueblo de Dios, con sus bendiciones y con sus riesgos, y es, por tanto, de particular interés para todos aquellos, incluso hoy día, que sean llamados a ocupar el puesto de pastor responsable.

1. La nota destacada de un pastoreo fuerte (26:1–2)

Hay dos características un tanto curiosas en esas declaraciones con las que el Cronista da comienzo al presente capítulo. Así, al igual que le ocurría al célebre predicador irlandés, antes de empezar a hablar, el Cronista tiene algo que decir, y la acostumbrada fórmula de introducción (‘Uzías tenía dieciséis años’, *etc.*, 26:3–4) pasa a ser, a su vez, introducida por unas muy intrigantes notas relativas a ese nombramiento de Uzías como rey por parte del pueblo, y esa anexión, seguida por una reconstrucción, del sitio de Elot.

Tomado en conjunto con el último párrafo del capítulo anterior, que finaliza con el asesinato perpetrado en la persona de Amasías, padre de Uzías, estos dos versículos introductorios podrían incluso pasar por una puesta en situación, directa y sin complicaciones, del modo en que Uzías, con tan sólo dieciséis años de edad, sucedió a su padre en el trono a la muerte de éste, y cómo el primer logro notable del nuevo rey fue la reconquista de la ciudad de Elot. Si ese fue en verdad el caso, 26:2 supondría un escollo en la lectura, y ello por razón de que Uzías – a la sazón tan sólo un adolescente – habría tenido pocas probabilidades de restaurar Elot *antes* de que su padre muriera. El asunto, pues, se complica un tanto y nos lleva a dos aspectos de la monarquía israelita ya señalados en su momento.

Uno de ellos es el hecho obvio de que una nación que es una monarquía tiene que

estar, lógicamente, regentada por un rey. El Cronista había dejado meridianamente claro que donde el pueblo de Dios se comporta como tal pueblo, es por ser representados ante Dios por el verdadero sacerdocio, al tiempo que Dios es representado ante ellos por la verdadera monarquía. Para la época de Amasías, se había hecho ya impensable que Judá pueda existir sin la presencia de esa segunda institución como tampoco podía existir sin la primera. Así, cuando ‘el rey de Israel capturó a Amasías’ y con sus ‘rehenes... se volvió a Samaria’ (25:23–24), el pueblo de Judá se vio ante un problema sin precedentes. En cierto sentido, todavía tenían rey: Amasías seguía vivo; en otro, en cambio, no lo tenían, pues se encontraba cautivo en Samaria, y a efectos prácticos el trono estaba vacante. Es justo en ese momento (y no a la muerte de Amasías veinticinco años más tarde) cuando deciden poner a Uzías en el trono, literalmente ‘en el lugar de su padre’ (26:1 BA).

El otro aspecto relativo a la monarquía que hemos de tener presente es el sistema de co-regencia, que con tanta frecuencia operaba en el antiguo Judá, en el que el príncipe heredero compartía el gobierno con el padre durante un tiempo antes de que muriera. Y eso era justamente lo que había ocurrido ahí. Amasías estuvo doce años cautivo en el reino del norte (25:23–24), contando Uzías a la sazón dieciséis años de edad, regresando a Judá, pasado ese tiempo, para reinar otros quince años más, hasta que muere asesinado en Laquis (25:25–28). Ese adolescente Uzías, pues, habría sido hecho regente, tal como diríamos hoy (26:1), *a causa de la captura de su padre*; y, al regresar este tras el cautiverio, los dos habrían gobernado conjuntamente hasta la muerte de Amasías; y no fue hasta fecha posterior a la muerte de Amasías, tal como el Cronista se esfuerza por indicar, que Uzías (ahora ya único monarca) capturó Elot, estando para entonces ya casi en el punto medio de su ‘reinado’ de cincuenta y dos años (26:2).

Ahora bien, y como otra nota curiosa que añadir a esos versículos iniciales, ¿qué hay detrás de ese interés en concreto de la toma de Elot? Si 26:1–5 han de ser tomados como resumen de los datos más importantes sobre el reinado de Uzías, ¿qué es lo que tiene Elot de importante? Su mención es particularmente intrigante a la vista de lo que la narración *no* dice. Sherlock Holmes dirigió en cierta ocasión la atención de su amigo el Dr. Watson hacia ‘el curioso caso del perro a media noche’. Pero, le hizo notar Watson, ‘el perro no hizo nada durante la noche’. ‘¡Pues ahí está justamente lo curioso del caso’, contestó Holmes. Tal como se habría esperado, en esa historia, que el perro ladrara, aquí igualmente se esperaría de un cronista que reseñara el más memorable acontecimiento del reinado de Uzías – un terremoto, lo suficientemente notable como para dejar constancia escrita de ello por otro escritor en un país distinto⁴ y por otro más en una época distinta, 200 años después. Pero incluso un incidente de esa magnitud es tenido en poco por el Cronista como para mencionarlo con motivo de la restitución a Judá del sitio de Elot. ¿Cuál sería la razón de que se seleccionara ese hecho en particular como representativo de Uzías?

El nombre en concreto, ‘Elat’ en Samuel/Reyes (2 R. 14:22), persiste en la actualidad como Eilat, y es lugar de recreo y vacación de las costas del mar Rojo en el extremo sur de Israel. Su historia se prolonga en el tiempo, pues ya era lugar de baños termales

hacia 3000 años. Los hallazgos arqueológicos revelan que Salomón desarrolló allí una próspera actividad industrial, junto con una explotación minera y fundición de cobre y hierro. Pero también desde allí había hecho zarpar sus barcos hacia las rutas comerciales del mundo antiguo, tal como el propio Cronista nos informa (8:17–18), y su principal interés dentro de la narración bíblica radica justo en que sea puerto de mar. Pasados ya los tiempos de Salomón, el lugar fue destruido; Josafat restableció su antiguo esplendor, pero su empresa marinera acabó en fracaso (20:35–37); posteriormente cayó en manos de los edomitas, y fue de ellos de donde la recuperó Uzías – con toda probabilidad por su valor estratégico como puerta al mundo exterior.

Lo cierto es que si hay algo en lo que más se esfuerce el Cronista en relación a Uzías, en los párrafos que siguen, es justamente en hacernos ver la amplitud de miras y objetivos de este monarca. Así, se nos presenta en todos sus detalles la grandeza, tanto por volumen comercial como por amplitud geográfica, del reino en aquella época. El dilatado reinado de Uzías y su contemporáneo Jeroboam II fue un período de expansión tanto para Israel como para Judá. Decir, por lo tanto, al inicio del capítulo, que Uzías se había extendido hasta ocupar el extremo sur de sus territorios, haciendo de Elot un puerto comercial, de donde zarpaba su flota hacia los confines del mundo conocido, era tanto como decir ‘Este sí que es un hombre de visión y grandes perspectivas.’

Eso es lo que realmente se espera de un pastoreo fuerte y eficaz. Hombres del pueblo de Dios consagrados a su trabajo, que en el Nuevo Testamento son conocidos por el nombre de *episcopos* o sobreveedores responsables. Todo lo cual viene a recordarnos hasta qué punto la fuerza del líder radica en su capacidad para ver más lejos que los demás y con mayores perspectivas – en cuanto a las posibilidades del futuro, lo más amplias posibles; en cuanto a la complejidad de la iglesia a la que sirve, lo más pormenorizada posible; en cuanto a las lecciones que se derivan de la historia y la tradición, con la mayor memoria y retrospectivamente. De hecho, lo que se está enfatizando es un entramado complejo y bien trabado que se deriva de todo ministerio pastoral a tiempo completo y dedicación en cuerpo y alma. Características y actitudes todas ellas que se daban en Uzías, y no ciertamente como mero pasatiempo en determinados momentos. Lo que se ejemplifica ahí, además, no es otra cosa que el coraje que necesita todo aquel que aspire a guiar a su pueblo por ‘un camino que no conocen’, persuadiendo a un pueblo como el israelita, ‘alérgico’ al mar, que la sabiduría exclusiva del terruño estaba privándoles de algo también deseable.⁸ Pero no sólo eso, pues se resalta también la paciencia que le ayudaba a Uzías a esperar – por las razones que fueran – a que su padre hubiera muerto para acometer, ya a mitad de su reinado, una empresa de esa envergadura. María Tudor, reina de Inglaterra que fue testigo de cómo se perdía para la corona el puerto francés de Calais, aseguraba que, a su muerte, podría encontrarse el nombre de ese lugar grabado en su corazón. Y lo que aquí tenemos ahora nosotros es justamente un rey que, al hacerse con un puerto de mar de la importancia de Elat, logra que puerto y monarca pasen a la historia para mutua grandeza.

2. La fuente de un pastoreo fuerte (26:3–5)

‘Se dispuso a buscar a Dios’. Dios, como es natural, era la auténtica fuente de su fuerza. Ahora bien, ¿dónde y cómo este hombre fuerte y notable se nutría de esa fuente? El relato de Samuel/Reyes nos da una valiosa pista, y el Cronista por su parte añade algo más. Así, descubrimos que, de forma resumida, Uzías derivaba su fortaleza de la propia tradición familiar, de la consagración de su corazón y del cuidado pastoral por parte de su amigo.

a. La propia tradición familiar

Tal vez parezca un cumplido a medias decir que Uzías ‘hizo lo recto ante los ojos del SEÑOR, conforme a todo lo que su padre Amasías había hecho’ (26:4). Sabemos, además, que Amasías, a pesar de tener un buen comienzo, cometió muchos errores durante su reinado y acabó sus días de mala manera. ¿Está el Cronista diciéndonos, pues, que la obediencia al Señor por parte de Uzías era idéntica a la de su padre, esto es, incompleta y sin compromiso de corazón? Es innegable, tal como hemos visto, que, en cierto sentido, sí lo era; el rey repite ahí el esquema ‘buen comienzo/mal final’, y no sólo a imitación de su padre, sino también de su abuelo. Sin embargo, el Cronista está, después de todo, hablando acerca de ‘hacer lo bueno a los ojos del Señor’, y Amasías, a pesar de sus fallos, en ocasiones era capaz de hacer lo bueno. En ese sentido, su hijo siguió el mismo camino en línea con la tradición familiar. Sin embargo, muchos de los descendientes de David no supieron mantenerse a ese nivel, pero, aun así, los principios nunca fueron olvidados, y las estructuras que fomentaban una vida práctica de santidad nunca fueron desmanteladas del todo.

En ocasiones, puede dar la impresión, tanto fuera como dentro de la iglesia, que son tantas las cosas que marchan mal a nuestro alrededor, que la única alternativa posible sería borrar todo lo anterior y empezar partiendo otra vez de cero. Pero, por mucho que un pastor o un líder desee convertirse en ‘escoba’ y barrer hacia fuera todo cuanto esté estorbando la buena marcha, hay que tener presente que esas viejas estructuras no sólo enmascararon la hipocresía, sino que también fomentaron una genuina piedad. El respeto a las experiencias del pasado es una virtud bíblica, y no deja de ser un superficial sentido de superioridad mal entendida despreciar las costumbres y modos del pasado, buscando el cambio por el cambio, imaginando que lo nuevo debe de ser siempre mejor que lo viejo. No debería ser imposible separar lo bueno y permanente de la práctica de Amasías, de lo que de malo y transitorio hubo en su reinado, valorando entonces lo primero para imitarlo.

b. La consagración del propio corazón

Visto desde otra posible perspectiva, nunca puede garantizarse que el legado de la anterior generación vaya a mantener con solvencia a la siguiente. De haber sido

Amasías un hombre diez veces mejor de lo que fue, habría podido asegurar una buena regencia para su hijo. Uzías tuvo que proponerse a título personal ese persistir ‘en buscar a Dios’ (26:5), pues es verdad que la tradición del pasado no sirve de nada si no va acompañada de una convicción para el presente.

Esto podría parecer algo demasiado obvio como para perder tiempo resaltándolo, si no fuera por el modo en que los efectos de la tradición (y no tan sólo los negativos, sino también los positivos) persisten y se mantienen. En el seno del pueblo de Dios y en el mundo en general, las estructuras del pasado tienden naturalmente a la ‘inercia’ – siendo un objeto ‘inerte’ aquel que se mantiene en reposo si no es accionado, sino asimismo aquel otro que se mantiene en movimiento hasta que algo lo detiene. Uzías tiene que haber sido consciente, al igual que todo líder, que la maquinaria heredada seguiría funcionando por sí misma si él no la paraba. La actividad de la iglesia se mantendrá de igual manera activa se ocupe o no el pastor correspondiente de buscar al Señor, y las diversas áreas de ministerio y trabajo seguirán hacia delante, con una suerte de persistencia propia, que poco tendrá que ver con una auténtica espiritualidad. Haríamos bien, pues, de vez en cuando, y como medida preventiva, en preguntarnos ‘¿Cuántas actividades de la iglesia seguirían funcionando aun en el caso de que el Espíritu Santo nos fuera retirado?’

Es algo esencial, pues, para un adecuado pastoreo del pueblo de Dios, que los líderes responsables busquen *personalmente* la dirección de Dios y su bendición – que junto a todo aquello que de bueno pueda tener la tradición heredada, se dé una consagración personal constantemente renovada.

c. El ministerio de los propios amigos

Con una nota añadida por su cuenta, el Cronista amplía el cuadro de Samuel/Reyes de esa imagen de la triple fuente de la que Uzías recibe su fuerza. Poco es, sin embargo, lo que se nos dice acerca de Zacarías, fiel mentor y amigo de Uzías, ‘quien tenía entendimiento por medio de la visión de Dios’ (26:5). En la Biblia se menciona un total de treinta Zacarías, y este versículo es el único que hace mención de él en particular. Así, lo que sabemos a ciencia cierta es que se ocupó del bienestar espiritual de Uzías. La relación entre ambas figuras es muy similar a la que había entre Joás y Joiada (24:2). El modo natural de leer 26:5 es entendiendo a Zacarías como tutor vitalicio de Uzías y como artífice de ese próspero reinado suyo. Puede, pues, presumirse que, de no haber llegado esa relación a su final antes de la aciaga tentación de Uzías en 26:16, que habría a la larga de apartarle del buen camino, el joven monarca habría sabido resistir esa tentación.

Aun así, durante la mayor parte de su reinado, Uzías estuvo dispuesto a dejarse encauzar por él. Hombre completo en su formación y visión, y gran pastor de almas, era lo suficientemente humilde como para reconocer que no contaba personalmente con los recursos necesarios, y lo suficientemente sabio, además, como para saber que los recursos de Dios podrían hacerse presentes a través de un canal humano. No hay pastor que pueda permitirse no usar ese recurso.

Y es de particular interés, en este caso, que Uzías cuente con una persona en la que confiar en el seno de su propia comunidad. Ahora bien, podríamos pensar que, si tenía la intención de buscar la amistad y guía de un hombre de Dios, había alguna persona que, por una serie de distintas razones, era la opción obvia. Amós de Tecoa estaba ejerciendo ya su ministerio de profecía en Israel ‘en días de Uzías rey de Judá’. Como hombre temeroso de Dios en el sur, procedía del mismo trasfondo que Uzías, y podía decirse que hablaban un lenguaje común. Además, Amós vivía ahora en el norte, y ¿qué podría haber actuado como mejor tónico para Uzías que escapar de las responsabilidades de su cargo para ir a presentarse, de incógnito, ante un hombre como Amós y compartir con él sus problemas? Así, suele ser razonamiento habitual que el pastor se distancie de su entorno habitual para ir a buscar guía y consejo en otro ámbito, pero Uzías no era de esa opinión. Independientemente de toda posible acusación de ‘favoritismo’, Uzías eligió como confidente personal a este hombre del mismo Jerusalén, y ello de forma explícita y para conocimiento de todo el mundo, tal como parece traslucir el texto. Respetuoso, pues, con la tradición heredada, con constante renovación de su corazón ante Dios, cultivaba asimismo el consejo de su mentor, derivando de todo ello las fuerzas necesarias para sus propias funciones como pastor de su pueblo.

3. Lo distintivo en un pastoreo fuerte (26:6–15)

En el inicio del capítulo, nos encontrábamos con el nombre de ‘Elot’, con todas sus correspondientes connotaciones, permitiéndonos así vislumbrar no sólo su empuje como líder, sino, asimismo, el alcance de su visión respecto al bienestar de su pueblo. Y eso es lo que justamente viene ahora a hacerse patente en el párrafo que sigue. De entre todos los reyes de Judá, Uzías destaca por ser quizás el que mayor amplitud de visión e intereses despliega, y la lista de todos ellos es el índice neto de su fuerza y su vigor.

A Uzías le interesan por igual los asuntos domésticos (26:9–15) y las relaciones con el exterior (26:6–8). En el plano internacional, sus esfuerzos se centran en el establecimiento de límites adecuados para sus fronteras en el sur y en mantener a raya a ese enemigo inveterado que es Filisteia. Al norte, Israel es, por el momento, un vecino amistoso, y su rey, Jeroboam II está ocupado en ampliar su autoridad (cf. 2 R. 14:25–28); y ambas naciones están a la sazón beneficiándose por igual de ese declive temporal de Asiria (principios del siglo VIII a. C.). Así, puede decirse que el poderío económico y la influencia de Uzías entre las naciones vecinas de la cuenca del Mediterráneo son prácticamente equiparables a lo disfrutado conjuntamente por David y Salomón como monarcas israelitas.

En el entorno nacional, Uzías se dedica a reforzar las fortificaciones de la capital, dañadas durante el reinado de su padre (25:23), organiza un ejército permanente, al que dota de armamento de defensa más moderno, e introduce nuevas formas de defensa bélica. Pero eso no es todo. Uzías estaba realmente interesado en las artes de

la paz y en la prosperidad económica de la nación, de base principalmente agrícola, hecho que se pone de manifiesto en un muy revelador versículo: ‘... amaba la tierra’ (26:10). Uzías es, en más de un apartado, un auténtico pastor, y la pujanza de su gobierno como tal queda sobradamente manifiesta en este párrafo. Tanto la fuente de origen como su resultante quedan ya indicadas desde el mismo inicio: ‘Dios lo ayudó’, ‘llegó a ser muy poderoso’, ‘su fama se divulgó’ (26:7–8). El final del párrafo hace hincapié de nuevo en esas tres características – recibió ayuda, por lo que llegó a ser no sólo poderoso, sino también famoso (26:15). La más notable lección que nos transmite el reinado de Uzías bien podría ser una advertencia contra la presunción, lo cual no le impide al Cronista presentarlo como pastor-rey en la línea de David, Salomón y Josafat.

Incluso aquello que *no* hizo resulta indicativo de ese poder suyo. Es evidente que Uzías sabía cómo delegar. Así, cuando se nos informa que ‘edificó torres’ y ‘excavó muchas cisternas’, lo que debemos entender es que Uzías logró que las gentes hicieran buen uso de sus capacidades, tal como se evidencia, por ejemplo, en la organización del ejército (26:11). Es absurdo, pues, esperar que el pastor sea ‘hombre para todo’, entre otras cosas, porque ¿para qué están entonces los dones de la congregación? Pero Uzías era, en cambio, el responsable de que todo cuanto era necesario fuera en verdad llevado a cabo. Así, los términos clave vienen a ser *se preocupó de* y *cuidó*, verbos indicativos de su visión como genuino *episcopos* y sobreveedor de su pueblo, esto es, la impronta de un pastor fuerte.

A lo largo de todas esas épocas (que conforman la mayor parte de la historia) en las que el pueblo de Dios ha sido algo diferente a una monarquía política, sus líderes han sabido ir encontrando recursos basándose en los modelos dejados por Uzías como precursor suyo. Conscientes de las fuerzas de las naciones opuestas, fortifican sus ciudadelas para defenderse de sus enemigos, como Uzías hizo contra los filisteos y los árabes al levantar muros de protección. Aman la tierra, los campos que sirven de pasto para su ganado, los huertos donde crece la fruta; y se cuidan de todo ello con esmero. Saben bien, además, lo que significan las torres de fortificación y las cisternas de aprovisionamiento de agua. Conocen el valor y utilidad de los últimos avances en armamento y se ocupan de equiparse adecuadamente, creciendo su fama y su prestigio entre las naciones, pues en el trasfondo de todo ello estaría Dios mismo para honra y loor de su nombre.

4. Los peligros de un pastoreo fuerte (26:16–23)

A pesar de todo lo anterior, la historia de Uzías no puede decirse que fuera gloriosa de principio a fin. Casi la mitad del capítulo está dedicada a una muy grave advertencia acerca del peligro inherente a un liderazgo fuerte. La cuestión es que los fracasos de Uzías fueron tan rotundos como los éxitos del principio. De ahí que el resumen de 26:4 se ajuste bastante a los hechos: ‘hizo lo recto ante los ojos del SEÑOR, conforme a todo lo que Amasías su padre había hecho’. Al igual que Amasías, y asimismo al igual que Joás, padre de Amasías, Uzías empezó bien y acabó mal. ‘Joás hizo lo recto... todos los días del sacerdote Joiada’ (24:2), y Uzías ‘persistió en buscar a Dios en los días de

Zacarías, quien tenía entendimiento por medio de la visión de Dios; y mientras buscó al SEÑOR, Dios le prosperó' (26:5). Pero lo cierto es que a esos tres reyes les llegó por igual el día en el que la ayuda y la guía de Dios les fue negada.

En este sentido, lo que vemos es un esquema frecuente en la Escrituras, un modelo que se repite a medida que van desarrollándose los acontecimientos. Pero también comprobamos el cambio de otra estructura. La historia de Uzías en particular es completamente opuesta a la de su tatarabuelo Josafat. Ese rey había sido un hombre débil que no sabía decir 'no', y esa debilidad suya era condenable – hasta que llegó la crisis. Y fue justamente en medio de esas crisis cuando vino a descubrir que Dios acudía en su ayuda en la hora de necesidad; su debilidad había sido su salvación. Uzías era un hombre fuerte, y esa fortaleza suya era digna de alabanza y admiración – hasta que surgió la crisis. Y entonces ocurrió que esa fortaleza suya era ocasión para su declive.

La secuencia de ayuda que produce un fortalecimiento que lleva a la fama es un hecho destacado en dos ocasiones (26:7–8, 15). Pero la fuerza puede tener, tal como fue en el caso de Uzías, otro resultado. 'Pero cuando llegó a ser fuerte, su corazón se hizo tan orgulloso, que obró corruptamente' (26:16). El orgullo que ya habíamos constatado en otros reyes de Judá, ese particular acto de maldad en el que desembocaba, había tenido ya su precedente en Jeroboam I, primer rey del Israel (del norte), 150 años atrás, y con resultados muy parecidos. El sistema religioso mantenido por Jeroboam I era un engaño de principio a fin: 'se llegó ante el altar que había mandado levantar... en el mes acordado por él'; y vino entonces a ser que, al igual que Uzías años después, 'subió al altar para quemar incienso', el mensajero de Dios condenó sus actos y le sobrevino grave mal (1 R. 12:28–13:5). Esa era una ceremonia que sólo correspondía al sacerdote en funciones. Nadie más, ni siquiera el rey, ni aunque fuera en un altar provisional en vez del auténtico, podía atreverse a ofrecer incienso.

En eso había consistido el pecado de Uzías. 'Entró al templo del SEÑOR para quemar incienso... El sacerdote Azarías entró tras él, y con él ochenta sacerdotes del SEÑOR, hombres valientes; y se opusieron al rey Uzías... "Sal del santuario, porque has sido infiel y no recibirás honra del SEÑOR Dios" ' (26:16–18). Dos son, pues, las cuestiones, a considerar en relación a lo equivocado de su conducta.

a. Pecado no de juventud

Todo vino a suceder cuando 'llegó a ser fuerte'. Es posible, claro está, que siempre hubiera tenido un carácter fuerte, pero la cuestión ahora es que había acumulado experiencia y años. El incidente tuvo lugar casi con toda probabilidad en el año 750 a. C., lo cual supondría que llevaba ya reinando diecisiete cuando tuvieron lugar esos nefastos incidentes – es más, si ha de tenerse en cuenta el período de esa regencia suya en tiempos de su padre, serían nada menos que cuarenta y un años ya en el trono. Hombre, pues, en la cincuentena, pastor experimentado de su pueblo y personaje investido de poder y autoridad. Su acción no podía ser disculpada como pecadillo de una juventud inexperta. Si, por otra parte, lo tomáramos como una presunción,

deberíamos estar muy seguros de lo que queremos decir con eso. La juventud puede caer en la presunción y la arrogancia por pura ignorancia y falta de experiencia. Ahora bien, la madurez puede incurrir en pecado de presunción de una forma diferente, y debe procurar no cometer el error de creerse por encima de las reglas aplicables a los más jóvenes en ese mismo apartado, ‘Yo no soy un hombre común’, dijo de sí mismo Napoleón en cierta ocasión, ‘y las leyes de la moral y la costumbre no fueron hechas para mí.’ Pero, en el seno del pueblo de Dios, ningún líder, por mucha experiencia que tenga, puede arriesgarse a mostrar tan prepotente actitud ante la ley divina. *Noblesse oblige* –la nobleza comporta obligaciones, y cuanto más encumbrado el puesto, mayor la responsabilidad. Nadie está libre de caer en la tentación en la que incurrió Uzías; y bien pudiera suceder que a nosotros nos suceda igual.

b. Pecado no de maldad

En cierto sentido, todo pecado encierra un determinado porcentaje de maldad. Pero, en el caso que nos ocupa, no podemos tildar a Uzías de hombre malvado, y su pecado apenas tiene que ver con el vicio o la villanía. Muy por el contrario, su falta tiene que ver con la práctica de la religión y el culto de adoración. Esa mala acción suya se comete en el centro neurálgico de la vida comunitaria del genuino pueblo de Dios, en el mismísimo templo del Señor Dios. Es, pues, una falta cometida en el Lugar Santo. Y ahí es justamente donde radica el pecado y toda la maldad del tema.

Y, aun sabiéndolo así, tampoco parece una acción tan pecaminosa. ¿Cuál es, entonces, la razón de sus nefastas consecuencias? ¿Por qué enferma Uzías de lepra, teniendo que vivir en solitario aislamiento el resto de su existencia, alejado del culto público y los asuntos de Estado (26:21)?

Puede que ofrecer incienso no sea una mala cosa en sí, sino todo lo contrario – pero ello siempre que fuera ofrecido por las personas adecuadas. Esa era una tarea sagrada, no prerrogativa de Uzías. Él había asumido como derecho propio algo que Dios tenía reservado para sus siervos escogidos. Uzías, perteneciente a la casa de David de la tribu de Judá, era rey soberano, pero el sacerdote era Azarías, y además de la línea de Aarón y la tribu de Leví. En la actualidad, sabemos que esas dos funciones, la representación sacerdotal del hombre ante Dios y la representación de la realeza de Dios ante el hombre, son coincidentes en la persona y obra de nuestro Señor Jesucristo. También sabemos, gracias a la historia, que en los días que mediaban entre el Antiguo y el Nuevo Testamento iba a acceder al poder un linaje de gobernantes judíos que tratarían de aunar en su persona ambas funciones. Pero en los tiempos del Cronista, el panorama presentaba las cosas en el estado original dispuesto por Dios. Y aunque su pueblo ya no vive ni se rige por las estructuras propias de la monarquía del Antiguo Testamento, el cuadro trazado sigue siendo algo importante. Cada persona tiene su papel y un puesto a desempeñar en el plan de Dios. Todo llamamiento que procede de Él es santo, y se incurre en falta cuando se abandona o se aspira a otro distinto que no corresponda. El apóstol Pablo asemeja el pueblo de Dios a un cuerpo con sus diferentes miembros, cada

uno con su propia función. De ahí que el pie no pueda decir, 'Como no soy mano, no pertenezco al cuerpo', y tampoco puede el oído decir, 'Como no soy ojo, no pertenezco al cuerpo'.

Llegados a este punto, vemos que, en realidad, hemos ido trazando un círculo que nos ha llevado de vuelta a Josafat. Si él, en su momento, no había sabido decir 'no' a terceros, Uzías era incapaz ahora de decirse 'no' a sí mismo. Era como un pie que quisiera ser mano y un oído que aspiraba a ser ojo; y ese pecado suyo de rebeldía se incrementaba con el resentimiento que suscitaba en él la llamada al orden con sus críticas por parte de Azarías. Es entonces cuando, 'airado contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente' (26:19). Haciendo uso de otra de las ilustraciones de Pablo, que retrata perfectamente la situación, tenemos ahí a un hombre que durante cuarenta años había mostrado a otros el plan de Dios para su pueblo, y ahora venía a verse a sí mismo descalificado para el puesto. Tras haberse esforzado por predicar durante mucho tiempo las buenas nuevas del reino de Dios, llegó un momento en el que se creyó por encima de toda normativa, y las consecuencias fueron la pérdida del privilegio de seguir proclamando ese reino. Cabe incluso ver en esa reclusión suya un triste epitafio a su vida, recordatorio, quizás para sus sucesores, de la posibilidad de acabar viéndose apartado del núcleo de la voluntad de Dios: 'lo sepultaron con sus padres en el campo del sepulcro que pertenecía a los reyes' (26:23), y no en tumba propia; en su muerte, al igual que lo había sido en esos últimos años de su vida, acabó como un proscrito: leproso, sin fuerzas ni vigor, y desechado por todos.

Jotam y Acaz: Israel resurge

2 Crónicas 27–28

Uzías murió en 740 a. C. De entre los sucesores en el trono de Judá, su hijo Jotam destaca como un buen rey, mientras que su nieto Acaz lo hace por su mala gestión. Esta clase de simplificación drástica, en base a blanco y negro, no es algo tan frecuente en Crónicas como suele creerse. La mezcla de bueno y de malo que hemos ido percibiendo en el caso de Joás y Amasías es, en realidad, típica de sucesivas generaciones dentro de la familia real. Jotam y Acaz son ejemplos representativos de la virtud y la villanía como hacía tiempo que no se veía. En este sentido, el último rey comparable a Jotam sería Abías, nieto de Salomón, y aunque se sentaron en el trono a lo largo de 170 años más grandes y mejores reyes, tan sólo de estos dos no tuvo el Cronista nada malo que decir. Acaz, por el contrario, no necesitaba mirar muy hacia atrás para encontrar precedente de su propia maldad, pero incluso esos trece años en los que, un siglo antes, Joram, Ocozías y Atalía habían gobernado por turnos la nación, no llegaron ni de lejos a ser tan

desastrosos como acabaría siendo este reinado suyo.

La presentación que hace el Cronista de Jotam el Bueno y Acáz el Malo sugiere una nueva perspectiva dentro de la historia de la monarquía, y una forma de interpretar y aplicar las lecciones que se derivan de esa institución, ligeramente distinta a las contempladas hasta ahora.

En primer lugar, David y Salomón eran presentados como figuras ideales, tan elevadas en rango y categoría personal, que, claramente, no son ejemplo que podamos imitar, sino la encarnación de principios a los que nos hemos de someter. Para nosotros, en estos tiempos, esos principios han venido a quedar re-encarnados en una Persona sublime, y son ejemplificación del gobierno en majestad de Cristo.

Se fueron sucediendo a continuación, contando de Roboam a Uzías, nueve reyes más, cada uno de ellos llamado a gobernar al pueblo de Dios rigiéndose por esos principios. Algunos de ellos lo hicieron bien; otros, en cambio lo hicieron mal. Pero no cabe duda de que de todos ellos se esperaba que fueran auténticos líderes y guías de Israel, y ello como pastores subalternos de Dios. Para cuantos tengan en la actualidad responsabilidades similares, todos ellos vendrían a ser, por un lado, ejemplos a seguir y, por el otro, advertencias a tener en cuenta.

Sigue ahora la reseña de dos reinos que puede que tenga quizás un propósito diferente. Lo sombrío del panorama que presentan es ya indicativo de que, en este caso en concreto, las lecciones realistas han de ser aprendidas no en base a un rey Jotam que obra en justicia y rectitud, o según el terrible y funesto rey Acáz, sino en base a la propia experiencia del pueblo al que gobernaban. Juda — ¿o quizás deberíamos decir Israel? — hace su reaparición como una comunidad viva, pecadora, sufriente y muy arrepentida. La historia sigue ocupándose, a cierto nivel, de los monarcas de la casa de David. Pero, ¿qué decir del pueblo? ¿Cómo lo están pasando las personas de a pie? ¿Qué es lo que sabemos de sus vidas, de sus historias y sus anhelos? Pues todo un colorista mundo de distintas experiencias, nos dice el Cronista; algo en absoluto parecido a la monotonía monocroma de estos dos reyes en concreto.

1. Corrupción (27:1–9)

Jotam fue un buen rey, que siguió el ejemplo dado por su padre Uzías en todo posible apartado con la excepción única de ese pecado en el que incurrió siendo ya de edad avanzada. Uzías había llegado a ser un monarca poderoso, y eso había sido ocasión de pecado para él (26:16ss.). Jotam llegó también a ser muy poderoso, pero reconociendo que el poder dependía de la obediencia (27:6). Esa había sido la razón de que Dios le bendijera. El Cronista, teniendo ante sí el relato de Samuel/Reyes (2 R. 15:32ss.), añade u omite según necesidad con objeto de resaltar las señales de bendición: Jotam era hombre de construcciones — de hecho, casi tan grande como el propio Salomón, y un batallador victorioso, al igual que lo había sido David, exigiendo tributos de los enemigos derrotados; pero apenas tenemos referencias de esas posibles escaramuzas fronterizas (27:7), dejando el asunto como más apropiado para los tiempos de Acáz.

‘Y el pueblo...’ La nota de amargura se deja adivinar entre los elogios a un hombre bueno. Pues, según nos informa el Cronista, ‘el pueblo seguía corrompiéndose’ (27:2). Hasta este momento, el Cronista ha venido ocupándose principalmente de los reyes y su historia, y la tendencia ha sido dar por sentado que el pueblo se comportaba según sus gobernantes, y ello tanto para bien como para mal. Pero lo cierto es que no siempre era así. Donde los gobernantes se han apartado del buen camino, no han sido sólo los profetas y los hombres de Dios los que han hablado y actuado en contra suya. Había sido, de hecho, el pueblo el que, significativamente, había negado los honores correspondientes en el funeral de Joram (21:19–20). Así, habían sido igualmente las multitudes las que se habían sumado de buen grado al movimiento que precipitó la caída de Atalía, siendo además las primeras en regocijarse por su muerte (23:1ss., 21); los sirvientes de Joás conspiraron contra él porque había asesinado a Zacarías (24:25), y Amasías había sido a su vez víctima de otra conspiración cuando ‘se apartó de seguir al SEÑOR’ (25:27). Pero, así como se nos había puesto en antecedentes de la repulsa que suscitaban en sus súbditos los malos reyes, ahora se nos informa de cómo unos malos súbditos pueden optar por seguir sus propios caminos a pesar de los esfuerzos de unos reyes buenos. Se había apoderado tal corrupción del corazón del pueblo de Judá en tiempos de Jotam, que ni siquiera la bondad del rey era capaz de moverles a un cambio. Corrupción que reaparecería de nuevo pujante durante el reinado de Josías un siglo después, y que es necesario matizar en cuanto que no era ya cuestión de prácticas condenables, tal como había sido el caso en un principio (‘el pueblo todavía sacrificaba y quemaba incienso en los lugares altos’, 2 R. 15:35), sino una actitud corrupta interna.

El Cronista decide, entonces, pasar por alto esos inicios de problemas en la frontera del norte (2 R. 15:37), en un clarísimo deseo de que veamos el reinado de Jotam como un tiempo de éxito y prosperidad, y ello como consecuencia directa del recto comportamiento de este rey. Esas eran, pues, las circunstancias en las que muchos en Judá se habían desviado practicando una religión que no era del agrado de Dios. Lo que se ofrece a nuestro escrutinio es una familiar y muy particular clase de corrupción. El bienestar de una sociedad es para muchos la presencia de ciertos valores reconocidos como positivos – la sociedad occidental contemporánea podría identificarlos como valores cristianos; pero (las personas argumentarían) a mí me va bien así; vivo con absoluta tranquilidad, a mi aire. Soy yo quien decide qué principios tengo que seguir. Además, yo ni me meto ni hago mal a nadie. El rey (Jotam) hace las cosas según lo que él cree. Yo tengo también mi forma de creer. ¿Dónde está entonces el problema?

Pues el problema se hace evidente cuando el caudal espiritual se agota y cuando Jotam, que con su buen gobierno ha garantizado esa tranquilidad que yo ahora aprovecho para practicar la religión a mi manera, viene a ser reemplazado por Acáz.

2. Cautividad (28:1–8)

Acáz es malo en la misma medida en que Jotam había sido bueno. En el cómputo general de la historia del reino del sur hasta este momento, ‘es únicamente el reinado de Acáz el que se salda sin ningún dato o apunte positivo.’ Ante la realidad de los

hechos, el Cronista añade material extra a Samuel/Reyes en base a un relato paralelo sumamente interesante, y lo hace de tal forma que resalta los rasgos característicos de Acáz y su reinado. ‘Infiel’ va a ser ahí el término clave (28:22). ‘Los caminos de los reyes de Israel’ eran en su origen un entramado de religiones, donde, en un principio, el paganismo se entremezclaba con la fe verdadera. Pero, hacia el final de sus días, Acáz ‘cerró las puertas de la casa del SEÑOR’ (28:24), imponiéndose así las prácticas paganas y no la fe verdadera.

En ausencia de un genuino marco de referencia centrado alrededor de un monarca que gobierne en santa rectitud, el pueblo se ve arrastrado tanto por los malos caminos de Acáz, como por su propio corazón corrupto. La responsabilidad de esa caída es de Acáz, pero el pueblo comparte la culpa. El pueblo de Dios ha venido a convertirse en aquello ya anticipado y temido por Moisés cuando hablaba de los que, envanecidos y pagados de sí mismos, se las prometen muy felices, ‘Tendré paz aunque ande en la terquedad de mi corazón’. Ese era el caso de Judá en los días de Jotam. Así, antes incluso de lo esperado, la profecía de Moisés vino a hacerse realidad y ‘el SEÑOR los desarraigó de su tierra con ira, con furor y con gran enojo, y los arrojó a otra tierra’. Así era Judá en los días de Acáz.

Esa deportación a una tierra extranjera iba a ser su castigo. Leamos ahora, con los ojos del Cronista, la historia que encontramos en 28:1–8. En primer lugar, vuelve la mirada al momento histórico en que Israel entró en Canaán. Ese es el ominoso trasfondo de 28:3: Acáz había adoptado como propias las prácticas abominables de las naciones que *el Señor había expulsado*. Las consecuencias son claras e inevitables. A causa de sus muchos pecados, los cananitas habían puesto en peligro la propiedad de la tierra; si Acáz incurría ahora en idéntica falta, no debería sorprenderse cuando ‘el rey de Siria... tomó gran número de cautivos y los llevó a Damasco’, o cuando ‘los hijos de Israel se llevaron cautivos de sus hermanos’ una gran multitud de prisioneros y ‘llevaron el botín a Samaria’ (28:5, 8). Algo que supone otra anticipación de acontecimientos por parte del Cronista, pues sabe perfectamente que aunque el reino de Judá duraría todavía un siglo tras la muerte de Acáz, cuando llegara a su fin lo haría con otro cautiverio en tierra extranjera. Eso es, pues, lo que ahora contempla, anticipando acontecimientos futuros. Nótese, además, la frecuencia con que aparece el término ‘cautivo’ en este capítulo. Lo experimentado por el pueblo con Acáz iba a ser una repetición de la expulsión original de los cananitas, y un anticipo del futuro cautiverio de Israel.

En tercer lugar, el Cronista escudriña el interior, allí en lo profundo del corazón del pueblo de Dios – esto es, el reino del sur de Judá. Ahora bien, ¿qué tenía ese pueblo para que se les hubiera concedido el privilegio de la presencia de Dios? Por el momento, nada merecían que no fuera un castigo. Pero, sin embargo, no puede negarse que Dios les había bendecido abundantemente en el pasado. ¿Por qué razón? ¿Por la presencia de la ciudad de Jerusalén en su territorio? ¿Por contar con el trono de David? ¿Por pertenecer al auténtico linaje de David? Todas ellas, razones y privilegios a los que aferrarse. Somos miembros de la organización reconocida legalmente, podrían

haber argumentado. Manejamos el vocabulario adecuado; tenemos la tarjeta de membresía adecuada; esos pecados cometidos, que preferiríamos no mencionar, en nada afectan nuestra seguridad de que el Señor está de nuestra parte.

¿Comparte el Cronista la idea de que la bendición de Dios es prerrogativa particular del reino del sur? Si una primera lectura superficial del libro ha inducido a creerlo así, este capítulo lo desmiente. Su intención es, sin duda, recordar el capítulo 13 y ese más que notable discurso, por parte del muy poco notable rey Abías, la víspera de la batalla. Para entonces, ya había tenido lugar tanto la división en dos del reino, como sus días como monarca de un Israel unido por culpa del inepto rey Roboam, y ahora el nuevo rey aspiraba a reunificar ese reino dividido. En principio, la división había tenido lugar ‘porque... venía de parte de Dios’ (10:15). Pero, ahora que Roboam ya no estaba, esa división no parecía tener razón de ser. En su momento, había sido lógico que los rebeldes del norte quisieran separarse, pero ahora lo más adecuado era volver. Y ello por ser el sur, y no el norte, donde se adoraba en verdad a Dios – y no sólo en su faceta externa, sino con genuino espíritu de religiosidad interior.

Los respectivos mundos de Abías y Acaz, tras un intervalo de dos siglos, vienen ahora a ser interlocutores. En el siglo X a. C., las gentes del norte habían abandonado al Señor, Dios de sus padres. El resultado fue una derrota infligida por las gentes del sur, que es seguida de una masacre en toda regla (13:11–12, 15–17). En el siglo VIII a.C., el *sur* cae en manos del rey del *norte*, y es objeto de una gran matanza por haber abandonado al Señor, Dios de sus padres (28:5–6). De la manera más simple posible, haciendo uso de términos idénticos y contraponiendo las referencias, el Cronista deja patente que el favor divino no es prerrogativa automática de ningún lugar específico, comunidad concreta o forma religiosa como tal, sino que tan sólo pertenece a aquellos cuyos corazones están en la debida relación con Dios. Así, incidiendo en la misma terminología (en hebreo *kana'*), nos informa que ‘los hombres de Israel fueron sojuzgados’ – humillados – ‘en aquella ocasión’, esto es, en tiempos de Abías. Aunque, más adelante, sin embargo, ‘el SEÑOR humilló a Judá a causa de Acaz’ (13:18; 28:19).

3. Convicción (28:9–15)

Llegamos ahora a uno de los párrafos más fascinantes de todo Crónicas. Para empezar, resulta un tanto insólito que se ocupe de los asuntos de Samaria, siendo reino del norte. Su importancia radica, sin embargo, en la posibilidad de sacar, a partir de ahí, las lecciones que le interesan al Cronista respecto a norte y sur. Por otra parte, está igualmente presente la cuestión profética, preparando de alguna forma el escenario para un pasaje que tan gran repercusión e influencia habría de tener en el Nuevo Testamento.

Al adentrarse en ese terreno nada familiar de la frontera norte, el Cronista acomete la tarea que se ha impuesto a sí mismo de señalar las semejanzas entre norte y sur. Su discurso hasta ahora ha sido: ‘Durante el reinado de Abías, el norte hacía lo malo; en el reinado de Acaz, es el sur el que hace lo malo.’ Pero no por eso da el paso siguiente para afirmar rotundo: ‘Así, pues, el norte hacía entonces lo malo y el sur lo bueno; pero

ahora el sur es malo y *el norte es bueno*.' La infidelidad de Acáz no significa de forma automática que su oponente del norte haya pasado a figurar en el bando de los seres angelicales. Al igual, pues, que en otras ocasiones, una campaña de castigo ordenada por el Señor va demasiado lejos. Peka, rey del norte, al que Dios ha concedido victoria sobre las gentes del sur, ha procedido a masacrar a sus gentes 'llevado de una furia que ha llegado hasta el cielo' (28:9). Y eso es un pecado más que viene a sumarse a 'una culpa' ya grande (28:13) que ha ido acumulándose en el norte a través de siglos de continua rebeldía.

Así, la ira de Dios ha venido a descargarse ahora sobre norte (28:11, 13) y sur (28:9, 25) *por igual*. Pero, por encontrarse ahora en idéntica situación, ambos reinos necesitan por igual de la misericordia de Dios, por lo cual se procede a enviar a un profeta (28:9) al reino del norte, tal como había sido habitual respecto al sur, y con un mensaje relativo precisamente a esas gentes del sur a las que se había dado muerte tras haber sido capturadas en la batalla. La cuestión, sin embargo, es que ese mensaje profético es escuchado. La convicción de pecado, algo que en tantas ocasiones había servido para que Judá se volviera de nuevo a Dios, sirve ahora por vez primera para hacer reflexionar asimismo a ese Israel del reino del norte. Ahora bien, la convicción suele llevar al arrepentimiento, y el arrepentimiento a la acción: los del norte 'tomaron a los cautivos, y del botín vistieron a todos los desnudos y les dieron vestidos y sandalias; les dieron de comer y de beber y los ungieron; y condujeron en asnos a todos los débiles y los llevaron a Jericó, ciudad de las palmeras' (28:15). A este versículo, realmente sorprendente por su contenido y brillante como toda buena acción en un mundo caído, volveremos más adelante.

En ese momento en el que Israel, al igual que Judá, viene a ser verdaderamente consciente de una convicción espiritual que procede del Espíritu de Dios, ambos reinos, como tales, son puestos en un mismo nivel de humildad y sometimiento, pudiendo así pasar el Cronista a la siguiente etapa dentro de su relato. La cuestión es que nuestro autor nunca ha dado su aprobación a los reyes del reino del norte; para él, los descendientes según la línea de David son los únicos legítimos. Al pueblo llano del norte, sin embargo, los considera 'hermanos' de sus iguales en el sur. Y ello no sólo bajo la monarquía restaurada y unida (1 Cr. 12:39; 13:2), sino igualmente en el período de la división (11:4), y es ahí donde, una vez más (28:8, 11, 15), ese término es usado para unir a todas las tribus formando una única y gran familia.

Pero parece haber ocurrido algo más que ayuda a dar un paso adelante en esa reunificación familiar, de y manera que su estructura política se corresponda con los hechos espirituales. ¿Quién en Samaria, capital del norte, da las órdenes para que los cautivos del sur vuelvan a casa? Desde luego, no el rey Peka, ni su sucesor, sino 'algunos de los jefes de los hijos de Efraín' (28:12). Y bien pudiera ser que entre la masacre de los 'ciento veinte mil' de 28:6, y la captura de 200 más en 28:8, hubieran tenido lugar ciertos hechos de suma importancia: la invasión del norte por parte de Asiria, la caída de Samaria y la abolición de la monarquía en el reino del norte. De ser así, los jefes efraimitas vendrían sin duda a ser los únicos representantes de la autoridad local remanente. Y estaría, pues, en total consonancia con el talante del Cronista tratar esa

caída del reino del norte con tanta indiferencia – ‘Ah, sí. Claro. El territorio del norte ya no lo rige un rey. Ahora lo gobiernan unos jefes designados a tal efecto.’ De ahí, además, que ese uso ocasional que hace del título de ‘rey de Israel’, en referencia a un monarca del sur, no sea, después de todo, algo casual, sino, y muy al contrario, algo absoluta y totalmente deliberado, especialmente en el caso concreto de 28:19. La retirada del último rey de Samaria viene así a suponer la desaparición de un obstáculo más en la unificación del reino. Algo que nos recuerda una vez más uno de los temas principales del Cronista, a saber, que Dios ha prometido sus bendiciones a un pueblo unido alrededor de un rey de la casa de David.

Sea eso como fuera, no hay personajes reales que puedan inducir al error en este párrafo en cuestión. No son ahora los reyes, sino el pueblo llano el que ocupa el centro del escenario, y no son principios ni sistemas lo que ahí se dirime, sino asuntos que afectan de forma directa a personas de carne y hueso, ‘hombres de pasiones semejantes a las nuestras’. Así como vimos en 27:1–9 al pueblo pecando, a pesar de tener un buen rey, y en 28:1–8 al pueblo sufriendo, por culpa de un mal rey, en 28:9–15 lo que apreciamos es gente inculpada aun en ausencia de un rey. El Espíritu de Dios sigue todavía obrando entre el pueblo, y ello en ausencia de los órganos correspondientes de gobierno. Sea cuales fueran los acontecimientos significativos en las altas esferas políticas, la vida diaria de la gente sencilla, y el cuidado de sus almas por parte de Dios, continúa como siempre.

4. Conciencia (28:16–27)

Acaz va hundiéndose cada vez más en la ciénaga de la infidelidad, y cabe imaginar a los súbditos más espirituales cada vez más infelices y descontentos con su forma de gobierno. Donde el pecado y el sufrimiento han sido entendidos en su dimensión más profunda, y el Espíritu ha hecho patente la auténtica situación, las conciencias tienen que haberse sentido, ineludiblemente, removidas. La opinión resultante en la mente colectiva de Israel tendrá por fuerza que hacerse notar cuando el veredicto final sobre el reinado de tan lamentable rey se haga patente.

Por el momento, es un hecho evidente que las cosas van de mal en peor, cundiendo además el pánico ante los reiterados ataques de los ejércitos enemigos. La ayuda necesaria, asiduamente buscada en Dios por parte de su pueblo en el relato del Cronista en los momentos de necesidad, ha sido don constante de Dios hacia ellos como respuesta práctica a sus oraciones. Da la medida de la maldad de Acaz el que, en la hora de necesidad, se vuelva en busca de ayuda a todas partes excepto al Señor. Su país es invadido, su ejército es derrotado y sus súbditos son llevados en cautiverio, y eso vez tras vez – por parte de Siria (28:5a), por Israel (28:5b), por Edom (28:17), por Filistea (28:18). Clama entonces pidiendo ayuda, pero ¿a quién se dirige? Una primera solicitud ‘a los reyes de Asiria’ (28:16) acaba en total fracaso; ‘vino contra él Tiglatht-Pileser, rey de Asiria, y lo afligió en vez de fortalecerlo’ (28:20 BA). Tampoco ‘le sirvió de nada’ ese intento de soborno a expensas del tesoro de la casa del SEÑOR (28:11). ‘Sacrificaba a los dioses de Damasco que lo habían derrotado, “para que me ayuden.” ’

Pero tampoco eso solucionó el problema; muy por el contrario, ‘fueron su ruina y la de todo Israel’ (28:23). Hecho que el Cronista reseña con amargura.

Con todo, tuvo que haber personas cuya conciencia se rebelara antes de todos esos lamentables sucesos. Personas influyentes, pues justamente con motivo de los preparativos para el funeral real tenemos primera noticia de su indignada protesta. La voz del verdadero Israel vuelve ahora a oírse de nuevo ‘Esto no puede seguir así’, dictaminando con voz firme y potente que a semejante rey en manera alguna va a concedérsele el privilegio de una tumba de reyes (28:27). La conciencia hace ahí su aparición, afirmándose rotunda, y ello por saber que, al igual que a Saúl, le faltó la fe (1 Cr. 10:13–14), siendo necesaria entonces la entrada en escena de un David para que las cosas volvieran a su debido lugar, es Acáz ahora igualmente infiel (28:19), y es necesaria la aparición de Ezequías para que el daño sea reparado.

Así viene a suceder que, incluso en medio del reinado del muy ‘terrible’ Acáz, en palabras de McConville⁹ ‘el más nefasto de todos los habidos’, viene a vislumbrarse un rayo de esperanza. La conciencia ‘se ha despertado’ por fin, la palabra de Dios vuelve a estar ‘viva y activa’, y un incidente más que notable ha servido para que el común de los israelitas, y ello tanto en el norte como en el sur, venga a darse cuenta una vez más de lo que realmente significa ser el pueblo de Dios.

Eso es lo que, tal como hicimos notar en su momento, se resalta en 28:9–15, con la vuelta a Judá de los rehenes cautivos en Samaria. El profeta Obed ha sido esta vez el encargado de increpar a esos soldados victoriosos del norte y, contando con el respaldo de los jefes efraimitas, no ha vacilado en decirles lo que han de hacer a continuación. Ahora bien, si nosotros, como lectores estudiosos, enfocamos el texto hacia su lógica consecuencia, deteniéndonos antes a preguntarnos qué recuerdo nos viene ahora a la mente, ¿no es cierto que escuchamos el eco de otro suceso anterior mucho más familiar en un más que familiar pasaje de las Escrituras?

Se trata, en realidad, de una historia que va a ir llevándonos por un camino que acaba en Jericó. Pero lo cierto es que son muchas las cosas que ocurren antes de llegar allí. El pueblo protagonista de esa historia ha sido atacado por bandoleros, y la imagen que tenemos que hacernos de ellos, en ese momento en el que Samaria los ve por vez primera, es la de un grupo de harapientos que ha sido objeto de una paliza que les ha dejado medio muertos. Y es esa Samaria la que, a la vista de lo ocurrido, muestra su compasión curándoles, vistiéndoles y alimentándoles, transportando en caballerías a los más débiles camino de su hogar.

Ahora bien, ¿dónde habíamos oído ya algo así?

Uno de los placeres de leer los libros de Crónicas consiste justamente en la frecuencia con que uno puede unirse al Salmista y proclamar, ‘Me regocijo en tu palabra, como quien halla un gran botín’ Así, uno se da cuenta, con grata sorpresa, que conceptos y dichos, que acuden a nuestro recuerdo y a nuestros labios, de himnos, liturgia y predicaciones tienen en realidad su origen y fuente en el Cronista. Así, me descubro a mí mismo constatando maravillado, ‘¡La historia del Buen Samaritano tiene su origen aquí!’ Y sin disponer del espacio necesario para desarrollar el estudio adecuado de la relación existente entre Lucas 10 y 2 Crónicas 28, sirva como pequeña

muestra y anticipo que Jesús, adiestrado en el conocimiento de las Escrituras desde su infancia, no deja pasar por alto, con aquella agudeza mental que le caracteriza, esta historia del Cronista, y, sin duda, debió tenerla presente en su parábola suya del paisano de Samaria que demostró con hechos el amor al prójimo en el camino a Jericó.¹³

Quizás no sea poco razonable dar por sentado que Jesús habría entendido este primer relato original como ilustrativo de la enseñanza que él quería hacer comprender al contarla de nuevo. Dicho de otra forma, ambos relatos tienen que ver con una cuestión fundamental: '¿Quién es en realidad mi prójimo?' La respuesta en los dos casos viene a ser la misma: Samaria es mi prójimo. Ciertamente, claro está, que la expresión 'samaritano' no significa exactamente lo mismo en los días de Acaz que en los tiempos de Jesús, pero, en todo caso, siempre va a significar alguien cuya relación con la fe verdadera (*mi fe*) está bajo sospecha, pero que, para gran sorpresa mía, demuestra la clase de amor que sólo es posible encontrar en el seno del pueblo de Dios.

Se ha ido haciendo evidente a lo largo de estos últimos capítulos que los reyes van retrocediendo para dar paso al pueblo llano. En Crónicas, los reyes y las gentes de a pie vienen a ser sin duda, en un cierto sentido, actores de un drama escrito para nuestra enseñanza. Esto quiere decir que, bajo la capa superficial del personaje esquemático, encontramos al ser humano en toda su complejidad, con sus correspondientes relaciones vitales y las enseñanzas que podemos derivar de ello, no siendo la de menor medida aquella que nos muestra la recua de asnos que transporta a los 'heridos de guerra' de vuelta a casa a la gloriosa ciudad de las palmeras, quedando así ilustrada la frase que viene a resumir los mandamientos en su totalidad: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo.'

Ezequías: el templo renovado

2 Crónicas 29–32

Llegamos ahora a uno de los más grandes, quizás incluso el más grande de todos los sucesores de David y Salomón en el trono en Jerusalén. A partir de este momento, no va a volver a haber un rey como Ezequías. Él es, sin duda, el 'hombre estrella' de Crónicas, su auténtica luminaria. Pero eso no quiere decir que no tenga defecto alguno, y el Cronista es el primero en sus críticas. Con todo, lo cierto es que hay mucho en él digno de ser reconocido y alabado, y el desarrollo de su historia va a dar pie tanto a la crítica como a la admiración en este nuevo enfoque del relato tomado de Samuel/Reyes.

Así, aquí, al igual que en otras partes, la comparación entre las historias más

tempranas y los relatos posteriores resulta sumamente instructiva. Son tres los capítulos de 2 Reyes (18–20) que van en paralelo con otros tres correspondientes en 2 Crónicas (29–32), siendo, en cambio, ambos escritos muy distintos. Tal como ya hemos tenido ocasión de comprobar, no es en absoluto intención del Cronista contradecir el relato equivalente en Samuel/Reyes, dado que no está ni alterando unos hechos ciertos ni corrigiendo un relato falso. Su deseo e intención es, muy por el contrario, mostrar la importancia de una clase de verdad en particular, y eso es algo que consigue relegando a un segundo plano a otros reinados para dar mayor relevancia al reinado en cuestión. Dicho de otra forma, desplaza estratégicamente el foco de interés, invitándonos, por así decirlo, a considerar como centro de atención unos hechos en particular dejando esos otros en la periferia, con el fin de que haga su aparición esa nueva verdad.

Eso es lo que ocurre justamente en la primera reseña sobre Ezequías. Los cuatro primeros versículos se ocupan de las reformas religiosas que llevó a cabo, empleando para ello un total de tres capítulos, esto es, tres cuartas partes de la narración del Cronista (2 R. 18:3–6; 2 Cr. 29–31) a este respecto. La invasión asiria de ambos reinos israelitas, en cuyo transcurso el reino del norte resultó devastado, consta de un total de sesenta y seis versículos en 2 Reyes; en 2 Crónicas, en cambio, queda reducido a tan sólo veintiuno (2 R. 18:9–19:37; 2 Cr. 32:1–21). El Cronista dedica a los acontecimientos de los últimos días de Ezequías, tan sólo la mitad del espacio que Samuel/Reyes (2 R. 20:1–21; 2 Cr. 32:24–33). Así, emplearemos más tiempo y atención a las cuestiones de las que el propio Cronista se ocupa en mayor detalle, dada, según todos los indicios, esa mayor importancia que el Cronista les adjudica. Por otra parte, hay otras cuestiones o hechos que trata muy someramente, y ya casi al final del relato en sí, pero que, pese a ello, merecen asimismo nuestra atención. Al igual que la referencia a la ciudad de Elat en el ‘titular’ de la historia de Uzías (26:2), son probablemente hechos significativos, a pesar del breve espacio que se les concede – como si el Cronista estuviera ahí diciendo, ‘No olvidéis nunca que Ezequías fue el rey que...’. Tiene que haber, pues, una razón por la que tales hechos vuelven a ser mencionados, aunque tan sólo sea de pasada, y ello habida cuenta la muy cuidada y selectiva labor de edición llevada a cabo por el autor. En tercer lugar, hay otras cuestiones que se dejan fuera del conjunto total de la narración, y no porque el Cronista no les conceda su importancia, sino por la sencilla razón de que el lector va a darlas por sentado como parte integral del trasfondo histórico propio del relato. Al adentrarnos en un estudio más pormenorizado de todo ello – la historia de este excepcional rey-pastor cuidando de su rebaño en un momento particular de crisis –, lo hacemos con plena consciencia de estas verdades implícitas.

1. El pastor ante la crisis

La crisis a la que se enfrenta Ezequías no es algo corriente. Nada que ver, pues, con esos pequeños inconvenientes y molestias del discurrir cotidiano que se olvidan nada más resolverse, ni tampoco con un posible caso de urgencia que, por terrible que pueda ser, es mera cuestión personal. Así, todo cuanto va indicándose a lo largo del relato, no de forma explícita pero sí dejándose intuir, constituye el tenebroso trasfondo del

período en su totalidad. Volvemos al capítulo que se ocupa del reinado de Acáz, padre de Ezequías, y con las simples palabras ‘En aquel tiempo, el rey Acáz envió a pedir ayuda a los reyes de Asiria’ (28:16) se oye de inmediato el retumbar del trueno que presagia la tormenta. Acáz se encontraba en apuros y, hostigado por todas partes por los reyes de la franja mediterránea, toma la decisión desesperada de buscar ayuda más allá de sus vecinos inmediatos, acudiendo a un hombre poderoso en verdad, el rey de Asiria. Pero ahora el creciente poder de Asiria era precisamente una de las razones de desasosiego entre los pequeños Estados de la región. Y esa es la razón de que Israel y Siria se hayan aliado, intentando que se les sumen las naciones vecinas para formar un frente común ante ese peligro que amenaza por oriente. A Acáz de Judá no podía, pues, permitírsele que traspasara ciertos límites (28:5). Dado el estado de cosas, Acáz es lo suficientemente realista (y así debía, sin duda, verse a sí mismo) como para no pensar que todos esos pequeños Estados levantinos podrían, en coalición, hacer frente al coloso asirio. La estrategia parece ser, pues, la alternativa adecuada: ‘Si no puedes con ellos, únete a ellos.’ Y aunque puede decirse que estaba sembrando vientos, exponiéndose con ello a recoger tempestades – Tiglath-Pileser, cuando se presentó, ‘lo afligió en vez de fortalecerlo’ (28:20) –, al menos fue capaz de reconocer que Asiria era la pesadilla definitiva.

Nos equivocamos de medio a medio si tan sólo vemos ahí el panorama descrito con pluma poética por Byron: ‘El asirio aparece cual lobo en la majada; Cohortes refulgentes de oro y carmesí; Brillo de lanzas rielando en el cristal del mar, Nocturna onda azul en Galilea profunda.’ Espectáculo vistoso probablemente sí fue, pero las gentes que entonces lo sufrieron tuvieron que sentirse bastante impresionadas, y hasta aterrorizadas, por la reputación que le precedía como la más despiadada y eficaz maquinaria de guerra que el mundo haya conocido. Las atrocidades que su bárbaro ejército cometía de forma sistemática, brutal y despiadada, eran su tarjeta de presentación, y su nombre era universalmente conocido y temido. Esa era, pues, la amenaza que se cernía sobre las gentes de las tierras bíblicas en esa segunda mitad del siglo VIII a. C.

¿Incurriríamos en un error si tratáramos de equiparar semejante amenaza con los peligros a los que se enfrentan las naciones hoy día? Personalmente, creo que no, y ello por dos razones principales. Puede argumentarse que lo que el mundo actual más teme es una destrucción infinitamente más terrible que cualquiera de las que el mundo antiguo pudiera haber imaginado. Ahora bien, ¿dónde estaría la diferencia en la práctica? Suponer que si Acáz y Ezequías hubieran tenido conocimiento de lo que entraña una guerra nuclear habrían dejado de ver en Asiria un peligro tan terrible no deja de ser una frivolidad y un sinsentido. La realidad era que el entramado social, esto es, la vida tal como la habían concebido y conocido, con todo aquello que hace deseable y valiosa la existencia, estaba bajo una amenaza muy real. Evidentemente, también podría argumentarse que las dos situaciones se diferenciaban entre sí no tanto por el grado como por su clase, pues la tragedia de los tiempos del Antiguo Testamento, aunque desarrollada en el escenario de la política internacional, se centraba en el pueblo de Dios, y ahora ya no es la misma entidad política de entonces. Eso es algo muy

cierto, y es, de hecho, mi más firme argumento y punto de partida. Así, por poner un ejemplo, una lección que trate sobre 'Cómo ser rey en Judá' ha de ser entendida, por nuestra parte, como una lección que se ocupa no de 'Cómo gobernar un Estado en el siglo XXI', sino de 'Cómo ser pastor en el seno de la iglesia cristiana'; y ello por ser fundamentalmente el fondo y sustancia de semejante lección el liderazgo entre las gentes de Dios. Pero, una vez dicho eso, deberíamos recordar que Asiria sí tiene de hecho sus equivalentes modernos tanto en el escenario de la política mundial como en el ámbito de lo espiritual, y es por lo tanto labor nuestra saber cómo hacer frente a ambas alternativas. El mundo en el que vive la iglesia de hoy es, sin duda, mucho más consciente, de lo que haya podido estar en siglos, de la múltiple variedad de tipos de amenaza 'asiria' a los que es posible que tenga que hacer frente, arriesgándose si no a ser engullida. ¿Hasta qué punto puede decirse entonces que el pueblo de Dios está bien equipado para hacer frente a una crisis de tamaña magnitud?

Cuando, al morir Acaz, Ezequías se hizo con el control total y absoluto del reino, él sabía exactamente cómo hacer frente a ese problema. Y eso era así, en parte, como reacción ante los desatinos que habían llevado a Acaz a ir de mal en peor, y por esa impía terquedad suya de no querer volverse a donde debía en busca de ayuda, lo que vino a suponer, en definitiva, una lección más que aprender por parte de su hijo. Pero, más allá de todo eso, Ezequías aceptó la situación como un reto positivo, disponiéndose de inmediato a hacer frente a la crisis. El muy prestigioso literato Samuel Johnson le escribió en cierta ocasión a su fiel amigo Boswell las siguientes palabras, 'Tenga por seguro, muy Señor mío, que cuando un hombre sabe que va a ser ejecutado al cabo de una quincena, su mente empieza a concentrarse de forma prodigiosa.' Los asirios se encontraban ya en la frontera de Judá. El reino del norte, con su capital en Samaria, y sus dos ineptos reyes últimos, eran ya algo del pasado. Tan penosas perspectivas, que el Cronista ni siquiera cree dignas de mención, son sin embargo el foco de interés de este nuevo líder del pueblo. Ezequías se enfrenta, pues, a una situación nada prometedora con visión firme y decidido a estar a la altura de las circunstancias.

2. El pastor hace frente a la crisis

Pasamos ahora de una parte de la historia sobre la que el Cronista no cree necesario explayarse, a otra acerca de la cual sí tiene mucho que decir – casi cuatro capítulos completos. Así, da por sentado que sus lectores tienen conocimiento de la crisis mundial a la que Ezequías tenía que hacer frente a su llegada al trono. Pero lo que él quiere en primer lugar es describir detalladamente cómo fue haciéndose con la situación este esforzado monarca.

Y la forma en que lo consigue es, ni más ni menos, que volviendo la mirada, en cuerpo y en espíritu, a la Época Dorada de la nación. Si se leen los capítulos 29 a 32, junto con los capítulos 7 a 9, se descubre un número notable de paralelismos entre los logros, tanto religiosos como seculares, del reinado de Ezequías y los del reinado de uno de sus antecesores, Salomón. Téngase ahí en cuenta que él es el primero de los doce reyes, desde la división del reino en dos, de quien se dice que obró 'conforme a todo lo

que su padre David había hecho' (29:2). Jotam había obrado 'conforme a todo lo que su padre Uzías había hecho' (27:2); Uzías, 'conforme a todo lo que su padre Amasías había hecho' (27:2); pero es ahora, sin embargo, Ezequías el que toma por norma y modelo nada menos que a David y a Salomón, volviendo así a las raíces mismas de la vida del reino de Israel y su culto, consciente de que la crisis personal experimentada, al verse casi a punto de ser ahorcado, era una oportunidad para ofrecer a su pueblo un nuevo camino gracias a esa vida, por así decirlo, recuperada.

Pero ante todo, procedamos según el orden debido. Para hacer frente a la crisis de forma adecuada, lo primero que tiene que hacer Ezequías no es plantearse la amenaza ni concentrarse en los amenazados, sino volverse a Dios que está por encima de todo.

a. Volverse a Dios (29:1–36)

Antes que nada, la primera obligación del pastor del pueblo de Dios es estar en comunión con Dios. Así, 'En el primer año de su reinado, en el mes primero, abrió las puertas de la casa del SEÑOR y las reparó' (29:3), y fue en verdad que 'el primer día del mes primero... santificaron la casa del SEÑOR' (29:17). La persona de Dios, y la obediencia y adoración debidas a Él, han de ser siempre lo primero.

En esta empresa acometida por Ezequías, es significativo el orden de los distintos acontecimientos. El rey ha tomado la iniciativa, y ello incluso de forma explícita mediante alocución personal a los líderes religiosos de Judá (29:4–11), alocución que tiene rango de profecía. A través de su persona, Dios está llevando a su pueblo a reconocer que los problemas que padecen son la resultante del pecado, y que es justamente por eso por lo que han de esforzarse en poner en orden su vida religiosa, consagrándose de nuevo al servicio de Dios. Entonces, y ello por ser esta palabra profética procedente de Dios mismo, y por lo tanto eficaz, los levitas reaccionan con un arrepentimiento profundo y sincero que, en su caso, y dada su condición, significa una limpieza total y profunda del templo (29:12–19). Acción que es seguida de inmediato por el reinicio de los sacrificios rituales (29:20–24) y el culto de alabanza (29:25–30). Así, Ezequías se remonta a la práctica de los inicios mismos 'con alegría y con cánticos, conforme a la disposición de David', enlazando con los 'holocaustos del SEÑOR, como está escrito en la ley de Moisés'. La ofrenda encendida representa la consagración total de la persona a Dios. ¡Cuántos son los siervos que pueden dar testimonio del gozo, que no privación, que viene a suponer esa gozosa entrega! Así, en el momento en el que 'el holocausto comenzó, también comenzó el canto al SEÑOR' (29:27). Por último, la asamblea en su totalidad se suma al culto y a la celebración 'del servicio de la casa del SEÑOR' (29:31–36). Es importante notar ahí que la celebración religiosa, espléndido comienzo del reinado de Ezequías, venía a ser, por una parte, una cuestión de la gracia – 'lo que Dios había preparado para el pueblo' (29:36); mientras que, por la otra, era una cuestión de obediencia a la palabra predicada, y es justamente por eso por lo que se nos recuerda a cada paso que todo se hacía según lo dispuesto por el rey, que venía, en realidad, a ser el mandamiento procedente de Dios mismo transmitido por reyes y profetas (29:25).

En eso consistía el auténtico avivamiento de la verdadera religión; algo que, para Ezequías, era de la máxima importancia en una coyuntura de confrontación con el poderío asirio. Inicio, pues, de un proceso que va a ser testigo de la supervivencia de un minúsculo reino de Judá ante el hundimiento de su poderoso enemigo.

Lo irónico del caso es que Asiria, imbuida de su fuerza y su superioridad, es incapaz de darse cuenta de lo que está empezando a pasar. John Hercus ha señalado, muy acertadamente, que semejante noticia apenas si tendría cabida en el *Diario Matutino de Nínive*, y no podría aspirar a ser poco más que chanza de un día en 'un entorno que tiene como consigna y Suprema Trinidad la Agresividad, el Orgullo y la Avaricia'. En un mundo como este, se espera que las personas reaccionen ante una crisis según los términos en que se presente. Y la iglesia, cuando haya resultado contaminada por los valores del mundo, estará más que dispuesta a hacerlo así. Cuando hace su aparición una crisis económica, lo primero en lo que solemos pensar es en el dinero. Cuando la crisis surge en el terreno de las comunicaciones, la preocupación inmediata es aprender el lenguaje de la nueva generación. Cuando se hace patente la crisis en la asistencia a la iglesia local, reaccionamos tratando de que el número de asistentes se recupere y suba. Así, si Ezequías hubiera replicado a la amenaza militar en términos militares, los asirios lo habrían entendido perfectamente. Los ejércitos se enfrentarían y las consecuencias habrían sido desastrosas para Judá. Pero las cosas no fueron así. Ezequías se volvió en primer lugar a Dios, en un genuino deseo de averiguar cuál era su situación y la de su pueblo ante Él. ¿Estaba su templo abierto y debidamente cuidado y atendido, glorioso y rebosante de ofrendas y alabanza? Y el resultado de tan sincera y honrada búsqueda es que, cuando el ejército invasor llega a Jerusalén, la presencia de Dios lo llena todo y el lugar es fortaleza inexpugnable.

b. Examinar a la comunidad (30:1–31:1)

Ese volverse a Dios de Ezequías significaba en la práctica la reapertura del templo con toda solemnidad y la correspondiente celebración, siendo otro de los acontecimientos oficiales, e incluso más formal, aunque igualmente digno de ser celebrado, la inclusión en ello del pueblo de Dios como un todo. La pascua, festividad del primer mes del año, era ya inminente, y nada más apropiado, pues, que recordar los grandes hechos de los que Dios se había valido en el momento del éxodo para rescatar a Israel de la esclavitud y hacer de ellos un pueblo escogido para sí.

No hay prácticamente continuidad como ésta entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, tan firmemente establecida entre el sacrificio del cordero en Egipto y la muerte del Cordero en el Calvario. No es, pues, cosa de fantasía ver en esa invitación de Ezequías a todo Israel a 'que vinieran a la casa del SEÑOR en Jerusalén a fin de celebrar la Pascua al SEÑOR' (30:1), un precedente para que el líder cristiano convoque a la iglesia a genuina unidad alrededor de la cruz de Cristo.

Hay un hecho significativo en ese retraso de la celebración pascual que no se le pasa por alto al Cronista (30:2–4). La festividad tenía su fecha correspondiente el día catorce de Nisán, como primer mes del año. Pero 'el plan' de celebrarlo un mes después

‘pareció bien a los ojos del rey y de toda la asamblea’. Y aunque esto pueda recordarnos de entrada la actitud por la que Jeroboam, primer rey del reino de Israel del norte, había sido condenado (‘instituyó una fiesta en el mes octavo... en el mes que él había planeado en su propio corazón’, 1 R. 12:32–33), su caso es, en realidad, por completo opuesto al de Ezequías. Lo que este nuevo rey hace es volverse a las ordenanzas originales, donde la ley al respecto estipulaba que, en determinadas circunstancias, la celebración de la pascua podía retrasarse un mes: ‘Si alguno de vosotros... está inmundo... o anda de viaje lejos... puede celebrar la Pascua del SEÑOR... a los catorce días del segundo mes.’ Y una imposibilidad de esa índole es justamente lo que el Cronista aduce aquí para explicar el retraso: ‘no la habían podido celebrar a su debido tiempo, pues los sacerdotes no se habían santificado en número suficiente, ni el pueblo se había reunido en Jerusalén’ (30:3). Impureza y lejanía son las dos razones permitidas para posponer la festividad.

En relación a la primera de esas razones, es interesante tener en cuenta que a Ezequías le preocupan por igual la pureza externa y ritual, y la interna o espiritual. Así, la pascua no puede ser celebrada hasta que los sacerdotes, al igual que el propio templo, estén ritualmente limpios (29:17; 30:3). Por otra parte, el Cronista no cree que saltarse las normas por razón de la presencia de numerosos visitantes de las tribus del norte, siempre y cuando estén en la debida relación con Dios, sea algo censurable (30:17–20).

El Cronista aspira a que sus lectores tengan conocimiento de otros matices y circunstancias, muy en particular respecto a las leyes relativas a la contaminación que conlleva tocar un cadáver, pues es un hecho indiscutible que la influencia de las naciones vecinas paganas ha sido el contacto letal que ha infectado a Judá, e incluso todavía más a Israel, en el transcurso de los años. La otra estipulación de Números 9:10 aún es más simbólica, y ello porque la nación en su totalidad ha estado alejada de Dios en un vagar por extrañas tierras lejanas. Referencia extraordinariamente apta en el contexto específico del reinado de Ezequías, pues esa invitación formulada por él aspira a tener precisamente el efecto de hacer volver a las gentes de los distantes lugares en que se encuentran. Ezequías envía a sus mensajeros a las estragadas tierras del norte, donde ahora son los gobernantes asirios los que mandan en vez de los reyes israelitas. Pero, una gran parte de la población ha sido deportada y, de los que aún permanecen, pocos son los que responden a su llamamiento (30:10–11). Pero lo que verdaderamente importa es la amplitud de esa visión de Ezequías, que no sólo es universal en su alcance, abarcando a todas las tribus apartadas, sino que, además, es extensiva a la totalidad del territorio: ‘... todo Israel, Efraín y Manasés’, ‘todo Israel, desde Beerseba hasta Dan’ (30:1, 5). Esa es la razón de que el Cronista pueda decir de la festividad que ‘desde los días de Salomón, hijo de David, rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén’ (30:26). De lo que está ahí hablando, pues, es de bastante más que de la magnificencia de la ocasión. Tan sólo David y Salomón habían gobernado una monarquía unida que, de hecho, en los días de Roboam, hijo de Salomón, ya se había fraccionado. Tras la muerte de Roboam, su hijo Abías había tratado inútilmente de reunificar el reino, pero ahora, pasadas ya diez generaciones y con el trono del reino del

norte desbaratado, era factible, al menos en teoría, una confraternización. El centro volvía a ser, tal como lo había sido siempre, la realeza y el sacerdocio instituidos por Dios, y el tema y motivo de su alabanza y adoración no era otro que esa redención que había hecho de ellos un pueblo suyo. Al igual, pues, que con la asamblea de los primeros tiempos, todo cuanto de bueno acontece es por la actuación de la gracia de Dios (30:12), pero no por ello deja de tener su debida correspondencia en un corazón dispuesto a responder que, en este caso en concreto, dice '¡Qué bien ha estado todo esto! ¡Celebrémoslo de nuevo pasados unos días!' (30:21–23).

c. Examinar el propio corazón (31:2–21)

El nuevo rey se ha revelado como hombre de profunda espiritualidad y, al igual que con la restauración del culto debido en el templo, su primera acción ha sido volverse a Dios; acto seguido, como corresponde a toda persona de auténtica visión, no sólo ha convocado a la celebración de la Pascua a su propio pueblo, sino también a esas otras gentes de las tribus dispersas de Israel. Así, esa recién recuperada vida religiosa de la nación como tal necesita quedar adecuadamente establecida como norma común. El capítulo que se ocupa de describir ese proceso lo hace mirando en el fuero interno de ese pueblo de Dios, constatando, más allá de la mera apariencia externa, una devoción personal tanto en el rey como en los súbditos.

Comentábamos en su momento la manera como el reinado de Ezequías era fiel reflejo de los de David y Salomón. Ahora, Ezequías, al igual que Salomón, organiza el cuerpo de sacerdotes y levitas, y hace ofrendas para los sacrificios. Y si bien Salomón se había limitado a seguir las directrices de su padre, Ezequías da un paso más y contribuye, al igual que lo había hecho David, con sus 'propios bienes' (31:2–3; cf. 8:12–14; 1 Cr. 29:3). Lo cual no significa, sin embargo, que todo ello sea una mera repetición de la edad dorada de esos 250 años atrás. Los fundadores de la dinastía eran, tal como el Cronista los presenta, el modelo básico a seguir; y ahora es tarea propia de Ezequías tratar de llevarlo a la práctica una vez más. En cierto sentido, la situación de Ezequías era incluso más 'real' que la del propio Salomón. Es como si esos notables antepasados suyos (en los gloriosos días de antaño, y ¡felicitaciones para ellos!) hubieran tenido una visión de cómo habrían de ser las cosas en el futuro, y Ezequías tuviera ahora que encargarse de hacer de esa visión una realidad en un mundo hostil de rostros endurecidos, dificultades económicas y hasta quizás corazones de piedra.

Pero si hubiera en verdad albergado alguna duda respecto al estado de ánimo de su pueblo, el desarrollo de los acontecimientos pronto la habría disipado. La cuestión práctica, que ya ha sido formulada con anterioridad en Crónicas, es cómo saber con total seguridad lo que pueda estar sucediendo en el fuero interno de las gentes del pueblo de Dios; y, una vez más, y al igual que en anteriores ocasiones, lo que en verdad es indicativo es la muy básica y rudimentario barómetro económico: el bolsillo dispuesto, la cartera generosa, el cheque cumplimentado. La necesidad del momento es el mantenimiento del ministerio, la provisión necesaria para aquellos cuya vocación es 'darse para el SEÑOR'. El reto es, en principio, cosa de los ciudadanos de Jerusalén,

pero las noticias pronto se divulgan, y gentes procedentes de todas partes del país se aprestan a contribuir. El propio Ezequías se sorprende por el modo en que su llamamiento es entendido, no como una carga gravosa, sino, y muy al contrario, como una auténtica oportunidad para demostrar generosidad (31:4–10). Los que viven lo suficientemente cerca como para arrear el ganado hasta la ciudad, como ofrenda, así lo hacen, y ello en simultaneidad con toda clase de contribuciones en gran abundancia, y, partiendo de la Fiesta de las Semanas, a principios de la recolección, hasta la Fiesta de las Cabañas, al final de la cosecha ('tercer mes... séptimo mes'), las aportaciones no cesan de llegar hasta el punto de rebasar con creces lo necesario. Es como si hubieran vuelto los días de David y, al igual que entonces, lo que demuestran es el fuero interno de la persona: 'Sabiendo, Dios mío, que tú pruebas el corazón... he ofrecido voluntariamente todas estas cosas en la integridad de mi corazón; y ahora he visto con alegría a tu pueblo... hacer sus ofrendas a ti voluntariamente' (1 Cr. 29:17).

¿Tenemos, pues, que suponer que la muy minuciosa organización que de todo ello se sigue – almacenamiento de todas las ofrendas, jerarquización de los distintos puestos, listas de control y toda esa inevitable parafernalia tan estimada por los burócratas (31:11–19) – no guarda la debida consonancia con la muy sentida devoción puesta de manifiesto en la primera parte del capítulo? ¡Por supuesto que no! Las respuestas que brotan espontáneas del corazón pueden, en ocasiones, saltarse las reglas y las ordenanzas. Pero siempre habrá una diferencia entre unas estructuras que estorban el fluir de los hechos y aquellas otras que ayudan a encauzarlos. Lo que vemos operativo es un principio que encontramos a lo largo de todas las Escrituras, el de la debida relación entre organismo y organización, espontaneidad y preparación por adelantado, contenido y forma, espíritu y palabra. En cada caso correspondiente, no sólo es lo primero tan importante como lo segundo, sino que es la apropiada expresión de ello. Son tres las ocasiones en esta parte del capítulo en las que encontramos el término 'fiel' o 'fielmente', indicando una diligencia y una perseverancia por parte de un pueblo que sabe muy bien con cuánta facilidad puede perderse el primer impulso. Pero las estructuras de 31:11–19 habrían venido a ser como esqueleto sin vida si Ezequías no hubiera percibido, al sondear el corazón de su pueblo (31:4–10), un genuino y sincero amor a Dios, que Dios mismo había puesto ahí primero.

Y todo esto, recordémoslo bien, con la amenaza asiria a las puertas, y ¡su espada tan sólo temporalmente envainada! Y es justamente ahora, tras estos capítulos preparatorios, Ezequías está preparado por fin para cuando esa espada salga de su vaina.

d. Examinar al enemigo (32:1–23)

Estos tres últimos capítulos han venido a ser una versión sumamente ampliada de unos pocos, y muy breves, versículos del principio de 2 Reyes 18. El Cronista está listo, pues, para retomar el tema de la inminente llegada de los asirios a Jerusalén, y los sesenta y dos versículos de la fuente original (2 R. 18:13–19:37) los condensa en tan sólo veintitrés. El relato de Samuel/Reyes es de gran complejidad, y el Cronista no duda

ahora en simplificarlo considerablemente. Su actitud ante los hechos históricos queda ya patente en el primer versículo de este capítulo. Es evidente, tal como hemos venido observando, que está apasionadamente interesado en los hechos, pero eso no quiere decir que también lo esté en las fechas. Sus lectores pueden enterarse de que la invasión tuvo lugar por fin ‘en el año catorce del Rey Ezequías’ (2 R. 18:13), pero su interés se centra en el orden de los acontecimientos y la relación teológica entre ambos – ‘después de estos actos de fidelidad’, después, esto es, de las reformas religiosas de Ezequías y la preparación espiritual, ‘Senaquerib, rey de Asiria, vino e invadió a Judá’ (32:1). Habiéndose vuelto primero al Dios que le había nombrado pastor de su rebaño, pasando después a examinar vigilante las ovejas dispersas de Israel, y asimismo los corazones de las gentes, en el ánimo de encontrar evidencia de una respuesta práctica a su llamamiento, Ezequías está por fin en disposición de examinar a ese enemigo que la providencia de Dios ha mantenido a distancia durante los catorce años de preparación.

Ese espíritu suyo de confiada *resistencia* se hace patente en 32:1–8. Sería entonces fácil tratar de contrastar eso con el aparente espíritu timorato del relato más antiguo, en el que el mensaje al rey asirio es ‘He hecho lo malo. Retírate de mí; lo que tú me impongas, eso aceptaré’ (2 R. 18:14), comprando así muy cara una existencia pacífica. Pero no hay razón alguna por la que Ezequías no pudiera conseguir un breve respiro, en el que ‘cobrar ánimo y reedificar’ (32:5), en una suerte de desafiante fortificación de la capital ante ese futuro nuevo ataque que que sabía podría producirse en cualquier momento.

Esa resistencia suya se asienta tanto sobre una acción emprendida (32:2–6), como en una confianza firmemente establecida (32:7–8). Ambas actitudes pueden, claro está, ser mutuamente exclusivas, y las muy duras palabras de Isaías, pensadas para esa situación en concreto, estaban dirigidas a quienes en Jerusalén que se mostraban activos precisamente por carecer de fe: ‘Entonces cayó la defensa de Judá. Confiasteis aquel día en las armas de la casa del bosque, y visteis que eran muchas las brechas en la muralla de la ciudad de David, y recogisteis las aguas del estanque inferior. Entonces contasteis las casas de Jerusalén, y derribasteis casas para fortificar la muralla. Hicisteis un depósito entre las dos murallas para las aguas del estanque viejo. Pero no confiasteis en el que lo hizo, ni considerasteis al que hace mucho tiempo lo planeó.’ Ezequías, sin embargo, sí tenía en cuenta a ese Dios poderoso, y en Él confiaba, sabiendo, además, que Dios espera de nosotros una fe unida a la acción. Es muy probable que, en una época distinta, Ezequías exhortara a su ejército a confiar en Dios y a ¡mantener bien seca la pólvora!

Y entonces, según contemplan a sus enemigos, atentos a esa voz que ‘hablaba como un dragón’, reciben un espíritu de *percepción*. El apóstol Pablo lo resaltará asimismo en relación al enemigo definitivo y último del pueblo de Dios, ‘no ignoramos sus ardides.’ En esa acusación burlona de que Ezequías está llevando a Judá a la perdición, el portavoz asirio pone en evidencia su ignorancia del verdadero significado de los hechos. Si otras naciones no han podido ser libradas de Asiria con el concurso de sus dioses, ¡‘menos aún’ podrá Judá esperar ser librada por un Dios cuyos altares ha destruido el

propio Ezequías (32:10–15)! En esa tesitura, es más que probable que se dejaran oír en Jerusalén voces de regocijo ante lo que se avecinaba, y ello para total perplejidad de los asirios, convencidos como estaban de que la demolición de los ‘lugares altos’ era una *afrenta* para Yavé. ¡Quién lo hubiera pensado: el espectacular despliegue de fuerzas del enemigo tenía su base en un error de juicio respecto a los principios que alentaban tras el comportamiento de Ezequías y su estrategia de resistencia! Poderoso y sutil parecía ser ese nuevo enemigo del pueblo de Dios, pero ¡cuán incapaz de juzgar la realidad de los hechos! El asirio no ve más allá de la realidad aparente; el pueblo de Dios, en cambio, valora sin dejarse engañar por lo superficial.

La correcta percepción acaba no sólo en aparente menosprecio, sino, asimismo, en manifiesta *repulsión*. El Cronista evidencia ese sentir y, sin duda, espera del lector que lo intuya asimismo en Ezequías y el pueblo (32:16–19). En sus alocuciones, los asirios se permiten hablar ‘contra el SEÑOR Dios y contra su siervo Ezequías’ (32:16 es un claro eco del salmo 2:2), en sus misivas ‘muestran desprecio del Señor Dios de Israel’ (32:17), y el griterío del populacho degrada al Dios de Jerusalén al nivel de ‘los dioses de los pueblos de la tierra, obra de manos de hombres’ (32:19). Así, todos cuantos, en virtud de ejercitarse en la fe, tienen percepción más aguda de lo espiritual, se rebelan ante los insultos infligidos a su Dios y Salvador. El Cronista introduce justo entonces el espíritu de *oración* que dejará zanjada toda posible cuestión. Donde existe, como ahora es el caso, ‘un desafío directo a la soberanía de Dios... Ezequías actúa de la única manera adecuada posible’, clamando al cielo al unísono con Isaías. Apelación dirigida sin mediadores a Aquel cuya autoridad está siendo cuestionada, y es propia vindicación lo que consigue al desarticular la amenaza asiria (32:20–23). Cabe la posibilidad, y así lo reconocemos, de que ese temor a ser ‘ahorcado pasadas dos semanas’ hubiera sido el acicate para centrarse en lo que tenía por delante. Pero la clave de la victoria final de Ezequías radicaba en ese proyectar la situación hacia el futuro, más allá, pues, de las amenazas contra el señorío y la gloria del Señor, tomando las medidas necesarias para restaurar la debida relación de su pueblo, y de sí mismo, con su Dios.

3. El pastor encuentra nuevos recursos (32:24–33)

¿Qué puede haber impulsado al Cronista, tras haberse ocupado de lo que, según criterio personal, consideraba los acontecimientos más relevantes del reinado de Ezequías, a añadir estos párrafos finales? Las anotaciones que nos salen al paso son breves y crípticas, pero es evidente que se espera que les encontremos algún sentido. Y está claro que, tras una oportuna reflexión, algo nos dicen respecto a la procedencia de los recursos para hacer frente a esa gran crisis de su tiempo.

Ezequías no es hombre ni rey perfecto. Presentarlo como un héroe sería lo opuesto a la intención del autor. En su lugar, vemos a un ser humano falible, esforzándose, al igual que lo haría cualquier otro líder o pastor, por cuidar al pueblo de Dios según el precedente ideal de David/Salomón. Lo cual debería ser infundir ánimo en nosotros, seres caídos y falibles que somos como Ezequías. Que en el proceso de las cosas había

fallos es algo imposible de negar. Esa breve referencia a la enfermedad de Ezequías, hecha casi como de pasada, apenas si nos pone en situación, pero los lectores familiarizados con la historia sí saben todos sus detalles: la oración del rey exhortado por su amigo Isaías, y la señal dada por Dios para confirmar la promesa de curación, esto es, el milagroso retroceso de la sombra proyectada por el reloj de sol (2 R. 20:1–11). En ese asunto, sí había estado en lo cierto el palpito de Ezequías. Pero ‘en el asunto de los enviados de los gobernantes de Babilonia, que mandaron a él para investigar la maravilla que había acontecido en la tierra’, Dios le había sometido a prueba (32:31), resultando que su corazón no estaba en la debida sintonía. Asunto del que se nos informa con todo detalle en 2 Reyes 20 (versículos 12–19). El orgullo con el que Ezequías había hecho despliegue de sus riquezas ante los dignatarios extranjeros – no cabe duda, claro está, de que habrían llegado en misión diplomática, dado ese mutuo interés por parte tanto de Babilonia como de Judá en medir sus respectivas fuerzas con vistas a una coalición contra ese enemigo común que era Asiria – era un orgullo que Dios sin duda desaprobaba (32:33). Y en esta ocasión sigue estando igualmente junto al rey su fiel amigo Isaías, si bien ahora las palabras que salen de su boca no son de ánimo, sino de reprimenda.

En conjunto, ambos incidentes nos llevan al verdadero meollo de la cuestión, y a una de las más memorables imágenes de esos tiempos históricos. Permítanme ahora que les recuerde, nos dice el Cronista, que ‘Ezequías había cegado la salida superior de las aguas de Gihón, conduciéndolas al lado occidental de la ciudad de David’ (32:30). Al igual que tantos otros visitantes que llegan a la ciudad de Jerusalén, he paseado, o más bien ‘vadeado’, personalmente a lo largo del conducto por el que desvió ese importante suministro de agua de la ciudad. Y aunque la parte más antigua de Jerusalén se asentaba sobre lo alto de una colina, circundando sus murallas la parte más elevada, la deriva del terreno hace que esa parte sur de la ciudad quede ligeramente por debajo del manantial de Gihón, y ello aun cuando éste quedaba extramuros. Descendiendo, pues, en suave desnivel a través de un túnel excavado en la roca, esa agua tan preciada tenía su depósito de reserva.

¿Ponía en evidencia ese prodigio de ingeniería mayor una falta de fe, como Isaías no duda en señalar? Tal como ya hemos tenido ocasión de percibir,¹⁹ esa es una cuestión que depende por entero de la persona afectada, y el Cronista parece dar a entender que, al menos en lo que respectaba a Ezequías, era una de esas obras con las que ponía en evidencia la existencia de una sentida fe personal, y no justamente lo contrario. Esas eran aguas de Siloé, o Siloam, y si bien la correspondiente referencia en el Nuevo Testamento es lo primero que enseguida asociamos ahí,²¹ es posible que el Cronista esté apuntando a un texto ya existente en el Antiguo Testamento en, cómo no, los escritos de Isaías. Según el curso de los acontecimientos, en el reinado de Acaz, padre de Ezequías, y con anterioridad a la construcción del túnel, el manantial había abastecido a otro de los estanques de Siloé mediante un canalillo descubierto por fuera de los muros de la ciudad. Pero incluso entonces tenía el agua ya un valor simbólico. Así, Acaz y su gente, aun yendo de mal en peor en sus empresas políticas, no están dispuestos, pese a lo apurado de su situación, a volverse de nuevo a Dios: ‘rehusando

las aguas de Siloé que corren mansamente’. Ahora, su hijo sabía que no debía incurrir en semejante error. Él iba a apoyarse en el Señor e iba a confiar en Isaías, portavoz de la palabra de Dios, tal como se fiaba de las aguas mansas del manantial de Siloé. Y de ahí que diera los pasos necesarios para que esa callada fuente de inagotable renovación, prodigiosa en su sencillez, recibiera siempre la atención debida dentro del recinto de la ciudad de Dios.

Arroyos de agua viva contemplad
brotando de amor eternal,
abundantes proveen a tus hijos todos,
por necesidad ya no hay que clamar;
¿cómo entonces desmayar
si fluyendo, eternos, la sed calman –
gracia y dádiva del Señor sin igual,
y nunca por los siglos han de faltar?

Manasés y Amón: Dios ante lo peor del hombre

2 Crónicas 33

La diferencia entre Ezequías y su hijo Manasés es tan grande, que casi tiene uno la tentación de preguntarse si el Cronista está ahí deliberadamente contraponiéndolos, evocando, aunque a escala mayor, el contraste ya observado en las generaciones previas: Jotam el Bueno y Acaz el Malo. Visto desde una perspectiva más amplia, comprendemos que los capítulos 29 a 33 no aspiran a ofrecer retratos desmesurados y contrapuestos de Ezequías el Muy Bueno y Manasés el Muy Malo. Lo que el Cronista percibe en ese período es más complejo e instructivo que todo eso; y no es él, sino ese otro historiador anterior en el tiempo, autor de Samuel/Reyes, el que ‘no tiene nada bueno que decir de Manasés, sino que, muy al contrario, carga las tintas considerándole “el peor y más nefasto rey de todas cuantos han ocupado el trono de David”, cuyo pecado es de una magnitud tal que nunca jamás podría venir a ser perdonado’. Pero, antes de entrar a considerar la semblanza que de él nos ofrece el Cronista, detengámonos a considerar el panorama que vislumbrarían en aquel entonces tanto autor como lectores.

1. Manasés en Samuel/Reyes

El reinado de Manasés, con sus cincuenta y cinco años de duración, fue el más dilatado y nefasto de todos los reyes de Judá. Su maldad era mucho más insidiosamente

pérfida que la de su abuelo, el muy deplorable Acáz. El Cronista incluye en su relato la práctica totalidad de lo que encontramos en Samuel/Reyes respecto a la enumeración de sus pecados (2 R. 21:1–9). Ciertamente que las suyas eran maldades que difícilmente incitarían al lector moderno a imitarle, pero, contempladas con el trasfondo bíblico de la época, podemos intuir la perversión moral que alentaba tras su conducta.

Por las razones que fueran (y hay que concederle el mérito de ser un político hábil y sagaz), este rey procedió de forma sistemática a dismantelar esos diques de contención erigidos como salvaguarda ante las antiguas religiones paganas que amenazaban con infectar a la nación, produciéndose de inmediato el retorno de éstas. Las formas externas de adoración a Yavé, Dios de Israel, habrían seguido practicándose, pero el abanico de prácticas cananitas en paralelo las privaba de su auténtico sentido. El monoteísmo (un Dios soberano sobre todas las naciones) pasaba así muy fácilmente a convertirse en henoteísmo (cada nación con su propio dios). Manasés estaba, pues, desconfiando de la providencia de Dios. Esa actitud guarda gran semejanza con lo que podemos encontrarnos hoy día: decimos creer en Dios, pero en la práctica introducimos la variante de las alternativas buscando otras posibles fuentes de ayuda, por si acaso Dios nos falla.

Pero eso no es todo. Manasés estaba profanando sistemáticamente el santuario de Dios, cuyo templo se encontraba en la capital del reino, ‘del cual el SEÑOR había dicho a David y su hijo Salomón: En esta casa y en Jerusalén, que he escogido de entre todas las tribus de Israel, pondré mi nombre para siempre’ (2 R. 21:7). Pero Manasés, empeñado como estaba en precaverse de toda contingencia, no podía permitir que ese recinto fuera propiedad exclusiva de Yavé. Él iba a encargarse de que estuvieran igualmente presentes esas otras religiones, como una suerte de ‘salvavidas’ protector. De hecho, ese es un peligro que corre todo santuario – entendiéndose como tal, claro está, aquel lugar en el que nos encontremos cara a cara con Dios en oración y adoración –, el permitir que otras cosas dominen nuestra mente y nuestro pensamiento, y ello de una forma tal que el Señor deje de ser, en ese aspecto crucial, el único y verdadero Dios.

Manasés vino efectivamente a degradar a unas criaturas de Dios. Los hijos habidos no eran para que los quemara vivos en pagano holocausto, aunque sin duda él se habría exculpado de sadismo aduciendo (dados los conceptos religiosos de la época) un patriótico deseo de conseguir un beneficio mayor para la nación. Pero, aun así, persistiría esa verdad incontestable por la que, según el orden establecido por Dios, sus hijos no habían nacido con ese fin. El terrible pecado de Manasés, pues, se repite en su esencia cuando el hombre utiliza o manipula a otros seres humanos con el pretexto de lograr un bien mayor por encima del propio – o, de hecho, se sirve de lo creado por Dios para propósitos y fines distintos a los originales.

La lista de pecados, encabezada por la inmolación de sus propios hijos, estaba directamente relacionada con la magia y la práctica del ocultismo. Eso suponía un desprecio absoluto de la palabra de Dios – y no simplemente en el sentido de que lo que hacía estuviera taxativamente prohibido por la ley, sino en el sentido de que la magia es un intento por conseguir que las fuerzas de la naturaleza y lo sobrenatural se plieguen a mis deseos y hagan lo que yo ordene, cuando, en puridad, debería

conformarme y ser dichoso con lo establecido por *Dios*.

Dicho de otra forma, Manasés estaba decididamente desligándose del pacto eterno de Dios, y así es como nos lo indica el propio texto por partida doble (2 R. 21:4, 7). Lo irónico del asunto es que el objetivo de Manasés con todas esas maniobras era asegurar su posición, y ello a pesar de que la ley dejaba bien claro que la nación que siguiera ese camino estaba abocada a perder su tierra (versículo 2), mientras que, en el lado opuesto, aquellos que perseveraran en los caminos del Señor la conservarían como suya (versículo 8). Y puesto que las naciones cananitas habían sufrido en sus propias carnes las consecuencias de los hechos de Manasés, iba a ser ahora Israel quien pagara por ello. Ese era en definitiva el daño infligido por Manasés a su propio pueblo de forma ya prácticamente irreversible, quedando ligado el destino de la nación a ese baldío derramamiento de sangre, experimentado primero en Jerusalén, que no era sino un anticipo de lo que posteriormente vendría a sufrir igualmente Judá a manos de sus enemigos por causa suya. Seis reinados más habrían de sucederse antes de que el reino de Judá sucumbiera de forma definitiva. Pero lo cierto es que la suerte ya estaba echada.

Esta es la conclusión que el autor de Reyes resalta en tres ocasiones consecutivas (2 R. 21:10–15; 23:26–27; 24:3–4). Su planteamiento de la situación es, pues, a largo plazo, viendo en los futuros acontecimientos históricos las consecuencias de los ‘hechos de Manasés, todo lo que hizo y el pecado que cometió’ (2 R. 21:17). El Cronista, sin embargo, al reflexionar acerca de esos mismos acontecimientos, ve en sus consecuencias nuevas posibilidades de interpretación.

2. Manasés en Crónicas

Al Cronista le preocupa, al igual que a su predecesor, destacar las consecuencias del pecado. Ambos historiadores se dan cuenta de las consecuencias morales de las acciones personales. Pero al Cronista le interesan sobre todo las consecuencias inmediatas: ‘el alma que peque, ésa morirá’. Y aunque no deja de ser cierto que el pecado de una persona puede generar sufrimiento sesenta años después de su muerte y desaparición de este mundo, esa no es la clase de lección que el Cronista aspira a mostrar. Nada más fácil, entonces, que concluir que el Cronista no ha hecho sino presentar la realidad de los hechos según propio criterio (con o sin fundamento, es algo que habrá que investigar). A lo que aboca el pecado de Manasés no es a esa caída de Jerusalén tiempo después de su muerte, tal como nos lo presenta Samuel/Reyes, sino a una desgracia inmediata personal al verse capturado con ‘garfios’ y atado con ‘cadenas de bronce’, y a un ‘lo llevaron a Babilonia’ (33:11–12). Lo cual lleva, a su vez, a un arrepentimiento también personal que desemboca finalmente en un genuino conocimiento de Dios, y una restauración no sólo de la persona, sino asimismo de la vida religiosa, las obras públicas y las fuerzas militares de la nación. Por ello, el resumen en Crónicas, a diferencia de Samuel/Reyes, tiene que ver por igual tanto con esa ‘oración’ suya como con ‘su pecado’ (33:13–20).

Ahora bien, si esta secuela ampliada es de su propia cosecha, no cuesta trabajo

entender las razones que han movido al Cronista a componerla. Aun así, sigue siendo pertinente formular la misma cuestión: ¿Dónde cree el Cronista, en el conjunto de su visión de la historia de Israel, que hay mayores probabilidades de que Dios haga manifiesta su verdad: en el dato fidedigno o en la ficción creativa? Pero, si llegado el momento oportuno, la premisa necesaria estuviera ya lo suficientemente bien establecida (y, personalmente, creo que sí lo está), que el interés del Cronista se centra en el dato fidedigno, no hay razón alguna para que los acontecimientos de 33:11–13 no sean históricamente ciertos en el modo en que él los narra. Su omisión en Samuel/Reyes no supone diferencia alguna, y ello por la sencilla razón de que es posible que, en su momento, el autor de Reyes tuviera sus razones para no hacer mención de ello, tal como ahora el Cronista tiene las suyas para incluirlo. El recuento de los hechos históricos conlleva inevitablemente un proceso de selección, y hay que tener siempre presente que, dada la amplitud del material a su disposición, aunque ahora desconocido para nosotros (imposible, además, determinar qué fuentes estaban disponibles y cuáles no en los tiempos bíblicos), todo historiador tiene deliberadamente que excluir mucho que nosotros consideraríamos importante, incluyendo en cambio aquello otro que nosotros habríamos eliminado. Y si les dijéramos entonces que, con su forma de ver las cosas, están induciendo a sus lectores a incurrir en error respecto a la auténtica importancia de la historia, les asistiría toda la razón si replicaran que lo que hacen es precisamente lo contrario. Después de todo, ¿quién puede aducir sin arrogancia estar más cercano al pensamiento del Dios de Israel?

En Samuel/Reyes, se apunta al desastre que va a suponer a largo plazo para la nación el pecado de Manasés. Y dado que no hay posible arrepentimiento posterior que pueda remediar tan terrible situación, no tiene ningún sentido detenerse a dar noticia de tal caso. El Cronista, en cambio, sin negar la perversidad de Manasés, está mucho más preocupado por mostrar sus efectos a corto plazo, y ello porque, un tanto paradójicamente, ponen de manifiesto una verdad más profunda. Hay dos o tres ocasiones, señala Williamson, ‘en las que, o bien como fiel vasallo o como rebelde frustrado, Manasés fue llevado ante el tribunal asirio’,⁴ y dado que la experiencia vino a suponerle un trauma lo suficientemente importante como para motivarle a un cambio radical en su actitud hacia Dios, es muy probable que lo ocurrido fuera lo segundo. Dicho con otras palabras, el Cronista está resaltando un incidente que para Samuel/Reyes, al igual que para otros historiadores contemporáneos, quizás no revistiera mayor importancia, pero que sirve en cambio para ilustrar el principio básico de que el pecado acaba en castigo. En el caso que nos ocupa, el pecado *de Manasés* aboca de forma muy específica al castigo *de Manasés*. Lo cual es, en un análisis final, y ante la perspectiva de la eternidad, *la verdad* que encierra el pecado; lo que nos lleva de forma directa e inmediata a la absoluta necesidad de la expiación sustitutiva de Cristo en el Calvario, donde ‘Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz’. Pero no por eso hemos de suponer que el Manasés retratado en Crónicas es ‘ominosa advertencia’ sobre las consecuencias del pecado. Es evidente que existe esa posibilidad, y cabría esforzarse entonces por tratar de dar con el equivalente actual de esa antigua maldad. Pero Manasés no es ciudadano privado. Él es un personaje público

y notorio. Y siendo como es el caso que la historia secular se permite hablar en términos de elogio del rey Omri de Israel, y ello a pesar de que la Biblia no le juzga digno de merecer más que unos pocos versículos, habida cuenta su maldad (1 R. 16:23–28), Manasés podría ser igualmente admirable a los ojos del mundo. Un rey que fue capaz de mantenerse en el trono más tiempo que ningún otro monarca de su linaje, tiene por fuerza que haber contado con una capacidad y unas habilidades por encima de la media, y ello, además, en unos tiempos particularmente difíciles. Es, pues, no tan sólo como hombre, sino como rey de Judá, gobernante de Israel e hijo de la casa de David, por lo que las Escrituras emiten juicio sobre su persona.

Por otra parte, hay reyes y reyes, y es algo obligado clasificar a este rey en particular de forma adecuada en el conjunto general. Por otra parte, huelga decir que no es posible incluirle en la misma categoría que David y Salomón. Hay una gran diferencia de clase, que no sólo de grado, entre ellos y él, pues, tal como ya hemos tenido ocasión de ver, esos honorables antepasados suyos representan para el Cronista el binomio ideal de una realaleza preocupada por ejercer una labor de pastoreo; en este sentido, pues, destacan por encima incluso de los mejores de entre sus sucesores, y ello ¡sin mencionar a los peores! Así, una vez más, de entre los descendientes de tan notables antecesores, Manasés no puede ser clasificado junto a Asa, Josafat y aquellos otros que trataron de estar a la altura del ideal propuesto, sino, y muy por el contrario, con Roboam, Acaz y todos aquellos otros que rechazaron semejante propuesta.

Pero, aun así, Manasés sigue siendo único en un cierto sentido. No sólo es algo más que un simple hombre malvado, sino que asimismo es bastante más que un mal monarca. El puesto que ocupa en esa muy instructiva galería de retratos del Cronista guarda relación con la situación en la que los lectores israelitas vivían en esos momentos. Y eso es algo que ahora tenemos nosotros que esforzarnos por recordar. Poseedores de un conocimiento retrospectivo, pueden sin duda juzgar las calamitosas consecuencias de los reinados de Manasés y sus sucesores y el triste final que tuvieron. La captura y destrucción de Jerusalén, y el consiguiente exilio de la nación, junto con la posterior restauración, eran sin duda hitos más que notables en el acontecer de una historia todavía viva para ellos. El Cronista, pues, se ha esforzado al máximo por hacer ver que ese exilio tenía su precedente, y que en modo alguno podía resultar inesperado. El reinado de Saúl había sido la ocasión para presentar la historia y evolución de la monarquía israelita desde sus mismísimos comienzos, y como verdadera experiencia de ‘exilio’ para el pueblo de Dios. En ese tiempo, siglo XI a. C., el Señor y su pacto fueron rechazados de forma expresa y, como resultado de ello, el tejido conjuntivo de la sociedad israelita había empezado a evidenciar los primeros síntomas de desgarró ante la presión de fuerzas contrarias extranjeras. La paz y la estabilidad fueron restauradas a su debido momento por el establecimiento de un gobierno elegido por Dios, el de David. El entramado general de los acontecimientos podía ser visto, pues, por esos primeros lectores del Cronista como una analogía del exilio sufrido en el siglo VI a.C., y de la restauración que siguió; cosas todas ellas, sin duda, todavía frescas en la memoria colectiva. Pero Saúl no es el anticipo único del exilio, como tampoco David lo es de la restauración. A medida que el final va perfilándose ominoso

en el horizonte, la nación de los tiempos de Acáz sufre ya muchos de los dolores que conlleva el exilio – que, en algunos casos, es verdadera deportación, mientras que, bajo Ezequías, vienen a ser restaurados, empezando a gozar de una renovada prosperidad. Y el esquema se repite una y otra vez, siguiéndose lo segundo tras lo primero, tal como Ezequías viene a ser sucedido por Manasés, percibiendo entonces el Cronista en el lapso de un reinado la representación conjunta de ‘la caída y el levantamiento de muchos en Israel’. Manasés es, en este sentido, Saúl y David a un mismo tiempo; asimismo, es tanto Acáz como Ezequías; es el representante de toda la nación, y lo que a él le sucede es un anticipo de lo que le está sucediendo a su nación, y ello tanto en el tiempo del exilio como en el momento de la restauración.

Las dos mitades del relato, esto es, la historia del pecado de Manasés, tal como lo encontramos en Samuel/Reyes, y la historia de su arrepentimiento, que para el historiador anterior no tenía mayor relevancia, vienen a ser consideradas igual de importantes por el Cronista. Y, así, de la misma manera que no se trata de inventar hechos con objeto de ilustrar un punto de vista en particular, tampoco puede decirse que sea un caso de falseamiento de la historia con idéntico propósito. De hecho, ni siquiera se sostiene ahí que los hechos históricos vengan a servir, por feliz coincidencia, a semejante propósito. Se trataría, más bien, de un interés por su parte de deducir las lecciones que tales acontecimientos muestran.

Y eso viene justamente a ser lo que hace que su relato sea relevante para los lectores de cualquier época. La primera mitad de esa historia insta a la cautela. *Cada vez que* el pueblo de Dios, sobre todo en el caso de sus líderes, rechacen los caminos de Dios, como hizo Manasés (33:1–9), y más en particular todavía, cuando coronen su maldad con el rechazo expreso de sus advertencias (33:10), se verán ‘capturados con garfios, sujetos con grilletes, y llevados cautivos a Babilonia’ (33:11). En los tiempos de Ezequías y Manasés, esa ciudad pertenecía al imperio asirio, y la estancia de Manasés tuvo que ser muy distinta de la que su pueblo habría de experimentar en el siglo siguiente, cuando Babilonia pasó a superar a los asirios en poder, y las palabras ‘cautiverio de Babilonia’ equivalían a una catástrofe muy real, y terriblemente prolongada, a escala nacional. Pero no por eso la situación presente dejaba de ser amenazadora, y el Cronista lo da a entender en 33:11 con palabras que, a buen seguro, hicieron estremecer a sus lectores, llevándoles a jurarse a sí mismos que harían cuanto estuviera en su mano para evitar semejante desgracia.

La segunda mitad de la historia, en cambio, es de aliento y esperanza. *Cada vez que* el pueblo de Dios, y muy en particular sus líderes, se ven movidos, por circunstancias adversas, a humillarse y volverse a Dios, tal como hizo Manasés (33:12), vendrán a descubrir que el Señor perdona, restaura y bendice (33:13). Para un rey de Judá, las señales externas de esa bendición son un sólido programa de reconstrucción, una organización militar efectiva y una religión expurgada y activa en el ámbito nacional (33:14–17). De esa clase de restauración – no, claro está, en todos sus detalles, pero sí su equivalente dentro de sus propias y un tanto distintas circunstancias –, los primeros lectores del Cronista ya habían tenido feliz experiencia. A lo que se les anima ahora es a experimentar la realidad de la restauración de esos años perdidos ‘consumidos por las

langostas', deseo que es extensivo a todo consiguiente lector, sea cuales sean sus propias circunstancias. Y aunque puede que no se sea constructor de muros, comandante de los ejércitos o destructor de ídolos, como humilde y obediente siervo de Dios sí puede dar testimonio de su fe y trabajar a favor de todo cuanto sea digno, edificante, duradero y santo.

3. Amón

A pesar del cambio en la suerte de Manasés, debidamente registrado por el Cronista, los males de Judá se habían convertido en incurables. El pasaje que acabamos de considerar representa un alivio dentro de esos males, que pronto se vería seguido de otro respiro más en el reinado de Josías, nieto de Manasés. Pero lo cierto es que, aun así, el declive espiritual no podía ser detenido por el momento.

Las reformas llevadas a cabo por Josías constituían todo un logro personal, algo que ni el Cronista ni el autor de Samuel/Reyes niegan. Pero no cabe duda, sin embargo, que ambos han pintado retratos muy distintos de Manasés como personaje, lo cual nos lleva a entender el muy diferente propósito con que cada uno presenta al hijo. Samuel/Reyes se limita a constatar que Amón fue el peor de todos los reyes de Judá, que sus pecados condicionaron la suerte de la nación y que su sucesor reincidió en los mismos pecados. Así, en ese relato más antiguo de los hechos, el célebre celo reformador de Josías es un colosal esfuerzo por remediar el mal causado en esos dos reinados precedentes. Amón, pues, perseveró en los caminos torcidos de su padre. En Crónicas, sin embargo, el reinado de Manasés queda caracterizado por una mezcla de lo bueno y de lo malo. Ya vimos en su momento cómo se realizaban las reformas emprendidas por iniciativa suya. Pero para presentar a Josías como el gran reformador que fue, el Cronista necesita dirigir nuestra atención a esos dos años intermedios, esto es, el reinado de Amón, como momento en el que todo vuelve a marchar mal y cuando todo el bien hecho por Manasés queda desbaratado. Así, la culpa de Manasés viene a resaltar ante el arrepentimiento del padre.

Pero, para ambos historiadores por igual, los pecados de Amón apuntan al 'destino que le aguarda a Judá'. Y si los pecados de Manasés presagiaban una retribución nacional, los de Amón vienen a confirmar esa impresión. Josías, pese a sus valientes esfuerzos por evitarlo, acaba siendo en cierta manera tan impotente como el rey Canuto en esa épica orden suya a las olas para que se detengan y retrocedan. El padre de Josías y, junto con él, toda la nación, 'habían aumentado su culpa' (33:23), y por eso sólo cabe esperar otro desenlace.

Aun así, es como si el Cronista estuviera sirviéndose de la maldad de cada sucesiva generación para resaltar la penitencia impuesta a la anterior. Amón 'no se humilló delante del SEÑOR *como su padre Manasés se había humillado*' (33:23). Hay en la experiencia del rey anterior una evidencia de misericordia que ni siquiera la más disparatada locura de su lamentable vástago puede erradicar, sino que, por el contrario, no hace más que resaltar como contraste. Así, la lección de Amón viene a ser que aprendamos, no de él, evidentemente, sino de su padre. En lo más recio del temporal

siempre hay esperanza de que amaine. Respecto al padre, cabría decir, 'Este hombre fue, de entre todos los hijos de David, el más sonado fracaso; y si *incluso Manasés* podía encontrar ocasión para el arrepentimiento, ¡cómo no va a haber esperanza igualmente para nosotros hoy día!'

Dos detalles más, para que la lección cale bien hondo. Lo primero es que el Cronista está dirigiéndose a un pueblo, esto es, a una comunidad. Manasés no es pecador individual arrepentido, ni siquiera el líder culpable en proceso de atrición, sino que es el genuino representante de toda la nación. Y aunque siga siendo válido el punto de vista de Samuel/Reyes, que lo ocurrido a Manasés *abocó a* lo que después tuvo que sufrir Judá, el Cronista explicita su postura resaltando que lo acontecido a Manasés *es* lo que posteriormente vino a ocurrirle a Judá. Esa es la razón de que quiera que se nos grabe bien que la historia del padre de Amón no es tan sólo cuestión de pecado, sino de pecado y restauración: la advertencia viene acompañada de la promesa. Todo hombre, o líder, que se arrepienta será restaurado. Así, si la propia generación del Cronista es capaz de apreciar lo que en verdad significa esa recuperación de la tierra, acabará por ver en ello una señal alentadora de que el suyo es un Dios que perdona y renueva a su pueblo penitente. Por detrás de la justicia que les abocó al exilio, se encuentra algo infinitamente más grande, el pacto de la gracia, que es lo que les va a traer de vuelta al hogar. Lo que Amón era incapaz de reconocer (33:23), su padre lo había llegado a entender: 'que el SEÑOR era Dios' (33:13) y que eso suponía un Dios cuyo nombre de pacto de misericordia se mantendría 'para siempre' (33:4, 7).

Lo cual nos lleva a la segunda y última consideración. Si el Dios que reconcilió consigo a Manasés es por la eternidad el mismo, ese seguirá siendo igualmente su nombre en nuestra propia época cristiana. Y así es como efectivamente lo comprobamos y constatamos. ¿No es esa, entonces, la buena noticia, que resuena en feliz conjunción de Antiguo y Nuevo Testamento, que '*todo aquel que* invoque el nombre del SEÑOR será salvo'? ¿Y no es precisamente ese el trasfondo de las primeras 'palabras fieles' del apóstol Pablo en sus epístolas pastorales, que 'Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores'? Pues, tal como el propio apóstol explica, él mismo era 'el peor' de los pecadores; a lo que añade, 'por eso, hallé misericordia, para que en mí, como el primero [de entre los pecadores], Jesucristo demostrara toda su paciencia como un ejemplo para los que habrían de creer en Él'. Dicho con otras palabras, si Dios puede salvar a Pablo, habrá salvación para todos nosotros. Si Dios puede restaurar a Manasés, también podrá restaurarme a mí.

Josías: el pastor solitario

2 Crónicas 34–35

Con la muerte violenta de Amón antes de cumplir los treinta años, la corona pasa a su hijo Josías, de tan sólo ocho años de edad. Como pastor del pueblo de Dios, este notable personaje pasará a ocupar su puesto junto a los demás reyes buenos de Judá, siendo el último de la serie.

Así, cabría la posibilidad de que pareciera un simple reformador más que 'hizo lo recto ante los ojos del SEÑOR' (34:2). En los primeros años de su reinado, su amor y su celo por el 'Dios de David' generó el deseo de poner en su debido lugar la fe y la práctica de la vida religiosa de la nación (34:1-7). Ese interés suyo vino así a cristalizar en una reforma continuada del templo en Jerusalén (34:8-13), en el curso de la cual 'se encontró una copia del libro de la Ley del SEÑOR'. La lectura del mismo movió a Josías a un nuevo celo por oír y obedecer la palabra de Dios (34:14-28), reuniendo entonces a su pueblo para renovar conjuntamente el pacto de la alianza entre Israel y el Señor (34:29-33), coronando entonces la reunión con la celebración de una pascua como no se había visto 'desde los días del profeta Samuel' (35:1-19). Su muerte, trágica por innecesaria, ocurre en plena batalla con el ejército egipcio camino de enfrentarse a un enemigo muy distinto (35:20-27).

En sus líneas más generales, pues, sigue tras los pasos de otros hombres buenos que también habían sido reyes pastores antes de él, pero, pese a la brevedad del apunte, hay una serie de detalles que lo diferencian de la mayoría. Una consideración más detallada de su historial, sobre todo allí donde se contrasta con la versión de Samuel/Reyes, nos permite ver su grandeza individual con mayor claridad.

Es muy cierto que, en el relato más antiguo, su reinado viene a ser el clímax de la historia de Judá, y que es considerado como el más excelente de todos los reyes ('Antes de él, no hubo rey como él que se volviera al SEÑOR con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés, ni otro como él se levantó después de él', (2 R. 23:25), mientras que en Crónicas parece dársele mayor importancia, y en más de una manera, a Ezequías. Sin embargo, ahora el Cronista nos dice que las reformas de Josías habían sido incluso más profundas (34:3-5) y de mayor calado (34:6-7) que las de Ezequías (31:1), siendo además el que se ocupa en detalle de esa magna celebración de la pascua llevada a cabo por Josías, que, en su libro, al igual que en el antiguo, es incluso un acontecimiento más importante que en el reinado de Ezequías (35:18; cf. 2 R. 23:22). Para el Cronista, Josías es un espíritu devoto que ya buscaba a Dios a la edad de dieciséis años, sin que fuera necesario esperar para ello a descubrir 'el libro de la ley' diez años más tarde (34:3, 21); y es, además, un pastor lleno de celo, cuyas reformas religiosas se ponen por primera vez en marcha por la lectura en concreto de ese libro hallado, sino por propio deseo ya esbozado seis años antes (34:3b, 8ss.)

Y justamente en un aspecto en concreto, más que en ningún otro, el Cronista parece querer que consideremos a Josías como un excepcional rey pastor del pueblo de Dios. Visto en perspectiva, llama la atención que, a lo largo de todo su reinado, y de entre todas las figuras que se mueven a su alrededor, ninguna de ellas es realmente

cercana a él. Así, viene a resultar en cierto modo impresionante la soledad en que se encontraba este hombre heroico, y precisamente esa soledad suya pasa a ser la nota dominante en la presentación que el Cronista hace de él.

1. Las causas de la soledad de Josías

El joven rey lleva adelante las extensas reformas acometidas en el capítulo 34 en extraña soledad. Sus enemigos son muchos; los aliados, pocos. En sus esfuerzos por llevar a la nación hacia delante en los caminos de Dios, descubre que los tiempos no están a favor suyo y que el pueblo tampoco está dispuesto a acompañarle. Pero, más chocante todavía es que el profeta tampoco esté con él. La suya tuvo, pues, que haber sido una soledad terriblemente dolorosa.

a. El profeta no está con él

Pero, en realidad, no se trata de un profeta, sino, y ello por vez primera en la historia de la monarquía, de una profetisa: Hulda, mujer de Salum (34:22). Hasta entonces, Dios había guiado a cada uno de los grandes reyes reformadores por palabra de profecía. En el siglo IX a.C., Asa había gozado del consejo de Azarías (15:1–8), y Josafat de nada menos que del de otros cuatro hombres de Dios (18:7; 19:2; 20:14, 37). Avanzando en el tiempo, ya en el siglo VIII a.C., Uzías se había beneficiado de la instrucción y la amistad de Zacarías (26:5), y su tataranieto Ezequías había contado con el consejo de Isaías (32:20). Ahora, cuando, por fin, vuelve a haber un rey que, a diferencia de la mayoría de sus predecesores, busca activamente la palabra de Dios sin esperar a que esa palabra le encuentre a él, Dios tiene ya preparada la persona dispuesta a servirle: la profetisa Hulda.

Pero, aun así, sigue siendo cierto que *el profeta* no está en verdad con Josías. Pues, además del hecho de que el mensaje de Hulda hace referencia tan sólo al corazón rebelde de Judá y al humilde corazón de su rey, ignorando por completo el tema de las reformas de Josías, no podemos dejar de preguntarnos qué es en realidad lo que piensa de todo ello el profeta *Jeremías*, habida cuenta que él es justamente el profeta en funciones del momento. En el libro que lleva su nombre, se nos pone en antecedentes de que fue en el reinado de Josías cuando empezó su ministerio profético (Jer. 1:2). Y es a ese libro al que debemos volvernos si quisiéramos construir una imagen completa de este rey. Lo sorprendente del caso es que, mientras que tanto Reyes como Crónicas presentan las reformas religiosas de Josías como el hecho sobresaliente de su reinado, Jeremías dice poco más que Hulda al respecto. Así, se limita a describir a Josías, tras su muerte, como gobernante justo y honrado, a quien Dios había bendecido, y por el que, en cambio, no se había derramado ni una sola lágrima a su muerte.

Si Jeremías apenas si hace mención del Josías de Crónicas, el Cronista devuelve el cumplido y apenas si dice algo acerca de Jeremías. Así, menciona como de pasada las palabras del profeta relativas a las generaciones que siguieron (36:12, 21–22), pero en relación a Josías lo único que se nos dice es que ‘Jeremías entonó una elegía por Josías’

tras esa muerte suya tan prematura (35:25).

Según avanzara en su determinación de purgar a Judá y a Jerusalén de la falsa religión para reinstaurar la fe histórica de Israel, debió de ser para este joven monarca todo un rompecabezas y un dolor de corazón que el profeta sólo tuviera palabras condenatorias para los pecados del pueblo, sin hacer, en cambio, mención aprobatoria de la piedad de su rey. Esas reformas eran el modo que tenía Josías de manifestar una fidelidad inmovible a los caminos de David y de hacer 'lo bueno ante los ojos del SEÑOR' (34:2-3); y Jeremías guarda silencio, sin proferir palabra alguna de aliento y estímulo. Pese a ello, Josías no desmaya en la realización de la tarea acometida y ¡cómo crece entonces nuestra admiración por él! A pesar de no contar con el apoyo del que pasaría a la historia como el mayor profeta de su tiempo, y de tener que seguir adelante en su camino en solitario, Josías está determinado a llevar a cabo lo que sabe que hay que hacer.

b. Los tiempos no están con él

La época en que le tocó vivir a Josías era de agitación y cambio. Poco es lo que el Cronista dice al respecto, al igual que también es escasa la información relativa al renombrado profeta que empezó su ministerio en ellos. Pero sí que proporciona, en cada extremo del reinado de Josías, breves y discretos apuntes acerca de lo que estaba ocurriendo en el ámbito de la política en aquellos momentos.

La historia secular nos informa que el imperio asirio, a pesar de ser más extenso que nunca, estaba ya aproximándose a su fin. Su extensión iba a ser justamente la razón de su caída. En sus intentos por sofocar el creciente número de revueltas contra su opresivo régimen, su expansión viene a exceder su capacidad de control, produciéndose su colapso y caída justo antes del violento ataque de la rebelde Babilonia.

Con la historia de Manasés, abuelo de Josías, el Cronista nos presentaba etapas más tempranas de ese proceso. Por el momento, tanto Judá como Babilonia siguen bajo el férreo yugo de su cruel opresor cuando capturan a 'Manasés con garfios' y lo atan 'con cadenas de bronce' llevándolo de uno a otro lugar (33:11). Pese a ello, pasado un tiempo tras su regreso, Manasés inicia la reedificación de la antigua fortificación de Jerusalén (33:14). ¿Es, pues, algo que acomete con permiso asirio, o es un desafío a su autoridad? Pero, aun siendo lo primero, lo cierto es que empieza ya a vislumbrarse un debilitamiento de su poder, atisbo de cambio que parece hacerse extensivo igualmente, en el siguiente versículo, al repudio por parte de Manasés de la religión pagana que con anterioridad había fomentado tan activamente. Lo cual nos lleva a plantearnos qué era lo que había habido tras de ese primer apartarse del Dios de Israel: ¿esperaba congraciarse *con* el enemigo, o encontrar nuevas ayudas *en contra* suya? Sea como fuera, el incipiente debilitamiento del control asirio sobre sus conquistas es algo ya evidente.

Ese era el panorama que se ofrecía a nuestra contemplación en el ámbito político del Oriente Medio, justo antes del acceso al trono de Josías. Tras su muerte, encontramos un mundo diferente. De los dos hijos que le sucedieron en la corona,

Joacaz fue destituido por el rey de Egipto, y Joacim por el rey de Babilonia (36:3, 6). Esos son ahora las nuevas potencias, y de Asiria ya apenas si permanece el recuerdo de su nombre en las Escrituras. En el último incidente que el Cronista comenta respecto a Josías, ya tocaba esa cuestión. Un ejército egipcio atraviesa el país camino de la ciudad de Carquemis, junto al Éufrates, y si Josías muere en Megido a manos de los egipcios, en una batalla que él mismo ha provocado, es tan sólo por esa determinación suya de intervenir (35:20ss). La cuestión es que, por entonces, Egipto se halla inmerso en una batalla por el poder con unas naciones y unas potencias contra las que, en comparación, Judá nada puede hacer y nada es. Los egipcios eran enemigos inveterados de los asirios, pero, como ese imperio ha entrado en declive, y Babilonia está a las puertas amenazando con desbancarlo y ocupar su lugar, cambian de partido y optan por una alianza asirio-egipcia en un intento por poner límites a las pretensiones babilonias.

Dicho con otras palabras, las tres grandes potencias de finales del siglo VII a.C. están pendientes unas de otras, en su afán por dominar la situación, y no tienen tiempo que perder para ocuparse de las idas y venidas de una nación sin peso específico en el panorama internacional. Y aunque Josías piense que merece la pena intentar frustrar las intenciones de Egipto de apuntalar el declinante poderío asirio, lo cierto es que ha sido capaz al mismo tiempo de concentrarse en las cuestiones internas de su propio país sin preocuparse en exceso de lo que puedan pensar las grandes superpotencias.

En eso radica la diferencia entre sus reformas y las de su ilustre bisabuelo. Las reformas de Ezequías se habían llevado a cabo bajo la sombra de la amenaza asiria; las de Josías se habían acometido cuando el peligro prácticamente ya había desaparecido. El primero de estos reyes había actuado a pesar de estar bajo una gran presión; en tiempos del segundo, esa presión ya no existía. Josías estaba aprovechando la buena racha para, por así decirlo, hacer su agosto, mientras que Ezequías había tenido que tratar de recoger velas bajo amenaza de temporal. La cosecha del tiempo de bonanza había venido a ser, sin embargo, de menor valor. El hecho en sí de estar bajo gran presión no garantiza unos buenos resultados. En el caso de Manasés, el resultado había sido justamente el opuesto. Pero unos tiempos críticos, a los que había que sumar un gobierno justo, dieron lugar a las grandes reformas del reinado de Ezequías. Y en ese sentido, los tiempos no acompañaron a Josías. La rectitud y el espíritu de servicio estaban ahí, pero no la crisis necesaria. Los ánimos empezaban a distenderse y la actitud era más optimista. Puede, incluso, que quizás hubiera un apoyo pasivo a las aspiraciones de Josías, pero el fondo de todo ello no dejaba de ser superficial, por demasiado fácil. Mayor crédito, pues, para un rey justo que en semejante época, y pese al ambiente general, fue capaz de seguir adelante con su programa de renovación en el seno de un pueblo cuyo corazón, tal como percibía con meridiana claridad Jeremías, poco amor real sentía por el Dios de Josías. Y también en esta otra faceta Josías se encuentra igualmente solo.

c. El pueblo no está con él

Hemos tenido ocasión, gracias al relato del Cronista relativo a los primeros tiempos de Josías, de tener noticia de la erradicación de la religión no israelita de Judá. Puede que las reformas de 34:3–7 incluyeran la abolición de los ídolos y las prácticas importadas de Asiria en unos tiempos en los que la influencia enemiga era poderosa – la ofrenda de incienso ‘al sol y a la luna, y a las constelaciones y a todo el ejército de los cielos’ (2 R. 23:5) entraban, sin duda, en esa categoría. Esa línea de actuación tendría aceptación entre las gentes porque habría sido vista como un acto patriótico. Pero estas palabras tomadas del relato de Samuel/Reyes han sido omitidas por el Cronista. Su atención se centra en un aspecto mucho menos popular de la obra de este rey; esto es, en la destrucción del culto a Baal que formaba parte del panorama general desde tiempo inmemorial. Con tantas gentes clamando por el retorno de la antigua religión cananita, y habiéndoles resultado de todas formas duro ver que la fe del Dios de Israel era muy distinta, habría sido mucho esperar que la nación como un todo se mostrara entusiasmada con los planes de Josías.

En eso se puede apreciar un cambio sutil dentro de la narración, sobre todo si se le compara con los grandes líderes reformadores de los primeros tiempos. El concepto de ‘todo Israel’ es, tal como hemos tenido frecuente ocasión de comprobar, muy afecto al corazón del Cronista, y es claramente evidente en esos primeros capítulos. Los esfuerzos de Josafat por llevar de nuevo a su pueblo al ‘SEÑOR, Dios de sus padres’, se ven seguidos de una demostración increíble, en un tiempo de crisis, de cerrar filas alrededor suyo, en una demostración de genuina solidaridad: ‘de todas las ciudades de Judá vinieron para buscar al SEÑOR’, ‘y toda Judá estaba de pie delante del SEÑOR’, ‘y todo Judá y los habitantes de Jerusalén se postraron delante del SEÑOR, adorando al SEÑOR’ (19:4; 20:4, 13, 18). Cuando Ezequías hace un llamamiento nacional instando a su pueblo a volverse al Señor, se les concede ‘un corazón unánime’ para obedecerlo y ponerlo en práctica, y expresiones tales como ‘las multitudes’, ‘la asamblea al completo’, ‘en grandes cantidades’, ‘todo Israel’, puntúan la totalidad del pasaje tratado (30:6–31:1).

Pero cuando llegamos a la historia de Josías, las referencias al pueblo de Dios son extrañamente distintas. ‘Derribaron en su presencia los altares de los baales’ (34:4), y uno no puede menos que preguntarse si lo habrían hecho igualmente de no haber estado él allí para controlar su cumplimiento, pues el relato continúa de forma que salta a la vista el escaso deseo que tenían de verse involucrados. Cualquier posible espíritu de unión corporativa brilla por su ausencia. Lo que había empezado como un deseo personal de relación con Dios – ‘siendo aún joven, comenzó a buscar al Dios de su padre David’ (34:3) – nunca llegó en verdad a prender entre el pueblo. Él fue el que derribó los lugares altos, destruyó los ídolos, y quemó los huesos de los sacerdotes; él purificó la tierra y el edificio; y cuando fue encontrado el libro de la ley en el templo, fue asimismo él quien buscó ayuda por parte de la profetisa, y fue asimismo él el que decidió que había que renovar el pacto. Él convocó esa magna asamblea, él leyó el libro a los allí congregados y (en una frase sumamente reveladora) él ‘hizo suscribir el pacto a todos’ (34:4–5, 8, 19ss., 29–30, 32). Las palabras del Cronista al principio del capítulo (‘Y

derribaron *en su presencia* los altares de los baales', 34:4), tiene su paralelo en una nota similar al final del mismo: '*Mientras él vivió*, no se apartaron de seguir al SEÑOR' (34:33).

El conjunto de todas esas actitudes es lo que personalmente me lleva a valorar y admirar a este esforzado rey pastor. Convencido del camino que debía seguir su pueblo, descubrió que ese pueblo tenía otras ideas. Y esa es justamente la razón de la frialdad y reserva con que Jeremías presenta de las reformas religiosas de Josías. El rey merece su respeto, y la prueba de ello la encontramos en sus escritos. Pero, en cuanto a la reforma acometida, es como si nunca hubiera existido, tan escasa es la atención que le presta el profeta. ¿Es ese Judá descreído, acerca del cual se nos informa en los primeros capítulos de Jeremías, la misma nación que se supone haber sido llevada de nuevo a Dios, aquí, en 2 Crónicas 34 y 35? Leo entonces con renovada atención 34:2: '*E hizo lo recto ante los ojos del SEÑOR y anduvo en los caminos de su padre David; no se apartó ni a la derecha ni a la izquierda*', si bien anduvo la mayor parte de ese camino prácticamente en solitario. Josías era un pastor cuyo rebaño nunca llegó ni a entenderle ni a aceptarle del todo, y ello a pesar de ser ellos los principales beneficiarios de sus cuidados, y siendo esos cuidados, además, no sólo sinceros y prácticos, sino también instructivos y justos. Su figura, pues, no deja de ser un anticipo del futuro supremo Pastor Rey de la humanidad entera; aquel que vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron, y que, pese a ello, siguió amándoles hasta el final, completando la obra que había venido a hacer a su favor. Y, más allá de todo eso, Josías anticipa asimismo a todos y cada uno de los pastores del rebaño de Dios que, humildemente seguros del camino por el que deben conducir a los que tienen bajo su cuidado, se descubren a sí mismos transitando por él prácticamente en solitario. Y quizás será entonces el momento de volverse a este gran rey de Judá como ejemplo a seguir y fuente de ánimo, pues ejemplo, aliento y estímulo pueden sin duda encontrarse en la historia de la vida de este rey pastor. Su andadura en solitario vendrá, al fin, a dar su fruto.

2. Los frutos de la soledad de Josías

A pesar de que ni el profeta, ni los tiempos, ni el pueblo, estaban con él, Josías perseveró en su propia visión, y el Cronista deja bien claro adónde le llevó. Aparece entonces '*un libro*'; en él estaban escritas '*las palabras de la ley*'; '*las palabras del pacto* [estaban] escritas en este libro' (34:18, 19, 31). Ya hemos tenido ocasión de comprobar que Samuel/Reyes parece hacer del descubrimiento del libro de la ley el punto de partida de las principales reformas de Josías, mientras que el Cronista hace del hallazgo, y de los acontecimientos que siguieron, el momento cumbre de un proceso de reformas que llevaba ya un tiempo en marcha. Merece la pena notar, además, que incluso en el relato anterior en el tiempo, las obras de reparación del templo ya habían comenzado, promovidas activamente por Josías, cuando se encuentra el libro (2 R. 22ss.). Era dato comprobable, y no fantasía del Cronista, que el corazón de Josías estaba en buscar al Señor antes de tan memorable día, y ese hallazgo era fruto de su devoción, así como estímulo para seguir esforzándose.

a. El redescubrimiento del libro

Ese deseo suyo de hacer 'lo recto ante los ojos del SEÑOR' (34:2), por muy solitaria que viniera a ser su empresa, le llevó en primer lugar al libro. Con inusitada precisión, se nos presentan las diversas etapas de esa aventura espiritual. Al acceder al trono, tenía tan sólo ocho años. En el octavo año de su reinado, a la edad de dieciséis, comienza su búsqueda de Dios – es un adolescente, con la responsabilidad del reino sobre sus hombros, apenas consciente de lo que conlleva el cargo, y desconocedor todavía de las posibilidades que el puesto ofrece. ¿No podría hablarse ahí, en términos cristianos, de una experiencia de conversión, de un genuino despertar al verdadero significado de la fe? Y a la edad de veinte años, en su duodécimo año en el trono, pone en marcha nada menos que la reforma religiosa de su nación. Cabe la posibilidad de que veinte años fuera 'la cifra de la mayoría de edad... la edad mínima para acometer empresas de ese calibre'. A los veintiséis, en el décimo octavo año de su reinado, se embarca en el magno proyecto de restaurar el templo, llevándole al descubrimiento del libro.

A diferencia de cualquiera de sus predecesores, Josías nos ha legado una especie de diario espiritual. Ese impulso interno que le llevaba a buscar y luego a seguir al Dios de sus padres, y como trasfondo la gracia de Dios que le impulsaba, le lleva a hacer ese inesperado hallazgo. El libro venía a ser, pues, una especie de recompensa. Al igual que las bendiciones recibidas por otros reyes buenos anteriores a él se habían traducido en batallas ganadas y construcciones realizadas, esta bendición en particular es el premio a su fidelidad.

Pero la cuestión es que no se trata de una mera recompensa para recibir y disfrutar en absoluta tranquilidad; muy por el contrario, insta a una mayor devoción y entrega en el servicio. 'En lo poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré.' Los siervos de Dios no necesitan esperar al regreso de su Señor para saber que el premio al servicio realizado es más servicio. Aun así, y con independencia de cuál fuera el contenido del libro (volveremos a esa cuestión enseguida), tuvo que haber habido para él algo más que reprimenda y aviso. A su debido tiempo, vino a ser motivo de gozo; las celebraciones del capítulo 35 tienen ahí su origen y razón de ser. Aquel que 'oyó las palabras de la ley, rasgó sus vestidos' (34:19), y sin duda podría decir después con el salmista, 'Me regocijo en tu palabra, como quien halla un gran botín'.

El descubrimiento del libro por todos aquellos que buscan al Señor es una experiencia que viene a darse vez tras vez en el pueblo de Dios en toda época y lugar. Puede quizás sonar a ingenuo decir que lo que le pasó a Josías tiene su equivalente en nuestro descubrimiento personal de la Biblia. Sin embargo, el Cronista, que no cesa de retar a sus lectores a encontrar principios permanentes en medio de circunstancias cambiantes, querría sin duda que viésemos ahí que lo que nunca cambia es el principio del mensaje con autoridad que procede de Dios, que es puesto a nuestro alcance en forma escrita. Reino y sacerdocio, recolección, guerras y edificios, todo ello viene a ser comprendido en nuestros días de nuevas maneras, pero el libro sigue siendo el libro, y así seguirá siéndolo aún por mucho que llegue a ampliarse su validez y significado. Todo

nuevo devoto a la manera de Josías sigue siendo aceptado y recompensado por Dios en las páginas de las Escrituras.

La doble mención de David – ‘los caminos de David’ y ‘el Dios de David’ (34:2, 3) – no es algo casual. No podemos perder de vista que, al desear el retorno a los valores fundacionales de la monarquía de los tiempos de David y Salomón, Josías es sometido a una serie de ‘purificaciones’, y ello con el fin específico de recuperarlos en virtud de la restauración del templo, que databa de esos mismos tiempos. El libro, sin embargo, le llevaría a remontarse aún más atrás en la historia de su pueblo. Había comenzado buscando al Dios de su padre David, pero la búsqueda le había llevado a *‘el libro de la ley del SEÑOR dado por Moisés’* (34:14). Así, pues, por detrás del rey asoma el legislador. A Jerusalén se llega por el camino del Sinaí. El templo de la monarquía davídica está construido sobre el fundamento de la ley mosaica.

b, El redescubrimiento de la ley

La búsqueda de Josías le había conducido al encuentro con un libro y, más allá aún, a lo que ese libro representaba y contenía.

No estaríamos desencaminados si afirmáramos que la mayoría de los reyes de Judá se planteaban sus responsabilidades regias con una actitud muy pragmática. De estar en verdad presente ese sentido de obligación responsable, lo máximo que hacían era afrontar las tareas del día a día de la mejor manera posible, poniendo en práctica aquello que pareciera más adecuado en cada situación en particular. Los mejores de entre todos ellos se guiaban por unos valores heredados: Jotam por los principios de su padre Uzías, Uzías por los de su abuelo Amasías, y así sucesivamente. Donde estaban presentes la sinceridad y un genuino amor a Dios, donde los valores tradicionales habían sido comprendidos en su auténtica dimensión y donde las tradiciones eran las adecuadas, esta piedad básica no podía errar demasiado. Pero, tal como están ahora empezando a descubrir las naciones cristianizadas de Occidente, no se puede vivir de forma indefinida del capital espiritual del pasado. Un legado no es exactamente lo mismo que un salario. El dinero que no ha sido ganado con un esfuerzo personal conlleva más riesgos que el obtenido con el sudor de la frente. A menos que cada respectivo gobernante de Israel fuera entendido como parte de la concepción general de la estrategia de Dios hacia su pueblo, se corría el peligro de reflejar una visión progresivamente distorsionada al tratar de aplicar ese enfoque a las tácticas de gobierno habituales.

El hecho incuestionable, dentro de la historia cristiana, esto es, que, una y otra vez, el pueblo de Dios (y muy en particular, sus líderes) se ha desviado del buen camino para ir por ‘un camino alternativo... que iba progresivamente desviándose, alejándoles de hecho de la ciudad a la que deseaban ir, y encontrándose al cabo de poco tiempo con la vista oteando en dirección opuesta’, no debe inducirnos a pensar que únicamente las generaciones de antaño, en su insensatez, podían incurrir en semejante despropósito, estando en cambio nosotros, con nuestra clara concepción de las cosas, a salvo de tales errores. En realidad, estamos en la actualidad igual de expuestos a vivir según lo

heredado del pasado. Algo que podría darse si, en vez de esforzarnos por aunar situación presente y enseñanza bíblica de siempre, según la revelación original, persistimos en errores ya comprobados.

Los grandes reyes del Judá del último siglo de su existencia eran conscientes de ese peligro. El reino estaba en tales condiciones de precariedad, que, cuando Ezequías accedió al trono, se apresuró a llevar al pueblo de nuevo a su condición original, y ello con la intención de mostrarles cómo debían ser las cosas en la realidad. Y con ese fin ahondan conjuntamente en su pasado, volviéndose a los días de David y Salomón, desenterrando así las raíces de la monarquía. Ahí era donde podían encontrar el modelo original. Y a esos principios redescubiertos era a los que tenía que amoldarse de nuevo Judá. Ezequías recuperaba así la edad dorada de la monarquía y ahora tan sólo quedaba renovar el reino.

Pero lo que para Ezequías había sido la meta, para Josías no era más que el comienzo. Desde el inicio mismo, 'anduvo en los caminos de su padre David' (34:2). La intención de Dios hacia su pueblo era que Josías les hiciera avanzar aún más de lo que Ezequías lo había hecho, pero para eso primero tenía que lograr que volvieran al pasado más lejano. El libro hallado en el templo de Salomón en la ciudad de David era 'el libro de la ley del SEÑOR dado por Moisés', con una verdad aún más fundamental. El Cronista es muy explícito al respecto. El acontecimiento más relevante en la historia de Josías es la pascua organizada por el rey, y a ese respecto se instruye al pueblo no sólo para que se prepare para el culto de alabanza y adoración 'conforme a lo escrito por David, rey de Israel, y conforme a lo escrito por su hijo Salomón', sino asimismo para celebrarla 'conforme a la palabra del SEÑOR dada por Moisés' (35:4, 6). La más solemne festividad en los días de Ezequías, se nos informa, era una celebración sin posible parangón 'desde los días de Salomón, hijo de David' (30:26); pero, aun así, en todo el tiempo de la monarquía no se había visto nada semejante a lo llevado a efecto por Josías – nada podía comparársele 'desde los días del profeta Samuel; tampoco ninguno de los reyes de Israel había celebrado una Pascua como la que celebró Josías' (35:18).

Y aún había otro resultado más de esa solitaria, pero decidida, búsqueda del joven rey respecto a cómo gobernar a su pueblo según la voluntad de Dios, quisieran ellos o no. En el libro donde venían las instrucciones de Dios, Josías había llegado a algo más profundo que la ley.

c. El redescubrimiento del pacto

Esto es lo que venía a representar en definitiva para Josías haber ido retrocediendo en el tiempo, más allá de su propia persona, para llegar a Moisés. Así, ¿qué era en realidad lo que la revelación de Dios a través de Moisés le mostraba? Pues, dicho de forma resumida, que detrás del libro alentaba la ley, y que detrás de la ley estaba el pacto. Josías recuperaba así el manantial y la fuente de la que fluía la existencia de su pueblo como tal.

Comprobamos de ese modo por qué era necesario en última instancia ir más allá que Ezequías. Formaba ciertamente parte de la existencia misma de la monarquía

establecida por David y Salomón que fuera una entidad tanto geográfica como política, que tuviera una capital concreta donde se asentaran sus monarcas y un templo material donde oficiaran sus sacerdotes. No sólo en los días del Nuevo Testamento, sino asimismo entre los profetas del Antiguo, Salomón incluido, se reconocía que Dios no estaba sujeto a ningún edificio concreto, y que ni los necesitaba ni podía ser confinado dentro de ellos. Ahora bien, las personas atolondradas podían fácilmente ‘confiar en esas palabras engañosas’ (de eso les acusa precisamente Jeremías): ‘Este es el templo del SEÑOR, el templo DEL SEÑOR, el TEMPLO DEL SEÑOR.’¹⁰ Dios les había dicho a David y Salomón, argumentarían esas personas, que esta sería su ciudad y su casa para siempre, y por eso nunca iba a ser destruida, y mientras permanezcamos aquí, estaremos seguros; no tenemos por qué preocuparnos por las cuestiones de fe y la obediencia personal; nosotros somos miembros de una iglesia indestructible.

Ese era, pues, el peligro de retroceder tan sólo hasta el inicio de la monarquía. La promesa hecha a David y Salomón podía convertirse en una base de esperanzas infundadas. Y precisamente por eso Josías siente que tiene que retroceder a unos orígenes aún más lejanos, en concreto a los tiempos de Moisés y la ley por él transmitida, que era, pese a todo, sólo fuente de esperanza en cuanto que se piense poder efectivamente cumplirla, pero que viene, en cambio, a convertirse en arenas movedizas cuando uno se da cuenta de cuán absolutas y, por lo tanto, imposibles de cumplir son sus demandas. En teoría, guardar la ley conduce, tal como Moisés dice y Pablo corrobora, a tener vida; en la práctica, ‘al venir el mandamiento, el pecado revivió, y yo morí; y este mandamiento, que era para vida, a mí me resultó para muerte’.

Pero lo cierto es que detrás de la ley está el pacto. Dios dispone esos mandamientos para su pueblo precisamente por *ser* ellos pueblo *suyo*. Él ha hecho de ellos tal pueblo. La manifestación de su gracia al rescatarles de la esclavitud de Egipto precede a la revelación de su ley en el monte Sinaí. El relato bíblico contiene toda una serie de pactos semejantes, en los que se establecen las bases de su relación con la humanidad. Así, tenemos el pacto con Abraham, el que establece con Moisés, el de David, y así sucesivamente. Cada uno de esos pactos representa una etapa distinta dentro de la historia bíblica, y cada uno de ellos es formulado en términos que le son propios, que, en su fondo, no dependen de la obediencia o desobediencia del hombre, sino que descansan sobre la gracia incondicional de Dios. Es muy cierto, por otra parte, que se estipulan en términos muy específicos: Si desobedecéis recibiréis castigo; pero Dios nunca desechará a ‘su pueblo que conocía de antemano’, ‘porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables’. Por eso Josías pide, en 34:29–33, que Israel responda en obediencia al pacto recuperado. Obediencia es lo que deben a Dios, lo que tienen obligación de hacer. Y eso es algo que queda muy claro en los acontecimientos que siguen (35:1–19); la pascua es el gran recordatorio de lo que Dios hizo en un principio por ellos.

El Cronista, tal como ha sido mi intención demostrar a lo largo de toda la exposición, se ha estado sirviendo de la historia del Antiguo Testamento en su totalidad para componer su sermón, pero siendo a lo largo de todo el proceso muy notablemente

selectivo en el uso de ese material. Podemos presumir que el mensaje que quiere hacernos llegar se desprende sobradamente de lo seleccionado por él, y que no hace falta buscar e indagar en otras partes para escuchar lo que tiene que decir. Sin embargo, merece la pena detenerse a sopesar el hecho de que el mayor profeta de esos años finales de la monarquía, al que, tal como hemos visto, el Cronista apenas si alude, es justamente el que más alza la voz para recordar el pacto con Dios, aguardando expectante su renovación. Una vez más, nos dice Jeremías, el pacto vendrá a ser cuestión de que la persona crea y obre en consecuencia; y, antes de eso, el llamamiento por parte de Dios y su acción salvadora se concretarán en un cambio radical de mente y corazón que capacitará a la persona para responder en consecuencia.

Hay otra característica más en la manera en que el Cronista se sirve de la historia para su predicación. A pesar de la importancia que concede a los hechos, él (al igual que los otros escritores bíblicos en general) está poco interesado en las cronologías y las fechas. Y eso explicaría por qué una observación concluyente respecto a Josías y el pacto sería para él poco más que mero dato ocioso. De hecho, el debate mismo respecto a si el éxodo tuvo lugar en el siglo XV o en el XIII a. C. ('Pero, bueno, ¿qué tiene eso que ver ahora con esto otro?' ¡Protestaría mi paciente lector!) anularía esa alternativa. Pero, aun así, si la postura más generalizada al respecto fuera la correcta, a saber, que Israel salió de Egipto en el siglo XIII (pongamos que alrededor del 1280 a. C.), el hecho aportaría una perspectiva a la historia que, en relación a Josías, bien podría sintonizar con la mentalidad moderna. Pues entonces el último de los grandes reyes de Judá, que habría accedido al trono en el 641 a. C., se situaría en un punto intermedio entre el pacto del Sinaí y el del Calvario. Así, desde el último pináculo de la monarquía, contemplaría este monarca el panorama retrospectivamente, retrocediendo en el tiempo hasta Moisés, y ello por estar decidido a revivir ahora, en su propia época, ese antiguo pacto, ya fallido en múltiples ocasiones en el pasado, y que de nuevo volvería a fallar. Pues la ley es 'sombra de los bienes futuros', y nunca podrá 'hacer perfectos a los que se acercan'. Aun así, el profeta Jeremías mira hacia delante, trasladándose en el tiempo a seis siglos después, a Cristo el 'mediador de un nuevo pacto', quien 'por una ofrenda ha hecho perfectos para siempre a los que son santificados'.¹⁵

Visto así, no deja de ser triste, pero ciertamente apropiado, que Josías fuese una figura solitaria en sus esfuerzos por llevar de nuevo al buen camino a un pueblo de Dios reacio a dejarse guiar. La debilidad del antiguo pacto radicaba en su imposibilidad de *hacer* bueno al pueblo, mientras que en esa posibilidad residía justamente la fuerza de ese nuevo pacto futuro anticipado por Jeremías.

'Después de todo esto' tuvo lugar la desafortunada decisión de interferir en esa lucha por el poder que había llevado a Egipto a atravesar Judá camino de Carquemis, junto al Éufrates (35:20ss.). 'Deja de oponerte a Dios, que está conmigo', le conmina el rey de Egipto. A Josías podría disculpársele que no hiciera caso de las palabras proferidas por un pagano. pero el Cronista añade a renglón seguido que 'las palabras de Necao' procedían en realidad 'de la boca de Dios', y Josías, saliendo a la batalla pese a todo, encuentra una muerte prematura en Meguido. Tres hijos y un nieto le sucedieron

en el trono, resultando ser cada uno de ellos indigno pastor del rebaño de Dios. Con este personaje solitario, inmovible en su propósito, vino a desaparecer el último de los verdaderos reyes pastores de Israel, y ello hasta el día en que el gran Pastor haría su aparición, cuya voz, aún despreciada y rechazada por muchos, reconocían sus ovejas y le hacían caso y seguían.

Siempre habrá presente, pese a todo, un remanente fiel, un 'rebaño pequeño'. La tarea del rey pastor carecería de sentido si ese remanente desapareciera. Josías nunca estuvo verdaderamente solo; ni tampoco lo están los demás pastores; y cuanto ha sido expuesto a lo largo de estos capítulos respecto al liderazgo asume de suyo la existencia de un núcleo de creyentes, por pequeño que sea, dispuesto a obedecer, dando por supuesta la naturaleza corporativa de la iglesia. Pero, una vez dicho esto, al releer a título personal la historia de Josías, me doy cuenta de que lo que en definitiva cuenta *para* mí es averiguar qué es lo que el Pastor supremo quiere que yo sea. Independientemente de que otras personas puedan estar conmigo o no, yo sé que debo basar mi servicio a Dios sobre la base firme de la gracia que proviene del pacto forjado con un Dios justo y amoroso. Mi responsabilidad es para el rebaño, pero la lealtad primera es para mi Dios.

Los últimos reyes: guerra y paz

2 Crónicas 36

La historia del Israel del Antiguo Testamento, tal como el Cronista la presenta en su sermón, acaba en conflicto bélico y ruina. En el panorama internacional, el colapso de Asiria dejó primero a Egipto y luego a Babilonia el control de las naciones menores del Oriente Medio. Los ejércitos del primero pasaron barriendo por Judá tras la muerte de Josías, mientras que las fuerzas armadas del segundo emprendieron el mismo camino tan sólo unos años después. En el 601 a. C., Joacaz, tercero de los hijos de Josías, fue elegido su sucesor, pero apenas llevaba tres meses reinando cuando Neco de Egipto le depuso, entronizando a su hermano mayor Joacim en su lugar. Éste tuvo que aceptar a un nuevo señor al derrotar Nabucodonosor de Babilonia a Neco en 605 a.C., y cuando por fin se rebeló contra el opresor, él también fue arrollado, en 598 a.C., por la maquinaria bélica extranjera. Los cien días en los que reinó Joacim en Jerusalén equivalían a los cien días que sufrió asedio por parte de los babilonios. El joven rey marchó al exilio y Nabucodonosor instaló en el trono, en su lugar, a su tío, otro de los hijos de Josías, imponiéndole el nombre oficial de Sedequías. Él 'también se rebeló contra el rey Nabucodonosor' (36:13), sucediéndose en Judá una oleada de guerras, estampándose contra los muros de Jerusalén, y en 587 a.C., tras el último de los

asedios, Nabucodonosor anegó la ciudad, arrasando en su caída templo, palacio, altar y trono, sacerdocio y monarquía.

Los veintitrés años que abarcaron estos cuatro últimos reinados, partiendo de la muerte de Josías hasta el saqueo de Jerusalén, integran uno de los más significativos períodos de guerras dentro de la historia bíblica. Como guerras, eran absolutamente devastadoras: los atacantes no tuvieron ‘compasión del joven ni de la virgen, del viejo ni del débil’, y los que no fueron masacrados fueron enviados al exilio (36:17, 20). Samuel/Reyes nos informa que ‘permanecieron en el país algunos de entre los más pobres’, pero, a efectos prácticos, la nación había quedado despoblada, y esa es la imagen que el Cronista quiere transmitirnos. Esa era la clase de conflicto bélico que se podría calificar de indiscriminado, excepto que el Dios que la provocó hace ya tiempo que ha quedado vindicado como el Dios que no destruirá ni a la más pérfida de las ciudades mientras viva en ellas un hombre justo; pues, como Juez de la tierra en su plenitud, no puede hacer algo injusto. Así, pues, no un conflicto indiscriminado, pero sí total.

He apuntado ahí que fue un conflicto provocado por Dios mismo, y ciertamente eso forma parte del cuadro que nos ofrece el Cronista. Se trata, pues, de una guerra *santa*. Los mensajeros del Señor han sido objeto de burla por parte del pueblo, y es la ira del Señor lo que la desencadena, y es asimismo por instigación del Señor que el enemigo hace su aparición para infligirles castigo (36:15–17). ‘El SEÑOR es fuerte guerrero’, pero no en el sentido en el que muchos, a lo largo de la historia de la cristiandad, han utilizado su nombre para beneficio propio, pretendiendo tenerlo de su parte en sus sangrientas empresas, sino en el sentido que aquellos que se dicen pueblo suyo le descubren luchando contra ellos cuando desprecian su camino de rectitud.

En tercer lugar, se trata de la *última* guerra. La I Guerra Mundial, librada de 1914 a 1918, pasó a ser conocida como la última gran guerra, pudiendo con ello darse a entender que era la más reciente en comparación con otras habidas. Pero antes de que estallara el conflicto de 1939, la expresión había tenido un significado más optimista. La gente la denominaba la ‘última guerra’ con la esperanza de que fuera ya la definitiva, una guerra para poner fin a las guerras. Esa es justamente la intención del Cronista en este escrito. Más allá del horror, se vislumbra la esperanza. Así, la presente guerra, a pesar de ser la peor de todas, va a ser la última de las guerras del período de la monarquía. A partir de ahí, el pueblo de Dios entraba en una nueva etapa.

Así es cómo ha de entenderse la historia del cuarto de siglo final de la existencia de Israel como reino. Más en particular, su carácter como período de guerra santa nos lleva a preguntarnos a cada momento cuál podía ser la intención última de Dios. Si la presentación del Señor como líder guerrero nos supone un problema moral, esa vendría a ser una cuestión aparte que tendríamos que dejar a un lado por el presente. Pero lo cierto es que es un hecho que aparece en otras partes de las Escrituras. Lo que aquí nos ocupa no es la moralidad del método, sino el propósito de la acción, a qué se aspira a través de los acontecimientos de esos años finales, castigados por los conflictos bélicos, dentro de la historia de la monarquía.

1. El desmantelamiento del sistema

Son muchos los capítulos en los que hemos podido notar la fascinación del Cronista por el templo y su culto. No ha de sorprendernos entonces que, aunque acorte considerablemente cada reino de ese período, en comparación con el mismo relato en Samuel/Reyes, no deje en cambio de dar noticia de lo que estaba ocurriendo en el templo en cada reino en particular. Así, vemos una velada alusión en 36:3 a la posible retirada de fondos del templo, por parte de Joacaz, con objeto de hacer frente a las gravosas exigencias económicas del rey Neco de Egipto. En el reinado de Joacim, 'Nabucodonosor también se llevó algunos de los objetos de la casa del SEÑOR a Babilonia' (36:7). Junto con el propio Joacim, fueron llevados a Babilonia 'los objetos preciosos de la casa del SEÑOR' (36:10), y cuando la caída de Sedequías vino a poner punto final a esa era, 'todos los objetos de la casa de Dios, grandes y pequeños, los tesoros de la casa del SEÑOR y los tesoros del rey y de sus oficiales, todo lo llevó a Babilonia. Y quemaron la casa de Dios' (36:18–19).

Su interés por la monarquía discurre paralelo a ese tema. Trono y altar han venido siendo de tal forma los dos aspectos centrales de la vida de Israel, que sería extraño no verlos aquí ahora igualmente reflejados. Los acontecimientos reseñados en más de un par de capítulos al final de 2 Reyes quedan condensados en una narración que no llega a abarcar ni un tercio de la longitud del original. Así, con la mayoría de los incidentes dejados a un lado, las figuras de la línea de la realeza aún resaltan más; la historia ha sido reducida a su esencia en una secuencia de vértigo que nos pone en antecedentes del ascenso y declive de sucesivos monarcas; algo que el Cronista lleva a cabo no, curiosamente, en clave de 'tristes relatos sobre la *muerte* de esos reyes'; y si bien es cierto que Samuel/Reyes nos informa que dos de esos cuatro murieron dentro del período que nos ocupa, el Cronista no hace mención de la muerte de ningún rey posterior a la de Josías, como si, para él, cada una de esas cuatro semblanzas simplemente se desvaneciera al hacer su aparición la siguiente. Y así viene a suceder que, en paralelo con el saqueo sistemático al que es sometido el templo, van siendo desalojados del trono todos los hijos de Josías hasta desaparecer la familia al completo.

Hasta ahora, el núcleo central del mensaje del Cronista ha sido ese caminar al unísono realeza y sacerdocio, conformando en su andadura la existencia y razón de ser del pueblo de Dios. Sin una representación adecuada de Dios para el hombre y del hombre ante Dios, dejaría sencillamente de existir. El entramado que le da forma viene a ser parte consustancial e imprescindible de la historia en su totalidad; pero quizás donde mejor se perciba su trama sea en los tiempos de la monarquía del antiguo Israel, esos tiempos que el Cronista se ocupa de describir, en los que viene a materializarse muy concretamente en una nación que hace de su religión y de su particular forma de instituciones políticas el todo que conforma su existencia. Hay que esforzarse entonces por visualizar los edificios del antiguo Jerusalén en un plano secuencial de reyes y sacerdotes, con David y Aarón como cabezas respectivas de las dos grandes sagas familiares; pues, en ellas, Dios ha configurado una amplísima apoyatura visual, un

sistema educativo que nos ayuda a captar esa verdad vital, y una vasta red de repercusiones.

Para el 600 a. C., el sistema ha cumplido ya su ciclo. Y Dios procede entonces a desmantelarlo, siendo los respectivos ejércitos de Egipto y Babilonia las herramientas de las que se sirve para ello. 'Los tesoros de la casa del SEÑOR y los tesoros del rey y de sus oficiales' (36:18) son llevados a tierra extranjera; y tanto el templo como el palacio son quemados hasta quedar reducidos a escombros. Llegados a este punto, solicito de mi amable lector que deje a un lado manuales y libros de texto, y me permita comprobar cuánto es lo aprendido hasta aquí.

2. Los líderes depuestos

Como es lógico y comprensible, todas esas guerras, que han originado en el desmantelamiento de la monarquía, significan algo más que la mera demolición de unas estructuras. Es imprescindible, entonces, detenerse a examinar con mayor atención los componentes clave en su caso, en concreto, ese doble liderazgo conjunto al que antes aludíamos. En cualquier página por donde abramos los anales de la historia de Israel, deberemos localizar dos figuras de varón en el corazón mismo de la vida de la nación, uno procedente de la tribu de Judá y el otro de la tribu de Leví. La lista de 'los descendientes de Salomón' (1 Cr. 3:10ss.) y la correspondiente a 'los hijos de Aarón' (1 Cr. 6:3ss.) discurren en paralelo a lo largo de la historia de la monarquía. Son escasos, en cambio, los momentos en los que podamos enlazarlos con un mínimo de verosimilitud, pero sí que podemos estar, en cambio, seguros de que en la práctica totalidad de esos puntos en concreto, dentro de ese período de cuatrocientos años, la correspondiente representación de cada uno en particular, esto es, rey y sumo sacerdote, habrían estado ocupándose del bienestar del pueblo de Dios. Cada monarca y cada sacerdote eran personas reales, seres de carne y hueso, individuos con cargos específicos de responsabilidad. La forma escogida por Dios para establecer la adecuada relación entre su propia persona y su pueblo, tanto en una como en otra dirección, se encontraba en cualquier posible momento encarnada en dos figuras representativas. La ley era la guía para el sacerdote dentro de un ministerio conducente a Dios; los profetas, por su parte, cumplían con la tarea de guiar al rey en un ministerio que tenía por objeto las necesidades de los individuos, siendo, en definitiva, cada uno de ellos, y por el lapso de tiempo en que ocuparan el cargo, la encarnación viva de cada principio.

¿Qué es, pues, lo que Dios está haciendo a este respecto en esas últimas guerras que ha ido librando Israel? Y téngase en cuenta que lo que ahora contemplamos no es el cuadro general, sino esas dos figuras en concreto como núcleo central. Así, a medida que el Cronista avanza inexorable hacia 587 a. C., año de la terrible catástrofe, ¿qué es en concreto lo que nos dice respecto a la monarquía, y qué relativo al sacerdocio?

A diferencia de los sacerdotes, los últimos reyes lo son por designación, tal como lo habían sido en su momento sus antepasados. Cada uno de ellos representa a Dios para el hombre, y por muy mala que pueda ser su gestión, sigue siendo pese a todo la persona correspondiente de su tiempo que viene a ser, en un sentido especial y

particular, imagen de Dios, investida, pues, con la dignidad que le corresponde a la realeza, para ser entonces nombrada y reconocida y, en consecuencia, debidamente respetada. Pero en el caso de los hijos de Josías, falta algo de todo eso. El Cronista ha ido dando cuenta y razón de todas y cada una de las muertes de sus predecesores; es como si quisiera destacar la casi inalterada sucesión de David a Josías – ‘el rey ha muerto, viva el rey’. Pero con estos cuatro, y cada uno de ellos por turno, lo que ocurre es que simplemente desaparecen de escena. Así, sin más. Uno tras otro, las cuatro últimas luminarias de la realeza van apagándose para ser engullidas por las tinieblas del tiempo.

Por otra parte, sin embargo, el último de los sacerdotes, al igual que la mayoría de sus predecesores, no es objeto de nombramiento alguno. Su ministerio particular ha consistido en representar al hombre ante Dios, al igual que los demás lo habían ido haciendo en su momento, llevando puesto el pectoral con las doce piedras preciosas, una por cada tribu en concreto, ‘sobre su corazón cuando entren en el lugar santo’. En ese sentido, su identidad no es importante. Por lo cual, llegado el momento, el final del sacerdocio es descrito por el Cronista en términos del saqueo del templo, tal como ya pudimos ver.

¿Entonces, qué es lo que viene a acontecerles a monarquía y sacerdocio en el 587 a.C.? Sería tentador aplicar a lo primero (pudiéndose formular igualmente un juicio paralelo para lo segundo) los muy apropiados versos de James Shirley:

La gloria de nuestra sangre y nuestro estado
es sombra carente de cuerpo y de sustancia;
no hay armadura que proteja del Destino;
al rey la muerte atenaza con gélida garra:
Cetro y corona
por tierra caerán
sobre el polvo igualadas
ante la acción conjunta de guadaña y espada.

Pero eso sería lo opuesto a lo que el Cronista de hecho está queriendo decir. No es que la realeza (o el sacerdocio) sea una cuestión de apariencias y atavío externo, algo que se desintegra ante el roce de la muerte, quedando como único remanente el polvo del que procede la humanidad toda. Se trataría más bien de que la realeza (al igual que el sacerdocio) son la realidad que verdaderamente persiste, y ello aunque haya desaparecido la materia orgánica en la que temporalmente se han encarnado.

Lo que les acontece a esas realidades es algo que, tras la caída de Judá, podría vivirse como un eclipse temporal para, después de pasado un tiempo, hacer su reaparición con mayor pujanza. Quinientos años después de Sedequías, un israelita volvió a tomar el título de rey, y el sacerdocio tornó a revivir, y de forma más genuina. En el Jerusalén de los tiempos de Jesús, nos encontramos con un templo y un palacio en pleno funcionamiento y operatividad. Pero hay que distinguir, sin embargo, que Herodes y Caifás son, y no son, genuina encarnación de ese ideal. Por supuesto, unos

hombres como esos en manera alguna pueden ser auténticos representantes de Dios para la humanidad o de la humanidad ante Dios. Aun así, la realeza y el sacerdocio no pueden ser simplemente ideales; los propios términos con los que designamos a esas figuras implican su encarnación, la primera como la cualidad intrínseca del rey y lo segundo como la esencia del sacerdote, y tan sólo podrán llegar a ser captados y experimentados cuando una persona real, y muy de carne hueso, lleve a cabo su cometido en las circunstancias de la vida real.

La doble secuencia de líderes dentro de Israel llegó en determinado momento a su fin, y no porque el ideal no pudiera expresarse en forma humana, sino porque, en aquella época y en aquellas circunstancias, su encarnación efectiva ya había alcanzado su punto máximo de recorrido. Pero el Cronista quiere entonces que nos aventuremos a contemplar algo que supera a los conceptos. Haciéndose eco, entonces, del salmista, y reconociendo la desaparición del último rey y del último sacerdote de los tiempos de la vieja monarquía israelita, confía en que Dios unja a su debido tiempo a un nuevo rey que pervivirá en la sucesión de generaciones, siendo al mismo tiempo sacerdote eterno.

3. El castigo de los rebeldes

Una vez más, debemos recordarnos a nosotros mismos que la intención de Dios al someter a su pueblo a esos últimos años de guerra consistía en bastante más que una estratégica y desapasionada retirada del material didáctico del último trimestre. La sucesiva procesión de personas de carne y hueso, de reyes y de sacerdotes en este caso, apunta al desarrollo de un mismo pensamiento: las personas participantes en esos acontecimientos no eran sólo los líderes, sino también seres humanos muy reales y responsables. Cierto, y cómo negarlo, que la suprema estructura en su totalidad había cumplido con creces su propósito educativo, y toda una serie de principios había venido así a quedar debidamente ilustrada. Pero el drama puesto en marcha por esos principios no había sido llevado a efecto por marionetas. Eran actores sacados de la vida real, toda una nación actuando al unísono, y cada personaje individual no sólo interpretaba su papel, sino que vivía al mismo tiempo su vida personal, y no como una representación más, sino como algo muy real y propio. A medida que el tiempo iba pasando, sin embargo, un número mayor de ellos vino a manifestarse rebelde a título personal e individual contra el dominio de Dios. Los últimos once años de la monarquía ponen de relieve la existencia conjunta de un rey que ‘hizo lo malo ante los ojos del SEÑOR su Dios’, siendo a la par ‘todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo... infieles en gran manera’ (36:12, 14).

Visto en su esencia, el sistema se había mostrado eficaz en su momento, pero le había llegado el turno de ser desmantelado. Los líderes respectivos habían encarnado, con variada fortuna, los principios fundamentales, y ahora estaban siendo desposeídos de sus cargos. La nación rebelde se había mofado y burlado despreciativamente de la palabra compasiva de su auténtico Dios, hasta que ‘ya no hubo remedio’, y el castigo era algo inevitable (36:15–16).

Cabe recordar entonces, una vez más, una de las principales diferencias entre los

distintos autores de Samuel/Reyes y Crónicas. Cada uno de ellos parece encontrar en la historia una forma distinta para el modo en que opera la retribución de Dios por el pecado. Samuel/Reyes afirma repetidamente que la suerte de Judá había quedado sellada un siglo antes de que sus efectos se dejaran sentir en la nación. Los pecados de Manasés habían hecho de ello algo inevitable; las reformas de Josías no habían servido para evitar tan fatal desenlace; los desatinos de Joacim habían activado la primera de una serie de trampas ya dispuestas tiempo atrás (2 R. 21:10–15; 23:24–27; 24:1–4). El Cronista, por su parte, tiene en mente las maldades del reinado de Sedequías (36:11–16), explicitando que de tal manera había Judá incurrido en la ira de Dios, que ‘Él hizo subir contra ellos al rey de los caldeos’ en medio de esa catástrofe final que destruyó a la monarquía (36:17).

La cuestión es que ambas doctrinas sobre la retribución son ciertas. Hay, tal como Samuel/Reyes indica, consecuencias por el pecado que afectan a las generaciones siguientes. Eso es algo que se había sabido desde la revelación a Moisés de un Dios que visita ‘la iniquidad de los padres sobre los hijos y los hijos de los hijos’. Hay, asimismo, consecuencias para el propio pecador, tal como Dios advierte con meridiana claridad por boca de su profeta en el otro extremo de la historia del Antiguo Testamento: ‘El alma que peque, ésa morirá’,¹¹ A lo largo de todo su sermón, el Cronista ha ido seleccionando, partiendo de la vastísima historia de Israel, un material en concreto que resalte principios espirituales básicos. De entre esos dos principios, ha optado por el segundo, pues es, en un sentido muy real, el más profundo de ambos. Mi pecado afectará sin duda a otros, pero, en un último análisis, tengo que terminar por darme cuenta de que me afectará también *a mí*. Eso no quiere decir que el Cronista no sea consciente de la complejidad de la existencia. Sabe también que se daba una multitud de factores, largas series de hechos concatenados, muchos de ellos, además, enraizados en un pasado ya lejano, que habían terminado con la destrucción de Judá a manos del rey de Babilonia y sus ejércitos caldeos. Aún así, se mantiene el hecho de que, si yo pecco, seré yo el que sufra las consecuencias. Con las guerras finales, en las que el Señor permite que la tierra sea devastada, no hace sino castigar a los rebeldes que vivían en ella en esos tiempos.

Pero eso no es, sin embargo, todo lo que Dios tiene en mente.

4. El establecimiento de la paz

El final, cuando por fin llega, es descrito con una sorprendente ausencia de emociones. Cabría, sin embargo, haber esperado ahí, de un autor que tantas pruebas de entusiasmo respecto al templo y los cultos ha dado, y asimismo en relación al linaje de David, en su momento de máximo esplendor, mostrarse desazonado por su caída. En cambio, aparte de una condena directa y expresa de los pecados que la han desencadenado, habla del exilio en tonos mesurados, e incluso con un punto de optimismo. Las guerras que causaron la caída y ruina de la casa de Josías eran limpieza del solar para pasar a construir la nueva paz. Por supuesto, el Cronista tiene razones para poder hablar con optimismo, pues tanto él como sus primeros lectores saben

sobradamente (siendo como eran ellos mismos parte integrante) que iba a emerger en su momento una comunidad restaurada. Y ello al mismo tiempo que se aspira a que esa vida renovada de Israel sea más grande que lo que están, tanto él como sus lectores, en experimentando esos momentos. De no ser así, ¿por qué molestarse en componer un sermón sin futuro? El *propósito* concreto de ese sermón suyo – a saber, los resultados que querría ver como consecuencia de todo ello – es, sin embargo, cuestión aparte. Personalmente, no creo que esté esperando un compromiso creciente con los cultos del templo renovado, o siquiera un mayor grado de entrega al Señor. Ni tampoco parece que aspire a la restauración de la monarquía a la vieja usanza. Pero, aun así, se percibe en esos versículos finales una nota de esperanza y aliento de cara al futuro, que parece querer decir algo más que un simple ‘Ha merecido la pena reunir las piezas rotas y ver de recomponer conjuntamente una suerte de vida nueva’. Hay apartados dentro de la vida del pueblo de Dios que perviven tras el desastre de ese fatídico 587 a. C., y no hay razón para que sean considerados meras curiosidades rescatadas de la catástrofe. Muy al contrario, son parte importante de la base y del armazón de ese grandioso edificio al que la tormenta ha desposeído de gran parte de lo que lo integraba, y que ahora vienen a mostrarse como piezas fundamentales sobre las que cimentar su reconstrucción. Retomando un término ya usado en el capítulo 9, en relación a una de las ideas principales del Cronista, lo que nos sale al encuentro es una serie de *continuidades* y ello en número de tres y, asimismo, en tres apartados en concreto.

‘Y a los que habían escapado de la espada’, el remanente de Israel, ‘los llevó a Babilonia y fueron siervos’, de los sucesivos reyes de esa nación, ‘hasta el dominio del rey de Persia’ (36:20). Pero esa esclavitud del pueblo israelita iba a tener una duración limitada, y cuando cayera el imperio babilónico ante el avance del muy superior medopersa, el *pueblo de Dios* seguiría existiendo. Así, cuando esos primeros lectores, destinatarios directos de su escrito, se miraran unos a otros, se darían cuenta de la profunda realidad que subyacía tras esas palabras suyas, pues ellos mismos eran parte indiscutible de una continuidad. Los cambios provocados por la catástrofe no habían podido borrar de la faz de la tierra al verdadero pueblo de Dios. Ciertamente, claro está, y cómo negarlo, que el reino a la antigua usanza ya no estaba ahí, desapareciendo junto con él el sacerdocio. Pero el Cronista se ha esforzado entonces por enseñarles de nuevo esos principios que configuraban el fondo y la esencia del trono de David y el templo de Salomón. El pueblo israelita es consciente, además, de que, donde la relación entre Dios y hombre y hombre ante Dios es la adecuada, el auténtico Israel seguirá existiendo ahora y hasta el fin de los tiempos.

En segundo lugar, *la palabra de Dios* sobrevive y sigue persistiendo con idéntica fuerza y pujanza, y tan cierta como siempre. Y no sólo hace su reaparición sin daño ni merma, sino que viene a quedar validada y verse realizada por esos mismos terribles acontecimientos (36:21). ‘La palabra del Señor por boca de Jeremías’ puede hacer referencia a 36:20 (el pueblo sometido a esclavitud) o a 36:21b (cuando la tierra quedó assolada). En cualquiera de ambos casos, la cuestión es que nada de lo ocurrido está por encima de los planes de Dios. De hecho, nada queda fuera de su propósito *expreso*. Él ha hecho manifiesto, y así consta en lo que nos declaran las Escrituras, que todo cuanto

pueda ocurrir está bajo su control. Su palabra sigue siendo oída, y las continuidades vienen a demostrarse reales y operativas. Esos primeros lectores del Cronista son precisamente testigos de ello. Y nosotros seguimos siendo, en la actualidad, testigos de lo mismo. La palabra viva y activa de Dios en el común de la vida diaria es, pues, otra más de esas grandes continuidades.

Y en tercer lugar, dentro de la serie, está *la tierra de Dios*. Durante los años del exilio esa tierra prometida había quedado ‘desolada’ (36:21). Desde determinado punto de vista, eso era algo terrible. Jeremías hace referencia a la infidelidad del pueblo de Dios como ‘lo que convierte su tierra en una desolación, en una burla perpetua. Todo el que pase por ella se quedará atónito y meneará la cabeza.’ Pero, visto desde otra posible perspectiva, esa desolación venía a ser una muy positiva bendición otorgada por Dios. El principio que daba razón de ser al sábat, al que hacen referencia estos versículos en concreto, venía a significar, para el Israel del Antiguo Testamento, no tan sólo que el pueblo descansara un día de cada siete, sino que la tierra descansara también – esto es, que reposara en barbecho – una año de cada siete. Pues, dado el incumplimiento generalizado de las ordenanzas de la ley antigua, esa disposición, al igual que otras más, no había sido respetada y, en consecuencia, la tierra ‘no había tenido su correspondiente descanso’. Ahora, el estado de desolación en que se encontraba la tierra, por razón del exilio, venía a compensar, y con creces (setenta años de descanso sabático), el incumplimiento de esa disposición. (El Cronista parece estar haciendo ahí un cálculo en base al período total de la monarquía.)¹⁵

Y con este apunte en concreto el Cronista da por finalizado su sermón magistral, pues 36:22–23 es un préstamo de los primeros versículos del libro de Esdras, añadidos por el propio Cronista o por un autor posterior, con objeto de enlazar esos acontecimientos con los que vendrían a continuación. Ahora bien, ¿cuál es, entonces, la razón de ese abrupto final de 36:21? Sencillamente, nada que ver con los triunfos y los desastres, ni con la antigua gloria ni con la presente ruina; nada que ver con reyes o sacerdotes, ni con templos ni con palacios; nada que ver tampoco con la política – nada, siquiera, respecto a las gentes; tan sólo y únicamente, con campos en reposo y soledad, colinas que calladamente recuperan las fuerzas exhaustas para poder dar comienzo a una nueva y gloriosa ‘semana de cumplimiento y trabajo’.

Y ahora descubrimos, en un sentido muy vívido y real, la última y más grande de todas las continuidades. Todo visitante actual de Tierra Santa encontrará esta reflexión como la más sorprendente e increíble de todas cuantas puedan hacerse: *ese es el lugar donde acontecieron todos los sucesos*. Ciertamente que los hitos y los lugares han sufrido cambios y variaciones con el paso del tiempo; y puede también que sea tarea ardua visualizar lo ocurrido en los tiempos bíblicos a causa de todos esos cambios. Pero, aun así, subsiste el hecho primordial: la tierra sigue siendo la misma tierra, y permanece en el mismo lugar. Los que en la actualidad transitamos por esos mismos caminos venimos a formar parte de esa continuidad, integrándonos así en el conjunto de ‘las gentes del relato’. No se ha tratado, pues, de un relato de ficción que haya acontecido en un lugar imaginario. Ni tampoco cabe hablar de una separación abismal que requiera un salto de fe entre el mundo de los Hechos concretos, que es el nuestro, y el supuesto mundo de

la Verdad, al que ellos pertenecen. Dios estaba, pues, muy presente y activo dentro de un desarrollo histórico que es parte consustancial de nuestra propia historia, y ello en un marco geográfico que es continuidad del nuestro propio, y por estar todo en verdad y muy realmente interconectado. Y, si es así, '¡no hay por qué dudar en conectarse!' No hay que osar imaginar, advierte el Cronista, que los hombres de la Biblia vivieron en un mundo ajeno al nuestro. Eran personas reales, tan de carne y hueso como lo somos nosotros, en las que el mismo Dios estaba obrando y en las mismas formas que ahora. Hay una única iglesia, una única fe y un único Señor. Demos, pues, margen a las diferencias de tono y lenguaje, para la diferencia cultural. Permitamos asimismo el cumplimiento en Cristo de las promesas del sacerdocio y la realeza, y dejemos igualmente que triunfe la revelación de Dios a través de las páginas de las Escrituras. Los principios fundamentales se han mantenido inalterados a través de los siglos y pese a todas las vicisitudes. Conocer al Dios del Cronista es conocer al Dios de la historia, al Dios que vive y sigue amándonos hoy igual que entonces, y que así continuará haciéndolo por toda la eternidad.